

CONCURSO

# Historias de Nuestra Tierra

an

Cuentos, poemas

to

y dibujos

lo

del mundo rural

gía

**ANTOLOGÍA**  
**2019**



CONCURSO  
Historias de Nuestra Tierra

an  
Cuentos, poemas  
to  
y dibujos  
lo  
del mundo rural  
gía

ANTOLOGÍA  
2019



Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA  
Ministerio de Agricultura

Coordinación de contenidos:  
Pierina Cavalli y Loreto Alarcón

Diseño gráfico:  
Caroline Carmona

Edición:  
Historias Campesinas: María Teresa Sota  
Poesía del mundo rural: David Villagrán  
Me lo contó mi abuelito: María Teresa Sota

Derechos Reservados:  
El presente libro no puede ser copiado, reproducido, distribuido, publicado, difundido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción sin la autorización escrita de FUCOA.

Inscripción Registro Propiedad Intelectual N<sup>a</sup> 2020-A-4753

ISBN: 978-956-7215-73-7

Junio 2020, Santiago de Chile

Imprenta:  
Valus Impresiones



## ÍNDICE

Presentación	11
Jurado Nacional	12

### HISTORIAS CAMPESINAS PREMIOS NACIONALES

Baltra Aucó, Nicolás Medina Cabrera. Región Metropolitana	21
Las siete vidas del Gato Cambita, Hernán Chávez Cabello. Región de Arica y Parinacota	23
Ojos de cordero degollado, Rodrigo Eduardo Gaete Salazar. Región de Magallanes	25
La antara de Kunturi, Marcelo Patricio González Borie. Región de Tarapacá	27
Cariño Malo, Geisha Ivonne Bonilla Cortes. Región de Coquimbo	29
Temporada de kiwis, Millaray Silvia Amada González Gatica. Región del Maule	31
La partera, Berta Elisa Ziebrecht Quiñones. Región del Bío Bío	33
Don Mario, Ronald José Sanoja Cáceres. Región de Valparaíso	35
Llevando cachimbo iba Margot, Héctor Luis Campuzano Guzmán. Región de Tarapacá	37
Midiendo la cascada, Renato Cárdenas Álvarez. Región de Los Lagos	38

### REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Manuel y sus “estrellitas chilenas”, Iván Amadeo Salas Madrid	40
Los muros de adiós, Juan Jacobo Tancara Chambe	42
El hombre sacrificado y su burra, Benjamín Pasten Barahona	44

### REGIÓN DE TARAPACÁ

Rescatando tradiciones “El velatorio”, Katerín Henríquez Figueroa	45
Huallata, Héctor Jonathan Barraza Ahumada	48
La guerra de las bandas, Marcelo Sabino Moreira Alcota	50
Las migas de Pan, Mauricio Antonio González Leiva	52

### REGIÓN DE ANTOFAGASTA

La última changa, Rosa Elvira Ovalle Fernández	53
El pimiento, Gustavo Alex Tapia Araya	55
Disneylandia, Gustavo Alex Tapia Araya	57
Awila likanantay, Fabiola Inés Jiménez Tirado	59

### REGIÓN DE ATACAMA

Un parto diferente, Héctor Ocayo Cubillos	61
Pata de cabra, Consuelo Belén Quezada Fuenzalida	63
La herradura del herrero, Yasma Jacqueline Muñoz Garcés	65

**REGIÓN DE COQUIMBO**

Historias de Marilyn, Ricardo Héctor Olmos Mena	67
Historias de la animina de Marchant, Juan Carlos Robles Robles	69
Ocurrió en la sierra de la Araucanía, Fabiola Rocío González Castro	71

**REGIÓN DE VALPARAÍSO**

Secos pa'l agua, Iván Pinochet Blanco	74
Sayen, Silvia Rosalía Lepe Catalá	76

**REGIÓN METROPOLITANA**

Aliro, María Soledad Espinoza Ramelli	77
La huerta de los conejos, Francisca Vogt Jara	79

**REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O'HIGGINS**

A ochenta metros de profundidad, Tatiana Alejandra Farías Ortiz	81
Cochayuyo, el vaquero, Jaime Rubén Herrera Román	83
El espíritu de la montaña, Fabián Roy Muñoz Figueroa	84

**REGIÓN DEL MAULE**

Cuando la Chepa conoció el cielo, David Alexis Norambuena Barros	86
Nunca será tarde, Paulina Alejandra Sepúlveda Berra	88

**REGIÓN DEL ÑUBLE**

Brillantes lenguas de fuego, Alejandra Cruz Aravena	90
Aromos florecidos, Gabriel Hernández	92
La dulce espera de la abuelita Cristina, Lorena Paulina Blanco San Martín	94

**REGIÓN DEL BIOBÍO**

Caza, Francisco José Lastra Concha	96
La calchona, Enrique Ulises Silva Rodríguez	98
Chiringuito y el capataz, Karen Bahamondes Gallegos	101

**REGIÓN DE LA ARAUCANÍA**

Luna rota, Francisco Eladio Méndez Castro	103
Tierra de fuego, Ximena Campos	106
Sombras ocultas, Oscar Javier Medina Maureira	108

**REGION DE LOS RÍOS**

Descosido, Jenifer Kattia Novoa Álvarez	110
En las duras y las maduras, José Francisco Montesinos Delgado	111



Chicha de manzana limoná', Jack Elkyon	113
Doble expiación, Sebastián Andrés Barriá Chacón	115
<b>REGIÓN DE LOS LAGOS</b>	
Un poco de sal, Guillermo Francisco Canales Domich	118
El cordero de Dios, Edward Fernando Rojas Vega	120
<b>REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO</b>	
Josefina en paciente aguardo, Judith Marcela Toro Soto	123
El precio de una vaca, José Francisco Muñoz Serón	125
El agua bendita de San Juan, Juan Carlos Bahamonde Gómez	128
La oscuridad tuvo la culpa, Nelson Remigio Balboa Cisterna	130
<b>REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA</b>	
Las lágrimas del hacha, Katuska Valentina Oyarzun Neilson	133
La estancia, Vicente Caballero	136
<b>POESÍA DEL MUNDO RURAL</b>	
<b>PREMIOS NACIONALES</b>	
La aceituna y el olivo, Moisés Edelberto Álvarez Monroy. Región de Atacama	141
Arpilleras sobre el alcoholismo rural, Felipe Gustavo Rodríguez. Región del Ñuble	142
En los cuernos de la luna, Julio César Corvalán Norambuena. Región del Maule	144
Kiñe Kushe Maikoño, Florencio Manquilef Huichal. Región de La Araucanía	146
<b>REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA</b>	
Abriles de norte adentro, Pedro Claudio Lagunas Díaz	147
La culpa fue suya, Sofía Salinas Acosta	148
Vino Pintatani, Héctor Manuel Jesús Morgado Gómez	149
<b>REGIÓN DE TARAPACÁ</b>	
El desconocido, Héctor Jonathan Barraza Ahumada	150
Como parte del paisaje, Víctor Homero Vives Romero	151
Cuando el cóndor fue dueño del norte, Andrea Alejandra Carvajal Almonacid	153
<b>REGIÓN DE ANTOFAGASTA</b>	
San Pedro de Atacama en séquito, Tania del Carmen Sepúlveda Inzunza	155
Llora la tierra, Irma del Carmen Fernández Cabrera	157
¡Otra vez el chupacabras!, José Morales Salazar	159

**REGIÓN DE ATACAMA**

Menú de amor para la semana en el valle del Huasco, Juan Carlos Rivera Ávalos	161
Recordando, Adriana Elvira Godoy Guiroux	162

**REGIÓN DE COQUIMBO**

La agonía del Elqui, Manuel Carmona Varela	164
Bandurria, Marcelo Arredondo Pozo	165
Memoria de los ladrones muertos, Ismael Efraín Rojas Carvajal	166

**REGIÓN DE VALPARAÍSO**

Vakai, la primera madre de Rapa Nui, Sandra Sofía Abarca Fariña	167
Mi pueblo en poesía, Yanara Ximena Cristal Domínguez Vázquez	169
Mi gallina Patata, Isidora Ponce	171

**REGIÓN METROPOLITANA**

Ya no le importa al patrón, Osvaldo del Carmen Rojas Riveros	172
La sonrisa de la Pincoya, Danae Montserrat Lobos Arévalo	173
Arado de palo, Emilio Narváez Vilches	175

**REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O'HIGGINS**

Marchigüe de tradiciones, Luis Humberto Fuentes Castro	177
Entre álamos y pámpanos, Paula Elisabeth López Romero	178
Don Abelino, Rodrigo Alejandro Torres Garrido	180

**REGIÓN DEL MAULE**

Bosque, Teresa Elizabeth Cornejo Valdés	182
Elogio a ti, maestra rural, Juan de Dios Muñoz Norambuena	184

**REGIÓN DEL ÑUBLE**

Mortandad, Romina Contreras Orellana	186
La trilla, José Luis Montes Verdugo	188

**REGIÓN DEL BIOBÍO**

Cuando el diablo andaba suelto, Adela del Carmen Bascuñán Godoy	189
Entre el gallo y las gallinas, María Lorena Poblete Bustos	190
El llanto de Quiñenco, Samuel Alejandro Suazo Vargas	191

**REGIÓN DE LA ARAUCANÍA**

¿Dónde están los niños?, Fabiola Andrea Flores Ulloa	193
¿Quiénes son ellos?, Sebastián Alberto Azócar Oyarzo	196
Coñaripe: sendero de guerrero, Marcia Beatriz Aninat Varas	197



## REGIÓN DE LOS RÍOS

Por favor..., Kack Elkyon	199
Caballo de troyo, Felipe Orlando Álvarez Pino	201
Navegantes, Felipe Orlando Álvarez Pino	203

## REGIÓN DE LOS LAGOS

Décimas para Cochamó, Carlos Alberto Bahamondes González	204
En el campo, el amor y viceversa, Felipe Andrés Vásquez Soto	206
Pükem, César Alejandro Opazo Reyes	208

## REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

Tardío amanece el recuerdo en un puestero, Erik Varas Manríquez	209
En Coyhaique vive un pájaro, Pedro Felipe Rodríguez Araya	211
Soneto al bosque nevado, Alejandro Montiel Gallardo	212

## REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

El loco, Iván Darío Rojel Figueroa	213
Madera a la deriva, Domingo Abelli Ossandón	215
Equipaje austral, María Antonieta Barrientos Bahamondez	216
La tierra sin memoria, Agustín Esteban Caro Salgado	218
Vientos de encanto Selk'nam, Ariana Paz Manquemilla Queipul	219

## ME LO CONTÓ MI ABUELITO

### PREMIOS NACIONALES

El diente de ajo, Miel Almendra Antonella Caulli Soto. Región de Los Lagos	223
La sombra del jote, Martín Amaro Peña González. Región Metropolitana	224
El ladrón de recuerdos, Eduardo Enrique Cea Garrido. Región del Bío Bío	226
Kloketen, Camila Loreto Yakasovic González. Región de Valparaíso	227
La leyenda de los dos toros, Jabiera Ximena Rubina Cortés. Región de Coquimbo	228

## REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Las vacaciones, Javiera Fernández Álvarez	229
Otro día comienza, Briguith Yamna Tapia Paripanca	231
La historia de mi abuelo, Karla Ortiz Veliz	234

## REGIÓN DE TARAPACÁ

El dragón dormido de Tarapacá, Nathalia Ramírez Araya	236
Cómo nace nuestro escudo, Antonia Montserrat Varela Carvajal	238
Los cuatro vientos, Lindsey Belén del Carmen Rodríguez Olmos	240

**REGIÓN DE ANTOFAGASTA**

La cebolla bailarina, Adbi Paloma Savitri Hernández Bhatia 241

**REGIÓN DE ATACAMA**

La niña de sal, Felipe Ignacio Contreras Julio 242

La casona en la cima del cerro, Sebastián Ignacio Riveros Vicente 245

Los quesos de la familia Portilla, Fabián Guillermo Alberto Guerrero Portilla 246

**REGIÓN DE COQUIMBO**

El valle del Encanto y las piedras tacitas, Guillermo de la Cerda Marincovich 247

El poncho, Victoria Amelia Gutiérrez Morales 248

Juan y medio, Nayeli Cifuentes Fajardo 249

El Cascocha, Emilia Álvarez Rosas 250

**REGIÓN DE VALPARAÍSO**

El desorden de mi tata y la fiesta de santa Rosa de Lima, Miguel Eduardo Medina Tamayo 251

El quillay, Carla Andrea Díaz Araya 252

El maravilloso tesoro de El Convento, Monserrat Carolina Farías Fruth 253

**REGIÓN METROPOLITANA**

El remolino de las mariposas, Emilia Lucía Salas Herrera 255

Los gansos vuelan libres, Antonia Paz Lagos Novoa 256

**REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O'HIGGINS**

La chancha salvaje, Javier Andrés Cornejo Céspedes 258

Don Carducho, Massiel Aracely Pérez Herrera 259

El hombre misterioso, Natacha Catalina Villegas Espinoza 260

**REGIÓN DEL MAULE**

El pequeño cocinero mapuche, Vicente Alejandro Cortes Jauregui 262

El Pacho Huaipino, Sofía Paz Romero Valdés 263

El amor secreto, Claudia Danae Gutiérrez Inostroza 264

**REGIÓN DEL ÑUBLE**

¿Mi madrina es un Tue Tue?, Florencia Ceballos 265

Mi tata el tallador, Benjamín Galindo Elgueta Sepúlveda 266

**REGIÓN DEL BIOBÍO**

El terreno milagroso, Karime Isidora Leyan Beltrán 267

Llalín Kushe ka pu ngerefe, Paloma González Fonseca 269



## REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Cómo nació el pueblo mapuche, Matías Quiriban Huentecura	270
El zorro que se convirtió en machi, Natalia Quiriban Neculqueo	272
El bosque encantado, José Miguel Gallardo Sánchez	273

## REGIÓN DE LOS RÍOS

La llorona de Pellinada, Natalia Alexia Becerra Aburto	274
La chonchona, Martín Alejandro García Irribarra	275
Los niños y el puma Jack, Damián Andrés Díaz Oyarzo	277

## REGIÓN DE LOS LAGOS

Margarita, la niña del bosque, Vicente León Naour Cheuquepil	279
Viaje a otra isla, Boris Hollstein Cárdenas	281
La taza de café, Catalina Nahuin	284

## REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

El día en que el sol se ocultó, Laura Katuska Bracho Cárcamo	286
La aventura de mi abuelo, Jesús Manuel Águila Díaz	287
La laguna verde oscuro, Lucía Estela Aguerri Contreras	288

## REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

Mi sueño, Laura Sofía Álvarez Díaz	289
Mi abuelo, Catalina Ignacia Gatica Ampuero	291
El ovejero, Daniel Eduardo Millalonco Alvarado	293

## CATEGORÍA DIBUJO

Jurado Nacional	297
Premios Educación Básica	298
Premios Educación Media	302





## PRESENTACIÓN

Nos es muy grato presentar esta nueva edición del libro Antología del concurso Historias de Nuestra Tierra, en su versión 2019. Esta publicación no solo reúne las mejores obras de este certamen tan valioso que año a año organiza FUCOA, sino que también representa un fiel reflejo de las historias, costumbres y tradiciones del campo y del mundo rural de nuestro país.

Leer cada pasaje de este libro nos transporta y nos conecta con esa sabiduría y riqueza de la ruralidad, que debemos preservar para las generaciones actuales y futuras. Como Ministerio de Agricultura hemos querido darle al mundo rural el lugar que merece, pues allí se encuentran las raíces de lo que es y lo que significa Chile. La Política de Desarrollo Rural que hemos impulsado busca precisamente eso: revalorizar la ruralidad, su cultura e importancia para el país. El concurso Historias de Nuestra Tierra, tanto el certamen mismo como sus libros y publicaciones, cumple este mismo y valioso fin.

Es importante destacar que junto a sus categorías tradicionales, desde 2019 el concurso se abrió al mundo de los dibujos e ilustraciones, lo que amplía las expresiones artísticas con las que los participantes de todo el país pueden compartir sus historias y tradiciones del campo, multiplicando además el invaluable patrimonio cultural que esta iniciativa de FUCOA acoge y difunde todos los años.

Los invitamos a disfrutar de este libro, a conectarse con nuestro mundo rural y campesino y a participar en el concurso Historias de Nuestra Tierra, para seguir juntos revalorizando la cultura y ruralidad de Chile.

Antonio Walker Prieto  
Ministro de Agricultura

Francisca Martin Cuadrado  
Directora Ejecutiva FUCOA



## JURADO NACIONAL Historias Campesinas



Osvaldo Cádiz

Nació en San Fernando, provincia de Colchagua, en 1939. Es profesor de Estado de la Pontificia Universidad Católica de Chile; investigador e intérprete de la cultura tradicional y popular de Chile; Investigador asociado y exprofesor adjunto de la PUCV; Director de la Academia Nacional de Cultura Tradicional Margot Loyola Palacios; jurado del Festival Nacional del Folklore de San Bernardo y jurado de los Premios Pulsar. También participó como jurado pre-seleccionador, y jurado de sala, del Festival de Viña del Mar; participó como conductor, junto a Margot Loyola, de diversos programas radiales y televisión. Exdirector del departamento de Cultura Tradicional del Ministerio de Educación y exintegrante de la comisión para la creación artística del Ballet Folklórico Nacional. Es coautor, junto a Margot Loyola, de los libros La Cueca: Danza de la vida y de la muerte (2010), 50 Danzas Tradicionales y Populares en Chile (2014). Autor de Juegos Tradicionales y Populares en Chile (2018).



Héctor Velis-Meza

Nació en Santiago en 1949. Es periodista, autor y editor de libros, y académico universitario. Se define a sí mismo, como curioso de oficio y lector impenitente. Ha publicado más de 48 volúmenes relacionados con el lenguaje y las costumbres. Vive en el valle de Ocoa, en la tierra de la palma chilena, frente al cerro La Campana.



Diego Zúñiga

Nació en Iquique en 1987. Es periodista y escritor. Ha publicado las novelas Camanchaca (2009), Racimo (2014), Soy de Católica (2014) y el libro de cuentos Niños héroes (2016). Ha recibido diversos reconocimientos, como el Premio a la Creación Literaria Joven Roberto Bolaño 2008. Sus libros se han traducido a diversos idiomas y en 2017 fue elegido como uno de los 39 mejores escritores latinoamericanos jóvenes por el Hay Festival.



Manuel Peña

Nació en Valparaíso en 1951. Es escritor, profesor de castellano y especialista en literatura infantil y juvenil. Autor de libros de cuentos, novelas, crónicas y poesía infantil de tradición oral. Premio Gran Angular por la novela Mágico sur. Profesor de cursos de magísteres de las universidades Andrés Bello, Alberto Hurtado y San Sebastián. Profesor de seminarios y talleres literarios que ha dictado en Chile y Latinoamérica.



Claudia Olavarría

Nació en Santiago en 1980. Es licenciada en letras, máster de promoción de la lectura y literatura infantil de la Universidad de Castilla. Coordinadora General de la Biblioteca Escolar Futuro UC y, socia y editora de Gata Gorda Ediciones.



## PALABRAS DEL JURADO

## Historias Campesinas

El conocimiento de nuestras raíces para proyectar el futuro

**E**n la presente edición del concurso Historias de Nuestra Tierra la temática más recurrente fue, sin duda, el recuerdo nostálgico por las experiencias vividas en la infancia de los autores. La mayoría están relatados en ambientes rurales del norte, centro y sur de nuestro país, y en todos se percibe una añoranza por esos momentos que ya se fueron, y que, la mayoría de los protagonistas, atesoran profundamente en sus recuerdos.

La segunda temática está relacionada con creencias, mitos y leyendas. Pero, debo destacar aquella referente a las distintas experiencias de vida de los profesores rurales. Muchas de ellas se desarrollan en escuelas campesinas unidocentes, a las cuales tuvieron que llegar para descubrir nuevos mundos que terminaron por deslumbrarlos, y que marcaron para siempre sus vidas, así como las vidas de quienes fueron sus alumnos.

Cuando las comunidades conocen en profundidad sus pertenencias, las cuida y las respeta, porque se sienten en ella identificados y, naturalmente, estos relatos, con sus historias, nos permite descubrir que somos un pueblo diverso y a la vez único. Desde el altiplano, de nuestro Norte, hasta las gélidas aguas de nuestra Patagonia.

Con Margot siempre conversábamos que, para entender nuestro presente, debíamos mirar, o conocer, nuestro pasado. Solo así, con este conocimiento y esta seguridad de estar pisando en tierra firme, permitiría proyectarnos hacia el futuro, sin renunciar a lo que somos.

Entendiendo así lo que fuimos, lo que somos y lo que seremos.

Oswaldo Cádiz  
Presidente del jurado

## JURADO NACIONAL Poesía del Mundo Rural



Paula Ilabaca

Nació en Santiago en 1979. Escritora y editora. Ha participado en diversos festivales de poesía en Latinoamérica y Europa. Entre sus publicaciones destacan en poesía *La perla suelta* (2009) y la novela *La regla de los nueve* (2015). Premio Pablo Neruda 2015, Premio Juegos Florales 2014, Premio de la Crítica de Prensa Literaria en Chile UDP 2010. El año 2016 inauguró la micro editorial Cástor y Pólux que desarrolla dos líneas de publicación: poesía hispanoamericana e ilustración. Se dedica a la docencia y a talleres literarios.



Andrés Montero

Nació en Santiago en 1990. Es escritor y narrador oral, autor de diversos libros para público juvenil y adulto, en los que busca enlazar la literatura y la tradición oral chilena. Entre sus libros destacan *Taguada* y *Alguien toca la puerta*. *Leyendas chilenas*, los que recopilan historias, décimas, cuartetos y poesía popular chilena. Como contador de historias, se especializa en la investigación y narración de leyendas del folclor nacional. Ha recibido diversos reconocimientos literarios, entre los que destacan el X Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska, el Premio Marta Brunet y el Premio Municipal de Santiago. Es director de la Escuela de Literatura y Oralidad "Casa Contada".



Jorge Cid

Nació en Cañete en 1986. Es poeta y Docteur en Langue et Littérature Romane por la Université de Poitiers. Como poeta ha publicado *Labia Larvaria* (2009) y *Éxodos* (2019). Recibió el Premio Juegos Florales (2005) y la Beca de Creación Literaria del Consejo Nacional del Libro (2006). Fue becario de la Fundación Neruda durante el año 2015. Como investigador ha editado *Una lengua en trance: Carmen Berenguer y Reynaldo Jiménez, poetas que nos interpelan* (2019) y coeditado *Contrarreforma Católica, implicancias sociales y culturales: Miradas interdisciplinarias* (2019).



Domingo Pontigo

Nació en 1939. Es cantor a lo humano y a lo divino, premiado por la UNESCO como Tesoro Humano Vivo e Hijo Ilustre de la comuna de San Pedro de la Providencia de Melipilla, tierra donde ha vivido toda su vida. Ha editado seis libros. Es frutillero y desde hace 15 años trabaja haciendo talleres de canto a lo divino y lo humano en su comuna y en la región de O'Higgins.



Ina Groovie

Nació en Santiago en 1980. Es profesora de lengua castellana y comunicación, imparte talleres de redacción creativa y colabora con diferentes medios, siempre desde la crítica, recomendación y divulgación literaria. Ha sido conductora de programas radiales desde 2006 y es voz comercial. Su Instagram de recomendación de libros es @ibaconlibros.



## PALABRAS DEL JURADO

## Poesía del mundo rural

La trascendencia de la poesía como registro en el nuevo Chile

Pasan los años, decenios y siglos y la poesía, la palabra poética, continúa siendo uno de los pilares de la memoria cultural de un pueblo. Armada de versos y rimas, que no son otra cosa que palabras acompañadas a un ritmo, se constituye a sí misma como un bastión imposible de abandonar y que seduce, tanto a grandes como pequeños autores a intentar escribir un poema. Creemos que es este el espíritu que convoca a cada uno de los autores y autoras a enviar sus trabajos a esta hermosa convocatoria de Historias de Nuestra Tierra.

Un concurso de estas características se convierte sin lugar a dudas en un aporte al rescate cultural del Chile rural. Acostumbrados y acostumbradas a la lectura de una poesía más contemporánea y, por qué no decirlo, urbana, este tipo de certámenes se convierten en una invitación a tomar todas esas historias y voces que deambulan por la diversa geografía de nuestro país y pasarlas al papel. Ambientados en sitios y paisajes fuera de la metrópoli, estos ritmos adquieren la permanencia de la naturaleza, vertida en imágenes y lenguaje en los textos recibidos en la categoría de Poesía de este concurso.

La abundancia de metáforas y comparaciones en nuestra habla chilena, permite el traspaso casi natural de situaciones cotidianas al habla poética. La poesía, entonces, viene a aportar la posibilidad de un registro de esas voces y de hacer memoria, algo tan complejo en una sociedad inundada de actos simultáneos y de corta duración, donde se acostumbra a dejar de lado lo que permanece en el tiempo. Todo parece ser desechable: desde los registros en redes sociales, los que pueden modificarse, borrarse e incluso editar, hasta las relaciones con otros y otras. Es aquí donde la poesía, enmarcada en este tipo de contextos, emerge con una vital trascendencia, una voz que tiene mucho que decir en este nuevo Chile que comienza a gestarse.

Paula Ilabaca  
Presidenta del jurado



## JURADO NACIONAL Me lo contó mi abuelito



Sonia Montencino

Nació en Santiago en 1954. Es antropóloga y escritora, profesora titular del Dpto. de Antropología y coordinadora de la Cátedra Indígena de la Universidad de Chile. Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales (2013). Experta de Chile y Latinoamérica ante el Órgano Evaluador del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad de Unesco. Recibió en 2005, el Premio Altazor por el libro Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos, que reeditó en 2015.



Esteban Cabezas

Nació en Santiago en 1965. Es periodista, crítico de gastronomía y escritor de literatura infantil. Algunos de sus libros son: La saga de Julito Cabello, María la Dura (Premio Barco de Vapor) y La tortulenta (Premio Ibbby Chile).



Zoila Díaz

Nació en Santiago en 1981. Educadora de párvulos y se desempeña actualmente como profesional del departamento de Educación Rural de la división de Educación General del Ministerio de Educación.



Josefina Hepp

Nació en Edimburgo, Escocia en 1982. Agrónoma, Máster en Protección y Manejo Ambiental de la Universidad de Edimburgo y Doctora en Ciencias de la Agricultura de la Pontificia Universidad de Chile. Sus intereses están centrados en la conservación de la biodiversidad y sustentabilidad, siendo el foco de sus investigaciones la flora nativa. También es escritora de libros infantiles informativos y de ficción, como La época de las semillas, De brujas caprichosas y hadas desencantadas y Auxilio, socorro. Historia de un malentendido, que escribió junto a su padre.



Mauricio Paredes

Nació en Santiago en 1972. Ingeniero civil eléctrico de la Pontificia Universidad de Chile y escritor. También se dedica a la investigación y difusión de la literatura infantil. Entre sus títulos destacan: ¡Ay, cuánto me quiero!, La familia guácatela y La cama mágica de Bartolo.



## PALABRAS DEL JURADO

## Me lo contó mi abuelito

El rescate de la cultura popular desde la mirada de niños y niñas

**E**n esta nueva versión del concurso pudimos apreciar que se mantienen los relatos inspirados en tradiciones orales de larga data, variaciones sobre los mismos o bien textos que se inspiran en sus tópicos para crear nuevas interpretaciones (aparecidos, el diablo, sirenas, el zorro, entre otros). Del mismo modo, se aprecia que hay continuidad con los imaginarios regionales, a veces, relejendo sus fisonomías, otras dándoles matices diversos (como los pueblos fantasmas del norte, los cerros de la zona central, los bosques del sur y las lagunas del sur austral). Asimismo, desde los pueblos originarios se escucha cada vez con mayor fuerza la entrega de una rica trama de cuentos que dibujan los problemas actuales como las viejas enseñanzas de los(as) antepasados(as). Emergen como nuevos imaginarios las identidades sexuales, los temas de género (las mujeres y su lucha por la sobrevivencia), así como relatos ligados a la identidad nacional, destacando una recuperación de la memoria de personajes masculinos, tales como el “Pacho Huaipino”, “Juan y medio” y “Don Carducho”.

En casi todos los escritos enviados al concurso de este año se asoman las emociones, sentimientos y también reflexiones que los(as) niños(as) expresan plasmando modos de ver y vivir el mundo, recibidos o inscritos en la vida contemporánea. Así, la cadena de transmisión desde las culturas locales o familiares se entrelaza con las nuevas miradas y el pulso de la época. La valoración que ellos (as) hacen de determinados temas nos lleva a preguntarnos por cómo los (as) adultos (as) los hemos invisibilizado o hemos sido poco sensibles en reconocer lo fantástico, lo lúdico, los mensajes, las historias recogidas y recontadas con todo el sustrato simbólico de la cultura popular que los (as) niños (as) escriben.

No queda si no celebrar esta nueva versión de las Historias de Nuestra Tierra y animar a su lectura toda vez que esta nos devolverá parte de los imaginarios que nos constituyen como comunidad y podremos disfrutar, en muchos casos, de una buena escritura que enriquecerá el día a día con voces que no son más que el gesto amoroso de reescribir sobre un universo heredado.

Sonia Montecino  
Presidenta del Jurado





# ✦ Historias campesinas

Cuentos escritos por jóvenes mayores  
de 14 años y adultos





## Baltra Aucó

Nicolás Medina Cabrera

Esta historia tal vez abunde en minucias. Asumo las magnificaciones y el regusto mitológico de esta despedida. Pero no se me acuse de fantástico. Admito que el lector pueda dudar de la verosimilitud de los hechos. De eso se trata todo: hechos concatenados, aire herrumbrado en mis pulmones, días que lijaron mis pupilas hoy tan secas.

Recuerdo que nuestra nave portaba el estandarte de España y que el viento austral de América nos condenó sin sutilezas. El mar me vomitó a estas costas, solo, agónico, con una pierna triturada y el cuerpo llagado. A duras penas conseguí hacer fuego en una cueva. El perfume del humo, tal vez un leve resplandor en la boca de la caverna, alguna señal de mi supervivencia, alertó a los isleños. Acudieron a socorrerme en grupo. Usaban un castellano que cercenaba silabas y plurales. Mientras me conducían a una curandera, aposté hallarme en un remedo de Andalucía. Las facciones indias y conversaciones dispersadas en mapuche me convencieron de que me encontraba en las lejanías chilenas.

Gasté unas semanas de convalecencia. Entre sahumeros y amargas infusiones repetí mi antiguo nombre: Baltra Aucó. Al recuperarme y salir del oscuro habitáculo de la curandera, descubrí que los lugareños insistían en dos cosas, a saber: deformar mi nombre catalán y repugnar mi apariencia. Obraban justamente en lo segundo, como comprobé al asomar mi rostro en un charco. No exagero al confesar que hasta el agua sintió asco. El naufragio había machacado mi cara contra las rocas bautizándome como un ser abominable. Por el bienestar de mi estima (y compasión hacia los locales) resolví confinarme en los bosques.

Tardé poco en concluir que la soledad no sería total y pura. Había varado en páramos de blanda hostilidad. Si bien la lluvia tiranizaba los cielos, los escasos hombres anclados en tierra eran afortunados, ya que incluso los jovencitos se hacían a la mar. En la costa quedaban enfermos, viejos, niños de pecho y un racimo de burgueses pobres. Muchos embarcados morían o demoraban años en regresar. Las mujeres solitarias y núbiles, por ende, multiplicaban deseos y acababan derrumbándose ante el pecado. La primera en deshonorar mi cabaña ermitaña fue una viuda joven. La noche se *apenachaba* de nubes y creo que ella se llamaba Ana. Rozaba los veinte años y su osatura se ensanchaba en las caderas. El deseo le entibiaba los muslos y supo esquivar mi *horripilancia*. Cerró los ojos, disipó aullidos y luego tapó el ventanuco de mi rústica morada. Conversamos de espalda al fuego y compartimos una botella de licor de oro. Al verla partir, intenté descifrar mi extraña ventura y la verdad de su satisfacción.

Mis atributos de sátiro adquirieron alas de rumor. Esparcidas las palabras, el soñoliento pueblo me confirió estatuto de misterio. El párroco (enemigo de supersticiones ajenas a la cruz) cubrió a la joven viuda de oprobio; nunca creyó que la criatura germinando en sus entrañas fuese responsabilidad de mi sangre, de la cuestionable hombría de un ermitaño desgraciado y tullido. El revuelo de la viuda embarazada no operó como advertencia; al contrario, inflamó la lujuria de otras mujeres.

La segunda convino a mis ansias y sospecho que se llamaba María. Su tacto, en la tiniebla, anuló su miedo y mi rotunda fealdad. Cuando la tercera se entregó a mí, a plena luz del día, calculé la fundación de una liturgia y dejé de memorizar rasgos y nombres. La ceremonia carnal se repetía con regularidad; invadían dulcemente mis dominios ferales y me apertrechaban de alimento. Y luego remedaban el sendero, felices, fértiles, arrastrando los pies y remordimientos que les encorvaban la postura. Después del encuentro se les poblaba el vientre. Los vecinos las recelaban y el párroco las trataba de vulgares magdalenas. Algunas mantuvieron el secreto; las más, sin embargo, indicaron mi persona. Los hombres fueron incitados a odiarme y organizaron una partida de caza. Una amante me alertó a tiempo y salvé mi pellejo arrojándome a un riachuelo. Entonces me enlacé a los hábitos de las bestias, cada vez más furtivo, más nómade.

Hice de la isla Grande mi universo clandestino. Los días mutaron en meses; los meses en años. Fueron décadas de miserable itinerancia, de vida desgranada entre los andurriales de Chiloé. Y fallaría al tentar una cifra, un recuento de mis amores. La certeza, eso sí, me susurra algo: fueron más de mil mujeres y todas consintieron con gozo. En mi apogeo juré que la mitad de los isleños eran hijos, nietos o parientes míos. No me venció el temor o la posibilidad de un incesto. El tiempo se encargó de erosionar mi arrogancia, mi ilustre infamia, incluso la sed por el cuerpo femenino.

Un día me atreví a renegar de la seguridad de los bosques. Del antiguo pueblo persistía únicamente la iglesia de madera. Vi construcciones monstruosas y artefactos satánicos; la gente vestía y hablaba otro castellano. No conseguí avistar un solo caballo. Yo sabía que el trastorno era factura del tiempo, la sucesión de calendarios que algunos tildaban de “progreso”. Me entristecí al reputarme olvidado. Yo era carne de museo. Caminé sin rumbo, permuté una vieja cruz de oro por dinero y entré a una taberna. Arrendé una pieza del segundo piso y bajé a beber en el mesón. Nadie se empalideció del asombro. La cerveza era fría como el témpano y mi presencia era omitida. Sin embargo, un fisgón tuvo que reconocer mi figura entre la neblina del tabaco.

A los días llegó un hombre; se presentó como receptor judicial y me comunicó que una mujer había entablado demanda en mi contra, acusándome de paternidad. Reí con la fuerza del ridículo, despedí al tipejo chasqueando los dedos y destrocé el papel en su propia cara. ¿Qué podía importarme a mí un juicio? Yo, que tal vez era padre o abuelo del juez y de la mitad de los tinterillos del tribunal. El receptor regresó al día siguiente, con otras veinte copias de demandas, dos carabineros y un coro de curiosos. Me cegaron con destellos emitidos por máquinas demoniacas y me encadenaron las manos sin delicadeza, trasvasijándome a un calabozo.

Ahora estoy solo. Mido por última vez la celda, la luna acerada tras los barrotes, toda la vanidad del mundo. Los grillos suavizan el frío y erosionan el filo de la noche. Desde un principio menosprecié a mi pálido abogado. Trató de infundirme valor y explicó que no me pasaría nada. A estas alturas o bajezas, repliqué, que algo pase o no, me es indiferente. Por eso lo despaché y comencé a escribir este adiós. No me adentraré en la muerte por cuestiones de justicia; lo haré, fiel a los valores de mi época: para evitar la burla y una compasión aborrecible. Este ya no es mi mundo y yo no soportaría ser tratado como una reliquia desdentada. Jamás me prestaré al espectáculo humorístico de declarar, frente a un juez y a toda la ciudad de Castro, que yo, Baltra Aucó, nacido en Girona, archiconocido en estos lares australes como “El Trauco”, preñé a casi todas las ancianas que me señalan como padre de sus ya crecidos retoños.

El descuido de un policía me facilitó un cinturón. El cuero sostendrá fácilmente el peso de mi muerte. Mis pies flotarán gráciles, como plumas de cisne, a treinta centímetros del suelo. Finalmente seré una leyenda chilena.

31 años  
La Florida  
Región Metropolitana  
**Primer lugar nacional**  
**Primer lugar regional**



## Las siete vidas del “Gato cambita”

Hernán Chávez Cabello

En los breves instantes que lograba empujar la cabeza por encima del nivel del agua, movía los brazos y el agua se agitaba de un lado a otro formando ondas expansivas que rebotaban contra las paredes cubiertas de la cisterna. Eran como pequeñas olas en una piscina que realmente no era piscina. Aunque gritaba por auxilio, su voz apenas era audible en la bulliciosa noche azapeña de noviembre. En medio de su angustia, sentía como si los hombres que estaban en la orilla estuvieran esperando que el estanque se lo tragara. De hecho, no hacían nada para prestarle ayuda, parecían demasiado absortos en su jolgorio de vino y charqui. Sin embargo, no había tiempo para pensar ni sentir nada, pues lo único cierto era que estaba a punto de naufragar en ese mar de aguas estancadas que servían para regar la parcela de don Yusef.

La parcela de don Yusef era un predio de 20 hectáreas en el valle de Azapa, en el que el cultivo del olivo comparte suelo, agua y hombres con el de las hortalizas, marcando un fuerte contraste en lo tocante a los sistemas de irrigación. Mientras los olivos son regados con el ancestral sistema de inundación, como si las condiciones del suelo fueran una gran maceta, las hortalizas son hidratadas mediante el sistema de riego por goteo con comando computarizado para el bombeo del agua. El estanque de carga tenía forma rectangular y era de gran dimensión, depositario de los metros cúbicos del líquido elemento. Su alimentación provenía del canal matriz del valle de Azapa.

Tan solo unos minutos antes de tomar el chapuzón en el estanque, el hombre había estado bebiendo con sus compañeros de trabajo en aquella jarana nocturna. Siempre hay un motivo para celebrar, para celebrar algo. Aquella vez, había que festejar el final de la cosecha del tomate y para ello no podía faltar el trago ni lo otro. El consumo era ilimitado y finalizaba solo cuando llegaba el momento en que caían a tierra los contertulios a medida que sucumbían a la borrachera y el cansancio. Estas celebraciones entre los trabajadores agrícolas del valle, se conoce cómo empiezan, pero nunca se sabe cómo terminan.

El día de esa agitada noche había comenzado bien para Ricardo Flores, un migrante boliviano de 22 años, esforzado trabajador agrícola del valle de Azapa. Había llegado con sus hermanos mayores ocho años antes desde Santa Cruz de la Sierra. Era conocido como el “Gato cambita”. Lo de “gato” venía porque, al igual que aquel felino, parecía gozar de siete vidas. En varias ocasiones había estado a punto de perderla, pero se había salvado. Y lo de “cambita” era el diminutivo correspondiente por su origen étnico, ya que provenía de la población indígena de los llanos del oriente tropical boliviano. Un descanso reparador la noche anterior le había permitido abrir los ojos con tranquilidad en esa nueva jornada, pero dicen que a veces lo que comienza bien, termina mal.

Ahora, los manotazos que estaba dando con desesperación agitaban el agua del estanque y de pronto parecía como si estuviera en medio de una marejada con olas cada vez más furiosas que se le venían encima y, antes que pudieran remecerlo, tomaba aire y volvía a sumergirse. A decir verdad, no tenía muchas opciones: si se cansaba y tragaba agua iba a morir ahogado en aquella cisterna; si se esforzaba por salir nadando, no podía, porque, a pesar de que en su corta vida había aprendido muchas cosas en el valle, no sabía nadar, y ese no era el momento ni las circunstancias para aprender a hacerlo. Y aunque hubiese sabido nadar, las resbalosas paredes oblicuas del estanque revestidas con geomembrana fabricada con resinas de polietileno, le habrían hecho muy difícil la salida por sí solo.

Mientras su embriagada mente pensaba en estas cosas y trataba de mantener la cabeza erguida para respirar sin tragar agua, en fracción de segundos, un cúmulo de recuerdos de lo que había sido su vida hasta entonces, vinieron a buscarlo de golpe. Comenzó a ver con mediana claridad algunos episodios de su existencia. Aunque estaba en shock, aquello no era obstáculo para que pasara revista a esas evocaciones.

Entonces, apareció ante sus ojos el día en que, siendo niño en su natal Porongo, al cruzar la calle en su triciclo, una moto lo atropelló haciendo trizas el frágil vehículo, y su madre lo recogió del suelo todo magullado. De inmediato, se presentó la visión de cuando sus compañeros del tercero B lo dejaron encerrado en el laboratorio de ciencias muerto de miedo y de espaldas a las calaveras que parecían salir de la vitrina. A continuación, ahí estaba la imagen del momento en que contempló el rostro de su difunta madre que yacía en un cajón de roble antes de que la llevaran hacia lo que sería su última morada. Todavía no se desvanecía aquella visión y ya estaba viendo los ojos llorosos de su padre cuando le contó que el abuelo había muerto ahogado en el río Pirá cuando él era un niño, y cuánto había sufrido por ello. ¡No podía ser! Estaba a punto de repetirse la historia para su progenitor. Esos recuerdos le quemaban.

Sin embargo, tal vez las siete vidas del “Gato cambita” aún no llegaban a su final. No en vano se había salvado tantas veces, como cuando bebió por error de un plaguicida sin querer suicidarse ni mucho menos, o cuando lo mordió una araña de rincón que lo esperaba sigilosamente entre sus ropas de trabajo, o cuando se dio vueltas conduciendo el tractor con el coloso de arrastre, o cuando la escalera en la que estaba raimando se precipitó a tierra, o quizás cuando casi queda atrapado en el pañol de herramientas el día que este se quemó en un incendio. En fin, tantas experiencias peligrosas de las que se había librado. ¿Por qué esta no podría ser una más de ellas?

De pronto, volvió la mirada hacia una de las orillas de la cisterna. Le pareció que allí estaban su padre y su madre, sus abuelos, sus tíos y sus primos, todos sus hermanos y sus sobrinos, no faltaba nadie. Sintió que su fin parecía aproximarse a pasos agigantados, su vida, que colgaba de un hilo, estaba a punto de extinguirse sofocado por el agua. Era muy lastimoso lo que estaba sucediendo, pues había vivido tan poco y tenía tantas metas para su vida que no iba a poder alcanzar, todos sus proyectos iban a quedar abruptamente cortados.

Quería terminar sus estudios en el liceo nocturno; quería cumplir los requisitos para obtener licencia de conducir; quería comprarse un auto y volver en vacaciones a Porongo manejando; después regresar a Azapa, formar su propia familia, algún día tener su propia parcela y seguir trabajando la tierra.

Tres días después, lo encontraron flotando boca abajo en el estanque, hinchado como un globo. Las siete vidas del “Gato cambita” habían agotado su saldo. Fue en el mismo estanque cuyos comandos tantas veces manejó para irrigar los cultivos. Los olivos y las plantaciones de tomates, que por años ayudó a limpiar, podar, fertilizar, regar y cosechar, parecían llorar en silencio aquella tragedia de la cual habían sido mudos testigos en la noche azapeña en que todo esto ocurrió. Después, seguramente, sus patrones dirían que era un muchacho bueno, porque, en estos casos, buenos son los que se han muerto.

64 años

Arica

Región de Arica y Parinacota

**Segundo lugar nacional****Primer lugar regional**



## Ojos de cordero degollado

Rodrigo Eduardo Gaete Salazar

La mano le temblaba mientras sostenía el cuchillo y al observar el filo se vio a sí mismo, pálido y sudoroso, en el reflejo de la hoja. El mes siguiente cumpliría los once años de edad, pero pese a eso sus rasgos de niño se comenzaban a perder poco a poco dejando que un rostro adulto aflorara en medio de un pelo enmarañado y desordenado y un par de orejas de buen tamaño, heredadas de su abuelo Mariano, quien había llegado a esas lejanas tierras australes hace varios años, colonizando una pampa desconocida y fría, capaz de espantar a cualquier espíritu débil que aspirara a querer asentarse en esos parajes.

La lluvia que caía sin cesar había magullado la tierra dura, y pese a la costumbre de deambular por terrenos húmedos, sentía que el arma le pesaba en la mano y lo hundía poco a poco. Fue en medio de ese pensamiento cuando vio al cordero siendo arrastrado a tirones y a patadas, como negándose a avanzar, tal vez consciente que de aquel paseo no volvería más. La cuerda que por un lado estaba atada al cuello del animal terminaba en el otro extremo en la mano de don Enrique, su padre. El cruce de miradas entre progenitor y primogénito, lejos de entregar calma y comprensión, no hizo más que acelerar el corazón del niño quien, conocedor de su misión, sabía que defraudar a su padre era una de las peores cosas que le podrían pasar.

—Con *juerza* y adentro —le gritó don Juan, hermano de su madre, la señora Silvia—. No dejes que te intimide, hijo. Estos *diaulos* hacen de *to' pa'* salvarse.

Oído el consejo, nuevamente las pulsaciones aumentaron y el vaho de su respiración se hizo aún más evidente. El frío le invadía con fuerza cada una de sus extremidades entumecidas y la lluvia lo empapaba una y otra vez, mientras él, solo preocupado de que no se le cayera el cuchillo, había olvidado que estaba en el centro del ruedo y que a su alrededor se habían reunido muchos de los vecinos y amigos de la familia para contemplar tan magno evento. Se sentía como un gladiador romano en medio de la arena de un coliseo, de esos sobre los que le hablaba su profesor de historia, el señor Eduardo, maestro de avanzada edad, pero con una lucidez tremenda para recordar hechos históricos importantes.

Entre la multitud divisó a su madre, quien atendía a los comensales sirviendo el mejor vino de la casa. Ella le dirigió una mirada cómplice, como si comprendiera aquel instante de apremio en el que se encontraba, aunque eso fuera imposible.

—Ya, ¿*estái* listo? —el niño asintió con la cabeza.

El padre desató la cuerda alrededor del cuello del cordero y este intentó rápidamente huir del corral, por lo que los espectadores cerraron filas alrededor de él, bloqueando los huecos que pudiesen quedar y levantando las manos y gritando con fuerza, obligando al animal a enfrentar su destino en el centro del ruedo donde lo esperaba su contendiente, quien, con una postura desafiante que no lograba ocultar sus nervios infantiles y con el filo del puñal apuntando hacia adelante, lo esperaba atentamente, y al ver que el animal daba media vuelta y comenzaba a avanzar hacia su posición, entendió que su momento había llegado. Avanzó con firmeza, decidido a cumplir su cometido, aunque sin contar con la astucia del animal quien atacó primero saltando directamente sobre él, haciéndolo trastabillar hacia atrás, cayendo ambos gladiadores al barro helado. La blancura de la lana del animal se perdió completamente al tiempo que intentaba morder a su antagonista, quien hacía caso omiso de las risas y de las burlas de quienes observaban. Solo le importaba la mirada penetrante de su padre, quien desde una esquina observaba el espectáculo sin articular ninguna palabra. Parecía decepcionado ante cómo se estaban dando las cosas.

Los minutos en el suelo parecieron ser eternos y el animal pateaba y balaba con fuerza como si de un baile frenético se tratara, mientras que el niño seguía de espaldas a la tierra evitando los embistes. Entendía que la indómita bestia parecía estar consciente de que solo era un niño que nunca había matado ni siquiera

una gallina, porque aquello le parecía una actitud más que reprochable, y que, por ello, y gracias a los ruegos de su madre, las responsabilidades que su padre le solicitaba se reducían principalmente a ordeñar las vacas, recoger los huevos de las ponedoras y a encargarse del huerto de hortalizas ubicado detrás de la casa, pero en aquel momento era el cordero o él. La gloria eterna o la vergüenza más absoluta. Con un rápido movimiento atacó el cuello con una cuchillada segura y profunda, clavando con fuerzas y cerrando los ojos para que la sangre no lo encegueciera, esperando el desplome del animal, quien, lejos de cumplir su designio, pareció cobrar más fuerza y redobló su ataque, buscando la nariz y las orejas del niño quien no entendía cómo el animal aún seguía con vida. Las pezuñas le acariciaban las costillas sin sutileza.

—¡Le diste a la lana, idiota! —vociferó don Enrique, casi perdiendo la paciencia—. ¡Dale en el cuello de una vez, chiquillo de moledera!

El reto de su padre lo despabiló y con una nueva estocada que sí penetró la carne, la sangre comenzó a brotar a borbotones desde el animal que temblaba ante la certera cuchillada de quien se iba cubriendo poco a poco de una sangre que no era suya. Recordando las enseñanzas del padre, giró el puñal como quien introduce una llave en una cerradura y procedió a mover la hoja de derecha a izquierda, degollando venas y arterias, ampliando la herida mortal. El trabajo había concluido y el barro se tiñó de un rojo intenso, mientras los campesinos arrastraban el cuerpo inerte lejos del lugar de los hechos, al tiempo que las mujeres preparaban los vasos para brindar con el *ñache*<sup>1</sup> que fluía fresco y tibio. El asado comenzaría minutos después del ritual sanguinolento.

Los gritos de alegría de quienes observaban se convirtieron en ovaciones y el niño se quedó recostado en la tierra por un par de minutos. El olor de la muerte invadía su nariz y en medio del dolor de los pisotones de su rival, quien parecía haberle roto un par de costillas, su mente dibujó una imagen grotesca y difícil de olvidar: los ojos llenos de angustia, de miedo y de tristeza del cordero siendo degollado por su mano, frase tan típica por aquellos lares y que recién ese día, en una tarde de lluvia, en una de las estancias más australes del planeta, pudo comprender a cabalidad, pues era probable que él mismo, en ese preciso instante, tuviese la misma mirada de aquel que ya comenzaba a ser faenado por la hábil mano de los campesinos del lugar.

31 años  
Punta Arenas  
Región de Magallanes  
**Tercer lugar nacional**  
**Primer lugar regional**

<sup>1</sup> Ñache: comida tradicional de origen mapuche consumida en el sur Chile que se prepara con sangre fresca de animal y diversos aliños (nota del editor).



## La antara de Kunturi

Marcelo Patricio González Borie

Kunturi había escuchado viejas historias contadas por sus tatas, que le hablaban de que, en tiempos remotos, un hombre sabio había bajado desde las alturas del altiplano trayendo su conocimiento para que fuera aprovechado por todos quienes habían establecido sus viviendas en las quebradas que bajaban desde Tiwanaku<sup>3</sup> hasta el Pacífico. Este legendario hombre era llamado Thunupa Taguapaca y había traído la ciencia del cultivo en terrazas o *takanas* y los productivos camellones o *sukakullus*<sup>4</sup>. También les había enseñado a leer los cielos prediciendo tiempos de lluvia o de heladas y a la vez, había enseñado cómo llamar a la lluvia a través de los instrumentos musicales.

Kunturi siempre miraba en la agrietada pared de la *uta*<sup>5</sup> de sus tatas, una vieja *antara*<sup>6</sup> que, colgada, era el único testimonio de la presencia de aquel hombre sabio, un *nayjama*<sup>6</sup>, que había venido hacía tantos *willkakuti*<sup>7</sup> atrás y les había enseñado a los pobres agricultores aymaras, cómo aprovechar los escasos recursos para hacer más productivos sus cultivos. El tata Anku, le había enseñado que nunca usara los *sikus*<sup>8</sup> cuando esperaban la helada que permitía terminar el proceso del chuño<sup>9</sup>, pues las cañas llamaban a las lluvias, al *jallupacha*<sup>10</sup>, tal como lo habían aprendido directamente del mismo viajero Thunupa. Él les había repetido, además, que el agua perjudicaría la producción de la papa chuño, que era el principal sustento y método de intercambio de la comunidad para resistir todo el año. Esa temporada había estado muy seca, pero ya no importaba. Era junio y necesitaban que viniera la helada, y el frío no se hacía presente, poniendo en riesgo la producción y con ello, haciendo aparecer, ominoso, el fantasma de la hambruna para toda la comunidad. El joven Kunturi se desesperaba, pues veía la enorme preocupación y miedo en los ojos de sus padres y de todos los ancianos de la comunidad. Ellos ya habían padecido, años antes, el horror del hambre y no querían volver a pasar por estas preocupaciones nuevamente. Además, pensaban que, con la edad de muchos, una nueva temporada de hambre significaría ser la última para varios de ellos. Esa preocupación, ese terror, provocaba zozobra en la mente de Kunturi que no podía dormir pensando en cómo ayudar a su comunidad a sobrellevar este verdadero calvario.

Desde muy pequeño, Kunturi había demostrado ser un músico innato y dominaba a la perfección *sikus*, *tarkas*, *palxatas* y *pinkillus*<sup>11</sup>, y por eso, vio con cierto desdén, que la comunidad llamara a una tropa de *tarkas* de una comunidad vecina para que viniera a tocar para llamar a la helada. Se mantuvo alejado de la plaza, al frente de la centenaria iglesia, mientras la tropa ejecutaba sus canciones heredadas desde tiempos inmemoriales con sus ritos ceremoniales y el sacrificio en *wilancha*<sup>12</sup> de uno de los más grandes llamos que quedaban en los corrales. Pensó en que la *pawa*<sup>13</sup> no tendría los resultados esperados, pues, aseguraba para sí mismo, él tocaba mucho mejor que esos extraños que habían llegado con la promesa de llamar a la helada, y esa misma noche comprobaría que no habían logrado nada sin él. Kunturi, cada vez que salía de la casa de sus tatas, miraba la antara colgada y pensaba para sí mismo: «Esa antara no es de caña, es de piedra... Nadie la ha tocado en años; si yo la hiciera sonar, seguramente que el cielo me escucharía y traería la helada que tanto necesitamos».

<sup>2</sup> Tiwanaku: capital preincaica, en la actual Bolivia, centro espiritual y político de la cultura Tiahuanaco hace cerca de 3.500 años (nota del editor).

<sup>3</sup> Camellones o *sukakullus*: surcos elevados en lengua aimara (nota del editor).

<sup>5</sup> Antara: especie de flauta de pan, hecha con cañas de carrizo, a manera de una zampona pequeña, en lengua aymara (nota del editor).

<sup>4</sup> Uta: casa habitacional ubicada en las chacras y campos, donde se vive durante el año en lengua aymara (nota del editor).

<sup>6</sup> Nayjama: buscador en lengua aymara (nota del editor).

<sup>7</sup> Willkakuti: año nuevo aymara (nota del editor).

<sup>8</sup> Sikus: instrumento musical formado generalmente por dos hileras de tubos de caña de diferentes longitudes en lengua aymara (nota del editor).

<sup>9</sup> Chuño: resultado de la deshidratación de la papa, u otros tubérculos de altura en lengua aymara (nota del editor).

<sup>10</sup> Jallupacha: tiempo de lluvias en lengua aymara (nota del editor).

<sup>11</sup> Tarkas, palxatas y pinkillus: distintos tipos de flauta en lengua aymara (nota del editor).

<sup>12</sup> Wilancha: ceremonia ritual donde se ofrenda, generalmente, una llama, se la *degüella*, y con su sangre se *challa* o invita a la naturaleza, esparciéndola a los cuatro puntos cardinales y rociando con ella a la Madre Tierra o Pachamama (nota del editor).

<sup>13</sup> Pawa: ceremonia ancestral aimara (nota del editor).

Esa noche, después de que los ceremoniales que la comunidad llena de esperanza había contratado hubieran terminado, esperando el silencio total en el caserío, Kunturi, por fin se atrevió a sacar la antara colgada en la vieja pared. Salió en silencio, cuidando de no hacer ruido y no despertar a sus padres y hermanos, y se fue hacia la iglesia. Entró con mucho cuidado, abriendo una de las hojas de la añosa puerta de madera, y penetró en la nave central, observando el interior gracias al brillo de la luna que se colaba por entre la techumbre de juncos e *ichu*<sup>14</sup>.

Llegado frente al altar, se situó frente a la imagen de santo Tomás, patrono del pueblo, y sus labios se posaron sobre los pequeños orificios cuidadosamente labrados en la piedra que dio forma a esa antara misteriosa, y un sonido, como nunca había escuchado, comenzó a salir desde el interior del pequeño instrumento. Hipnotizado por la armonía desconocida, Kunturi comenzó una solitaria rogativa al santo patrono, para que trajera la preciada helada y el pueblo se liberara de la sombra de la hambruna. Tocó no sabe por cuánto tiempo, minutos o tal vez horas, girando en círculo hasta que, de pronto, junto a la luz del amanecer, vio aparecer por la puerta de la iglesia, la figura de su padre acompañada por los ancianos y *yatiris*<sup>15</sup> de la comarca, que, espantados por la audición de la vieja antara, no sabían qué decir. El padre, iracundo, tomó una varilla de junco y amenazó a Kunturi para que silenciase su tonta aventura, y justo cuando lo iba a golpear, en un cielo absolutamente despejado, de repente, y casi de la nada, surgió el inconfundible bramido de un trueno. En menos de un par de minutos, el cielo se cubrió y se puso negro y comenzaron a caer inmensas pelotas de hielo... Kunturi había llamado al granizo y la comunidad salió de sus humildes chozas a agradecer al cielo... El hielo llegaba y no habría hambruna.

Kunturi no cabía en sí de gozo y su padre, obnubilado, no sabía qué hacer con la varilla. Pero la granizada no se detenía. El pequeño músico había tocado por horas y era justo que santo Tomás premiara este esfuerzo con una granizada acorde al precio pagado por antelación. La alegría primera de los pobladores se fue transformando en miedo y rabia cuando vieron que los inmensos granizos destruían las frágiles techumbres de sus utas y que, además, los sembradíos de las terrazas eran despedazados por la fuerza del impacto de estas verdaderas rocas gélidas que caían desde el cielo. Todos corrieron buscando dónde guarecerse, pero la granizada tomaba tal fuerza, que ni el techo de la iglesia resistió su embestida y se desplomó junto con los de todas las casas del villorrio. Algunos pobladores caían aturridos y con las cabezas sangrantes por el impacto directo de estos granizos y, entre ellos, Kunturi corría tratando de buscar refugio sabiendo que la primera sensación de agradecimiento se trocaba ahora por la de ira y desprecio en su contra.

Buscando protección bajo una gran roca que sobresalía de una de las laderas de la quebrada, Kunturi vio como el pueblo y los sembradíos eran totalmente destruidos por la descomunal granizada que él había provocado. Había tocado tan bien, que un descomunal aluvión terminó por arrasar las pocas chozas y *ayanukas*<sup>16</sup> que aún quedaban en pie. Nadie se recordaría de la sequía o de la hambruna, el recuerdo que quedaría para el resto de los siglos sería que había que obedecer al consejo del antiguo sabio andino Thunupa, de no llamar a la helada usando sikus o antaras. Pero con los ojos inundados por lágrimas, Kunturi pensaba dentro de sí que no quedaría quien pudiera culparlo y, ni menos, un pueblo que alimentar después de la catástrofe que él iniciara con su desafío a la tradición.

50 años  
Alto Hospicio  
Región de Tarapacá  
**Premio especial Pueblos Originarios**

<sup>14</sup> Ichu: tipo de paja (nota del editor).

<sup>15</sup> Yatiris: sabios (nota del editor).

<sup>16</sup> Ayanukas o aynuqa: tierras que se siembran de acuerdo al ciclo de rotación de los cultivos en lengua aymara (nota del editor).



## Cariño Malo

Geisha Ivonne Bonilla Cortés

En esa habitación de madera, yace la profesora Mirta. Conserva esa actitud altiva y digna de la maestra del pueblo, aquella que nombraban todos con una sonrisa en los labios, porque era todo un personaje.

Desde que llegó a esta escuelita, perdida entre los cerros del valle del Elqui, se ganó el corazón, no solo de sus estudiantes, sino que de varios galanes de poncho y sombrero que, a partir del primer día, no escatimaron esfuerzos para conquistar a esa joven profesora que, con apenas 22 años, llegaba a tomar las riendas de la escuela de la localidad.

Vienen a su mente esas imágenes. Esas largas tardes parada bajo pleno sol de octubre, lavándole el pelo a sus chiquillos. A medida que avanzaba la fila, iban recitando los versos aprendidos en la mañana durante clases y ella se reía cuando alguno confundía esas palabras pocas conocidas.

Ella caminaba con finura y elegancia por las calles del pueblo y sus habitantes le hacían reverencias. “Es la maestra”, cuchicheaban entre ellos y: “Vive solita en la casa de la escuela”, agregaban otros. Por lo mismo, se afanaban en husmear sobre su vida y romances, mas, al no obtener información, levantaban increíbles historias. Entre las que más hacían sonreír a Mirta, era aquella que decía: “Es una insurrecta; anda arrancando de la policía porque, ¿qué va a hacer una niña tan *relinda* por estos *la'os olvidaos* de la mano de Dios?”, agregaban.

Era el tema del pueblo desde que llegó. Ella solo se dedicó a trabajar y a enseñarle a esos niños a escribir y a leer. Por esos caminos de tierra, caminaba horas para llegar a alguna majada a preguntar por qué habían faltado a clases. Allí se sentaba, junto a esos padres, a comer pan con queso derretido en una churrasca caliente, aprovechando de darles clases de crianza, de preocupación y responsabilidad. Al otro día, sin falta, aparecían los muchachos, agradecidos de esa visita.

Así se hizo una con los habitantes del lugar. En cada acto, aparecía todo el pueblo engalanado, con su mejor percha, porque: “La profesora hoy dirigirá el desfile y hay acto, donde estos cabros van a bailar”, decían las mujeres, mientras se arreglaban. Era un acto social único y allí, la profesora lograba que cada cual sacara de su pecho y la voz emocionada por el himno nacional. Después, en el desfile, orgullosa pasaba la profesora Mirta, guiando a sus niños que lucían impecables, a pesar del frío, calor o pobreza.

Acostumbró, por lo mismo, a llevar su estufa a la sala en época de frío y a hacer las clases debajo de los árboles en pleno verano. Recordaba cómo hacía cuadernos para quienes no tenían, con material sobrante que ella ocupaba y que compraba una vez al mes, cuando bajaba a la ciudad, en esa vieja micro destartada que olía a trabajo, humildad y dignidad. Por lo mismo, se subía guapa, radiante, levantando su cabeza y saludaba sonriente con un “muy buenos días” y todos al unísono, respondían como sus propios hijos, “buenos días, profesora Mirta”.

Tenía su asiento reservado y conversaba las casi tres horas que duraba el viaje, con el chofer y su ayudante. Es que la profesora tenía mucho que decir y opinar, además que lo hacía con gracia y sencillez. Era la maestra del pueblo y ella sabía que allá abajo, en el nivel central, poco o nada sabían de su existencia, ya que apenas tenía supervisión una vez al año. Lo que ocurría en la escuela solo la involucraba a ella.

Pasaron cuatro años y su corazón sucumbió ante ese joven pretendiente que llegó un día, vestido con el traje elegante de huaso, a pedirle que fuese su señora *pa to'a la vida*. Él había sabido ganarse su corazón ayudándole a levantar un techo para un taller de manualidades, a limpiar un terreno baldío para la huerta escolar, a cocinar para la venta de churrascas y tantas cosas más, que, entre tanta actividad y vida propia de la escuela, nació ese sentimiento que le hizo responder que sí.

El día del matrimonio fue el evento del pueblo. Todos asistieron. Ese día, conocieron otra faceta de la maestra quien quiso regalarles una canción. A voz batiente salieron de su boca los sones de *Cariño malo*. Lloraba cuando terminó de cantar porque, según dijo, era la canción que le gustaba a su mamá, quien había muerto hacía poco tiempo. Y Por esa pena decidió irse lejos, a esa escuelita perdida entre los cerros, en este pueblo donde ahora era feliz. Todos se emocionaron al escucharla y a partir de ese día, la llamaron así, la Cariño malo.

“Ay, mi Cariño malo”, escuchó que le decían. Abrió sus ojos. Ahí estaba él, su eterno galán enamorado, con su mejor traje, arrodillado ante la cama desvencijada donde yacía ella, quien le miró con sus enormes ojos negros al escucharle.

—Juan, ¿eres tú?” —preguntó con voz ronca.

— No, ¡qué hubiera dado yo por ser el Juan! —dijo Manuel.

Todos callaban. Con pena miraron a Manuel, aquel alumno que desde sus dieciséis años quedó embelesado con la maestra y que jamás pudo sacarse del corazón a quien se casó con su amigo Juan.

Mirta tuvo una hija. Vinieron a su mente esas imágenes, cuando empezó a sollozar.

— Para mí nada dura, solo las penas —dijo, mientras trataban de calmarla.

Y es que Juan falleció en un accidente cuando iban a cumplir dos años de casados, y ella se refugió en su pequeña, quien, al cabo de tres años, siguió a su padre, debido a una grave enfermedad.

Desde entonces, la vida no fue la misma. Nadie sabía qué hacía la maestra cuando la escuela se cerraba, pues cuando estaban los niños, ella era la de siempre, aquella que llegó huyendo de su pena de hija y que vivía de la enseñanza. Ahora, ya no huía, arrastraba la pena de madre y esposa. Se quedó entre esos cerros y dedicaba cada uno de sus días a esos niños. Después desaparecía en su vieja casa de madera. Aunque pretendientes, como Manuel, hicieran guardia en su puerta y estaban ahí para lo que necesitara. Así como ahora en que musita con voz entrecortada: “Hoy, después de nuestro adiós, hoy vuelvo a verte, cariño malo, y saber por tu reír, pues tú no sabes, cuánto he llorado”, mientras Manuel cogido de la mano, le dice arropándola: “Siempre usted será mi Cariño malo”.

Ella le escucha, le mira, sonrío y duerme.

55 años  
Paihuano  
Región de Coquimbo  
**Premio especial Profesor Rural**  
**Segundo lugar regional**



## Temporada de kiwis

Millaray Silvia Amada González Gatica

La helada otra vez bajó de la cordillera, trajo consigo escarcha y poco sol; el invierno es un azote para las manos de mi madre. Parece que el tiempo pasa más lento cuando hace frío; pareciera que el bus de las temporeras nunca asoma por la carretera vacía a las seis de la mañana.

Escucho cuando ella se levanta, prende la cocina y coloca la tetera; siento cómo frota sus manos ante la llama lánguida del quemador. Prepara un té y una tostada; abre su mochila para guardar el almuerzo: un poco de pan, té y azúcar para pasar el frío en el frigorífico donde trabaja. Se lava la cara, se peina un poco, va a mi habitación, me da un beso de despedida y yo finjo que duermo, esperando que al volver no llegue con más heridas en sus manos.

Mi madre es temporera, trabaja en lo que salga por cada estación del año. En verano cosecha frambuesas o moras; en otoño poda manzanos; en invierno trabaja en un frigorífico seleccionando frutas o pelando kiwis, y en primavera espera a que las plantas florezcan para comenzar la cosecha. La peor estación es el invierno, porque es cuando menos trabajo hay en el campo, pero ella siempre se las arregla y encuentra algo *para parar la olla*, como suele decir.

Yo me quedo en casa, la espero de regreso con el brasero encendido hasta que se termina el carbón. Normalmente llega por la tarde cuando cae el sol, entra a su pieza, busca una sábana vieja y saca una tira de tela para envolver los dedos que se hirió pelando kiwis. Pareciera que el cuchillo afilado no le da tregua a sus manos y el ácido de la fruta va agrietando cada vez más su piel. Voy contando los días con cada tira que desprende de la sábana vieja, con cada corte que deja marca en sus manos, con cada lamento al poner alcohol en las heridas. Pero mi madre no cede ante el tiempo, ni ante el dolor; sería como hacerle un favor al filo del cuchillo que no le perdona su perseverancia en la vida, su fe en Dios y el coraje de cada día.

Cuando queda poco carbón antes de fin de mes, salimos por los potreros a buscar leña, pero ya casi no hay nada, porque toda la hemos picado para el fuego. Entonces mi mamá tira con fuerza una estaca vieja, escondida entre las zarzamoras y yo encuentro ramas de acacia. Me dice: “¡Con eso tenemos!”, y nos vamos. Llegamos a la casa y se cambia sus zapatos húmedos, se mira los pies, y se coloca calcetines secos. Sale al patio, toma el hacha y pica la estaca vieja, mientras las vendas se van enrojeciendo poco a poco por el esfuerzo de levantar y dejar caer el azote sobre la madera corroída.

Con la leña picada hacemos más rescoldo para el brasero, que resplandece rojizo llamando a su encuentro. Entonces mi mamá busca harina en la despensa, un poco de aceite, sal y levadura, me dice:

—¡Hoy quiero comer churrascas, porque está bueno el rescoldo! ¡Anda a comprar tomates y una bolsa de ají en salsa!

Me voy rápido al almacén del barrio; llego mientras prepara la masa y me percaté de que se le salieron las vendas y otra vez brota la sangre ingrata que la abandona. La harina se mancha de rojo, mi madre lanza un suspiro y me grita que le traiga la sábana para sacar más tiras, voy de prisa, pero ya no queda un trozo de tela y me percaté que ha pasado ya una temporada entera pelando kiwis. Entonces busco una polera vieja y le vendo sus heridas, mientras la harina ya consumió las gotas de sangre. Mi mamá la mira y dice que no va a perder la masa, entonces continúa sobándola, pero más lento. Le da forma a cada churrasca, las coloca en el brasero y esperamos a que estén listas.

Me pide que pique los tomates, porque con el jugo le duelen las manos partidas. Para ello coloco todo en un plato: tomates y ají, lo aliño y listo; solo falta que las churrascas comiencen a cocerse y que el agua esté hervida. Pero dentro de mí, espero que las manos de mi madre no vuelvan a ser heridas, que la harina no se vuelva a manchar otra vez de sangre, que sus zapatos nunca más estén húmedos, que no haya

más suspiros al tomar el té, que sus mejillas dejen de tener surcos por las infinitas heladas de inviernos insensibles y que la dignidad que se profesa por todas partes se haga presente alguna vez, si es que existe.

La tetera silba sobre la parrilla del brasero, el té es otro cuento, es más bien una anestesia y liberación casi instantánea del cansancio, del frío, de los malos ratos y del dolor. Afuera, el invierno corroe la piel; adentro de la casa, mi madre abraza su tazón perdiendo la mirada en el vapor. Pareciera ser que ve sus sueños rotos, donde sus lágrimas se quedan en el fondo, junto a las humillaciones de una vida curtida de tanto sobrellevar esperanzas. Un té para mi madre es un respiro en su vida al final de la tarde cuando otro día culmina. Le pregunto si aún le duelen las heridas, pero ella siempre dice: “Tengo el cuero curtido de tanto ácido de las frutas, ya ni me duele. Uno tiene que tener *cuero de chancho* en la vida”.

Prendemos la tele, y armamos la once; la novela alegra un poco el día nublado con sus insólitos personajes. El tomate y las churrascas calientes desprenden un aroma a delicias, que combinado con el té parecen ser el escape perfecto de la jornada de trabajo, de la helada mañanera, del sueldo mínimo y del cansancio. El ají en salsa se combina con el jugo del tomate y en ese instante pareciera que no hay otro momento más perfecto, donde el calor y la comida confluyen para confortarnos a las dos, donde desaparece el ardor de las heridas, donde se entrelazan los anhelos con el silbido de la tetera y el olor a churrasca crujiente. Así, la noche inminente será más llevadera, con guatero y muchas frazadas, con gorro de lana y con el estómago lleno, porque otra vez *se paró la olla*; con sueños largos donde no hay lágrimas, no hay heridas, donde pareciera que el mundo es otro; donde no cae escarcha por las mañanas; donde las sábanas no se despedazan para soportar la sangre; donde la dignidad es ley y donde no falta el pan.

Retraigo mi mente para recordar haber visto llorar a mi mamá. Son pocas las imágenes claras que puedo sustraer. Me parece que se le cansaron los ojos de tanto ver la vida pasar y ahora simplemente llora de una forma distinta con la ayuda del filo de la navaja.

23 años  
Yerbas Buenas  
Región del Maule  
**Premio especial Mujer Rural**  
**Primer lugar regional**



## La partera

Berta Elisa Ziebrecht Quiñones

La lluvia cae implacable, los gritos de la parturienta quiebran la densa oscuridad de la noche; clama por la presencia de Domitila, la partera del pueblo. Ella habita en una casa en medio del bosque sempiterno en contraste con la playa bravía donde una que otra embarcación se mece al ritmo de las mareas. El marido se cubre con una gruesa manta de Castilla, sube a la carreta y se pierde en medio de la tempestad.

Todos los habitantes saben que la partera nunca duerme, su vida tiene el ritmo de latidos de una matriz mágica: inagotable y rasgada. En ese lugar perdido en las latitudes sureñas, la anciana es arquetipo de la vida, mujer virtuosa, merecedora del respeto de toda la comunidad. Cuando el trabajo lo permite, sale de madrugada al bosque y se concentra en la recolección de hierbas, cortezas y especias, como también observa la plantación que posee en las cercanías de su vivienda. Debe estar preparada para atender a las mujeres embarazadas, parturientas y puérperas. La vida le ha enseñado que cada mujer es un mundo propio que se revela en la intimidad de cada parto. Terminada su jornada matinal, eleva sus plegarias a Dios, la virgencita de Montserrat, su patrona morenita, y a santa Elena: ellas son protectoras de los partos.

En días de interminables lluvias, vientos y marejadas que amenazan con arrastrar todo lo viviente, se la ve acercándose a la playa. Es el momento preciso para pedir a los pescadores que la lleven a la zona donde las olas rompen para coger, con una cuchara de palo, la espuma blanca que luego deposita en un recipiente de madera. Es el ingrediente vital para preparar sus remedios que aceleran los partos. Con la entrega que la caracteriza, se preocupa de cada embarazo desde su inicio. “Hay que cuidar la matriz”, dice; “poner al crío en posición correcta para nacer”. Sus manos experimentadas le indican la posición del feto, y ya en los primeros meses puede adelantar el sexo: “Si las palpaciones del feto son precoces, sin duda será una niña”, asegura.

Las mujeres de su familia han cultivado el oficio y transmitido la sabiduría ancestral acumulada de generación en generación. Ahora la acompaña su nieta adolescente en cada parto. Su mayor temor es que lleguen a su terruño esos médicos que poco o nada saben de los secretos que ella posee. Le espanta saber que en la ciudad proceden a tirar la placenta, esas que vienen con uñas y no quieren desprenderse. Otros no dejan que escurra su sangre y antes que la tripa deje de palpar la cortan dejando al niño sin la vitalidad necesaria para que crezca sanito, y lo que es peor: abren el vientre. Sin duda no saben nada de acomodar la matriz sin dañarla. Luego dejan a las pobres mujeres sin alimentarse y con las caderas desarmadas. Ella es madre de vientre envejecido y a la vez fecundo; es una madre eterna que socorre a otras madres.

El ruido del portón y el ladrido de los perros anuncian su llegada. Parada en la entrada portando un maletín gastado en la mano derecha, luce solemne ante las miradas. Se acerca a la parturienta y le dice: “Voy a parir contigo”. La mira con esos ojos poblados de visiones antiguas. Ella posee un don sagrado sobre esta tierra; lo saben los niños gestados en su cuerpo y los hijos de las otras. La ayudan a sacarse el pesado manto cargado de historias y secretos. Su cabellera blanca tiene los matices azules del océano. Entra en la cocina, el agua hierve en el fogón y se expande el aroma a cazuela recién preparada. Lava sus manos, envuelve su cabellera en un pañuelo colorido y regresa al lado de la parturienta. Palpa el vientre y con suaves movimientos examina la matriz. La hace beber hierbas amargas para relajarla y aminorar el dolor. Una sombra de preocupación se deposita en su rostro. El parto será complicado: la criatura viene de pie y ya no puede remediarlo.

En cuclillas, la mujer gime; un pellejo de piel de oveja es dispuesto en el piso y encima una sábana blanca. La nieta observa y entiende lo que está pasando. Sostiene a la mujer por la espalda, un fluido viscoso corre entre sus piernas. “¡Ha roto la fuente!” exclama la partera. “No te asustes, solo debes escuchar

mi voz”. Introduce su mano en el canal del parto y los pies del niño se mueven desesperados. Se pone de pie y solicita que le traigan orina de caballo, es infalible para acelerar el proceso o el niño se quedará atrapado en el vientre. La vieja Domitila la abraza del cuello y la hace beber. El dolor se apodera del tiempo. La partera la anima, le dice que su niño viene destinado a ser feliz, será libre de ataduras como todos los bendecidos que nacen de pie. Al tiempo que con sus manos ordena los huesos del bebé de los pies a las caderas, lo gira con suavidad hasta ver sus nalgas, luego busca los brazos y sigue girando. Debe apurarse, la matriz amenaza con cerrarse y dejar la cabeza en su interior. Su misión es sacar a la criatura viva y entera. De prisa introduce su dedo índice en la boca del niño, pone en posición la cabeza y la gira hasta sacarla. Espera hasta que el último latido de la tripa haya cesado y procede a cortarla. El llanto de niño invade de alegría la habitación. Las mujeres presentes le extienden el manto tibio, lo envuelve y lo entrega a su madre. Pide que le traigan un mate, debe esperar la salida de la placenta. El tiempo pasa y el peligro es evidente. Su experiencia le dice que debe actuar. Pide a su nieta aceite para embetunar su mano derecha. Sin dejar de animar a la parturienta con sus buenos presagios, se abre paso en la matriz dilatada hasta alcanzarla, la sostiene y aplica suaves movimientos circulares sobre el vientre. Con una alabanza a Dios y a sus patronas protectoras, extrae la placenta, la revisa y sonrío. El alumbramiento ha terminado.

Regresa el mate a su boca, mientras pide que le traigan el té que ha dejado en ebullición. Se acerca a la cama. “Bébelo todo”, dice; “es para el relajo y la subida de la leche”. La nieta acompañada de las mujeres, arrastra una bañera con agua tibia que huele a esencia de artemisa y lavanda. La madre siente la caricia del agua y el llanto enérgico de su criatura. La partera saca de su maletín un par de frascos y pide que la devuelvan a la cama. Masajea con aceites la zona abultada del vientre para luego fajarlo con un tejido que huele a algas marinas. “Es necesario apretar las caderas para acomodar y cerrar la matriz” asegura, “o no subirá la leche”. Luego continúa el masaje por todo el cuerpo. “Hay que cerrar los poros, relajar a la madre para garantizar una buena cuarentena”, comenta. Terminado el procedimiento, la madre está en condiciones de alimentarse; el plato de cazuela humeante es llevado al lecho.

Unos gritos en la puerta rompen la intimidad y la partera se prepara a partir. Una nueva criatura la llama para venir al mundo, no puede esperar. Sabe que ese parto es diferente, ninguno es igual a otro. La tranquiliza haber entregado todo su saber a su hija y a su nieta. Llegará el día en que ella tendrá que enfrentar a la muerte, pero ya nada podrá quitarle: ha dejado asegurada la continuidad de la vida en el pueblo.

64 años

Hualpén

Región del Bío Bío

**Premio especial Oficios Tradicionales****Primer lugar regional**



## Don Mario

Ronald José Sanoja Cáceres

En tierra firme lo supe: yo era, al menos tímidamente, un hombre. El viaje largo, las vergüenzas en el aeropuerto de Panamá, los registros previos, la escala de catorce horas, el café de Dunkin Donuts; ninguno había podido conmigo. Lo que no sabía, claro, es si era hombre vivo o muerto. De esto tendría que dar fe después, cuando oficialmente llegara a Chile (una cosa es llegar a un destino, que eso lo hace cualquiera; se llega a una tierra cuando se hace el amor encima o se tiene un muerto debajo). Mientras tanto, con el sudor de hacía dos días en el cuerpo, yo solo andaba (o me obligaba a ello). El sol santiaguino de enero, por supuesto, encandilaba. Ahí en el Merino Benítez me iba a recibir un tío de mi madre quien, como un favor a nuestra familia, me acogería un par de meses en su casa de Limache (yo entonces les decía a mis conocidos que me iría a vivir a San Francisco; lo que no decía era de dónde, San Francisco de Limache) aunque apenas nos conocíamos. Confieso que tal vez por ello, luego de los saludos habituales, dormité todo el trayecto de Santiago al interior. No era mucha mi costumbre de viajero. Por eso es que, en Olmué, caserío adentro, cuando el frío seco de la tarde se me metió entre los dedos, fue que contemplé al fin la montaña que daba cobijo a la llanura, y el pasto bajo y la tierra que me rodeaba.

Aun así, en dos días comprendí que un hombre de veintiséis años estorba en una casa donde habitan dos matrimonios, una tía cincuentona y cuatro niñas. Por eso acostumbré a salir desde temprano con el pretexto de buscar trabajo (lo que no era una mera excusa, en realidad lo hacía, aún a sabiendas de que nadie iba a contratarme siendo un recién llegado). Entonces me sentaba en la plaza de Limache: hacía algo de calistenia (aunque en ese momento yo estaba muy flacucho para ello), leía a Bolaño (mi compadre de migra), o miraba a las niñas practicar cueca los jueves. Fue así como me enamoré de la Ignacia (como me enamoraba yo todos los días de cada chilena menor de veintidós que veía) y, más importante (siendo sincero), conocí a su padre, don Mario.

Al principio no sabía del parentesco. Yo me sentaba a verla bailar (Ignacia era del grupo que practicaba cueca) y entre sonrisas y miradas (más mías que de ella, debo admitir), esperaba que me pescara. El viejo, en cambio, iba casi todas las tardes con un carrito de maní y recorría la plaza, sentándose ocasionalmente o esperando, de pie, la pasada de algún comprador incauto. Creo que nunca le compré nada: yo solía andar sin un peso. Pero don Mario, de tanto mirarme, supongo, empezó a darme las buenas tardes con un asentimiento que yo respondía, distante, con un gesto de mi mentón, en esa complicidad que suele originar el ocio masculino.

Nunca me ha parecido que el chileno sea muy comunicativo. Menos el de Limache. Por eso, el día que se sentó a mi lado y me buscó conversación comentando algo sobre el tiempo, o qué sé yo, aparté el libro de Bolaño y, lo reconozco, le respondí sin saber muy bien adónde podría ir a parar una conversación entre nosotros. Su voz era estentórea, como de tenor de coral, y las uñas de sus dedos, gruesas. Tras tres frases y unas cuantas preguntas, le conté vaguedades mías: de dónde era; que el frío me tenía obstinado; que si sabía de algún trabajo, me dijera. Por lo general, con las otras personas con las que había compartido impresiones similares, las respuestas eran generalidades o frases huecas. Pero no era así con don Mario. Él sonreía con cada comentario y entonces entornaba los ojos y parecía invocar décadas, siglos casi, de cosas que ninguno de los dos conocíamos, pero que de una u otra forma aparecían si se les nombraban. Fue así como me contó que su papá había vivido un tiempo en Venezuela; cómo lo había dejado a él, con siete años, y a su madre en Valparaíso para irse con un circo (yo pensaba que esas cosas en verdad no ocurrían, pero don Mario juraba que era verdad, que lloró en la estación de trenes, hoy inexistente, y que la mamá se puso a lavar ropa para poder mantenerlo); de sus tías misteriosas (“A la mujer chilena le gusta la intriga”, me dijo, y yo no olvidaría esa lección); de su viudez; de su hija (“La Ignacita, que a veces baila

aquí“); de cuando se metió a carabinero hasta que tuvo un problema con un teniente, y de una posible herencia de una abuela que nunca cobró.

Eran cuentos de viejo, es cierto, y a veces me hacía bostezar. Don Mario, además, aunque a veces se bajaba con un maní, parecía desconocer el hambre y la sed. Y sí, debo reconocerlo: al mirar que venía a lo lejos, yo a veces me escabullía a la casa o a otra parte. No obstante, no eran estas las más; al contrario, retenerlo hablando conmigo me entretenía. Hacerlo me ayudó, además, a conocer de trato a Ignacia, aunque esta, por alguna razón, no cedía a mis encantos (a diferencia de otras en la micro o en la acera; de don Mario también aprendí que la chilena cae primero con una mirada que con una palabra). Con cada cuento, por corto o largo que fuera, don Mario me dejaba ver los entretelones de un alma que se me hacía a veces vecina y a veces ajena.

Una tarde que coincidimos en la plaza (yo empecé a ir menos porque había conseguido pega de noche en una recepción), fui yo quien se acercó a la esquina donde él estaba. Esa vez le comenté que mi hermano me había mandado por teléfono un audio largo y que yo, sin ser muy nostálgico, empezaba a extrañarlo. Quizá para acompañarme en pena, o tal vez porque le toqué una tecla sensible, don Mario se apoyó en su carrito y me contó que creía tener dos hermanos desconocidos, resultado de las aventuras circenses de su padre: uno en Perú y otro en Venezuela. “No sé si estén muertos” me dijo; “me enteré de ellos por un chisme mal contado y hoy son lo único que me queda de papá”. Intenté disuadirlo diciéndole que no veía a su padre hacía muchos años, y que la vida seguía: “la gente olvida”. Pero don Mario solo me miró. Entonces me dijo en un suspiro donde cabían todas las indolencias de esta tierra: “Uno siempre es de sus muertos”.

A los cuatro meses tuve que dejar Limache: Santiago llamaba y yo no sabía trabajar la tierra. Me fui con el número de teléfono de don Mario, pero no le escribí ni llamé. Sentía también cierta vergüenza de hacerlo, aunque no olvidaba sus cuentos (de hecho, los anoté todos, para una posible y poco probable novela). Cuando volví de paseo dos años después, intenté vislumbrarle por la plaza, pero no vi el carro de maní. Tampoco a Ignacia. Pregunté a una de las señoras que vende platos cerca, y me dijo que don Mario había desarrollado un cáncer de garganta y que estaba viviendo en Valparaíso, las quimios se las hacían en el Van Buren y estaba bastante grave.

Tres meses después escribí al número. Lo confieso, era como si algo me obligara a dejar pasar el tiempo, a recibir la noticia esperada. Fue la Ignacia quien me contestó. “Mi papá se murió hace seis semanas”, y añadió, con la misma entereza con que pisoteaba cuando bailaba, “¿Quién es?”.

La ignoré. Es verdad que Ignacia nunca quiso hacer el amor conmigo. Me pescaron otras (muchas otras, debo reconocer, después). Algunas incluso estaban también en grupos de cueca. Pero antes de ellas, mucho antes, y aunque se me olvidara de tanto en tanto, ya yo estaba aquí.

28 años  
Valparaíso  
Región de Valparaíso  
**Premio especial Migrantes**  
**Segundo lugar regional**



## Llevando cachimbo iba Margot

Héctor Luis Campuzano Guzmán

Plaza Yungay o Plaza del Cachimbo<sup>17</sup> en Pica. Inauguración de tiempos recientes. El pueblo reunido, cantores, guitarras y danzantes. Mientras Margot Loyola saluda y sonríe agradecida, en el trasfondo de su mirada hay un viaje de la memoria hacia el recuerdo como si susurrara para sí: «Cuculí madrugadora, es mi alma tu nidal... dime qué... hálame... cuéntame...»

No dejaba de asombrarme toda vez que volvía por estas pampas entre cerros de coloridos diversos y una carretera que avanzaba de vez en cuando por algún sombreado espacio del tamarugal. Divisar desde lejos el verdor en medio de los arenales suponía vaciarme del folclor del centro y del sur para buscar la danza de estos agrestes lugares.

La recibía la cuculí, avecilla que le cantaba al llegar la aurora y juntas alegraban el lugar las dos cantoras. Luego, el disfrute de naranjos y limones, de guayabos y de mangos. El típico alfajor completaba las delicias de sabores que probar. Desde la bienvenida hasta las conversaciones, todo respiraba a folclor. Pero, de la tertulia que se armaba en el salón, la muestra del cachimbo era lo mejor. Entonces los sentidos de la cantora grababan otrora cada detalle del preludio entre vivas y alegrías; mientras los pañuelos se prendían a las manos de la pareja por bailar, así como los azahares se prenden a los velos de las novias del lugar.

Y comenzaba la danza. El cachimbo señero, el baile de tierra y los danzantes despegaban del suelo. Matillano o piqueño<sup>18</sup>, Margot disfrutaba el ensueño. Luego, un alto a la danza en el final toreo, la observación, la explicación. La didáctica desde la fuente original, el pasito, la cadencia, el espíritu al bailar. Valiosa transferencia para dar fe del original. Vivencia de recopilar.

Como las leyendas almacenadas por los lagares en centenarias vasijas. Como la alegría de las lavanderas riendo bajo el higueral despertando los amores del lugar, así el corazón de Margot se nutría al recoger la esencia de este bailar. Cual enamorado en cautiverio rescataba al cachimbo y se enamoraba de él al danzar.

Desde donde viven flores en la arena o se atardece con campanas de tañer colonial, la despedía una huara de personas amigas del lugar. Quedaban ecos de piano, de acordeón y de guitarra. Eran los acordes sinceros de amistad hacia un alma que guardaba de aquel ayer sus vivencias en estas tierras. Del paso por callejones de esperanza, de un verte toda vez que vuelva. Despedida con pañuelos al viento.

Iba la guitarra... íbase la voz... llevando cachimbo iba Margot.

66 años

Pica

Región de Tarapacá

**Premio especial Margot Loyola**

<sup>17</sup> Cachimbo: danza chilena de la zona norte (nota del editor).

<sup>18</sup> Matillano o piqueño: habitante de Matilla o de Pica (nota del editor).

## Midiendo la cascada

Renato Cárdenas Álvarez

**A**na Werner, subdelegada de la comuna de Dalcahue, en una acción visionaria, propuso al gobierno aprovechar el salto de Tocoihue para dotar de luz eléctrica a la costa. Esto ocurre en 1947.

En esa oportunidad trasladó a técnicos hasta la cascada para determinar la factibilidad del proyecto. En el sitio dejaron instalado un aparato para medir la variación que experimenta la masa de agua en el año. Pero como alguien tenía que llevar el registro periódico del medidor solicitaron a una vecina de buena voluntad que lo hiciera. Ella fue Rosa Montaña, una joven de buena letra, como recomendó la profesora de la escuela.

La subdelegada le pasó un cuaderno y un lápiz Faber N°2 y le enseñó cómo llevar el registro.

La subdelegada no llegó más porque no fue reelecta, pero nunca informó de esto a Rosita, que siguió cumpliendo con su compromiso.

Como es tradicional que las iniciativas surgidas desde Chiloé no prosperen, el sector debió esperar hasta la década del 80, cuando SAESA extendió la red hacia la costa.

Unos años después, se cortaron los cables submarinos de Chacao, que dotaban de luz a Chiloé. Un mes a oscuras.

El alcalde de la comuna de Dalcahue creyó encontrar un trampolín para continuar en el cargo. Con una comisión de técnicos llegó hasta las cataratas de Tocoihue, para efectuar una operación similar a la de cinco décadas antes.

En esos afanes estaban, al borde del precipicio que se traga el río, cuando de no sé dónde apareció una viejecita con su chalón negro terciado y una sonrisa amistosa.

—¿Ustedes serán los de la luz, capaz? —consultó con voz cálida, después de dar las buenas tardes.

—Así es abuela —respondió el de la parka azul, levantándose de su posición acucillada.

—Como doña Ana Werner nunca más volvió —empezó la anciana—, no tuve a quién darle las anotaciones que iba haciendo en el cuaderno que me dejó. Yo venía un año y otro; los aguaceros, las heladas, las travesías de agosto, los calores... en todo tiempo estaba funcionando el aparatito. ¡Vieran qué firme que salió! Si hasta ese terremoto, en que murió toda la familia del finado Meme, aquí abajito nomás, todas esas sacudidas las resistió. Yo, ahora venía a entregarles a ustedes el cuaderno que la otra comisión me dejó. Aquí está todo anotadito y en orden —dijo, pasando el añoso cuaderno al hombre de la parka.

Estaba ajado, con manchas de grasa, pero los miles de números que llenaban cada plana, estaban prolijamente dibujados.

—Yo ya estoy vieja, suspiró como aliviada. Además, la maquineta ya no está; finalmente se la llevó la correntada. Por suerte llegaron ustedes, caballeros; ahora sí que puedo morir tranquila...



Se despidió de mano del técnico y sus acompañantes que no cruzaron palabra.

Antes de adentrarse por un senderito que se notaba conocía muy bien, se volvió hacia ellos y les dijo, casi como una súplica:

—¡Y ojalá que saquen luz pronto! Vieran qué abandonados estamos.

70 años  
Castro  
Región de Los Lagos  
**Premio especial a la Trayectoria**  
**Primer lugar regional**

## Manuel y sus “estrellitas chilenas”

Iván Amadeo Salas Madrid

*“Dice que cuando aparecen los picaflores en nuestros jardines y huertos, son los espíritus de los seres queridos que vienen a visitarnos para que no los olvidemos”.*

Manuel Madrid Aguirre miraba extasiado una gran cantidad de pequeños picaflores rondando un bosque de chañares en el valle de Azapa; corría el mes de enero de 1964. Eran diferentes a los que había en su tierra materna del valle del Elqui; allá todos los llamaban *tindiricas*, eran verde oscuro y grandes. Estos eran mucho más pequeños, de un gris blanquecino, algunos con tonos verdosos y con pechera iridiscente de color lila. Los picaflores elquinos piaban haciéndose notar en los jardines; estos, en medio de los chañares, hacían un sonido apagado que le recordaba más a las cigarras o *chicharras* que él capturaba y ponía en cajas de fósforo para escuchar su sonido de cerca.

Manuel había llegado el día anterior desde el valle del Elqui, junto a su joven y numerosa familia, los Madrid Guajardo. Habían arribado al extremo norte del país por un proyecto de colonización de la Corporación de Reforma Agraria (CORA), que consistía en entregar a familias jóvenes unas hectáreas de terreno a bajo precio, en este caso en otro valle, el de Azapa.

Manuel, en esta aventura migrante, había dejado atrás su propia familia materna y su pueblo de Peralillo. Con su esposa Teresa y sus seis pequeños hijos, ya en el aeropuerto de Arica se vieron afectados por la rudeza del desierto, abrumados por los cerros de arena desnuda y chusca eterna, haciendo más dolorosa la distancia física y afectiva de su tierra natal. Muchas de estas emociones duras se vieron amortiguadas con la idea de que ahora serían felices propietarios de unas hectáreas de tierra para trabajar en lo propio y forjar su futuro.

Manuel estuvo un buen rato disfrutando de estas pequeñas aves hasta que lo llamaron a almorzar.

Una vez que terminó de almorzar, salió a caminar por su nueva parcela. De solo mirar los añosos olivos que se encontraban en el lugar, se enamoró del sitio que sería su hogar por el resto de su vida. Su cerebro miraba cada rincón y planeaba aceleradamente miles de pequeños y grandes cambios que haría en el lugar, apoyado en los conocimientos agrícolas que traía de su tierra natal: acá cerca de la casa pondría árboles, flores y plantas de jardín; ahí atrás dejaría para chacra; allá, para corrales de animales; allá, cerca del cauce seco del río, dejaría para cultivos que le ganarían espacio a ese río San José que decían que bajaba con mucha fura cada verano en el famoso “invierno altioplánico”. Después se daría cuenta que tendría que superar miles de aprendizajes en esta nueva tierra que tenía una costra de sal como gran coraza que impedía germinar a las semillas. Acá aprendió a sembrar en caracolitos y no en melgas, para aprovechar el agua; aprendió de frutas tropicales como el mango, la guayaba y el maracuyá; aprendió que debía lavar varias veces esta tierra antes de sembrar, o si no, irremediablemente las semillas se perdían en medio de la acidez de los nitratos; aprendió que la necesaria bajada del río había que celebrarla bañándose en sus primeras y barrosas aguas, igual como lo hacían los descendientes azapeños de esclavos africanos en ceremonias de gratitud a sus *orishas*<sup>19</sup> ancestrales.

Manuel, desde esa primera mirada pensó en dejar un espacio en su parcela para crear un huerto que también fuera un agradecimiento a la *pachamama*<sup>20</sup>, al *Tata Inti*<sup>21</sup> y que, sobre todo, recordara sus tierras

<sup>19</sup> Orisha: divinidad, según con la religión yoruba (nota del editor).

<sup>20</sup> Pachamama: Madre Tierra en lengua aymara (nota del editor).

<sup>21</sup> Tata Inti: Padre Sol en lengua aymara (nota del editor).



natales, con muchos árboles frutales, con plantas y mucho verde, y si llegaban animalitos y pajaritos, mejor.

Manuel alguna vez contó que él creía que la segunda noche al llegar a su nueva tierra, bajo la luz de la luna azapeña y una fogata de troncos de olivo, sus espíritus ancestrales diaguitas se pusieron a dialogar con los espíritus lugareños aimaras y quechuas, y que ese consejo ancestral logró grandes acuerdos que se concretaron en el apoyo de la *pachamama* a este nuevo emprendimiento.

Manuel, cada vez que viajaba a su tierra elquina traía nuevas plantas y árboles para su jardín azapeño. Se traía un pedacito de su tierra y de su aire perfumado en cada planta de flor de la vela, manto de Eva, de diamelo, de glicinias o flores de la pluma, de cactus. En cada árbol de chirimoyo, palto, níspero y también en su eterna porfía de que en Azapa crecieran damascos, duraznos o ciruelos.

A Manuel, al terminar sus obligaciones en la chacra, de lunes a lunes, se le veía caminar por su jardín, acompañado de un verdadero enjambre de picaflors. A esas alturas ya sabía que eran las aves más pequeñas de Chile, que eran únicos de esa zona y popularmente se les llamaba picaflor de Arica, pero él los llamaba cariñosamente “mis estrellitas chilenas”, por la imagen que proyectaban su cabeza, sus alas y sus dos plumas de la cola, suspendidos en el aire sobre el cielo azul azapeño. Manuel incluso sabía dónde estaba cada uno de los pequeños nidos de sus avecitas y los cuidaba *como hueso santo*. Avanzaba silbando por su jardín podando ramas, limpiando senderos, reparando surcos y tazas de los árboles, siguiendo la tradición campesina de aportar nutrientes desde su propio cuerpo a sus hijos vegetales.

Manuel vivió el paso de los años, se criaron sus hijos, llegaron nietos y bisnietos. Sus sueños se cumplieron. Su sudor de campesino se quedó en esos terrenos llenos de chusca convirtiéndose en un vergel, siendo pionero en las décadas del 70 y 80 en la cosecha de ajíes, tomates y otros productos agrícolas que actualmente hacen de Azapa el valle que abastece de frutas y verduras al país.

Manuel sintió llegar la vejez y con ella los dolores. El más grande fue descubrir que en sus caminatas ya no estaban sus “estrellitas chilenas”; esos pequeños picaflors de Arica desaparecían inevitablemente por múltiples razones, a pesar de sus esfuerzos por brindarles un hogar, incorporando más y más árboles y plantas a los alrededores de su casa. Se daba cuenta que había otros picaflors de otras especies más grandes, pero no eran lo mismo; estos nuevos picaflors eran agresivos usurpadores del hogar de sus avecitas... Sintió que su espíritu se estaba cansando, igual que el valle de Azapa que ya se venía secando por la sobreexplotación de su acuífero, que también se venía llenando de pesticidas, con tomatales industriales y con la última novedad de las semilleras que arrasaban con los antiguos olivares. Por los achaques de la edad, tampoco pudo seguir viajando periódicamente a su tierra natal donde se llenaba de energía. Presintiendo su partida, intentó en vano volver a su pueblo en el valle del Elqui y al final se resignó a quedarse en esa tierra azapeña de adopción.

María Teresa Madrid Guajardo, su hija, en un valle de Azapa cada vez más irreconocible, cada tarde camina silbando por su jardín, el “Santuario de Picaflor”, podando ramas, limpiando senderos, reparando surcos y tazas de los árboles para aprovechar mejor el cada vez más escaso riego, buscando las desaparecidas “estrellitas chilenas” y a su querido padre que ya no está...

*Nota del autor: este cuento es un homenaje a dos personajes reales azapeños que ya no están: al gran agricultor Manuel Madrid Aguirre y a la especie endémica en peligro crítico de extinción, picaflor de Arica (Eulidia Yarellii).*

## Los muros del adiós

Juan Jacobo Tancara Chambe

MI madre se alejó del portón. Preferí no verla marcharse, pues correría tras su olor y sus rastros, como cuando a los cinco años la seguía de regreso al pueblo mientras ella arreaba las ovejas. Deseaba aferrarme a sus brazos, a su acolchonado vientre. Al olor a ajo, cebollines, orégano y aliños. Quería buscar un refugio en ese delantal delicioso que usaba para cocinar, en la *chompa*<sup>22</sup> de lana que olía a oveja mojada, en sus manos con lunares y mundos.

Escarchas a la orilla de un canal. Un hospedaje de viajeros que van con mulas... Sale humo de la cocina de hierro, tiene la bocacha abierta. Arden las ramas y tarugos secos, que se volverán cenizas. Con un *suncho*<sup>23</sup> se las sacará a un balde de metal, para esparcirlas en el jardín.

En la mesa pegajosa hay platos con panes y café en un jarro desportillado. Sobre los panes un pedazo de queso, y cerca del jarro, una cucharilla engomada de azúcar... Fui con mi corazón acelerado hacia la puerta, pero mi madre ya no estaba...

Las casas de barro, el cielo, las estaciones, observan a un niño sentado en una banca en la plaza de un pueblo devorado por la neblina. El sol no tiene importancia. El chicuelo juega con sus dedos. De vez en cuando mira hacia atrás, a una calle empedrada de zozobras...

Yo buscaba algo en los ojos de mi madre, quizás a un chiquillo corriendo en la tarde bajo un ventarrón, escapando del aguacero, asilándose en los eucaliptos. Tal vez procuraba mi propia mirada, cuando el crepúsculo logra aplanar todo lo que late.

No supimos qué decirnos. Ella lo disimulaba, pero estaba con un madero enorme sobre sus espaldas; en realidad, el ambiente, ese instante, nos agobiaba. Algún sentido tendría todo esto. Los patrones no quieren chiquillos corriendo ni a las mamás procurando asistirlos en vez de trabajar...

Esperaba quizás que le dijera algo, pero yo no podía mencionar palabra alguna, no me salía nada. Al verla ahí y tener pocas esperanzas, sentía como si mi cuerpo estuviera tapizándose con acero muy frío. Al verme obstruido, ella no atinó a nada más que marcharse.

Mi madre se fue, tenía que hacerlo. Mientras tanto, yo estaba entumecido; una correa de cuero de buey me subía por los pies y me los ataba con fuerza... La vi caminar rumbo al portón, ella no se volteó a verme. Dio vuelta a la muralla de ladrillo y se dirigió a la calle, a la avenida *Las Acacias* para después doblar la calle *Las Brisas*... Me quedé guindado esperando algo más, ¿qué?, sintiendo una presión en mi tórax. Mi garganta entonces se inflamó, mi nariz se revistió de aire grueso, me subieron innumerables bichos por los pies, hasta adormecerme la cabeza.

Apresuré mis pasos, fui al portón, mi madre ya no se encontraba allí. Me lancé por los pasillos, salté las gradas, pasé por el corredor, por donde los encargados nos sentarían por años para distribuirnos el aseo. Llegué a la multicancha, después pisé la tierra floja de la cancha grande, su vastedad se desvaneció bajo la exasperación de mis pisadas rotas.

<sup>22</sup> Chomba: suéter (nota del autor).

<sup>23</sup> Suncho: vara de metal que en una de sus puntas está doblada en forma de una pequeña palita para sacar las cenizas (nota del autor).



La muralla era alta, pirueteé una y otra vez, inconsolable, hasta que al fin logré colgarme. Mi madre justo pasaba. La llamé. Salió aquella voz que no había podido desenterrar antes. Ella, al oírme respondió e intentaba sonreír, pero no podía. Su ilusión de verme fue interina y frustrada por los muros. Sus labios tiritaban y apenas mostraba sus dientes. Sus mejillas extendían una mañana nubosa. Había estado caminando con su cabeza gacha, con su sombrero de paja, sosteniendo con presteza su bolso...

Me despedí finalmente de ella. Quise retener casquillos de las edades, eternizar sus pupilas recónditas e implorantes, su tono y ritmo de voz que ahora escucho en el silencio; sus brazos, sus manos inseguras, su sombrero de paja, su bolso, su sonrisa forzada, pero no pude hacerlo. Ni ella pudo darme, en esas circunstancias, una comida que tenía para mí...

Se amontonó el niño que fui, el que corría tras las ovejas en la pampa de Lluscuma. La sopa con orégano, las acequias y las pozas que deja la lluvia... Me sorprendieron de golpe los nevados impasibles, el rostro de Luis Gonzalo diciendo: "¡Me voy...!", el túnel en Vilacabrane, el viaje en angarilla bajo la vigilancia de los abismos vastos, el agua fría y dulce con la que mi padre hacía *cocho*<sup>24</sup>, el cuchillo afilado que corta carne de cordero y queso, las hojas secas de los álamos, la hierba que los pastores pisotean, la tierra húmeda, la quebrada río abajo, unos arbustos con espinas y flores cárdenas... Mi madre se oye remota. Aquellas murallas ahogaron su voz para siempre.

47 años  
Arica

**Tercer lugar regional**

<sup>24</sup> Cocho: merienda hecha de maíz tostado, azúcar y agua (nota del editor).

## El hombre sacrificado y su burra

Benjamín Paten Barahona

**H**abía una vez un hombre que caminaba a su casa diariamente. Él vivía en el valle y caminaba con su burra cargada de heno y hierbas que recolectaba en el camino. Muy temprano en las mañanas, apenas cuando salía el sol, se dirigía a despertar a su burrita que con cariño llamaba Juanita, ya que le recordaba a una de sus antiguas novias de su adolescencia.

Pasaba con su burrita Juana parcela por parcela ofreciendo a quien comprase un poco de la fresca leche de Juanita. Era tan fresca que se extraía en el mismo momento de la compra; en otras palabras, ordeñaban a Juanita a cambio de un poco de dinero, de alguna fruta o de alguna verdura que sirviera para el consumo del día o como decía él, “Algo para salvar la olla”. Cuando conseguía lo suficiente, se dirigía a Poconchile, donde compraba algunas cositas extras para preparar su almuerzo. Una vez en su casa, les daba almuerzo a sus hijos que para esa hora ya habían llegado de la humilde escuelita del pueblo. Una vez salvado el almuerzo diario, se iba con sus hijos y su burrita a buscar más clientes dispuestos a comprar la fresca leche.

Aunque no todos los días eran igual de rutinarios: a veces, cuando el dinero alcanzaba, dejaba a su burrita amarrada y se dirigía a dedo al cementerio de San Miguel donde tristemente estaba su amada y difunta esposa. Ella murió muy joven, apenas cuando sus hijos eran niños pequeños, por lo que ellos solo la recuerdan cuando su padre les cuenta historias o cuando en el cementerio ven una de las pocas y deterioradas fotos de recuerdo. A pesar de ser una familia pequeña, tenían mucha necesidad; a veces no alcanzaba para comer o no podían comprar útiles para el colegio o simplemente, algo tan común como pagar la locomoción, se volvía algo inalcanzable, teniendo que recurrir a caminar kilómetros y kilómetros por la carretera o arriesgarse a hacer dedo.

Hasta nuestros días se puede ver al hombre y su burrita caminar por la carretera hacia su casa todos los días, esforzándose por llevar algo a sus hijos.

15 años  
Arica

**Mención especial de jurado**



## Rescatando tradiciones "El velatorio"

Katerín Henríquez Figueroa

*En memoria de Julio Cayo Tuna.*

La fecha se ha cumplido: hace una semana que Julio decidió dejar este mundo para emprender un nuevo viaje, quién sabe dónde. Los días fueron tristes y cargados de recuerdos para su familia. La pena vuelve a invadirles, con solo pensar que deben cumplir con la tradición de simular su velorio, se revive la pena y la angustia de no volver a verle.

Nilda dobla toda su ropa y guarda sus pertenencias con mucho cariño, recordando instantes que vivieron juntos. Cuándo usó tal o cual prenda, o el momento de sorpresa cuando recibió aquel regalo, quizás en un cumpleaños, o tal vez el año anterior para el día del padre. Sin querer, derrama perfume de él sobre la cama, y es como si volviera a estar a su lado, observando cómo guardar sus cosas para este último viaje, supervisando cada detalle, que nada se quede, porque después de esta, ya no habrá otra oportunidad.

Se le unen al quehacer sus dos hijas, cada una de ellas llorando en silencio para no apenar a la otra. Tratan de ordenar sus vidas de la mejor manera, como intentan hacerlo con cada prenda que van dejando en la maleta. Ya casi es tiempo de viajar a Loazana, pueblo añorado, donde Julio siempre manifestó que quería quedar cuando lo alcanzara la hora de partir. Es importante llegar al pueblo antes de la hora en que él murió, puesto que los preparativos del velatorio deben estar listos para entonces.

En tanto las hijas acomodan las cosas en el vehículo, aún no se convencen de que su padre no estará más con ellas. Se lo imaginan esperándolas en el pueblo, con el horno caliente para echar el pan, su mamá leudando la masa. Imaginan la quebrada aún en silencio por la noche que termina, con la única compañía, casi como un murmullo, del río más allá de las cacharas junto a los choclares.

Parten, por fin, rumbo a Loazana. El viaje acortó la noche, nadie puede dormir, todos sumidos en sus pensamientos; pocas veces se miran, casi ninguna se hablan. Hace frío, como el vacío que siente Nilda en su corazón, pero debe ser fuerte: por sus hijas, por sus nietos y por ella misma.

Pasando Tarapacá comienza el movimiento, se escuchan voces de preparativos, falta poco para llegar, el aroma a monte y tierra mojada de Angostura avivan los ánimos, se recuerdan anécdotas vividas en la última celebración, la festividad del Espíritu Santo, no hace mucho tiempo, pero Julio estaba allí y dejó historias para contar.

La madrugada está fría y se encienden las luces del pueblo con la llegada de la familia. Pronto será la hora. Con premura acomodan la mesa que servirá de altar, estiran mantel blanco y la caja envuelta de negro simula el ataúd. Cuando el reloj marque las cuatro, se prenderán las velas, las que no se apagarán hasta que se quemem todas las cosas del difunto. Comienza el velatorio.

Con radiante fotografía lo recuerdan sonriendo; en su entorno flores del monte y las que trajeron de Iquique, rodean el ataúd de cartón. Las velas se han encendido, comienzan los rezos, y ya no se pueden evitar los sollozos. Primero asoman tímidos los de la viuda, y luego, al unísono, los de toda la familia que la acompaña.

La mañana llega y se dejan oír las cumbias que escuchaba Julio, los ánimos están más alegres, porque él era un hombre alegre. El ajeteo por preparar la *calapurka*<sup>25</sup> distrae a ratos a los dolientes. El cilantro recién cortado en la chacra, le da el sabor preciso. Deben almorzar antes de subir al cementerio. Y él también

<sup>25</sup> Calapurka: plato tradicional del norte chileno (nota del editor).

está presente, con un plato de *calapurka* sobre el altar, es invitado al almuerzo. Pronto le convidan pan amasado, vasos de licor y cerveza, hojas de coca por la *pachamama*<sup>26</sup> y cigarros. Los nietos dejan dulces y un trozo de queque, el que se horneó especialmente para la ocasión. Entre risas y recuerdos, se pasa la hora como un suspiro. El tema obligado es él, imposible no serlo; conversar de su vida y lo que dejó. Jamás se pensó, ni se habló tanto de Julio, como en ese momento.

Aún se siente el ir y venir de platos cuando llega el maestro de ceremonia. Vestido de punta en blanco, con la parsimonia que la situación amerita, comienza a explicar qué se debe hacer en el ritual de velatorio. Él será quien encabece cada rito, asegurándose que se cumpla a cabalidad la tradición.

Después de almorzar, los invita a todos a participar del culto en el cementerio. En esta ocasión, no hubo banda, ni *lakas*<sup>27</sup> que acompañen al sepelio; sin embargo, con parlante en mano, se dejan escuchar las comparsas que entonan las marchas fúnebres. Todos caminan al cementerio llevando flores y botellas en las manos; otros, pensamientos y emociones en el corazón. Con solemnidad absoluta, ya en el lugar, extendiendo el *aguayo*<sup>28</sup> a los pies de la cruz de la tumba, se dejan caer incienso, coa<sup>29</sup> y licor, rogando al alma del difunto por la fortuna de la familia que deja, y encaminándolo a él hacia la eternidad. Uno a uno los familiares se arrodillan ante el improvisado altar, esparciendo las especias y deseándole a Julio buen viaje.

El cementerio queda en un lugar quimérico, difícil de llegar, pero la vista al pueblo desde ahí es increíble. Invita a la reflexión, a bajar el ritmo de la vida, a sentarse solo a contemplar el paisaje, el sol radiante del desierto encandilando el cauce del río, los verdes de la quebrada perdiéndose entre los cerros multicolores, las casas de adobe trémulas por los años, y solo queda el silencio, el silbar del viento, el susurro del agua. Qué mejor lugar para un descanso eterno.

El maestro de ceremonia invita a todos a retirarse del recinto luego del rito. Solo queda él, con la mirada perdida en el angosto camino que dirige a los deudos a sus casas. La única compañía en aquella inmensa soledad, son los bultitos en el cementerio posados en polvo, ensalzados con quebradas cruces indicando que ahí hubo en algún momento un nombre, nombre borrado por el implacable sol salino del desierto, un primero de noviembre. Solo el hombre sabe qué ocurre en este destierro, tradición celosamente guardada por una familia, quienes se encargaron de proteger cada una de las costumbres andinas.

Falta una hora para el anochecer, a la puerta de la casa llega el maestro. Con un nudo en la garganta Nilda lo recibe tomando su mano, sabe que ya es hora de despedirse. Poco a poco van desarmando el altar; comida, especias y restos de vela se entremezclan con las pertenencias de Julio. Pronto todo será quemado para que él pueda llevárselas a su último destino. El anfitrión se viste con chaqueta y sombrero del difunto, con una varilla de molle en la mano, se va despidiendo de la familia, ya no es él quien habla, sino Julio, deseándoles a cada uno fortuna, salud, e infinidad de bendiciones. Recomienda cuidar de sus nietos, y por sobre todo, de su amada.

Los abraza con ternura, postergando el adiós definitivo. Golpea en la espalda a quienes lo lloran con la rama de molle. No deben dejarlo atorado aquí, en esta tierra; penoso por el sufrimiento que ha causado, él debe marchar.

<sup>26</sup> Pachamama: Madre Tierra en lengua aymara (nota del editor).

<sup>27</sup> Laka: banda musical tradicional de las culturas nortinas (nota del editor).

<sup>28</sup> Aguayo: prenda rectangular usada como abrigo, mochila o adorno (nota del editor).

<sup>29</sup> Coa: arbusto cordillerano (nota del editor).



Ya en la quebrada el guía mira el horizonte, el sol se está poniendo y la tradición dice que el fuego debe arder justo en este instante. Junta las posesiones de Julio formando una pira, deja en ella la chaqueta y el sombrero de la despedida. Él, con mirada ancestral, verá en el bailar de las llamas al próximo en partir, noticia difícil de dar, más aún, cuando el que asoma en la lumbre, puede ser un conocido. O quizás, puede ver el alma del dueño, manifestando su sentir al momento de partir. Pero las llamas bailarinas muestran la silueta de Julio, buscando entre sus cosas algo con urgencia, se le ve afligido, lo que obliga al experto a salir de su tarea, para dirigirse raudo a la casa de Nilda. Le pide que, por favor, entregue las cosas que guardó, que por más queridos recuerdos que sean, el ánimo se las debe llevar.

Tímidamente, ella reconoce que dejó en Iquique cinturón y billetera de su amado, tesoros apreciados que le recordarían que él estuvo aquí, que fue real, no una ilusión de su corazón solitario. Pero ve qué le pasará al alma si no las entrega. Promete llevarlos, promete volver a su pueblo añorado, sentarse junto a la tumba de su amor, rezar en silencio, dejar que el viento cálido del desierto seque esas lágrimas que insisten en caer. Consolándose en lo más profundo de su ser, porque el tiempo todo lo cura, y aunque el sol borre el nombre de Julio en la cruz, jamás se borrará de su corazón.

34 años  
Alto Hospicio  
**Primer lugar regional**

## Huallata

Héctor Jonathan Barraza Ahumada

Desde que recibí la noticia, el mundo se me vino abajo. Había planeado un fin de semana con mis amigos en la playa, y la sola idea de estar en Panavinto a más de cuatro horas alejado de todo medio de civilización posible, arruinaba por completo mis anhelados días de relajo... Las horas transcurrieron eternas en el vehículo: Iquique, Alto Hospicio, Humberstone, Huara, Chusmiza, Quebe, Colchane y Cariquima quedaron atrás en la carretera. Fue una postal propia de una película del viejo oeste; a mi alrededor todo era desértico. La soledad, el sol, un silbido aterrador en la inmensidad de la nada, estaban frente a mis narices; estaba hecho un desastre, nada ni nadie me quitaba la cara de medio metro por estar donde no quería estar. En todo el trayecto, mi padre se percató de mi enfado; solo contempló mi rostro petrificado en mis gafas oscuras, no se dignó a reprocharme nada. Manejó las cuatro horas sin detenerse, y cuando la camioneta tocó el suelo de Cariquima, se detuvo y me pasó el volante. No sé lo que quiso hacer con dicho gesto, pero para mí, fue algo más que un desafío. El camino estaba demarcado en mil rutas, mi padre me guiaba con su dedo dictatorial. A mi paso, divisé vizcachas y unos cuantos burros salvajes; por un momento pensé que estaba en otro país. Esquivaba todo a mi paso, y entre el polvo y la luz incandescente del sol, estancué el carro en la eternidad de un suelo blanco que se proyectaba hasta el infinito. Quedé atónito, no me acordaba de haber visto antes semejante espejismo. Mi viejo, atento a mi impresión, me dijo:

—¡Es el salar de Panavinto! Hermoso...

Respondí con un sí ausente, mientras seguía las coordenadas de mi padre. Al poco andar, nos adentramos en el salar. A menos de dos kilómetros, una casa destartada se instalaba como la única vivienda en los alrededores. Mi viejo eufórico, gritó: “¡Ahí está la casa de tu abuelo! Maneja despacio, quiero sorprenderlo...”.

Me estacioné con cuidado al frente de la casa, nadie salió al encuentro. La puerta de la casucha estaba abierta de par en par, entramos para ver si había alguien, pero nada, solo se divisaba unos trozos de carne colgada en una soga, muchas mantas apiladas como cajas, y un ejército de jarros de loza que parecían trofeos en algo similar a una estantería. Toda la estructura de una casa estaba en una sola pieza: cama, comedor y living en un solo espacio; parecía casa de soltero o una bodega a medio mal traer. Mi padre empezó a buscar desesperado a mi abuelo, gritaba su nombre como un demente, mientras yo me sentaba en la piedra más aplanada de la casa y me dejaba engeguecer por la hermosa vista del salar y el humo de mi cigarrillo.

De la nada, por entre las colinas, después de media hora de espera, se dejó ver mi abuelo, un anciano alargado y delgado como la sombra que proyectaba. A su alrededor, un sin fin de más de cuarenta corderos se hacían sentir como un escuadrón que protegía de sus pasos. Mi padre, al verlo, corrió a abrazarlo. El encuentro fue digno de observar: ambos se entrecruzaron por más de un minuto; no entendía lo que hablaban, pero al acercarse me fui dando cuenta de que estaban hablando, al parecer, de mí y se reían de mis vestimentas... Aquel día trabajé como un animal: corté leña, limpié el corral de los corderos, di de comer a las gallinas y regué la plantación de quinua. Fui un verdadero jornal, una mano de obra sin paga al servicio de mi abuelo y mi padre. La noche me acurrucó con su soledad y sus estrellas, eso fue lo único hermoso que contuve en aquel día, mientras mi cansancio me aturdió en la robustez de una manta que me aisló por completo de la gélida noche.

Al amanecer, mis fuerzas estaban intactas, el sueño había reparado algo mis dolencias físicas, y el



contundente caldo, me hizo revivir. Mi padre había marchado con la camioneta a Cariquima; al parecer, a mi abuelo aún le faltaban cosas en la despensa. Este ya estaba en pie, y se aprestaba a sacar el rebaño para pastorear. No quise ser descortés y opte por acompañarlo. Me tardó unos cuantos estertores seguir sus pasos, y cuando lo tuve frente a frente, me miró con una tranquilidad propia de un ermitaño, agachó su cabeza y siguió a su rebaño cerro por cerro. Al poco andar, quise romper el hielo con una frase, pero no encontraba el instante, no tenía confianza con él; habían sido más de diez años sin verlo, apenas podía entender lo que decía. Él, haciendo gala de su peculiar soltura como ganadero, silbó a los cielos, y como por arte de magia, su perro, ante la señal de su amo, juntó al rebaño entero entre unos arbustos. Impactado por el espectáculo de los animales, me quedé pensando en el movimiento del can y los corderos, mientras mi abuelo, me golpeó el hombro con la intención de indicarme que era hora de descansar. Nos sentamos junto a unas llaretas, ahí reposamos y bebimos agua, y en el instante en que él me ofrece un trozo de hoja de coca, valientemente le pregunto:

—¿Qué te retiene aquí, Inocencio?, ¿por qué no vas a casa con nosotros? Estás solo... la abuela murió hace más de tres años...

El viejo ni siquiera se dignó a observarme; hizo un gesto con su barbilla, suspiró y respondió:

—¿Por qué tantas preguntas en una frase nieto?...

Me rasqué la cabeza ante su respuesta, mientras él, con una actitud reflexiva apuntó con su dedo al cielo y me ordenó mirar. Obediente, abrí mis pupilas y observé un ave que volaba solitaria por los aires. El viejo comenzó a hablar, y en su relato me describió la particularidad de dicha ave, la cual se llamaba huallata. En su descripción recaló:

—Esa ave es propia de aquí, siempre vuela acompañada. Se dice que esa ave encuentra el amor de su vida, se une a ella y nunca más se separan hasta la muerte. De hecho, si una muere, la otra también lo hace, pero con la valentía de un arrojo inusual, como lo hace esa ave que estás mirando. Esa huallata está viajando al fin de sus días; es probable que haya perdido a su pareja, por eso viaja sola, y va en búsqueda de la cumbre más alta para posar ahí su cuerpo y lanzarse al vacío sin arrepentimiento y morir en el contacto con el suelo. La huallata se mutila a sí misma por la pena de perder a su amor, a su compañero o compañera de toda una vida, y muere en su bondad, en su silencio, en su reflexión. Así estoy yo ahora, esperando morir, esperando ver el sendero que me guíe donde tu abuela, en estas tierras y en las que aún debo plantar, pues el suelo que pisas es suelo santo y fértil, no porque yo lo diga, sino porque aquí está tu historia, tus raíces y está mi otro complemento, el que conocí en el arte del amor...

La respuesta me dejó boquiabierto. Quedé en silencio, junté mis manos y me detuve a seguir el vuelo del ave; quise comprobar la realidad del relato en ese vuelo en solitario. Mientras, mi abuelo se perdía con su ganado en su paraíso.

34 años  
Alto Hospicio  
**Segundo lugar regional**

## La guerra de las bandas

Marcelo Sabino Moreira Alcota

En el día andaba con su elegante traje por las calles de tierra, siempre altivo ante la autoridad. Pero en la noche, se sacaba su traje y solo se dejaba una polera roja con bordes de cintas amarillas y pantalones desgastados, creyéndose santo entre los delincuentes, borrachos, infectados; en fin, los despreciados, como uno más de los nuestros. Y fue por esto que la autoridad dictaminó que estaba loco por proteger a los maleantes, pero omitían que ayudaba a los pobres como también a los mineros. Sin importar esto, se dictaminó encarcelarlo en su propia casa todas las noches por ser un peligro para la sociedad, aunque viviera en un pequeño pueblo.

Sabemos que es mentira lo de su locura, que no está loco, solo un poquito. Lo han encarcelado por miedo a que su polera en verdad tenga poderes; lo sé porque el mismo Lolo me regaló la que llevo ahora.

Pero Lorenzo ama la libertad de la noche y se corrió el rumor en el pueblo que preparaba su fuga; el día elegido sería su cumpleaños y mandó el siguiente mensaje:

“Que la *banda Sin Miedo* se prepare y espere mi señal para mi rescate”.

Y llegó el día, 9 de agosto; las bandas aprovecharían que las calles estarían repletas de gente. ¿Las bandas? Lorenzo había olvidado especificar de cuál ciudad era la banda que había llamado y se fue llenando la plaza con todas las bandas “*Sin Miedo*” de Iquique, La Tirana, Arica, Virgen de las Peñas, Calama y Ayquina; ni Andacollo se restó. Los cómplices distractores serían las lakitas<sup>30</sup>; con sus pequeñas y tiernas zampoñas eran los predilectos de carabineros, y sobre todo, de la iglesia de Tarapacá.

Así fuimos y fueron llegando. Nos mirábamos de reojo. Yo reconocí a algunas con las cuales habíamos compartido en el pasado mentiras y terminado en tierra. Pero nadie sabía la señal, solo se debían mirar los cerros desnudos e inmensos.

Llegó la víspera. Desde los cerros dormidos de tierra y rocas, estallaron innumerables bombas iluminando de colores al pueblo, especialmente rojo y amarillo, pero Lorenzo no daba la señal. Algo terrible debía estar pasando; Lorenzo no aparecía, no salía de su casa ni a la ventana, no sabíamos por qué.

Los curas sabían que Lorenzo quería celebrar su cumpleaños y haría todo lo posible para lograrlo, por eso optaron por amarrarle con cadenas de pies y manos.

Hasta que no sé quién se subió a un muro de adobe que cercaba la plaza y escuché gritar y llorar al mismo tiempo:

—¡Al Lolo no lo van a sacar! ¡Al Lolo, nuestro san Lorenzo, ¡los curas le han secuestrado y no lo van a liberar!

Esa era la señal.

Las bandas desde el suelo alzaron gigantes bombos, algunos más grandes que sus tocadores furiosos. Se desenvainaron los trombones, las trompetas y lo pitos; los platillos despertaban a cachetada limpia a quien se hubiere quedado dormido en la misa. Y cual *Tinku*<sup>31</sup> milenario, comenzaron a pelear en conjunto.

<sup>30</sup> Laka: banda musical tradicional de las culturas nortinas (nota del editor).

<sup>31</sup> Tinku: ritual y danza folklórica de los pueblos altiplánicos (nota del editor).



Recordaban viejas rencillas entre los bailarines: sambos de san Lorenzo y Diablada de san Lorenzo.

Mientras los fuegos se iban apagando, las bandas se gritaban, cantaban compitiendo entre sí. De entre la multitud aparecieron feligreses de pantalones oscuros con tierra, otros descalzos, pero todos con simples poleras rojas con bordes amarillos. Inmunes al frío, entraron a la iglesia a rescatar a san Lorenzo, sacándolo en andas con su impecable traje color rojo y bordes de oro a caminar por la plaza.

—¡Lorenza! ¡Lorenza!, ¡toca los platillos!

Y volví a escuchar mientras me alzaban mágicamente en los hombros:

—¡Lorenza, hija! ¡Toca los platillos! ¡Nos toca!

San Lorenzo del pueblo de Tarapacá comenzaba a bailar y no pararía hasta que la última *banda Sin Miedo* se diera por vencida.

Sí, había comenzado la *guerra de las bandas*, y nada los frenaría hasta el amanecer.

¡VIVA SAN LORENZO! ¡VIVA!

45 años  
Pozo Almonte  
**Tercer lugar regional**



## Las migas de pan

Mauricio Antonio González Leiva

Un día, desde la ventana de mi celda, observé en el patio una bolsa de pan endurecerse con el sol, secando cada partícula de agua que en aquellas masas quedaban. Sin visitas, sin dinero, con nada de amigos, en tierra desconocida, debía tomar decisiones. Era el patio más seco y desolado de todos los módulos y recordé mi infancia cuando mi madre realizó un curso de bonsái (arbolitos hechos a mano) y con ella me entretenía ayudando y aprendiendo. Al recordar aquellos maravillosos días, se me vino una idea a la mente. Tomé aquellas bolsas de pan seco endurecido, rallando, moliendo, formando una masa de color blanco oscuro.

Nunca he sido bueno para las artes manuales, pero esta vez fue diferente: con cada pétalo que fabricaba iba formando la flor. La colgué con la esperanza que al día siguiente estaría dura. La bajé y me conseguí pintura, para darle color a mi creación. Gran sorpresa, los demás reos vieron que de una masa de pan endurecida se podía dar origen a una hermosa flor. Vi el escape a mi pobreza. El mismo día me hacían los pedidos para sorprender a sus visitas con un regalo. Me llegaban bolsas y bolsas de pan del patio de mujeres.

Ahora tengo mi propio proyecto personal y los demás reos me ayudan a secar mis trabajos. Donde uno esté, todo se puede, si se lo propone.

45 años

Alto Hospicio

**Mención especial del jurado**



## La última changa

Rosa Elvira Ovalle Fernández

Paulita era la más pequeña de las changuitas<sup>32</sup>, nacida en la caleta de Paposo.

Ella junto a su madre y sus dos hermanas, salían tempranito a sacar el huiro de las orillas de la caleta, y mojadas hasta la cintura, invierno o verano, colgaban el ramaje en sus hombros y emprendían la marcha hacia la empinada base donde el sol haría su parte en el proceso de secado.

Ellas trabajaban muy contentas, porque sabían que el sustento de su casa y la comida para ellas y sus dos hermanitos pequeños, dependía de cuántos kilos de huiro venderían en la jornada.

¿El padre? No existía... Hacía tiempo que se había marchado con su bote mar adentro y nunca más lo vieron.

Un día se acercó hacia ellas un joven que provenía del sur en busca de trabajo y alojamiento para comenzar una vida nueva, ya que algunos problemas familiares le habían tronchado su camino, contaba él.

Paulita se encandiló de inmediato con el muchacho y con sus generosos ojitos le suplicó a su madre que le dejara compartir el trabajo con ellas, para ayudarlo.

La madre, un poco esquiva y en acuerdo con sus otras hijas, ponía dificultad, ya que compartir la tarea con alguien más reduciría sus ingresos.

Pero Paulita, rogó tanto, hasta que, por fin, le dieron apoyo a Miguel, el muchacho.

Y así comenzó la amistad; le dieron también un colchón en el pasillo de la casita de dos piezas que tenían y que cuidaban con esmero.

La chica cumplió 16 años el mismo mes que llegó el muchacho y ya comenzaban a enamorarse.

Primero las miradas, luego las risitas y después las caricias furtivas a escondidas de los demás.

Un día entre tantos otros, la madre le habla a su hija Paulita acerca de las cosas que veía que estaban sucediendo con ella y su supuesto novio.

La madre le decía que no estaba de acuerdo con las bromas que él les hacía, respecto a su origen y a su color de piel, ya que él repetía constantemente: “Como yo soy rubio, ojos azules, sureño, vengo a hacerles un favor a ustedes, vengo a arreglar su raza”, y luego se reía mostrando sus dientes blancos que enamoraron a la changuita.

Además, él contaba que allá en el sur, su padre tenía una fábrica de cosméticos, cremas y otros elementos que preparaban con el especial huiro grueso que ellas sacaban del agua, y por ese motivo, él había viajado: para comprarlo en el norte, ya que en el sur se había extinguido.

Paulita pensó que este comentario era uno más de los que siempre hacía su madre por el recelo con que la cuidaba, puesto a que era la más pequeña, o sea, su tesoro.

Al paso de un año se casó la mayor de las hermanas y se fue a la ciudad de Taltal. Poco tiempo después, se casó la segunda hija, yéndose a la capital por el trabajo del esposo.

<sup>32</sup> Changuitas: de changos, pueblos costeros prehispánicos que habitaron el litoral del norte de Chile (nota del editor).

Paulita siguió al lado de su madre con el mismo afán, pero ya el trabajo no rendía tanto; el huiro pesaba cada vez menos y su ganancia ahora se repartía con Miguel.

Mientras tanto Miguel, esperaba que su novia cumpliera los dieciocho años para desposarla, decía él, y la madre entre pensativa y desconfiada le preguntaba:

—¿Y cuándo es que conoceremos a tus padres?

El muchacho, medio en serio y medio en broma contestaba:

—Tienen que ver si hay espacio en su agenda, es que como son empresarios, no pueden dejar sus negocios solos.

Un día cualquiera se corrió la voz en la caleta que un auto tipo jeep andaba buscando a Miguel. Fue muy fácil llegar a él, pues en esa caleta todos se conocían, conformaban casi una sola familia y se apoyaban en las malas y celebraban en las buenas. Todos respetaban la propiedad del vecino y si la pesca era buena, sorprendentemente amanecía en cada puerta una sarta de congrios colorados y frescos o un chinguillo de mariscos para el alimentar a los chiquillos de la familia.

Al encontrarse cara a cara, los visitantes le enrostraron a Miguel su desatino y su cobardía al escapar de su casa, de su tierra, después de haber dejado a su novia de toda la vida.

Eran sus padres quiénes con mucha rabia le recalcaron: “¿Qué es lo que hacía en ese pueblucho de mala muerte, caleta de pescadores hediondos a huiro?”

La madre de Miguel lloraba desconsolada al saber que su hijo, su único heredero, se había enredado con esa “saca huiro” aprovechada y arribista.

El muchacho respondió:

—No sufran por mí, ni juzguen a las personas; es por eso que yo partí: me cansé de ese mundo de hipocresías... Yo aprendí a amar esta caleta que me dio todo sin pedirme ninguna explicación. Nadie me cuestionó, nadie me interrogó, ni le importó ni el dinero, ni quién realmente era yo... Simplemente me dieron un lugar en su tierra y en su corazón. Estos cerros me acunaron y este mar me ha dado día a día el sustento y todo sin pedir nada. Estos changos, me enseñaron la nobleza, la fortaleza y el amor. ¡Paulita, ven, amor!

Y ella va contenta y corriendo con un vestido blanco en sus manos, el cual estaba terminando.

—Mamá, papá: ahora yo amo a Paulita y luego nos casaremos; ya tiene el vestido preparado, lo hizo con sus manos. Esta, ahora es mi casa y mi tierra...

Con la furia en el rostro, el padre saca un arma y proclama:

—Antes me mato que verte casado con una changa.

Y suena un tiro, pero Paulita alcanza a cruzarse entre ellos y cae apretando su traje sobre un colchón de huiros que se estaba secando para el embarque... Y allí se fundió el dolor de los cerros en el color del huiro, la pureza de la raza en el blanco de su vestido y el dolor del chango en la sangre del sacrificio... Allí quedó la última changuita nacida en la caleta de Paposo.



## El pimiento

Gustavo Alex Tapia Araya

**D**etuve la camioneta. A mi alrededor el desierto numeroso de cerros y horizontes entonaba su algebra de colores, como diciendo: «Esta no es pampa ni de tinieblas ni de caos». Sin embargo, aparecía la demora en ese territorio como de Marte. Un largo convoy de través. Carromatos planos cargados con cátodos de cobre. Detrás de la vía pude ver a un hombre solitario en movimiento: el maquinista.

Al mirar por los trescientos sesenta grados de desierto, solo se veía la construcción de dos pisos en pino Oregón. Esa era una parada de agua, una estación de abastecimiento en la planicie desolada, donde alguna vez, en los tiempos en que cursaban dichas rutas las locomotoras a vapor, el fogonero alimentaba el *tender*, o carro de agua, con el suministro del tanque elevado sobre una torreta en la estación. Ahora, exánime, la gruesa y agrietada manguera de goma colgaba del estanque cual saludo a la bandera, apenas mecida por el viento de la media tarde.

Sorprendente era la estampa de un vigoroso pimiento verde, único ser vivo en ese paisaje de soledad. Por alguna parte de la memoria me llegaron ciertas palabras de Castilla, que se refieren al pimiento como una especie de “gloria bendita”.

Salté por encima de la copla entre dos carros. A paso decidido me dirigí hacia el hombre bajo el árbol, quien lo regaba con agua de tastos plásticos que seguramente traía en la locomotora. Era evidente que el estanque de la estación, por su estado de abandono, no había sido abastecido en las últimas cuatro décadas.

El árbol, mirando alrededor, mostraba los arañazos del tiempo, pero sus ramas caían graciosas y fecundaban una amistosa sombra. De mis casi diarios pasos por el desierto rumbo a la mina y en el cruce que ahora me detenía, jamás me había cuestionado la presencia de aquel ser viviente, y como miles de cosas que uno da por sentadas, siempre supuse que el árbol existía solo porque allí estaba.

—Su nacimiento y vida se deben al capricho de un viejo ferroviario, mi compadre. Aquí hubo antes una estación, y este árbol fue su hijo y su compañero hasta que a él lo reemplazaron —me explicó el maquinista.

Según la historia que a media voz hilvanaba el hombre, un segundo jefe de esa estación resultó con menos vida que una mosca. Y luego vino su desmantelamiento.

—Solo quedó la casa que usted ve, ahora una bodega poco utilizada.

Tomando uno de los recipientes, le ayudé con la tarea de aguatero. A mí me apuraba cruzar la vía. Así es que ayudar con el agua colaboraba en la solución para que se apartara de mi camino.

Me contó que lamentaba su próxima jubilación. Estaban recortando personal y le habían ofrecido una salida jugosa. Así es que se iba y no sabía qué sucedería al arbolito cuando a él lo despacharan para siempre.

Seguí regando el árbol en silencio y luego, por cortesía, le dejé mi tarjeta de presentación.

Tras el pitido de advertencia, la locomotora emprendió su viaje hacia Antofagasta y pude subirme a la camioneta para ir al rescate de un minero accidentado.

Luego del suceso, los meses transcurrieron sin novedad hasta que mi nieto debió investigar por qué algunos árboles resisten la sequedad. La sal atrae las moléculas de agua, de la neblina, por ejemplo, y

aquello hace posible su supervivencia. Así limitan los daños a sus paredes celulares al marchitarse.

A la investigación escolar el alumno debía agregar una historia personal que hablara de los pimientos pampinos. Recordé los muchos esqueletos de árboles que tras décadas sin riego persistían en sobrevivir a lo largo de la ruta entre Antofagasta y Calama, en el reguero de pueblos fantasmas como Pampa Unión, cuyas paredes se caen a lagrimones sin preocupación de las autoridades por su valor histórico.

En ese repaso de nuestras debilidades fue que recordé la historia del ferroviario. Teníamos un feriado por delante e invité a mi nieto al desierto, para que conociera el viejo árbol y le sacara una foto con la cual ilustrar y amononar su tarea. Pero, antes, entró una llamada inesperada y por ella recordé no solo el viejo columpio de mi niñez, sino también reforcé el recuerdo del ferroviario. Coincidencia de las coincidencias.

Sí, porque desde que entró la llamada se me hizo forzoso subir a la pampa y que mi nieto me acompañara y no por capricho. Temprano el sábado me ayudó a llenar con agua los dos tambores de doscientos litros.

Una hora después estábamos regando el viejo arbolito, un poco decaído, como presintiendo el avance del abandono. La llamada telefónica desde la casa del ferroviario estaba en mi agenda. Así es que apenas tuve tiempo me largué a visitar su casa. Y para mi sorpresa, me recibió no el amigo del desierto, sino su viuda. Una enfermedad lo había aniquilado unos días antes. Pero, presintiendo su muerte, dejó una carta que la esposa me entregó con muchas esperanzas.

*Le ruego, aprovechando esa amistad que hicimos por escasos minutos, que riegue mi arbolito. Mis días están contados, pero me duele más dejarlo a él. Le sé hombre de corazón y de la niñez que me contó en la pampa bajo los pimientos. Solo en usted restan mis esperanzas.*

Mi esposa, quien tras conocer los pormenores del asunto se interesó en el tema, me acompaña en el regadío. Creo que acabamos de adoptar un nuevo miembro en la familia.

Su copa luce densa y voluminosa ahora que está recibiendo agua. Tiene algo de sauce llorón. No sé si es porque recibió el agua o porque siente que su futuro no corre peligro.

—Abuelo, yo siempre lo regaré —promete mi nieto.

Chasconeo al muchacho. Sé que es un tipo cabal al cual le gusta mantener su palabra.

Cuando nos acercamos a la estación dos semanas más tarde, desde la carretera vemos la frondosa tusa del árbol que nos saluda con un vaivén de su melena y hoy luce mejor que antaño. Aquí, vamos con el agua.

Creo que regar árboles, en un tiempo de derechos, es una obligación humana, porque al atenderlo nos cuidamos. Se nos empiezan a unir muchachos de la escuela con sus padres y hemos comenzado un grupo de salvamento para los árboles del desierto. Es lo único que podría quedar tras el saqueo de la pampa.

Recuerdo al viejo ferroviario quien, en un momento de desamparo, puso su confianza en mi familia. Tenemos que cumplir. Mi nieto, a unos metros, cava profundamente y entonces la viuda, en homenaje al maquinista, deposita un pimiento bebé. Nuestro amigo ahora tendrá un hermano. Reitero, creo que hemos ampliado la familia.

67 años

Antofagasta

**Segundo lugar regional**



## Disneylandia

Gustavo Alex Tapia Araya

**C**aballos. Mi pasión nació en la niñez en San Isidro, un pequeño villorrio al noreste de Vicuña, por las tierras de Gabriela. Me admiraba ver caballos en libertad. Lo hacían en el Arenal, una planicie amplia y extensa que apuntaba hacia la cordillera. Allí los dejaban crecer y correr en libertad, sin peligro de los vehículos, y el tren había dejado de funcionar. De hecho, para alcanzar esa tierra alta, debíamos hacerlo a lomo de mula.

Los caballos. Me gustaba como caminaban, en total control de sus músculos y extremidades. Su airosa cola, sus melenas. Les daba de comer, aunque, de repente, cuando terciaba la locura que alguno fuese inquieto, temía ser arrollado, pateado o mordido.

Cuando a los diez años fuimos al festival de verano, el calor era casi capaz de derretir los algodones de azúcar que vendían los vendedores ambulantes. El carrusel y los aviones para dos niños eran la entretención principal, sin embargo, a mí solo me atraían los ponis. Mientras mis hermanos y hermanas empujaban a mis padres hacia los rifles de postones o a la pesca milagrosa para ganarse golosinas, yo presionaba para que me pagaran una vuelta en el poni. Fue la primera vez que pude montar un caballo, y fue tan hermoso y natural, que pasé la noche pensando en él.

Eran todavía los tiempos en que frente a mi casa pasaban carretas tiradas por mulas y jinetes que pasaban al galope haciendo sonar las herraduras contra las piedras de la calle, rumbo al alto a ver a los animales. Entonces salía corriendo, aunque fuese en pijamas, para alcanzar una oportunidad de darles una palmadita a los caballos.

A veces mis dos hermanos y yo éramos invitados a la casa de un amigo de mis padres, quien tenía una parcela grande, como de una hectárea; no sé de medidas, pero sí recuerdo los caballos, las yeguas, los burros, las mulas, los patos, los gansos, corderos, gallinas, conejos y chanchos. Más que un rancho era, a nuestros ojos, un zoológico.

El dueño era el Coño. El Coño Fernández. Le decían Coño, porque siempre decía *coño*, que parece que es habitual en España, de dónde venía. Era ya mayor y le decíamos Coño, no por falta de respeto, sino porque así le decían nuestros padres, con quien se manejaba como compadres.

El Coño hablaba con mucha zeta, era buen carpintero y vestía a lo campesino. Nos llamaban la atención sus mejillas sonrosadas y un rostro de sonrisa rápida hacia los niños.

El Coño había llegado hacía varios años de Europa, y cuando se vino hasta acá, según entiendo, le recibieron mis padres en su rancho. Entonces no tenía donde morir parado. Una mano por delante y otra por detrás. Y ellos lo acogieron, le dieron casa y trabajo.

Después entendí que era exiliado, y con el dinero que les aportaron desde el gobierno de Pedro Aguirre Cerda, arrendó un terrenito, al que le sacó frutos. Poco a poco fue creciendo hasta que le vendieron ese terreno que, después, nosotros empezamos a conocer bien cuando dejamos atrás nuestros pantalones cortos.

Como dije, era de sonrisa fácil y bastante juguetón. Los años se lo impedían, pero si hubiese podido correr con nosotros por el predio, lo habría hecho. Siempre que llegábamos nos tenía preparadas palomitas de maíz, leche, queso, charqui y chancaca. Y, además, al irnos, nos despachaba con un par de canastos con verduras y frutas para nuestra casa. Él vivía con una sirvienta que nos hacía empanadas de alcayota.

Los caballos, las gallinas, los patos, chanchos y unas pocas vaquillas se esparcían por su terreno, pero lo que más nos llamaba la atención era el granero gigante. Recuerdo con cariño la escala que ascendiendo conducía hasta un segundo piso. Allí existía un gran portón que miraba hacia una montaña de paja. Nuestro objetivo no era otro que subir, saltar desde el portón y lanzarnos hacia la paja. Uno podía escuchar la propia respiración mientras volaba y caía y descendía por la paja hasta quedar cubierto por entero y luego reaparecer por debajo. Hasta hoy lamentamos con nuestros hermanos que, entonces no tuviésemos máquina fotográfica para recordar ese hermoso período, con el Coño sabiendo y mirándonos desde lejos mientras nos entreteníamos, vigilándonos y riéndose para callado.

Ya mayores supimos que él había tenido familia en España, y que la perdió en los trágicos sucesos de la época.

Pero hasta hoy, en nuestra memoria, ir donde el Coño era como ser invitado a Disneylandia. Todos sabíamos cómo se pasaba donde Fernández y hoy día, tras amarrar mi caballo en las afueras del cementerio, recordando aquellas cosas, no puedo sino permitirme algunas lágrimas por su grandeza de espíritu y esas alegrías que incrustó en nuestras almas durante la niñez.

Es del caso señalar que el Coño Fernández venía marcado por el destino. Primero escapó en el Winnipeg gracias a Neruda, pero décadas después fue atrapado por Pinochet. Un lunes del septiembre negro, como en casa lo llamamos, al Coño Fernández lo acusaron de comunista y, en una de esas tantas redadas sin justificación, lo abandonaron bañado en sangre y balas por la noche en las puertas de lo que fue nuestra Disneylandia.

67 años  
Antofagasta  
**Tercer lugar regional**



## Awila likanantay

Fabiola Inés Jiménez Tirado

Quiero contarte todo lo que me ha pasado en el último tiempo, mi *awila*<sup>33</sup> querida. Hace tiempo que no vengo a conversar contigo, pero antes de que conversemos quiero presentar mi historia: vivo en Calama, segunda Región. “Calama, la ciudad de los perros”, “Calama, la ciudad de las putas”, “Calama, la ciudad del polvo”. A mí ya me da lo mismo, es su desierto el que amo y sus entornos que me enamoran, pero lo que más me gusta de vivir aquí, no es precisamente mi ciudad, sino que mis pueblos aledaños, llenos de cultura e historias. Viajar a Toconao o a Peine es un viaje místico-ancestral que muy pocos podrán admirar. Incluso yo, que ahora a mis 30 años defiendo y cuido con recelo y protección de quien ose hablar mal de mi tierra, de quienes la menosprecian y atacan como si me quisieran arrancar el alma. Suena bonito, ¿no? Pero lamentablemente no siempre fue así.

Tenía solo 7 años cuando mis padres decidieron venirse a vivir a Calama por una mejor vida y estabilidad educacional para nosotros, tres hijos, de los cuales soy la mayor. No sé qué tenía de malo mi escuelita rural, y recuerdo muy bien todo lo que lloré y pateulé por no venirme. Caprichos de niña pequeña que no entiendo nada de la vida. Mucho menos de lo que le dolía a mi madre despojarse de su historia con aquel pueblo que lleva en sus venas, más fuerte que caudal en febrero en mi provincia. Quizás fui muy egoísta, pero en ese tiempo no lo dimensioné así.

Estudí en una escuela básica a la cual asistí toda mi niñez, pero con los peores recuerdos, donde mis compañeros se burlaban de mi apellido y yo sentía mucha vergüenza de mis rasgos físicos, porque me decían “atacameña”, “india”, “*paitoca*”<sup>34</sup>, de forma muy despectiva. Nunca le conté a mi mamá, porque en las noches la escuchaba llorar y rezar en quechua. Ella siempre decía que no le hablaba a Dios, sino que a sus antepasados, sobre todo a la mamá, su bisabuela, de quien todos dicen que tenía poderes especiales. En el pueblo la admiraban mucho, porque siempre sanaba todo tipo de males, era como una especie de médico y ser espiritual al mismo tiempo. Nosotros crecimos con las plantas medicinales que siempre nos curaron de todo: la rica rica, la menta, el matico, la pasacana y el paico. Cierro los ojos y siento esa mezcla de olores que huelen a todo y a nada; que huelen a familia, a cariño, a infancia corriendo a pies descalzos por la casa; huele a tardes en el desierto más frío y cálido a la vez.

Cuando pasé a la enseñanza media a un liceo, falleció mi *awila* querida, mi abuelita materna, y yo falté mucho a clases para irme al pueblo a cuidarla antes de que ocurriera su muerte. Casi repito el año, porque para mí lo más importante se me iba y sentía como si se me rasgaba la piel. Recuerdo su habitación llena de incienso y amuletos, ella decía que era para llegar más rápido al otro lado, y yo no aguantaba las ganas de llorar cada vez que lo decía. El día que ella se fue conversamos hartos. Dentro de lo que podía, me dijo que nunca más sintiera vergüenza de mis raíces, porque yo tenía algo que todos mis compañeros no, algo mágico y ancestral, y era mi relación con la *pacha*, la tierra, nuestras raíces. Y me contó que ella, cuando tenía pena, se iba noches enteras al cementerio del pueblo a conversar con sus antepasados, y eso le daba fuerza. Ella sentía como una llama por dentro que la llenaba de la energía que le faltaba y quedaba como nueva. Le prometí a ella y a mí misma que nunca más sentiría vergüenza de mis raíces porque soy afortunada, porque sé que no estoy nunca sola, porque sé que dentro de mi familia hay fuerza, hay historia, hay vida. Esa misma noche mi abuela falleció.

<sup>33</sup> Awila: abuela en lengua quechua (nota del editor).

<sup>34</sup> Paitoca: en el Norte Grande de Chile, con esta palabra se designa de manera informal y ofensiva a personas que tienen rasgos faciales indígenas (nota del editor).

En mi adolescencia llevé con orgullo mi apellido y mi descendencia, con la frente en alto como si hubiera ganado un premio Oscar, de esos de la tele, o como si me hubiera ganado el Loto. Terminé muchas veces en casas de mis amigos explicándoles y contando fiestas costumbristas e historias de mi pueblo; todos expectantes y atentos me hacían preguntas, y yo me sentía como mi abuelita cuando éramos niños y nos contaba todas esas leyendas e historias de los pueblos. Era ella quien hablaba a través de mi boca, yo sé que fue así, yo la sentía dentro mío, con olor a hierbas medicinales.

En junio pasado celebré con mucho énfasis el año nuevo indígena, recibí las energías y la renovación de todo lo que la Madre Tierra, mi *pachamama* tenía para nosotros, su familia terrenal, hijos e hijas del sol Inti, y orgullosos de nuestro origen. Ese mismo 21 de junio supe que estaba embarazada, y agradecí por aquello; con mi pareja estábamos esperando ese milagro de vida, y yo sé que mi *awila* tiene mucho que ver en esto.

Sé que deben existir muchos y muchas jóvenes como yo, que dentro de su ingenua ignorancia sienten vergüenza o les hacen el quite a sus raíces. Los entiendo, pero quiero que ustedes también entiendan que fuimos bendecidos por la naturaleza, que tenemos historias que contar al mundo, tradiciones que mantener vivas, rituales que preservar en el tiempo, y esa es nuestra misión en nuestra vida. ¿No es cierto, *awila*? ¿No es así como funciona nuestra vida abuelita querida?

Mi hijita va a nacer pronto *abue*, estoy nerviosa y muy ansiosa. La próxima semana es el aniversario de tu muerte y con la bendición del sol y la naturaleza, mi hija nacerá también, así ese día será para mí más especial que ningún otro. Mi niñita se llamará *Killari*, luz de luna, luz como tú has sido para mí. Acompáñala siempre como lo has hecho conmigo y yo prometo enseñarle todo lo que tú me entregaste como herencia: nuestras costumbres, nuestra comunidad Likanantay, nuestras raíces. Buenas tardes abuela, nos vemos pronto, y espero que para la próxima visita conozcas a Killari y me la bendigas con tu sabiduría. Ya debo irme porque el cementerio se hace aún más oscuro con la noche... *Allin tuta*<sup>35</sup>.

30 años  
Calama

**Mención especial del jurado**

<sup>35</sup> Allin tuta: buenas noches en lengua quechua (nota del editor).



## Un parto diferente

Héctor Ocaño Cubillos

Esta vez tenía que ser diferente. ¿Por qué tenía que ser nuevamente lo mismo?, ¿por qué tenía que repetirse la misma historia? Este sería el séptimo hijo que Rosa traería al mundo, y anhelaba como nada en el mundo, esta vez ir a parir a un hospital. Estaba en el octavo mes de embarazo, así lo decía la cuenta que solo ella llevaba, jamás un control médico, una matrona o un matrócn. El lugar donde vivían estaba muy lejos de un centro urbano y aún más lejos de un hospital. Manuel, su compañero, que poco interés había demostrado por algún embarazo anterior, esta vez le había prometido que haría todo el esfuerzo porque todo fuera diferente y ojalá fuera a un hospital.

Manuel y Rosa acordaron que apenas cumpliera los ocho meses de embarazo la bajaría al pueblo; allí esperaría los primeros dolores. Así que apenas cumplió el octavo mes, emprendieron el rumbo hacia el pueblo; los hijos mayores cuidarían a los hermanos menores, como de costumbre. El único medio para llegar al pueblo eran los caballos y las yeguas. Para Rosa fue elegida la más dócil y tierna de las yeguas; ella, como hembra, tal vez entendería mejor las necesidades de una mujer embarazada.

Al momento de emprender el viaje poco después de la ocho de la mañana, cuando iba a montar el animal, Rosa sintió un leve dolor en su vientre que se propagó también por su espalda. Pero para ella no era nada, había soportado lo mismo en seis ocasiones sola, sin la ayuda de nadie, en medio del ajetreo y las labores para atender a los niños, ya que ellos no saben esperar un solo día sin comer.

Al poco comenzar el viaje, esos dolores se fueron intensificando, haciendo muy difícil el trayecto. La yegua parecía poner de su parte y comprender que cada paso debía ser con la máxima suavidad, pero aun así, el esfuerzo y la comprensión no eran suficientes: cualquier movimiento expandía el dolor por todo el cuerpo. Parecía para Rosa que el trabajo de parto ya había comenzado, en medio de la más sufrida travesía que jamás tuviera, tanto que hubiese preferido haberse quedado en la casa esta vez, y como siempre, la cuenta había fallado. En medio de los cerros no había nada; no habrá lavatorios, ni tiestos de agua tibia, ni tijera; estaba todo en contra y la desesperación se apoderaba de ella, pero había que persistir y seguir luchando en medio de este sufrido y dilatado viaje. Parecían haber perdido el camino y comenzó a anochecer sin esperanza de llegar al pueblo. En medio de esa desesperación, emergió frente a ellos un fuego enorme en medio de los cerros. Manuel no lo dudó y se dirigieron hacia aquel punto para pedir ayuda, si era posible.

Ahí había una anciana con un par de tiestos con agua hirviendo, algunos lavatorios a un costado de la hoguera, además tenía mucha leña a su alrededor. La abuela, al darse cuenta de la llegada de los forasteros, corrió a su encuentro. Junto con Manuel ayudó a Rosa a bajar de la yegua; al darse cuenta del estado de la mujer, la invitó de inmediato hasta su dormitorio que, a pesar de su humildad, era muy acogedor. La anciana les señaló que el parto estaba en curso, que no había tiempo que perder; les dijo que ella había sido partera toda su vida y que confiaran en ella, que todo saldría bien. Rosa tenía dolores insostenibles que le provocaban escalofríos; no le quedaba otra alternativa que entregarse a la abuela. Manuel esperaba impaciente atento a las órdenes de la anciana, y una asistente que repentinamente se integró a las labores, daba la impresión de ser parte de esa casa y parecía conocer el tema; era muy diestra con los mandados y la atención de Rosa.

El cansancio por el viaje y los dolores propios del trabajo de parto, marcaban aquel minuto.

Repentinamente, Rosa escuchó el llanto de la criatura fuerte, muy fuerte, y se quedó dormida, profundamente dormida. Cuando despertó al ver los primeros claros de luz del nuevo día, tenía a su pequeño hijo pegado a su pecho y Manuel durmiendo a un costado de aquella cama. Lo raro es que de la anciana y su asistente no había señales ni rastros. Al levantarse, Manuel salió de la casa y pudo comprobar que no habían rastros de fuego, de agua, de leña; nada, solo su caballo y la yegua igual que la noche anterior. En su interior pensó: «No hubo hospital ni doctores, pero sí al parecer dos ángeles que hicieron este parto diferente de los demás».

49 años

Domeyko

**Primer lugar regional**



## Pata de cabra

Consuelo Belén Quezada Fuenzalida

José del Carmen había muerto de viejo al interior de Los Ángeles y toda la comunidad estaba invitada a un velorio que duraría lo impensable. Las mujeres solteras de la casa estaban preparando los comistrajos para el evento, con la secreta esperanza de encontrar marido en el velorio. Hacían las infaltables cazuelas de pavo y la vaquilla muerta para que no hablaran los vecinos. Onorina, Isolina y Angelina de luto, pero muy compuestas, servían la mistela de apio y de guinda, brebajes que ellas mismas preparaban con sus propias manos, y agregaban ingredientes secretos, según ellas copiados de sus abuelos.

Las carretas iban llegando de todas partes, con las coronas de flores, y José del Carmen que jamás había ido a una fiesta por su carácter huraño y dictatorial, iba apreciando del cielo o del infierno su fúnebre fiesta en casa.

Las cantoras aparecieron a eso de las 6 de la tarde; venían de un lugar bastante retirado en su carreta con toldos de frazadas, vestidas con coloridos vestidos y trenzas con cintas rojas. Eran mujeres crespas con abundante pelo, de piernas gordas blancas rozagantes, acompañadas de una famélica mujer de negro con un ojo menos, que parecía ser la madre de ellas y que apodaban simplemente: “la vieja”.

Vamos afinando el arpa para las cuecas, las guitarras son tormentos. Algunos comensales ya estaban entonados a esa hora. Los cantos a lo divino y a lo humano ya sonaban en el aire; la lluvia comenzó a caer con un viento frío, todos al galpón a la luz de la fogata para continuar la pachanga.

Nadie lloraba, nadie hablaba del finado, tanto así que sus hijas parecían haberse liberado, porque coqueteaban abiertamente con los huasos. La viuda sentada en una silla de paja peleaba por guardar las apariencias, pero pronto cayó en el sueño profundo de la chicha de manzana.

A las doce de la noche, todos tomando consomé, a la orilla del fogón, entusiasmados con las cuecas. ¡Cómo sería la algarabía que corrieron al muertito al fondo del galpón para hacer espacio a los bailarines! Las cantoras confundiendo la letra de las canciones, mojando el *güargüero*<sup>36</sup> con vino tinto, decían: “Ya se va para los cielos este querido angelito”; “tan bueno que era el finado, pero dejó a las niñas solas”, y eso que la más joven tenía 50.

A las 3 de la madrugada era el *desbarataje* total; ya nadie bailaba ni la marcha fúnebre. Entonces, una figura majestuosa se presentó en la entrada del galpón. Un hombre alto muy apuesto, con poncho negro y espuelas de plata había bajado de su caballo, también negro, y atraído por el bochinche, se sentó a observar lo que pasaba.

Las hermanitas lo vieron llegar así de golpe, con la impresión que era producto de un sueño con tanto zangoloteo y trago. El hombre se presentó como Segundo de las Mercedes Hinojosa Romo, del fundo de Itata, que había cabalgado muchos días para llegar al funeral de Don José.

A nadie le importaba en realidad de dónde venía, lo único que las hermanitas veían era carne fresca bajo el poncho. Comenzaron a intercambiar miraditas cómplices entre ellas para luego embolinarle la perdiz con aguardiente, pero, a diferencia de los otros, este parecía que no tenía fondo, porque tragaba como desaforado, y nada de nada.

<sup>36</sup> Güargüero: garganta, tráquea; palabra típica chilena (nota del editor).

Poco a poco se fueron entablando conversaciones y dijo que conocía al finado, y que venía a buscar lo que él tantas veces le había prometido en vida.

Todos se miraron sorprendidos; José no tenía fama de generoso. Sin embargo, dijo que se habían conocido de muchos años, que él no le había pedido riquezas, solamente le pidió que se llevara lejos a sus tres hijas, que lo tenían medio loco con la búsqueda de los maridos y así él moriría en paz, cosa que no pudo disfrutar, porque murió con su cruz a cuestas.

Ellas, muy entusiasmadas estuvieron de acuerdo con partir a su nueva vida. La viuda empezó a llorar, sin saber por qué, ya que venía despertando recién de la borrachera.

Arreglaron sus pilchas, se vistieron como para una fiesta y él les dijo que mandaría la carreta para llevarlas.

A las 5 de la mañana, cuando el cielo descarga su mejor momento, llegó una carroza negra con cuatro caballos negros muy bellos y brillantes, con los ojos de fuego. Allí las subió una por una, pero la última que iba a subir se resbaló, y el hombre se sujetó de una roca para ayudarle a subir. Entonces se fueron en una nube de polvo y llamas al fondo del camino, levantando chispas a todos lados.

En la roca donde el hombre se afirmó quedó la huella caliente de una pata de cabra, una pata delantera, la cual dejó un profundo hoyo.

Por los pedregosos caminos de ese tiempo y lugar, las hermanitas salen en camino a buscar su destino en medio de la noche, mientras el hombre las chicotea con un rebenque de fuego. Esto, lo harán eternamente, vagando por los caminos llamando a su padre.

61 años  
Caldera

**Segundo lugar regional**



## La herradura del herrero

Yasma Jacqueline Muñoz Garcés

En una pequeña granja vivía Marcos Juyumaya, un humilde y trabajador herrero. Los dueños de caballos y de yeguas acostumbraban a llevarlos con él, porque sabían que era muy amable con sus animales y hacía muy buen trabajo al ponerles las herraduras en sus patas.

Un día, fue a verlo Martín, el hijo del peón del fundo donde se hacía hipoterapia para niños, que quedaba al lado del camino que dividía las propiedades. Fue a pedirle que lo dejara ver cómo hacía las herraduras, porque había encontrado una en el camino y, desde entonces, había mejorado su suerte: había ganado todos los campeonatos del tiro de teja que antes no ganaba. Por eso, ya no se despegaba de su herradura.

Mientras observaba el trabajo del herrero, Martín le preguntó:

—¿Cuál es tu sueño? —Y Marcos le dijo que era tener un caballito o una yegua, ya que amaba a esos animales.

Martín le dijo que las herraduras daban buena suerte si es que encontraba una y no si la hacía. Marcos se rio de que el joven creyera en eso de la suerte y, al cabo de un rato, había terminado de hacer un par de herraduras y el joven se fue, agradeciéndole su buena disposición.

Mientras ordenaba sus cosas, Marcos se puso a pensar en lo que Martín le había dicho y guardó sus herraduras en un morral que tenía cuando salía a herrar. Se dijo, para sí, que él ya tenía suerte, porque trabajaba con mucha alegría en lo que su padre le había enseñado. Pero solo quería tener un caballito o yegüita para tener compañía, ya que aún estaba soltero.

Salió al camino y caminó lentamente, mirando hacia todos lados, deseando en su corazón, tener a su animalito, y riéndose, de vez en cuando, de lo loco que estaba por tratar de encontrar una herradura, pensando que él podía fabricar las que quisiese.

De pronto, se encontró con un caballo alazán que traía, sobre sus lomos, a un pequeño niño que no hablaba, pero que iba muy aferrado a su cuello y que estaba tranquilo. Marcos miró al dócil animal y reconoció que era Peluco, un caballo que hacía hipoterapia. Vio que cojeaba y, como le pasaba la pata, pudo percatarse que no tenía la herradura, así que abrió su morral, sacó las herraduras y, la que calzaba muy bien, la puso en la pata de Peluco y el caballo dejó de cojear. El herrero estaba satisfecho y tomó las riendas, para llevar de vuelta al caballo y al niño que lo miraba con una gran sonrisa.

Marcos hablaba con ternura, diciendo:

—¡Qué suerte has tenido, Peluco, porque encontraste una herradura! ¡Y yo los encontré a los dos! Y tú, pequeño niño, ¡has tenido la suerte de tener un caballo con tres herraduras que te ha tratado muy bien y que es muy bueno! ¡Eso es tener suerte!, la suerte que nos da nuestro *taitita* Dios.

En eso estaba, cuando aparecieron el padre del niño y el dueño del caballo, que venían muy preocupados.

El patrón, o don Óscar, como se llama el dueño, le explicó a Marcos que, como le estaban enseñando al padre a llevar a Peluco, no se habían percatado de una piedra que estaba en el con la que se tropezó el caballo. Asustado, se escapó, llevándose a Andrés, el pequeño que ahora estaba en los brazos de su padre, que no deja de reír cada vez que miraba a Marcos. Don Óscar entre sus manos traía la herradura que

encontró. Se la pasó a Marcos, para que se la colocara a Peluco, pero este le dijo que ya le había puesto una nueva. Don Óscar le dijo que la herradura que encontró le había dado mucha suerte al encontrarlo a él y a los dos escapistas sanos y salvos.

Tras despedirse, Marcos volvió a su casa, feliz de ser un herrero con la suerte de trabajar con tan nobles animales. Miraba la herradura que el patrón le había pasado y la puso en la puerta de la entrada.

Al otro día, Marcos estaba preparando unas herraduras para un caballo de su amigo Tomás, que tenía una hermosa hermana llamada Abril, a la que quería invitar a salir uno de esos días, cuando apareció Martín, con el padre de Andrés. Este le entregó una hermosa potranca azabache y lo abrazó, dándole las gracias, porque Andrés, ahora, había aprendido a reír. Se despidió y se fue junto a Martín, que le sonreía.

Marcos miró, muy feliz, a la potranca y le dijo:

—¡Bienvenida a casa, Herradura!

50 años  
Copiapó

**Tercer lugar regional**



## Historias de Marilyn

Ricardo Héctor Olmos Mena

Como todos los días, debíamos salir a recolectar machas del fondo del mar. Don Galindo me llevaba en su bote “Marilyn” al lugar donde se suponía que había un banco de machas, según decían los pescadores de esta zona.

Salimos temprano en la mañana desde la caleta de Pichicui; hacía calor y el cielo estaba despejado. El bote amarillo, contrastaba con el fondo azul del océano; nos adentramos en la mar. En el bote solo íbamos don Galindo, que era el patrón del bote, y yo, un joven buzo mariscador. Al poco rato nos detuvimos relativamente cerca, frente a la costa, donde había una profundidad de 10 a 15 metros más o menos. Don Galindo colocó una boya para mantener la ubicación de ese lugar, y yo me preparé para bajar a buscar las ansiadas machas.

Me puse el traje de goma, me amarré unos plomos en los tobillos, me puse la correa y otros plomos en la espalda; usaba todo lo que usa un buzo, pero sin tanque de oxígeno; en cambio usaba una manguera y un compresor, el que se encargaba de enviar el aire desde el bote hasta el lugar donde estuviera. Mientras yo me preparaba, don Galindo echaba el chinguillo al agua, que era una malla amarrada a un aro de metal de tres metros de diámetro donde íbamos a echar las machas. O sea, como una bolsa grande.

—Ya, don Galindo, eche a andar el compresor que me voy a meter al agua —le dije.

El mar estaba helado, a pesar de que había un sol muy intenso; al menos había mucha luz para ver bajo el océano.

El chinguillo estaba listo en el fondo del mar y amarrado a la boya, entonces, aproveché de bajar por el cable que unía la boya con el chinguillo. Al llegar al fondo, comencé a caminar, cosa que había que hacer a pie pelado; no servía usar gualetas aquí.

Los pies te avisaban si habían machas enterradas en la arena. Cuando las encontraba, tenía que ponerme en posición horizontal para sacarlas con las manos y echarlas al chinguillo; este era muy bajito pero ancho, donde se podían almacenar unas 1.000 machas, más o menos.

Así que había hartoo trabajo por hacer. Cuando había pasado un buen rato, un sentimiento me embargó; me detuve y me puse de pie.

El lugar donde estaba se empezó a oscurecer, y el agua se tornó cada vez más fría, de súbito sentí un tirón en la manguera del aire, luego otro; algo estaba pasando más arriba y yo no podía ver sobre mí. Noté que una sombra estaba pasando sobre el lugar donde yo estaba y era la causante del frío que sentía, luego algo tiró de nuevo la manguera con más fuerza. Me caí hacia atrás sin llegar a tocar la arena del fondo; me saqué los plomos, los dejé en el chinguillo y me guie por el cable hacia la boya, para ver qué pasaba arriba. Tenía muy presente que no podía subir rápido por lo de la descompresión, por las burbujas de aire que entran en la sangre y que obstruyen su paso, afectando los órganos del cuerpo. Cuando logré llegar a la superficie me apoye en la boya, miré y no encontraba el bote. Traté de mirar a mi alrededor y por fin, a lo lejos, vi la chalupa que venía en dirección a la boya.

Eufórico don Galindo movía los brazos y me gritaba:

—¿Viste?, ¿viste eso?, ¿viste lo que pasó? ¡E e e era una ballena! Pasó bajo el bote; no tuve remedio, me tuve que alejar para salir de su camino.

Como la manguera del aire tenía como ochenta metros o más, él se alejó hasta que se acabó la manguera y luego regresó.

Ya en el bote, con la boya, el chinguillo y, por supuesto, muchas machas, partimos de vuelta, con rumbo a la caleta de Pichicui.

Era un día soleado, la brisa que producía el bote al surcar las olas nos daba en la cara, con la vista en la costa y el cielo, íbamos en silencio, repasando el hecho ocurrido. Don Galindo, un hombre de mar, y con muchos más años que yo, interrumpió mis pensamientos, y dijo.

—No pienses que la ballena te quería atacar, las ballenas no hacen eso.

—¿Y qué quería, entonces? —repliqué.

—Nada; buscaba su comida y pasó a llevar tu manguera.

— ¿Su comida?, pero aquí es muy bajo.

—Esta es una zona donde hay muchas sardinas; recuerda que las sardinas son un tipo de pez orillero, y están en lugares cerca de la costa, o sea, a poca profundidad. ¡Alégrate!, no estés tan serio; ya tienes algo que contar en el restorán de don Aliro, a la noche ja, ja, ja.

Volví a meterme en mis pensamientos sobre el hecho ocurrido, cuando noté a una distancia apreciable en el océano, una columna de agua que salía del mar, un grupo de ballenas se alejaba, como despidiéndose de nosotros.

Ya cerquita de la caleta, las gaviotas eufóricas aparecían sobre el bote y se distinguían los compañeros de mar que se preparaban para recibirnos, y ayudarnos a sacar el bote y la carga del agua.

58 años  
Los Vilos

**Primer lugar regional**



## Historia de la animita de Marchant

Juan Carlos Robles Robles

*Agradecimientos a una centenaria y venerable anciana de Rivadavia, la Sra. Aura Caballero, por haberme ayudado construir esta historia.*

En los duros años treinta, en plena depresión mundial, poco antes de que comenzara la segunda guerra mundial, el valle del Elqui, y específicamente el poblado de Rivadavia, comenzaba a llenarse de gente, “afuerinos” como los llamaban los lugareños. A eso de las 11.00 horas hacía su arribo a la última estación del ramal el tren elquino. De sus entrañas bajaban a esta tierra hombres, mujeres, jóvenes y no tanto, venidos desde distintos puntos del país, especialmente del sur y del norte, pampinos huyendo del hambre tras la crisis del salitre. Su objetivo era engancharse en los trabajos de la construcción del tranque de la laguna en la alta cordillera del valle elquino, subiendo por la rústica ruta internacional 41 de Aguas Negras. Esta obra de regadío comenzó su construcción en el año 1927 y fue terminada en el año 1937, por lo que en los diez años que duraron los trabajos, pasaron por esta obra miles de obreros, maestros, albañiles, cocineras y personas de otros oficios.

Un día de estos, puso en el andén de la estación de Rivadavia sus raídos calamorros un hombre de unos 33 años, tez morena, mediana estatura, pelo negro, mirada dulce y sonrisa fácil. Se dice que venía del sur; su nombre, Alamiro Marchant. Este hombre, como tantos de los que llegaban en busca de un lugar donde lo recibieran aduciendo parentescos lejanos o amistades perdidas en el tiempo y en la memoria. Al fin de cuentas, se arranchó en la casa de don Cipriano, casado con doña María Luz, los cuales tenían una hija de 12 años, llamada Carmela. Don Cipriano tenía su rancho a un costado del camino internacional, al pie de un gran higueral en el sector de la mítica quebrada de San Juan, en Rivadavia.

Instalarse en la casa de Don Cipriano y conseguir trabajo en la obra de la alta cordillera, fue un mero trámite, ya que al tercer día ya iba rumbo a la laguna en una carreta tirada por mulas, puesto que los viejos camiones estaban reservados a los ingenieros y jefes de la obra. Los trabajadores estaban treinta días en las faenas de la alta cordillera; luego de recibir su salario, bajaban al pueblo de Rivadavia, con la garganta seca y la sangre congelada por el duro clima, y se sumergían en cinco días de farras con vino, chicha y aguardiente, sin dejar de mencionar las sabrosas cazuelas de ave y los cabritos a la parrilla.

Así latía la vida por esos duros años en este pueblo mágico del valle del Elqui, pero una noche fatal, cuando Marchant farreaba con el dueño de casa y dos paisanos más, con los vapores del alcohol nublándoles la razón, comenzó una discusión con el dueño de casa, que al parecer se había puesto celoso por las atenciones que Marchant le hacía a la buenamoza doña María Luz. La discusión subió de tono, volaron los garabatos y los hombres se desafiaron a los puños a una distancia prudente del rancho, a la orilla del camino. Se suponía que los paisanos de Marchant estaban de su lado, y el pugilato sería entre don Cipriano y Marchant, pero nada de esto sucedió. Los supuestos amigos de este, en un acto vil y cobarde, le rompieron el cráneo a pedradas, prácticamente lo lapidaron, con el único propósito de ganarse la confianza del dueño de casa y sus favores. Don Cipriano miraba impávido el brutal crimen: los hombres cruzaron sus oscuras miradas y se perdieron en la negra noche hasta el día de hoy.

A la mañana siguiente del asesinato, los niños pastores de don Pío Galleguillos, propietario de una pulpería en el sector alto de Rivadavia, cuando arreaban un piño de cabras hacia la quebrada de San Juan, encontraron el cuerpo sin vida de Marchant y dieron aviso a las autoridades. Después de todo, un escándalo lo que un hecho como este produce en un pequeño poblado. Un alma piadosa levantó

una cruz de palos de chañar en el lugar del crimen, y grabó con cincel en las piedras de una añosa pirca la siguiente inscripción que aún perdura hasta estos días: “ A. MARCHANT 1930”.

Pasó el tiempo, y, los lugareños y viajeros que pasaban por el lugar dejaban ofrendas florales en la Animita de Marchant, como la empezaron a nombrar. Un día, una mujer desesperada por la enfermedad incurable de su hijo, le hizo una manda a la animita, y al cabo de unos días, el niño se recuperó milagrosamente. El hecho corrió como reguero de pólvora entre los pobladores de Rivadavia, y la Animita de Marchant cobró fama de milagrosa. Emulando a la difunta Correa de la Argentina, hasta los días de hoy acuden penitentes de todas partes a pedir favores de salud, de amor o de trabajo a la Animita de Marchant, que en estos días luce remozada con una sobre tumba rodeada de verdes quiscos y centenarios chañares en un lugar agreste del sector de la quebrada de San Juan en Rivadavia.

62 años  
Vicuña

**Tercer lugar regional**



## Ocurrió en la sierra de la Araucanía

Fabiola Rocío González Castro

Fue mucho antes del inicio de un duro y claustrofóbico invierno en Niblinto en que, sin previo aviso de los signos que se manifiestan en el cielo, cayó una intensa e inesperada nevazón. Como todavía no se realizaban los preparativos para enfrentar la temporada fría, don Emeterio aún tenía animales pastando en la cordillera, los cuales disfrutaban y aprovechaban el copioso regalo verde que la lluvia les entregaba. En el apremio que la situación implicaba, comunicó decididamente a su esposa que subiría al cerro a buscar y reunir su ganado, ya que era probable que, en el mejor de los casos, los animales se perdieran, y, en el peor, se desbarrancaran por algún filo de la montaña.

Guardó en su morral un poco de charqui y pan recién horneado por doña Elvira; se calzó las botas, su preciada manta de Castilla, y se acomodó la chupalla. Tampoco el mate podía faltar, ya que se venía una larga jornada en el cerro. Así equipado, salió al duro frío del día, sin más compañía que Napoleón, su viejo pero fiel jamelgo. Así pues, comenzó la travesía que los llevaría por la sierra de esa localidad perdida, sabiendo a ciencia cierta que, de encontrar dificultades en la montaña, no sería encontrado sino hasta varios meses después. Pero el deber de un viejo e'campo no se transa, ni siquiera por un poco de nieve. Si el destino así lo quería, terminaría sus días perdido y sepultado entre coigües, lengas, canelos y araucarias. En el corazón mismo de aquella tierra que lo vio nacer.

Tomó el atajo tantas veces transitado, el cual, según él, hasta *a ojo nublá'o* podía recorrer. Atravesó inicialmente el bosque de las especies introducidas, compuesto principalmente por eucaliptos y pinos. Mientras los árboles aguantaban la respiración ante los pasos de don Emeterio, el blanco silencio de la nieve fue interrumpido por un ¡Ayoeih! salido de sus entrañas, aún a sabiendas que debía internarse aún más arriba en el cerro, en medio del bosque nativo, para lograr que los animales le escucharan.

Continuó cabalgando, entonces, por el lapso de un par de horas más, cuando escuchó por detrás un rápido movimiento de hojas en el suelo aún no cubierto por la nieve. Volteó, imaginando que se trataría de algún ternero despistado y poco cauto, pero se sorprendió al no ver nada. La tarde ya caía, y menos aún se distinguían formas en aquella verde catedral que a la naturaleza le había costado tanto formar. Esperando que no hubiese sido el temido felino fantasma, el lión, como lo llamaban en la zona, decidió que lo mejor era mandar a Napoleón de vuelta a su rancho, ya que, dada su vejez, este sería presa fácil del felino. Y, de ahí a que continuara con él para la cena, no cabría duda alguna.

Don Emeterio descendió, entonces, y, a dos palmadas de grupa, el obediente caballo comenzó a deshacer el trayecto avanzado hasta ese momento. Volvió a romper el silencio con un ¡Ayoeih! más fuerte que el anterior, ansioso de que por fin alguno de sus animales asomara la cabeza. Pero nada. Continuó subiendo por el cada vez más cerrado y oscuro sendero, pensando que tal vez sus animales se hubiesen pasado al cerro siguiente, cuando volvió a oír un ruido prácticamente imperceptible a su alrededor. Dado que esta vez tampoco vio nada, comprendió que probablemente estaba siendo acechado por un puma hambría'o, ya que los humanos no formaban parte de la dieta habitual del león.

Inicialmente, evaluó sus posibilidades de huida. Como se encontraba a varias horas de su hogar decidió que, para no darle la ventaja al lión de la buena visión nocturna y el ataque sorpresa, ya era hora de buscar un refugio en medio de la tupida naturaleza de la Araucanía, y entregarse a los brazos de lo que la verde madre dispusiera. Así fue como, después de un rato de deambular, encontró los restos de quien fuera un añoso coigüe caído en desgracia, al que saludó respetuosamente y le pidió permiso para

pernoctar. Repentinamente, cayó la oscuridad sobre él; no así la nieve, la cual se veía franqueada por la -aún majestuosa- estampa del arbóreo refugio.

Una vez consumidos algunos víveres y tomado el mate, don Emeterio comenzó a luchar contra el dulce letargo que se comenzaba a apoderar de él, pensando que, de morir congelado, igualmente sería devorado por las fauces del puma. Así pues, mientras tomaba un poco más de mate, pensando que tal vez este lograría despertarlo del cálido sopor que luchaba por imponerse, un ruido parecido a un rugido lo sobresaltó de manera más efectiva. Diciéndose a sí mismo que el sonido no era más que producto de su sugestión, y tratando de aplacar los fuertes latidos de su corazón y su agitada respiración, pasaron otros 20 minutos hasta que volvió a oír el sonido, esta vez mucho más cerca de su refugio.

Ya dando todo por perdido, y comprendiendo que probablemente el *lión* lo había rastreado hasta su refugio, comenzó a entregarse al final que la vida le tenía reservado, no sin antes buscar en su alforja una pequeña, pero incisiva navaja, regalo de uno de sus hijos mayores. Como buen huaso chileno, no se iría de este mundo sin al menos dar la pelea. Cuando se disponía a salir de su arbóreo refugio para atacar sorpresivamente al león, escuchó con atención los rugidos que este emitía, y notó algo curioso en ellos. Parecía como si se estuviera quejando por algún fuerte dolor. Además, concluyó que, de querer atacarlo, el *lión* se habría mantenido en completo silencio, dado que era muy sabido el sigiloso actuar de estas bestias. Así fue como se dispuso a esperar un tanto más, a ver qué desenlace tendría esta historia. En eso, una gruesa y enorme pata color arena asoma por uno de los recovecos de su refugio. Instintivamente, retrocedió, pensando que pronto las garras retráctiles asomarían para dar el primer zarpazo; sin embargo, encontró que la pata se ofrecía sin intención de dañar, lo cual se acompañaba, además, de lo que a él le parecieron los lastimeros, pero toscos maullidos de un gran gato que intenta guardar la compostura.

Supuso entonces que el *lión* estiraba la pata para estrechársela a modo de saludo humano. Y, según sus férreos valores, *a naiden se le deja con la mano estirá*, razón por la cual le ofreció la suya también, a modo de respuesta. Así es como, puma y hombre sellaron el tácito pacto de no agresión, al menos por el curso de esa noche.

En medio del saludo, don Emeterio descubrió también una gran espina clavada en el centro de la pata del puma, por lo que le preguntó: “¿Esto es lo que ti duele, *lión*?”. Tardó un tanto en acostumbrar sus ojos a la penumbra, pero vio que el gran felino movía su cabeza de arriba hacia abajo, en un claro gesto afirmativo. Don Emeterio señaló entonces: “¡*Bueh, pueh!* Habrá que sacarla... Eso sí: *na'* de desquitarse conmigo el *eñó* *lion* cuando termine *é* sacarla, mire que *máh* que seguro que le *vá'dolerle rehartazo...*”, y recibió como consentimiento, otro movimiento de cabeza. Buscó entonces su alicate, aquel que ocupaba para reparar los alambres caídos de sus cercas. Luego limpió con mate su improvisado instrumental, y se dispuso a actuar.

“¡¡¡*GRUUUUUUUUUAAAAAAAAAJJJJJJJJJJJJ!!!*” Se escuchó en la soledad del cerro. Don Emeterio llegó a pensar que hasta doña Elvira recibiría las sonoras consecuencias de su rústica intervención. Luego de eso, puma y hombre se miraron fijamente por lo que pareció una eternidad, hasta que finalmente, el puma bajó su majestuosa cabeza hasta la altura de las patas delanteras mientras subía sus cuartos traseros, reverencia que don Emeterio asumió como muestra de agradecimiento.

Una vez satisfecho, el soberano de esos dominios continuó su marcha, con una leve cojera, pero visiblemente dichoso, hasta que se perdió en la inmensidad del oscuro bosque.

—¡Deje *é* contar tanta mentira, oiga, que un día le va a *aparece'* el *lión* de *verdá!*” —interrumpe el relato doña Elvira.



Don Emeterio suelta una sonora carcajada, como cada vez que su esposa lo llama al orden. Yo no acabo de salir de mi perplejidad, así es que me río tímidamente. Luego de más relatos de don Emeterio y de compartir otra ronda de mates, me despido para ir a mi carpa.

Y, mientras camino hacia ella, en medio de la claridad de la noche que me aporta la luna llena, no olvido de mirar tras mi espalda, a ver si me toca la suerte de ayudar a un felino en problemas.

23 años  
Coquimbo  
**Mención especial del jurado**

## Secos pa'l agua

Iván Pinochet Blanco

Venía de pelear con los vecinos del comité de aguas. Porfían en comprar una bomba nueva o disponernos a limpiar los canales. Pedigüeños, reclaman donaciones estatales. Demoran más en justificar su flojera, que en tomar la pala.

Pensando, crucé el reseco pedregal, donde de niño nadaba. No plantaré papas, dicen que la quinua chupa menos. Entre marchitos cerros amarillentos, a mi campito lo rodean húmedas selvas de paltos. Si las cosas siguen igual, latifundistas me ofrecen buenos pesos por él.

A esto sumó otra preocupación: hace dos meses, recién divorciada, mi hija y nieto, al pueblo regresaron desempleados. Llenaron mi casa de payasadas eléctricas, de internet y alegría.

A la entrada, en el suelo del living, veo pedazos de plástico, y al guatón, varado en el sofá. Viéndose pillado, se hace el tonto, no saluda.

—Cabrito, es el segundo aparato que rompes —Hablo con calma para no espantarlo, es delicadito. Oculto mi desprecio por los flojos.

—Uno se acelera en la guerra con los amigos, necesito pelear —responde como si nada y sorbetea su negra bebida. La gran pantalla sigue colorada de sangre virtual. Me dice:

—No importa, el teclado muerto era penca. Viejito tu no *entendí*, uno se mete en estos juegos. Los *frikis* pedimos buenos equipos.

—Cierto, no entiendo. A tu edad mantenía a mi familia, era minero en Copiapó. Partía desde la estación de Pedegua. A veinte por hora, el desaparecido tren, demoraba días en llevarme. Allí ahorré para esta parcela... —hablaba solo: mi nieto mayor, nuevamente no me da bola. Se puso esas orejeras chillonas. Continúa acelerado, apretando botones en otro aparato. Fijó los ojos a la ventana del infierno. Grita a garabato *pelao* a gente invisible; de repente, le escucho victorioso: “¡Soy seco en este juego!”.

Mi hija, muy seria, sale de la cocina. Temo al desierto y al vuelo de mis semillas. Me llama con la mano salpicada de perejil. Ocultos cuchicheamos a la vuelta del pasillo. En broma y en serio, le disparo:

—Al seso seco, me lo llevo mañana al psiquiátrico de Putaendo. Destripa computadores y se la lleva echado, gruñéndole a las ánimas.

—Papi, no lo presiones, el niño está desorientado. Mi guachito es urbano, se latea aquí. Pasando este año sabático, elegiré carrera, partirá a estudiar una profesión —ruega con los ojos al cielo.

—Mire *m'hijita*, “al niño” le doy una picota y se lo divierto. Terminaríamos el tranque rapidito y en una de esas, el chanchito adelgaza.

Alarmada, protege a su único pollo, diciéndome:

—Él es un idealista, un pensador. ¡Ay, papá!, tú no entiendes.

—Tu tío Temístocles Lindor, el arriero, ¿ese sí fue un idealista de verdad! El 73, a perseguidos políticos, lo pasó por el cordillerano fundo de los Álamos, desde Chincolco hasta San Juan, en Argentina.

Calló, quizás aburrída de oír repetidas veces del heroísmo familiar. Yo continué:



—Su bravura hace falta ahora, contra la mafia de demócratas cretinos, ministros, senadores, diputados y alcaldes. Con mañas legales y dinero, para sus campos se han apropiado de casi todos los derechos de riego y colocaron a parientes y amigos del partido, a ganar miles de millones, repartiéndonos agua en camiones aljibes. Paga Moya. En Petorca, son capaces de al diablo robarle el poncho.

El veinteañero, en sus habituales asaltos al refrigerador, nos había oído. Al rato se me presentó enguantado, con pala en mano; sus mechones teñidos de colores los cubrió con una chupalla roñosa.

—*Taita* —remedando un tono de huaso—, no acabe como el tío Temístocles, mejor cálese; ¡vamos a ahondar ese tranque!

Marcial, golpeó los talones de sus zapatillas rojas, dispuesto a obedecer mis órdenes. Flamearon sus bolsudos pantalones, caídos a medio culo.

—Vamos espantapájaros, a guerrear de verdad, contra la sequía. Será gracioso enseñar a trabajar a un futre de la ciudad.

—No es necesario; ya vi en un tutorial de cómo hacer tranques.

El cabrito salió *aperrado pal* trabajo; no hizo caso a las ampollas hasta tener las manos duras como las mías. Se ingenió para cazar del cerro hasta la última gota de llovizna.

El año voló, todo germinó. Para la fiesta de la cosecha, de las ya vendidas semillitas doradas, mi “gancho” cursa técnico en riego. Ganador en batalla de verdad, saltó al sobrante líquido verdoso. Chapaleando en el tranque grita: “Tata, somos ¡secos *pal* agua!”

55 años  
Quilpué  
**Primer lugar regional**



## Sayen

Silvia Rosalía Lepe Catalán

Era el primer día de escuela, un día caluroso. Los aromos que deslindaban con nuestro patio perfumaban el aire y me hacían suspirar profundo, como queriendo esconder en mi alma la emoción que en ese instante me embargaba.

En el primer puesto, cerca de la ventana, estaba aquella muchacha de piel color chocolate, con una sonrisa tímida y unos ojos tan negros como si fuesen moras recién cortadas cerca del campo donde vive mi abuelo. Una niña mapuche, cuyo nombre, Sayen, significa “mujer dulce y encantadora”.

Todos los niños hacían alarde de sus mochilas nuevas, unas con diseños de Walt Disney, otras de superhéroes. En cambio, Sayen, llevaba una hecha a telar con lana de alpaca que había tejido su abuela Maylén. Ella tejía como si estuviese dibujando estrellas en el cielo, sus manos parecían bordar flores en el aire. Nadie tejía tan bello como Maylén. Mientras todos enseñaban sus mochilas y estuches nuevos, Sayen llevaba su morral colorido, el que usaba cruzado y del que colgaban dos pompones violetas que no pasaban desapercibidos. A Sayen le gustaba su bolso, porque estaba hecho con las manos y el corazón de su abuela. A la hora del recreo, todos comen golosinas, galletas y frutas; Sayen se sirve un trozo de tortilla con chicharrones y un poco de mote.

Sayen no comprende por qué los niños y niñas en el recreo se suben a un árbol y se divierten cortando sus ramas. Ella nos explica que para ella los molles (árboles grandes), son sagrados para su cultura, ya que la tierra es quién proporciona los alimentos. Ese día Claudio, que es el alumno más travieso, le dijo “india”, y ella le aclaró que para ella eso no era una ofensa; al contrario, se sentía muy orgullosa de sus raíces, porque pertenecía a la cultura indígena mapuche, y eso tenía un valor incalculable.

Durante el recreo nos enseñó un juego, el *Pis Koitún*, que quiere decir en mapudungun “Corre la trenza”. Nosotros ya conocíamos ese juego; le decimos el corre la *wuaraka*. Encontramos el juego divertido, ya que Sayen parecía estar cantándolo, y tenía una voz muy bonita. Cuando cantaba parecía que salían mariposas de su boca y de su pelo negro y brillante, el cual peinaba con dos trenzas largas que casi le llegaban a su cintura.

Han pasado seis meses y su banco está vacío. Sayen se fue al sur, ya que su abuelo falleció; no sabemos si regresará. La sala se siente triste, nos hacen falta sus colores, ese bolso que tenía el brillo de una pradera recién florecida y su voz que era como si el río nos regalara el canto de sus aguas. Solo espero que su corazón valiente soporte la pena. Dicen que en algún lugar deben estar danzando o arrojando sus lágrimas en esta tierra, que es la madre que les guarda sus tristezas y les regala el trigo y la papa que con tanto amor cosechan. Solo sé que cuando Sayen regrese, nuestra salita volverá a tener esa magia que nos regaló esta niña con piel de chocolate y ojos negros como dos moras que brotan de nuestra madre, la tierra.

54 años  
Casablanca  
**Tercer lugar regional**



## Aliro

María Soledad Espinoza Ramelli

Otra vez en el cementerio, otra vez. María está rabiosa. Quisiera llorar, pero se aguanta. Será su segunda exhumación. Cierra los ojos, y al respirar ese olor que brota de la tierra recién abierta, siente de nuevo el sudor de Aliro cuando regresaba del campo, después de regar los potreros. No lo ha olvidado, aunque creía que los años transcurridos serían más fuertes que los recuerdos. Ve de nuevo ese cuerpo cimarrón moviéndose en la oscuridad, como gato de monte, cuando se levantó para abrir la puerta de la mediagua, confiado de tener las manos limpias. Y ella se acuerda saltando sobre el que daba las órdenes, atacándolo con uñas y dientes. Siente en su boca una vez más, ese sabor metálico de la sangre que le brotó con la bofetada. La feroz lluvia de imágenes culmina con las risas del pelotón, que fue lo peor de aquella noche.

Hoy, bajo el sol implacable del cementerio de Huelquén, María tiene parado en frente a uno de los tantos actuarios que han levantado actas, tipiado declaraciones, archivado y desarchivado causas. Está con un terno oscuro y camisa de puños y cuello raídos. Lo ve sacar un pañuelo para enjugarse el sudor, mientras el anciano Teodoro, antaño obrero agrícola y ahora celador del cementerio, entierra la pala una y otra vez. María reflexiona sobre la suerte de Teodoro. Estuvo también detenido. Pero Dios sabe cómo o por qué, no le pasó nada. Lo ve clavar la picota con destreza, echar agua para ablandar la tierra, todo con el fin de sacar las únicas partes que le entregaron de Aliro. Se esfuerza el viejo por llegar hasta la pequeña caja mortuoria. Y entre los terrones, ennegrecida por la humedad, aparece la medallita de plata con la Virgen del Carmen que María lanzó sobre la urna el día del entierro para indultar el pasado y seguir adelante. Teodoro la recoge y se la entrega con respeto. María la sostiene en la palma de su mano gruesa. La observa en silencio. Aliro se la regaló cuando tenía dieciséis y ella catorce. Como ahora, era verano y hacía calor. Fueron estero arriba, al escondite del pozón, donde había una pequeña playa de arena oscura. Sobre el remanso, la vegetación formaba una gruta fresca. Él la invitó a bañarse, ella al principio se resistió. Sonríe de placer al recordar el agua helada, su piel de gallina y aquella vergüenza o pudor que le prendió las mejillas. Después, tendidos sobre la arena caliente, él le dijo que era hermosa. La besó y le hizo esa promesa de eternidad, que selló colgándole la medalla de plata en torno al cuello. No fue que no quisiera cumplir lo prometido, susurra para sí, María. Nadie la ha oído.

Al levantar la vista hacia la cordillera donde nace ese estero, El Ajial, ve allende la excavación, al abogado. Está sentado a la sombra de un eucalipto que crece cerca del canal de regadío, espantándose las moscas con un diario, que ya ha leído hasta el aburrimiento. Está esperando que levanten acta por el que dicen ahora no es Aliro. Ahora, que han pasado quince años desde que por fin lloró su entierro y pudo decir que era legalmente viuda; una viuda digna. Pasan los queltehues gritando sobre su cabeza dolorida; cierra los ojos hinchados y pide que no se cumplan los malos presagios de esas aves de mal agüero. Porque si no son de Aliro esos restos, ella no es viuda. Y si no es viuda, le quitarán la pensión, se quedará sin sustento. Ahora que está vieja, gorda y ya no puede trabajar limpiando casas ajenas. El calor la envuelve, le sudan los pechos, las nalgas, el cuello; se le pegan los muslos en la entrepierna, tiene su cabello corto mojado por la transpiración y con la cartera de tevinil negra, que nada contiene salvo su cédula de identidad y el monedero, se echa aire para resistir la espera. Porque Teodoro está viejo, los abogados no ayudan y a nadie le importan esos huesos, que, tal parece, nada son de ella.

“¡Hasta cuándo!”, grita María de improviso. “¿Qué le ocurre señora?”, pregunta el actuario. Teodoro detiene la pala, los hombres se miran. Se escucha a lo lejos el rebuzno de un asno que llega a perturbar el silencio y la quietud del camposanto. Se reanuda el trabajo. Teodoro le entrega al actuario la caja. El

actuuario saca los fragmentos (algunas falanges, un tarso y un metatarso), como quien coge un objeto cualquiera. Los mete en una bolsa transparente. Los etiqueta. María se siente cansada, su cuerpo, que con los años ha crecido en anchura y sin medida, ya no soporta más. Se lleva la mano a la frente, deseando que le pasen los documentos para firmar pronto y dar por terminado el trámite. Entonces siente un zumbido en los oídos, un hormigueo que le sube por las pantorrillas envueltas en vendas elásticas para las várices, un frío bajando por su espalda. Mira el fondo de la fosa y se ve ella misma emergiendo, con sus trenzas largas apretadas en cintas de raso, su vestido de fino talle, arropollado de flores rojas, enarbolando enaguas blancas, sentada a la grupa del potro Lucero, apegada a la espalda de Aliro. Lo ve a él, orgulloso, con sus botas y espuelas fulgurando al sol. No lleva su sombrero de huaso negro, sino un pañuelo de seda amarillo y blanco. Porta el estandarte de cuasimodista de la parroquia de Huelquén. Ambos van ya por el camino, alejándose, siguiendo la procesión del Santísimo por los campos, que lleva la comunión a enfermos y postrados. Van entonando cantos de “Gloria” y de “Viva nuestro Cristo Rey”.

María se ha puesto blanca, la sangre se le ha ido a los pies y miles de estrellas nublan su visión. Desvanecida rueda hacia el fondo del agujero. Cae pesada, como una gran roca. Corren a rescatarla el actuuario, el abogado y el cuidador del cementerio. Tratan infructuosamente de jalarla. Tiran de sus brazos y piernas. Pero Teodoro está muy viejo y los dos hombres no tienen fuerza, porque solo trabajan con papeles, en escritorios. Tras minutos agotadores, logran por fin sacar de la sepultura a la mujer. Está cubierta de barro, con rasguños por todas partes. La tienden en el piso, sobre la yerba reseca, a la sombra del eucalipto. Su cuerpo yace bajo la atenta mirada de los funcionarios, que le echan aire con el diario, uno, y la carpeta, el otro. María despierta con los ojos extraviados, la respiración entrecortada. Y escucha la voz de Teodoro que dice: “Parece que la tierra la está llamando, doña María”.

64 años  
Las Condes

**Segundo lugar regional**



## La huerta de los conejos

Francisca Vogt Jara

Una noche de primavera, mamá coneja les pidió a sus ocho hijos que sembraran en la huerta los alimentos para la familia. Los pequeños comenzaron a hacer hoyos, luego tomaron semillas de zanahoria, lechuga, brócoli y perejil, las enterraron y con sus patas traseras les tiraron tierra hasta taparlas. Cuando terminaron, volvieron a su madriguera a descansar.

Ya estaban todos los conejos listos, menos el menor, Blanquito, que no encontraba qué plantar. Daba vueltas entre los pastos y zarzamoras buscando semillas de albahaca, acelga o lo que fuera, pero no había nada. Así que se sentó frente al agujero que había cavado y se puso a llorar. Pronto llegaría el día y si no volvía luego a casa, sería presa fácil de algún zorro hambriento.

Un chuncho escuchó el llanto de Blanquito y se acercó a preguntar qué le pasaba.

—No tengo nada que sembrar para alimentar a mi familia —lamentó el pequeño.

—Toma esto —dijo el ave entregándole una piedra.

—Pero de aquí no va a salir comida.

—Claro que sí, podemos transformar esta piedra en una semilla. Solo necesitamos tierra cálida, le hacemos un poco de cariño, le decimos unas palabras amorosas al oído y la acostamos en un cómodo nido de pasto.

El conejo miraba al chuncho con asombro. «Está loco», pensó.

—Ahora debes ponerle tierra encima y regarla —ordenó el ave.

—Y ¿con qué la voy a regar?

—Con tus lágrimas, pues; ¡no vas a desperdiciar toda esa agua llena de sentimientos!

El conejo hizo lo que el chuncho le dijo. El ave se despidió y ambos volvieron a sus casas.

Pasaron los días y el sol comenzó a calentar la tierra, desde donde brotaron deliciosas verduras que alimentaron a los conejos. Cuando ya quedaba poca comida, mamá conejo revisó la huerta y vio que en un rincón habían salido unos palos secos.

—¿Quién puso estas semillas?

—Fue Blanquito —respondieron sus siete hermanos al unísono.

—¿Qué es esto? ¿Palos? Esto no se puede comer así que los sacaré de inmediato.

Blanquito se acercó a dar explicaciones cuando vio algo que colgaba de las ramas secas.

—¡Espera, mamá! Mira, son capullos. Si sacas esta planta las orugas no podrán transformarse en mariposas.

Mamá le hizo caso, pero le advirtió que apenas esos capullos se abrieran, reemplazarían la planta por una que sirviera a los conejos. Fue así como a los pocos días, nacieron cinco mariposas multicolores que volaron por el campo.

A la mañana siguiente, los conejos se acercaron a la huerta y vieron que, en una de las ramas de la planta de palos, había crecido una enorme flor. Su aroma los hizo suspirar. Mamá conejo se acercó y probó uno de sus pétalos.

—¡Puaj! Esto no se puede comer. Más vale que saquemos esta planta que no les sirve a los conejos.

—¡Espera! —gritó Blanquito, que vio a una minúscula ave acercarse.

Se trataba de un picaflor que volaba directo hacia la planta. Tras de él venían varios más que se turnaron para tomar el delicioso néctar de la flor.

—Esperemos que las aves se alimenten —le pidió Blanquito a su mamá, y ella estuvo de acuerdo.

A la semana siguiente, la flor ya se había marchitado, y la planta de palos seguía creciendo.

—Esta noche la botaremos —decidió mamá conejo.

Pero cuando se acercaron a ella, aflándose los dientes, vieron que en las ramas más altas había un nido.

—Mamá, no podemos dejar sin hogar a esos zorzales. Mira, si hasta pusieron huevos.

Los conejitos esperaron, día tras día, hasta que vieron a los polluelos salir del cascarón y compartieron con los nuevos padres, la emoción de su nacimiento.

La sequía asolaba el campo y los pastos estaban secos. Los conejos escarbaban en la tierra en busca de raíces tiernas, pero ya casi no quedaba nada para comer. Miraban su huerta seca y el palo que crecía. Uno de los pequeños se acercó a esa planta rara y trató de comer sus raíces.

—¡Es dura como una piedra! —exclamó.

A los pobres animalitos se les notaban las costillas, y ya no tenían fuerza para saltar ni escarbar. Así de decaídos estaban la mañana en que los pájaros llegaron volando. Primero lo hicieron los picaflor, que les llevaron hierbas frescas. Más tarde, llegaron los zorzales, con lechugas y hasta una mata de apio y una zanahoria. Los conejos guardaron el alimento en su madriguera y lo repartieron durante las dos semanas siguientes.

Cuando se les estaba acabando, llegaron las mariposas. Cada una llevaba una semilla en sus patas. Los conejos les dieron las gracias y esa noche las sembraron en su huerta. Cuando estaban terminando su tarea, llegó el chuncho y le entregó una piedra a Blanquito. El conejo tomó la roca y le hizo cariño, luego le habló con amabilidad, la puso en una suave cama al fondo del hoyo, la enterró y la regó con lágrimas de felicidad.

—Está loco —comentaron sus hermanos.

El conejo y el chuncho se miraron, sonrieron, y se cerraron un ojo antes de partir cada uno a su hogar.



## A ochenta metros de profundidad

Tatiana Alejandra Farías Ortiz

El mar le daba calma. En la profundidad, el silencio tenía un sonido misterioso que se adhería a la piel como un latido líquido. José lo sabía y entendía ese silencio como un reflejo de su mundo inestable, intenso y al mismo tiempo contenido.

Disfrutaba la sensación de la temperatura al descender por el agua. La certeza de cruzar el umbral de la superficie, romper el cristal que separaba aire y mar, y buscar en lo profundo los ojos que desde que tenía memoria sabía que estaban allí, expectantes, vigilantes y escurridizos. A veces, mientras recogía machas de las rocas, sentía la fuerza de aquella mirada; una vibración distinta le erizaba el vello de la nuca aún con la capucha puesta. Nunca lo comentó, pero él estaba seguro que algo había bajo el mar y lo esperaba.

Recordaba el día que definió todo. Estaba en la lancha cuidando el equipo de su hermano y tocó el mar con la mano. Cuando ya el frío del agua le llegaba al hombro, sintió un rápido apretón en los dedos. Cerró la mano con fuerza, pero no pudo retener el contacto. Fue un encuentro resbaloso y helado, pero pese al frío, dejó una huella de calor en su palma que subió hasta la garganta y rompió en una sonrisa. Olió su mano y el perfume de la profundidad le confirmó lo que ya sabía. Estaba atrapado. Miró bajo la superficie y pudo distinguir entre los mechones rubios que se movían como algas amarillas, unos ojos verdes y acuosos que lo miraban asombrados. La piel traslúcida se adivinaba fría, pero la boca roja, intensa, prometía el calor del sol sobre las rocas en verano. Quiso alcanzarla, pero el movimiento del cable la ahuyentó.

Años después se hizo a la mar con los hombres. Empezando desde abajo como asistente y luego como buzo. Le incomodaban los equipos y las pesas; él prefería nadar libre de trabas, como los antiguos, como su abuelo. Su sangre huilliche se rebelaba frente a los cambios, pero entendía que era por su seguridad y callaba. El presidente del sindicato era inflexible: nadie bajaba sin equipos. Y él quería bajar, siempre quería bajar. Contaba el tiempo y los metros buscando la libertad de estar profundo. Cuanto más bajaba, más liviano se sentía; se mantenía todo el tiempo que podía hasta que le tiraban el cable para que subiera. Y entonces comenzaba a subir lento, muy despacio, calculando la velocidad de acuerdo a las burbujas de su propia respiración, despidiéndose de ese mundo oscuro y misterioso en que se convertía el mar. A medida que subía, los oídos se le tapaban preparándose para otro tipo de sonidos, otros silencios, y como un arrullo, sentía la vibración de su canto. Romper la superficie le dejaba una sensación de profunda tristeza, como si la abandonara de cada vez.

Apenas comía, apenas dormía. El cuerpo le pesaba al caminar por la playa y se entumecía sentado mirando el horizonte como si solo con la fuerza de su pensamiento ella pudiera salir a buscarlo.

Esa noche llovía como tantas noches en Dalcahue y José estaba en la playa cuando la marea comenzó a subir. La lluvia descargaba con furia y el mar se movía embravecido. De pronto, las rompientes se silenciaron y las notas de un canto masculino se dejaron escuchar. José, sin miedo, vio cómo en medio de espumas y olas, un hombre con cola de lobo marino se erguía y avanzaba desde el horizonte hacia la playa. Todo cubierto de oro, brillaba sin necesidad de una luz que lo reflejara. Un pulso submarino marcaba el movimiento y el sonido inefable que salía de la boca del hombre mantenía todo en armonía. Se sintió extraño, un intruso en medio de un rito sagrado y antiguo.

De improviso, la lluvia se detuvo y ella apareció. Vestida de algas, sus largas piernas se veían con un matiz azulado en la oscuridad. Bailaba siguiendo el ritmo impuesto por las olas. Se movía con destreza,

como si estuviera bajo el agua y la ondulación del mar circulara a través de ella. Su cabello largo giraba envolviéndola, abrazándola en una estela dorada. Se le heló el cuerpo de tanto mirarla mientras ella bailaba aquel canto acuático. Un par de giros, unos movimientos más, y ella se detuvo con el rostro frente al mar y a su hermano dorado. Se volteó hacia José y lo miró directo con sus ojos de agua, levantó una mano y lo invitó a seguirla. José no pensaba, solo avanzaba.

Cuando la espuma le llegó a los muslos, se sumergió y una corriente marina lo llevó mar adentro. Ella iba delante y José podía ver, pese a la oscuridad, el amarillo de su pelo flotando como una luz a la que seguir. Él bajaba. Sin peso ni equipo era difícil hacerlo, pero tan grandes eran sus ganas que no notaba el esfuerzo. Sentía la libertad de nadar en lo profundo mientras se le desprendían la ropa y los zapatos. Cosa extraña, la temperatura de su cuerpo estaba regulada y podía percibir golpes de calor que salían de sus músculos con cada movimiento.

Pero llegó un momento en que no pudo descender más. En la espalda tenía la picazón de alerta por la presión del mar: era el momento de subir. Sin pesos que lo retuvieran, sin fuerzas casi, si se dejaba flotar y soltaba el aire despacio, subiría lentamente. Ella adivinó sus intenciones y abrazó su cuerpo con algas. Las manos palmeadas sostuvieron el rostro de José para que solo se concentrara en ella y lo rodeó con sus piernas. Él tembló en el calor de esa forma resbalosa y bella, y supo que no saldría nunca de ahí. Cientos de puntitos blancos aparecieron en sus ojos. La abrazó con fuerza mientras un estallido como miles de burbujas rotas le expandía el pecho. Ella lo besó. Y él se perdió en la oscuridad con una sonrisa.

41 años

Rancagua

**Primer lugar regional**



## Cochayuyo, el vaquero

Jaime Rubén Herrera Román

Quién hubiera pensado que Cochayuyo, de la noche a la mañana, se convertiría en héroe local. Nadie. Era que el hombre tenía una existencia reservada, apartada de la tripulina del pueblo.

El mundo de Cochayuyo no pasaba más allá de su condición de vaquero, pega que cumplía en los potreros de engorda y talaje. Más en los de talaje de los inquilinos. Allí pasaba la mayor parte del tiempo, día y noche. A su vivienda solía llegar a saludar. “¿Cómo estás, viejita?” le preguntaba a su mujer, todavía sin desmontar, en un tono socarrón. A veces trasponía el umbral, en busca de alguna prenda de vestir, y salía con ella sin cambiársela, olvidado de la razón de este trámite.

¿Dónde se alimentaba? Había pasado a ser una incógnita para el vecindario, y los más suspicaces comentaban que de la leche de las vacas. Al tener tantos vacunos a su cargo, y como las noches campesinas son largas y oscuras, cuando el hambre atropellaba su panza, tenía la solución al alcance de su estómago. ¿Quién se daría cuenta?

El hombre partía a rodear el ganado, prácticamente a boca de noche, y al poco rato se escuchaban gritos alertando el ganado. “¿Qué este gallo nunca duerme?” se preguntaba la gente al sentir su griterío. Tres o cuatro gritos espaciados hasta la madrugada y las vacas se arremolinaban junto a la puerta del potrero. A veces un toro enamorado se colaba entre las vacas, lo que dificultaba las labores de ordeña. ¡Resultaba imposible alejarlas de su galantería!

El arreo del piño se hacía de cara al vecindario por el camino real, con el riesgo para cualquier transeúnte descuidado. Con frecuencia los niños, en forma desaprensiva, se aventuraban a lacear la vaca de propiedad familiar, sin preocuparse de los peligros que corrían. Así ocurrió con Tito Soto. El toro envalentonado, al ver al muchachito, arremetió contra él para despejar el estorbo y lo revolcó en el suelo. Pero el vaquero estaba al aguaito y pudo quitarle a la víctima, que sufrió más susto que los efectos de la cornada. El toro fue laceado y el niño devuelto a sus padres.

Este acto, por la teatralidad del caso, convirtió a Cochayuyo en un héroe en su guerra en contra del toro. Nadie lo ignoraba y a veces compartía con la gallada la mesa y las frecuentes tomateras. Como no habían visto al vaquero arrebatarle al toro al chiquillo, le pedían insistentemente les contara la peligrosa escena. Cochayuyo se hacía de rogar un poco, pedía un nuevo trago, y se largaba con lujos de detalles. Claro que la gente lo hacía para reír a cuenta del vaquero, quien inocente estrujaba la lengua, y se alegraba de tener un auditorio para él solo... Le gustaba referir el percance y solo se callaba cuando notaba que la gallada había dejado de prestarle atención.

Pero ahí no terminó la cosa. Parece que el toro Torontel tenía su *hachita que afilar* con el vaquero. Cuando lo veía pasar, lo miraba con inquina, con el hocico lleno de babas y tal vez dispuesto a cobrársela a Cochayuyo. No pasó mucho tiempo, y el toro que ramonea y ramonea la hierba, se fue acercando al vaquero que se había quedado traspuesto montado en su yegua. Las patas de los vacunos son menos ruidosas que las de los caballos, de manera que Cochayuyo no sintió cuando tenía el toro encima. La tremenda cornada lanzó lejos al caballo y al jinete, y quienes llegaron a socorrerlo lo encontraron enredado en unas zarzas, y dicen –verdad o no–, que el toro lo dejó todo bosteadado. Algunos comentan –tampoco se sabe si es cierto o no–, que enfrentó al toro como auténtico torero, borneando su manta sobre los cachos del vacuno. “¡Aquí estoy, torito!”, lo desafiaba Cochayuyo, hasta que el Torontel se cansó de la tramoya y partió –*pa'* mejor– a seguir cumpliendo sus tareas de semental con las vacas del potrero.

81 años  
Machalí

Segundo lugar regional

## El espíritu de la montaña

Fabián Roy Muñoz Figueroa

En mi mochila llevaba ropa, bolsas de té, galletas y un Superman sin capa. Yo tenía cuatro años y fue la primera vez que subí con mi hermano y mis tíos a la compuerta. Atontado por el sueño y el frío de la madrugada, bajé de la camioneta y tropecé con un bulto en el suelo.

—¡Cuidado con mi mochila! Llevo algo importante y frágil —exclamó el tío Gerardo.

—¿Y qué es? —pregunté. Me miró de reojo y no contestó; vi que estaba pagándole al hombre de la camioneta y le daba indicaciones para el regreso.

Los primeros destellos del sol me mostraron el borde de un acantilado. Varios metros abajo, el río Cachapoal corría revolviéndose furioso entre miles de piedras que parecían calaveras. Había un puente: era una enorme tubería que se mecía sobre el abismo. Apenas pude ver la otra orilla.

—No te preocupes —dijo mi hermano—, siempre pasamos por aquí.

Un estrecho entablado facilitaba el caminar, pero la tubería vibraba con el viento, y con cada paso mis manos se agarraron con fuerza a cada uno de los cables que sostenían la estructura. «Sin mirar abajo, yo no vuelo como Superman...» repetía en mi cabeza, hasta que unos minutos después ya estábamos del otro lado.

—Ahora se nos viene la subida —dijo el tío Gerardo y me miró sonriendo—. Después de cruzar ese puente y alimentarse del espíritu de la montaña, ya nada vuelve a ser como antes.

Pero no entendí muy bien a qué se refería. ¿Qué era eso del espíritu de la montaña?

Subimos por un sendero que ascendía bordeando un cerro hasta conectar con un canal de piedra. Cansados por el recorrido, mis tíos lanzaron una tetera amarrada a un cordel para sacar agua fresca del canal. Cuando la tetera cayó al agua, pude ver algunas truchas huyendo a esconderse.

Llevábamos una hora caminando, cuando el destino apareció entre dos cerros.

—Ahí está la compuerta —señaló el tío Gerardo.

Parecía construida por extraterrestres. Era una estructura encajada en la roca, mitad concreto mitad tubos de metal, unida por escaleras de fierro, engranes y barandas.

Buscamos sombra en un bosque de peumos y allí armamos el campamento. Cocinaron fideos en un tarro puesto al fuego. Después del almuerzo, me zambullí en las aguas cristalinas buscando cangrejos, bagres y guarisapos para que pelearan con Superman. Al atardecer, encaramados en la compuerta, me enseñaron a pescar.

La noche llegó mientras se asaban las truchas en la fogata. El cielo estaba lleno de estrellas imposibles de mirar en la ciudad. Los grillos y el agua corriendo eran la música perfecta para ese arrecife cósmico.

—¿Ves esas nubes? —preguntó mi hermano. Estábamos recostados en un arenal, cuando apenas vi su mano indicando una región del cielo que parecía hecha de polvo—. No son nubes —continuó—, es la vía láctea. ¿Ves esas cuatro estrellas que parecen un volatín? Es la Cruz del Sur.



Me enseñó a encontrar el norte con las estrellas de Orión. Aprendí que en el cielo había animales, bestias, monstruos y héroes. Y más tarde, cuando regresamos al campamento para dormir, yo no dejaba de pensar en ese mundo estelar y lleno de leyendas.

—Tío, y al final ¿qué era lo que traía en la mochila? —pregunté rompiendo el silencio de la carpa.

—Un “duérmete” —contestó.

A la mañana siguiente, mi hermano y yo desayunamos té con galletas mientras los tíos pescaban, pero no tardaron en regresar.

— ¡Los pillé chanchito! —dijo el tío Gerardo—. ¡Comieron galletas y no nos convidaron!

Mis cuatro tíos soltaron una risa de aprobación; después de todo, yo era el menor. Aprendí que, en la montaña, aquello que nos parece tan cotidiano es en realidad un lujo. Cualquier dulce o galleta, una naranja, un té sin azúcar, un pedazo de pan con queso chamuscado al fuego de la leña, cualquier alimento siempre es mejor cuando se comparte. Las truchas al palo que habían pescado esa mañana vinieron a corroborar esa idea.

Al atardecer me encargaron ir a buscar leña, pero al poco tiempo llegaron corriendo a atender mis gritos. Yo estaba paralizado de miedo frente a una araña de color cobre, más grande que mi mano y que levantaba sus patas amenazando.

—Es una araña pollito; si quieres hazla pelear con Superman —dijo el tío entre risas.

Esa noche cantaron al son de un charango, sentados junto a la fogata mientras se pasaban un mate amargo y terminaban de asar los últimos pescados. Y entonces el tío Gerardo abrió su misteriosa mochila y sacó un cartucho de papel que le tendió a mi hermano.

—Para que la tradición no muera, es tu turno de continuarla —le dijo.

Esperaron a que una piedra estuviera caliente, la tomaron entre dos troncos y la metieron a una poza de agua. La piedra se partió por la mitad.

—Está lista —dijo el tío Gerardo.

La sacaron con los mismos troncos, y colocaron una mitad en el fuego con el lado fracturado y plano hacia arriba. Mi hermano lanzó un poco de aceite en la piedra. Luego metió la mano en el misterioso cartucho de papel, saco tres huevos y los partió sobre la roca, se frieron al instante. Con trozos de pan untamos la yema y comimos “huevo a la piedra”. Ese era el fin de tanto secreto. Desde entonces sé que el tío tenía razón, después de cruzar el puente y alimentarse del espíritu de la montaña, la vida es mucho más interesante.

36 años  
Machalí

**Tercer lugar regional**

## Cuando la Chepa conoció el cielo

David Alexis Norambuena Barros

Cuenta don Valentín que, cuando se inauguró la tradición de los vuelos populares en la cancha de aterrizaje de Panimávida, estaba toda la gente conmocionada y expectante ante tan asombroso espectáculo que significaba en aquel tiempo mirar la comuna desde una vista panorámica privilegiada en el aire.

Para hacer más atractivo el espectáculo, la organización del evento quiso rifar el primer vuelo: quien sacara el número premiado, podría dar un paseo en avioneta por la comuna totalmente gratis.

Es así como, en medio del campo, alrededor del espacio por donde transitaban los aviones, con ojotas, chupalla, pantalones arremangados a la rodilla, pala en mano y cigarrillo en la boca, apareció quien tenía el número premiado. ¿Quién inauguraría la tradición de los vuelos populares? Un hombre que, por su apariencia, era un campesino que difícilmente había despegado sus pies de la tierra en su vida.

Cuando la organización hubo comprobado que el número que tenía el campesino correspondía al premiado, fue dirigido por el piloto a la cabina de La Chepa, el pequeño aeroplano que representaba al pueblo de Panimávida en las competencias aéreas, conocido por sus tradicionales colores blanco y amarillo.

Lo gracioso de esta historia es que, cuando el piloto dejó instalado a su afortunado acompañante en el asiento del copiloto, al dar la vuelta por la parte trasera de la nave para ubicarse en los controles, el avión comenzó a moverse lentamente, iniciando la marcha. Ante tal situación, el temor y la preocupación se apoderó de todos los asistentes, quienes corrían detrás de La Chepa y del piloto que intentaba subirse a ella.

“¡Párenlo! ¡Párenlo! ¡Se va a matar!”, gritaba la gente, mientras uno a uno se colgaban de los fierros del pequeño avión con la esperanza de detenerlo. Una muchedumbre sujetaba la máquina tratando de frenarla y de impedir el despegue, pero fue imposible. El pequeño motor tenía una fuerza superior.

Al andar unos 200 metros de manera irregular por la pista, finalmente se desprendió del piso arrastrando peligrosamente, por casi 2 metros de altura, a una pequeña niña que quedó colgada de la parte trasera y que, gracias a su padre, que se colgó de ella entremedio de la gente, pudo volver a tierra. Así comenzó el temerario vuelo del señor con ojotas que salió del maizal.

Ya en el aire, fue un caos total. Todos miraban al cielo, concentrados en la escena. Nadie sabía lo que pasaba en la cabina de La Chepa, pero, por sus movimientos abruptos y violentos, podían deducir que la cosa... no andaba bien.

El piloto trataba de controlar la nave, pero esta se movía para todos lados entre las nubes blancas de primavera, pasando en más de una ocasión muy cerca de la pista de aterrizaje, donde se encontraba el centenar de personas que, mientras huían lo más lejos posible del avión, repetían y repetían “¡Se va a matar! ¡Se va a matar! ¡Virgen santa! ¡Por la chita, que alguien baje a ese hombre!”. Lo más increíble fue cuando en un momento, el avión subió en línea recta hacia el cielo por unos largos segundos y cada vez a mayor velocidad, como si fuera un cohete que va al espacio, hasta que en lo más alto se apagó de repente el motor y comenzó a descender rápidamente al piso ¡Uf! ¡Realmente era para morir! Las personas se tapaban los ojos para no ver el impacto: “¡Uh! ¡Señor, tenlo en tu santo reino! ¡Qué Dios lo ayude! ¡No!”, exclamaban.



Cuando ya estaba cerca del suelo y el avión descendía hacia un desastre inminente, momentos antes de topar tierra se encendió el motor y rozó el piso, pasando casi a tres metros de la gente, que ya estaba a punto de morirse de un ataque al corazón. ¡Nadie podía creer lo que estaba pasando! El avión subió a una altura media y reguló su velocidad. De pronto, luego de dar un par de vueltas, se puso en posición de aterrizaje y descendió hacia la pista, extrañamente, de manera muy normal: la Chepa, siguiendo de manera recta la pista de aterrizaje, se detuvo con total seguridad.

Luego de tal experiencia, el piloto puso en marcha el avión en medio de la pista, pero ahora dirigiéndose a donde estaba toda la gente que, a estas alturas, no sabía qué pasaba. Finalmente, se detuvo a un par de metros de la multitud y se bajó de la cabina, haciendo una reverencia cual si hubiera terminado un número artístico.

Recién en ese momento, la gente se enteró de que todo lo que había observado formaba parte de un montaje, preparado por la administración del Hotel de Panimávida para dar mayor realce a la inauguración de la fiesta de los vuelos populares.

La gente no dejaba de aplaudir y de comentar lo espectacular de la puesta en escena. “¿A quién se le habrá ocurrido?”, decían. Con la emoción de aquella tremenda presentación, olvidaron todo el bochorno que habían vivido minutos antes. El supuesto campesino, que en realidad era un piloto profesional, con más de 4.000 horas de vuelo, además de ser propietario de La Chepa, circulaba entre la muchedumbre saludando a las personas cual estrella de cine.

La jornada fue un total éxito. Muchas personas subieron a las distintas avionetas que estaban a disposición para pasear a los interesados por sobre el lago Machicura, canal de Devolución, Rari y un sinfín de lugares que pudieron apreciar desde las alturas. Y fue así como, año tras año, el pueblo y los miles de personas que visitaban las termas esperaban con ansias el mes de septiembre por la apertura de los famosos y tradicionales vuelos populares, que durarían muchos años, convirtiéndose en una de las mayores atracciones turísticas de Panimávida.

33 años  
Colbún

**Segundo lugar regional**

## Nunca será tarde

Paulina Alejandra Sepúlveda Berra

Esas madrugadas su marido saldría con destino a la montaña, pero esta vez no lo acompañaría la decena de turistas que llegaban en época estival, sino que cientos de ovejas, cinco perros y unos cuantos hombres con sus caballos.

Cuando su viejo partió, ella permaneció sentada cerca del fuego y prefirió servirse un mate acomodándose en su silla de mimbre, antes que volver a su cama en soledad. Afuera, la luna llena iluminaba el corral donde descansaban los animales, y un poco más lejos, los cerros y el río brillaban con un destello —que si bien era pálido— permitía caminar sin perder ningún detalle del exterior.

Succionó con fuerza la bombilla metálica, mientras una brisa tibia entraba por la ventana, acariciando su arrugado rostro. ¿Cómo sería el lugar donde pastan las ovejas? ¿Cómo sería el mirador que está sobre las nubes, tan cotizado por los turistas? Tenía setenta años y jamás había pisado aquellos lugares. De niña, había caminado hasta el pozo formado por agua de una vertiente, que estaba a unos kilómetros de su casa. Sin embargo, todo lo que existía de ahí hacia arriba, era un verdadero misterio.

Eso estaba pensando, cuando la brisa se convirtió en ráfaga. El viento avivó el fuego, provocando una danza de chispas que se extinguieron cerca del techo.

«¡Qué noche tan tibia y mágica!», pensó, sintiendo el incontrolable deseo de salir. Un hormigueo que comenzaba en la punta de su pie, subía por su espalda y explotaba en su cabeza, la dejaba con una sensación de sofoco y melancolía. Tal vez el viento habría dejado caer alguna chispa sobre su cuerpo. Una chispa de vida. Una chispa de libertad, que la recorría saltarina, incomodándola e invitándola a caminar.

No se detuvo, no había para qué; ¡nadie, absolutamente nadie la miraba! Salió y la luna iluminó el camino. En el corral encontró despierto al más viejo de los caballos, que hace muchos veranos había sido el fiel compañero de su marido.

—¡A ti también te han dejado! —Le dijo, mientras con ternura, peinaba sus crines grises. El caballo se alegró de verla. Era ella quien le daba el agua fresca o lo llevaba a terrenos donde el pasto fuera tierno y fácil de masticar.

Nadie que no tenga la dicha de formar un vínculo desinteresado con un animal, entenderá cómo lo que pasó después fue una perfecta conversación que no precisó de palabras. Se miraron a los ojos y comprendieron las ansias que compartían. El caballo sintió compasión; al menos —hace algunos años—, él había recorrido aquellas laderas nevadas, visitando lagunas perdidas entre montañas tan altas, que parecían rascar el cielo con sus afilados picos. En cambio, la mujer jamás había estado allí. Ella lavaba en el río, tejía, cocinaba, cocía el pan amasado, desplumaba gallinas, criaba a sus hijos, cuidaba de sus pollos y chanchos, y envejecía.

El animal se inclinó, como haciendo una reverencia y ese gesto permitió que su altura no fuera impedimento para montar sobre él. Al principio caminó lentamente, como mostrándole a su amiga que nada debía temer, sin embargo, al sentirla cómoda, apresuró el paso ¡No fuera cosa que se arrepintiera, y usando dulces palabras —porque riendas no llevaba— lo convenciera de volver!

Al llegar al río, tomaron el sendero que se internaba en el bosque de arrayanes y peumos; pasaron por el estero, y el paisaje dio paso a cientos de robles que parecían tocar la luna. La mujer observaba emocionada



cada lugar. ¡Su viejo lo había relatado con tal detalle, que sabía exactamente dónde estaban y cuánto faltaba!

—¡Acá detente un momento! —le ordenó con seguridad al caballo—. Esta es la última vertiente, ¿No ves? Junto al chilco gigante de flores fucsias. Acá tomaremos agua y descansaremos un rato ¡No vaya a ser que tu esfuerzo o mi emoción nos maten antes de llegar a la cima!

Así lo hicieron y el agua fría que emergía de la tierra les devolvió el aliento.

La mañana clareaba entre las montañas con tibios rayos de sol que iluminaban los últimos restos de nieve depositados en la cúspide y hacían brillar los cabellos blancos de la mujer. Siguieron su camino lentamente. La pendiente había aumentado en el último tramo y un paso en falso hubiese sido fatal. De pronto, el paisaje cambió. Los árboles habían sido reemplazados por un terreno árido y algunos arbustos de no más de medio metro de alto ¡Estaban cerca de la cima! La emoción la hizo cerrar los ojos. Quería prepararse para el final del viaje. Después de setenta años, sabría qué era lo que había allí, sobre aquella imponente montaña.

Cuando el caballo se detuvo, supo que el viaje había terminado. Inhaló profundamente sin abrir los ojos, sintiendo el olor que, desde los cerros, le traía el perfume de boldos, peumos, corteza de robles, suelo húmedo y hongos creciendo en las sombras. Sintió la brisa fría, y sus pies tocaron la nieve blanda. Tenía miedo. Miedo a haber perdido tantos años que no volverían atrás. El caballo se acercó a tal punto que ella pudo escuchar el fuerte latir de su corazón.

—¡Mientras mi corazón lata, nunca será tarde! —le gritó al vacío, abriendo los ojos; mientras el eco le repetía cómplice «Nunca será tarde...», «Nunca será tarde...» Desde allí podía ver todo el valle. Algunas nubes esparcidas bajo sus pies le recordaban la magnitud de su hazaña. El río parecía una hebra de lana de oveja recién hilada ¡Su casa era un punto en el horizonte! Y más allá, frondosos bosques se extendían en diversas tonalidades de verde hasta el infinito. Allí vivía ella. Toda la vida había sido parte de esa inmensidad.

Permanecieron emocionados largos minutos, mujer y caballo —ambos viejos; ambos cansados— contemplando el paisaje más conmovedor que habían visto en su vida. Ella, sin bajar la mirada, tomó un puñado de pequeñas piedras erosionadas por el viento y lo guardó en su delantal, mientras sus lágrimas, recorrían el marcado surco de su mejilla y caían en el suelo infértil de aquel mágico lugar que se elevaba sobre las nubes.

31 años  
Longaví  
**Tercer lugar regional**

## Brillantes lenguas de fuego

Alejandra Cruz Aravena

La casita de subsidio campesino se apoyaba contra el cerro cubierto de troncos de pinos quemados. Al frente, una gran explanada; se notaba una limpieza reciente. El aire pesado del fuerte olor a madera chamuscada impregnaba el ambiente.

Como en cualquier campo de la región, había corrales para las ovejas, colmenas, gallinero, establo para las vacas, pesebrera para los caballos, bodega papera y galpón.

Más allá de la explanada de unos 30 por 30 metros, se extendía una cadena de cerros dolientes mostrando al desnudo una plantación de palos negros pintados de duelo exigiendo al cielo, a las empresas forestales y a las autoridades, una explicación sobre tanta desgracia.

La Chela, dueña de la casa, era una campesina jovial y cuarentona. Tenía chamuscados el pelo, las cejas y las pestañas. Se tapaba los ojos con ambas manos, porque el resplandor del incendio le había afectado la vista. Con los ojos entornados contempló con orgullo a sus dos hijas de 13 y 15 años, alimentando a las aves en silencio. Cerca de ellas, su marido, el Beto, terminaba de desmalezar la huerta con su cuerpo encorvado, como queriendo proteger la tierra. Los cuatro eran soldados sobrevivientes de la guerra contra el fuego.

Como un relámpago brillante y fugaz, el miedo le azotó el recuerdo de los días recién pasados, ella lo apartó de un manotazo en su frente; el fuego no les había ganado, el temor tampoco lo haría. Se percibía un ambiente de duelo, la muerte los había rozado; su presencia había dejado una huella de silencio y reflexión.

Tenía en sus brazos al Gary, su niño de 3 años de quien no podía separarse. Recordó cómo había venido el Gary al mundo. Una noche de parranda en un bautizo campesino, ella y el Beto volvieron de la fiesta un poco achispados, se les hizo tarde caminando por el sendero alumbrado de luna llena.

Como una aventura, un juego, entre empujones y risas se metieron por un hueco que habían construido en su juventud entre maquis y zarzamoras, donde se juntaban a pololear lejos de las miradas indiscretas. Tuvieron un reencuentro en su madurez. El momento mágico y feliz quedó enredado, prendido en las membranas íntimas de la Chela como un regalo de alegría viva.

Por eso el Gary, el conchito, era tan especial. Apareció por la vida sin planificación ni permiso; era el consentido, la alegría de todos.

Lo defendieron con sus vidas. El amor que sentía toda la familia por el Gary los obligó a pelear con sus fuerzas básicas contra el poder real del fuego alimentado por todo el combustible de las plantaciones de cientos de hectáreas de pino de la octava región.

Las llamas alcanzarían fácilmente el corralito donde estaba el Gary bajo el corredor. Su pequeña presencia imprimía en la familia una fuerza que no tenían. Por salvarlo a él se salvaron todos.

El incendio se había anunciado con un hermoso resplandor anaranjado por detrás del verde intenso de las olas de pinos que descendían hacia la costa hasta donde se perdía la vista.

No se preocuparon mucho; el resplandor parecía lejano, aunque por precaución encerraron a los



animales, guardaron las aves, taparon los panales para proteger a las abejas, juntaron agua y regaron todo alrededor; también mojaron las paredes de las pesebreras, bodegas y de la casa.

Al día siguiente el rugir del fuego los despertó; saltaron de sus camas, las llamas estaban cerca, brillaban saltarinas, juguetonas, peligrosas, amenazantes.

No supieron cómo entraron en batalla, no había tiempo para pensar ni planificar. Era “ahora”, con lo que hay a mano, con las débiles fuerzas humanas frente a un evento de dimensiones imposibles de medir, más allá de la capacidad de la mente.

El ruido alrededor de ellos era ensordecedor, el calor insostenible; estaban solos contra el incendio, una fuerza descomunal. Era guerra a muerte, no quedarían heridos; solo habría esqueletos calcinados de árboles, animales o gente.

Marido y mujer no sentían hambre, dolor, sed, ni cansancio; no había tiempo para pensar, solo golpeaban con ramas de quillay las largas lenguas de fuego, brillantes, emitiendo sonidos sordos, destellos iridiscentes, mágicos, furiosos. Las llamas silbaban y rugían por sobre sus cabezas, los atacaban por sorpresa desde distintos frentes, saltaban con insospechada agilidad como obedeciendo a un siniestro plan estratégico.

Imperturbables, espalda contra espalda, la Chela y el Beto continuaban golpeando el fuego mientras las niñas traían más ramas y con un jarrito les tiraban agua a sus padres sobre la ropa o el pelo. Detrás de ellos el Gary, desde su corralito miraba fascinado el espectáculo pirotécnico impidiendo, con su pequeña presencia, que sus padres y hermanas se dieran por vencidos.

Hacia el atardecer el fuego retrocedió, buscó otros vericuetos y se alejó por las quebradas. Pasaban helicópteros; con sus cargas de agua, poco ayudaban. Hasta que los grandes aviones extranjeros volaron a ras de las llamas y terminaron de apagar el enorme incendio.

Solo entonces cayeron rendidos con los brazos lacios sobre el suelo de tierra apisonada.

Los días siguientes el sol de verano continuó iluminando el paisaje color ceniza, con olor a humo, desolado, quemado. La vida fue retomando su ritmo agrícola rutinario.

Desde su corralito en el corredor sombreado por un gran castaño, el Gary fue el único que percibió la belleza eterna y perfecta del fuego en toda su magnitud, dimensión y esplendor.

72 años  
Treguaco  
**Primer lugar regional**



## Aromos florecidos

Gabriel Hernández

*San Ignacio de Palomares.*

**C**recí escuchando míticas historias de este pequeño pueblo que se encuentra a 50 kilómetros de Chillán, la capital de la nueva región de Ñuble. Mi infancia se acompañó de la voz de mi padre con historias sobre su pueblo. El lugar donde nació y donde vivió hasta los 13 años. Crecí escuchando cómo era vivir en el campo sin electricidad, cómo era ordeñar vacas para tomar leche, subirse a un caballo para ir al colegio o trabajar en las vendimias. Algo que para mí es tan ajeno, tan siquiera imaginable.

Recuerdo que un día de septiembre en que íbamos al sur, hace ya tres años, mi padre quiso desviarse y mostrarme el lugar donde estaba su casa, y donde estaban los lugares físicos de su infancia. Llegamos a una localidad que para mí no era más que una villa llena de casas, pero para él eran los vestigios de su infancia remota. Aún recuerdo su emoción al estar frente a los restos de aquella casa de adobe, y de aquella leñera a la cual le aterraba entrar cuando oscurecía. Recuerdo su voz contándome cómo vivió su infancia, cómo corría con sus hermanos a la única escuela del pueblo, y cómo cada mañana era el primero en levantarse para poder entrar al gallinero a buscar los huevos para el desayuno. Pero, sobre todo, me parece sentir su emoción al decir que el olor a aroma florecido lo transportaba a su niñez. Por eso, siempre al iniciar la primavera, mi padre cortaba aromos que encontraba en los campos y los colocaba en un florero en el centro de nuestra casa. Eso hizo que mi infancia, así como la de mi padre, estuviese impregnada de aquel olor.

Aquella tarde, a su lado y frente a la que fue su casa, no tuve la capacidad de sentir la trascendencia de lo que vivía. Hoy siento que esa tarde cerró el círculo de su propia vida. Volvió a su infancia para tomar las fuerzas para partir, ya que, siendo un hombre completamente sano, a los pocos meses enfermó gravemente, y comenzó una lucha estéril contra un cáncer que le arrebataría la vida.

Ya han pasado dos años desde que no está, y recién comprendo que esa tarde, mirar una casa de adobe derruida por los años y tocar con sus manos partes físicas de una niñez desvanecida, lo conectaba con lo más esencial, lo unía a su historia, a sus padres ya fallecidos, a sus hermanos distanciados, y lo conectaba con el niño, que, a pesar del transcurso de los años, aún vivía en él. Siento que esa tarde, miró de frente aquello más especial e íntimo que guardamos en nuestra memoria. Y simplemente, se despidió.

Ahora me enfrento a su ausencia, y tal como hizo mi padre aquella tarde de septiembre, vuelvo a mi propia infancia, vuelvo a mi propio lugar especial para encontrarme con aquellos recuerdos que configuran lo que soy. Es por eso que conduje 400 kilómetros desde Santiago para llegar a mi Chillán natal y estacionarme frente a la casa de mi infancia. Tuve el impulso de golpear la puerta y conocer a quien vivía ahora en aquella casa. No me atreví... Solo fui capaz de pararme frente a ella y posar mi mano sobre el árbol que estaba afuera en la vereda.

Frente a aquella casa, pude volver a conectarme con lo más esencial que tengo, del mismo modo como mi padre lo hizo hace más de dos años en San Ignacio de Palomares. Frente a esa casa que sentía tan mía, pude volver a sentir la voz de mi padre llegando del trabajo, la voz de mi madre llamándome a almorzar, el ruido constante de la pelota de mi hermano, los ladridos de aquel perro que acompañó esos años lejanos. Esa tarde mi memoria se llenó de voces y de sonidos, pero sobre todo, de aromas.

El que se subió a ese auto de regreso, ya no era el mismo. No fue cerrar la mi vida como creo que lo hizo mi padre al volver a su origen, sino que para mí fue volver a recuperar un trozo de mi vida que parecía



que había perdido vigencia. Fue volver a escuchar la voz de mi padre, que tanta falta me hace, fue volver a descubrir una parte real y esencial de mí.

Hoy, ya de vuelta en Santiago, y mientras juego con mis hijos, tomo conciencia de cómo ellos construyen, con idénticas herramientas, lo esencial de su propia vida. Quizás para ellos no será una casa de adobe o un árbol añoso, pero encontrarán el lugar que los conecte con lo esencial de cada uno.

En estos dos años de ausencia de mi padre, al llegar la primavera, viajo a San Ignacio de Palomares. No lo hago como un homenaje póstumo, sino que viajo con la única intención de volver a sentir el olor de aquellos aromos en flor frente a una casa en ruinas. Corto unas ramas de aquellos árboles y las coloco en un florero de nuestro departamento en Santiago. No puedo privar a mis hijos de una infancia con olor a aromos florecidos... se los debo a ellos... se lo debo a mi padre... y me lo debo a mí.

37 años  
Chillán

**Segundo lugar regional**

## La dulce esperanza de la abuelita Cristina

Lorena Paulina Blanco San Martín

*“Y lo bonito de esta vida es coser sueños,  
bordar historias y poder desatar  
los nudos de nuestros días” (Anónimo).*

Cristina, oriunda de Tomé, siempre fue una mujer trabajadora. Asumo que la pobreza encendió aún más la lámpara de la superación junto a Francisco, su esposo, cuando invirtieron todo lo que tenían, es decir, su preciada yunta de bueyes, en la compra de un lote de tierra, ubicado en el valle del Itata, específicamente, en los alrededores de Ñipas. El financiamiento de esta inversión les costó el sudor de sus frentes, pero valía la pena ya que este valle se caracterizaba por poseer una tierra amplia y fértil que producía en todas las estaciones. Viñas, trigales, árboles nativos y árboles frutales se podían apreciar en el campo, entre otras muchas especies y frutos. Francisco sabía que no había otro paisaje igual en Chile.

Ella era una perfecta ama de casa y aún en la escasez de alimentos, distribuyó de la forma más fraterna el pan entre sus hijos y nietos. Aunque si bien nunca faltó, tampoco nunca sobró. Había dos cualidades que resaltaban en aquella mujer de piel morena y manos agrietadas producto del paso de los años. Curiosamente, ejercía la labor de partera y el oficio de costurera. Por una parte, tenía el don genuino de traer niños al mundo, de alentar a las mujeres a parir. Por esta razón, era muy conocida no solo en el sector de Vegas de Concha, sino también en otros. Tanto eco habían alcanzado sus hazañas, que desde los alrededores algún enviado llegaba a buscarla gritando “Aló” en la humilde casa de adobe, donde el portón era físicamente invisible, pero respetuosamente visible e invencible. De cierta forma, era el socorro, la carta de salvación, el camino a la vida. Sin dudarlo, dispuesta de cuerpo y de corazón, de tomo y lomo, acompañaba a todo aquel que requería sus servicios. No le importaba la hora, tampoco el medio. A pie, a caballo, en carreta, en carretela, lo importante era llegar lo más pronto posible. Incluso la anciana pudo experimentar la sensación de subirse por primera en su vida a una Citroneta.

Por otra parte, cosía. Fabricaba vestidos, camisas, calzones y calzoncillos; remendaba pantalones y prendas en general para la gente, y, por supuesto, para su familia, que era mucha. Porque en aquel tiempo no existían métodos anticonceptivos y la unión de las familias con menos recursos se traducía en vivir todos juntos, aunque fuera en el hacinamiento. Todas sus costuras eran hechas con cariño y las monedas que le dejaba esta actividad siempre eran bien recibidas.

Cosía con especial cuidado cuando se trataba de almas. Sí, dado que preparaba a los “angelitos” para el viaje hacia el más allá, el que no tiene guelta, como solía repetir. Había que dejarlos bellos. Su manto eterno debía estar a la altura de esas hermosas criaturas que, por diversas causas, tuvieron una vida fugaz y se habían instalado en los terrenos irreversibles de la muerte. La mortaja de género blanco relucía en aquel precario cuerpo geométrico. Enfermedades y accidentes daban paso a velorios inolvidables, acentuados por un sentir distinto a los protagonizados por gente adulta. Constituían todo un ritual lleno de inocencia para aquel infortunado acontecimiento que en aquellos tiempos ocurría con frecuencia.

Con el pasar de los años, la mujer un día experimentó en carne propia la partida de un “angelito”. Los cambios de temperatura calaron hondo en el cuerpecito debilucho de Panchito. La neumonía fue fulminante. No le tuvo compasión. Por cuatro días se extendió el calvario, agonía que lo despedía de este mundo poco amigable y también de la mirada conformista de sus padres que con resignación observaban en un instante el soplo efímero de la vida y la vorágine de la muerte.



Aquella tarde fue muy distinta a todas, porque rápidamente Cristina debió enfrentar y afrontar la situación para confeccionar, entre lágrimas y dolor, la mortaja de su nieto, un pequeño de tres años. Tomó el mejor género de su auténtica colección de bolsas de harina y luego su ojo certero no falló en la medida del cuerpecito que comenzaba lentamente a enfriarse. Las manos, un tanto saltonas, intentaban buscar la calma para comenzar con seguridad el diseño de aquella magnífica obra de arte. Pasaron unos segundos y se puso a coser, tal cual lo había hecho tantas veces; sin embargo, el sentimiento esta vez era incomparable.

En un frío otoñal que solidarizaba con los trágicos episodios que la golpeaban, la vetusta mujer fue la encargada de vestir al niño, dado que la madre ahora yacía en la explosión de la locura y la confusión. Sin pensarlo, fue a buscar dinero, el cual mantenía oculto entre los bolsillos de su ropa limpia, y encargó cinco paquetes de velas para el momento del velorio. En su casa no existía la luz eléctrica, por lo que la iluminación era imprescindible. Horas más tarde, la luz del día se retiraba sin ninguna excepción, por lo que al instante tomó un fósforo y encendió una velita sobre el ataúd recién hecho de tablas brutas. Las lágrimas contenidas hasta ese entonces rodaron por sus mejillas, y en medio de sus creencias, y por supuesto de su esperanza, invocó desde el íntimo nudo de su corazón, una petición frente a todos los presentes que conmovió a más de alguno:

—Panchito, cuando yo parta de este mundo, sal a mi encuentro y alumbrá con esta misma velita mi camino, así te podré ver y reunirme con toda la familia.

Años después, Cristina partió. Quiso hacerlo con entereza, con la esperanza que había alimentado su alma. Algún día volvería a ver a los suyos, y de qué mejor manera que con el camino iluminado. Tenía absoluta fe de que Panchito saldría a su encuentro con aquella vela. No obstante, lo que nunca imaginó era que un grupo de angelitos la estaría esperando. Todas aquellas guagüitas a quienes les cosió su mortaja habían adquirido alas perpetuas y resplandecientes, las cuales les permitieron volar por la eternidad. Rápidamente, la rodearon y tomaron sus manos que ya no lucían con arrugas. Hicieron una ronda que hizo aparecer una sonrisa colectiva y una mirada cálida de complicidad. En ese instante, Cristina descubrió que todos los nudos de su alma con los cuales había llegado hasta esa tierra incierta, ya se habían desatado, pues no solo había cosido mortajas, había cosido sueños. Ella había bordado historias.

30 años  
Ránquil

**Tercer lugar regional**

## Caza

Francisco José Lastra Concha

Allí, en medio del campo, había olores y sonidos que se imponían. El olor a tierra mojada se dominaba al de la madera quemada y el sonido de las pisadas se camuflaba bajo el coro incesante de colibríes y loicas. Pero cuando mi hermano apretaba el gatillo de su rifle, todos los sentidos parecían anularse unos segundos, como si algo perforara la realidad y todo lo que no pudiera aferrarse a la tierra escapara, dejando solo al eco del disparo perpetuándose eternamente entre los cerros.

Abrí los ojos y me acerqué corriendo a la botella. El balín había atravesado la superficie de plástico y descansaba en su interior, como un pequeño acorazado de plomo parcialmente hundido en Coca-Cola. “¡Mira!”, le dije, agitándola boca abajo como si fuese un cascabel. Mi hermano sonrió satisfecho. “Déjala donde las otras”, me ordenó desde su posición de tiro, mientras recogía la caja amarilla con balines del suelo. La dejé bajo la sombra de un castaño, con las latas y botellas que ya habíamos usado, todas deformadas y dobladas por el impacto de nuestros tiros. Había un aroma dulzón por los restos de las bebidas que se colaban a través de los agujeros.

Eran los últimos días de verano y mi hermano quería trabajar en su puntería lo más posible, porque pasarían varias temporadas antes de que pudiéramos volver al campo. En nuestra casa no tenía permitido sacar el rifle. Había sido la condición de mis padres para regalárselo en su cumpleaños número 14. Era un rifle de aire comprimido atractivo por su sencillez. Tenía un cuerpo de madera café claro que me recordaba a los puros cubanos del papá y un cañón de metal opaco, bien lubricado con aceite, que siempre estaba muy frío o muy caliente. Había venido acompañado con una pequeña caja, quizá un poco más grande que una de cerillas, pero pesadísima para su tamaño, con al menos cien balines de punta redonda. Poco después de su cumpleaños, mi hermano se había hecho con una caja amarilla con balines que terminaban en punta. Parecían inofensivos al tacto, pero con suficiente velocidad podrían penetrar hasta el duro plástico reciclado de las botellas.

“Veamos qué más podemos hacer”, dijo, llevándose el rifle al hombro. Recogí botellas y latas y, como hermano menor cómodo en su papel de Sancho Panza, lo seguí hacia el cerro que se alzaba frente a nosotros y que se extendía a ambos lados en forma de herradura. Por ahí había perros y tarántulas. Las tarántulas no eran tan malas. No eran de esas gigantescas que mostraban los documentales del Discovery Channel y no te podían morder, aunque podían dispararte pelos que te dejaban con urticaria toda la semana. Los perros sí que eran peligrosos, porque viajaban en jaurías y pertenecían solo a sí mismos. Solo escuchar sus ladridos a la distancia me ponía nervioso. Pero la presencia de mi hermano me fortalecía de alguna forma y ni perros ni tarántulas pasaron por mi mente cuando comenzamos a caminar. Al final solo eran animales. Animales asustados.

Caminamos por un sendero rodeado de árboles y arbustos. A veces, el follaje era tan denso que invadía el camino y creaba una especie de pasadizo cubierto de ramas entrelazadas por donde teníamos que pasar apretados, sintiendo las hojas húmedas que iban dejando su marca en nuestras ropas. A veces escondían sorpresas, como copihues rojos que se colaban entre medio y que por sus formas acampanadas me recordaban a bailarinas en miniatura congeladas en una danza eterna.

Llegamos a un claro y colocamos cuatro botellas con etiquetas gastadas rojas y verdes a unos veinte pasos del punto de tiro. Nos fuimos turnando. Como era más chico y el rifle me pesaba más, conseguía con suerte un blanco por ronda, mientras que mi hermano ya había internalizado todo el proceso. Cargar el balín, apoyar el rifle en el hombro, guiarse a través de la mira, pero disparar ligeramente hacia la



izquierda porque no estaba perfectamente calibrada, y luego repetir. El sonido era una promesa de algo excitante, y hacía que todos mis sentidos se afinaran. ¿Le habrá dado?, ¿dónde? Corría a ver el resultado y se lo describía con el mayor detalle posible. “¡Le diste en el cuello!”. “¡Le arrancaste la etiqueta!”.

Luego de algunas rondas mi hermano ya se veía aburrido y a mí, que me encantaba verlo entusiasmado con algo, se me ocurrió sugerirle que probara con las manzanas de un árbol cercano, que colgaban inalcanzables para nuestros cortos brazos, pero no para los balines.

Mi hermano estaba con el dedo en el gatillo, listo para su primera ronda, cuando algo lo distrajo. Alzó la vista y luego hizo lo mismo con el cañón del rifle, que comenzó a empinarse más y más. Le pregunté qué hacía, pero me mandó a callar. “¡Silencio! Ahí. Un pájaro”. No entendí lo que quería decir. Los pájaros abundaban en el campo, tantos que su individualidad se perdía en un muro acústico que te asaltaba apenas descendías del auto y te acompañaba por toda la jornada. En cada árbol se veían rastros de su existencia: sus torpes e inocentes nidos, plumas con diseños tan perfectos que parecían de plástico. Una especie de ansiedad que no había sentido antes comenzó a latir en mis oídos hasta ensordecirme. Mi hermano descansó el dedo en el gatillo y yo, como siempre, cerré los ojos.

Luego de la explosión, los abrí a un cuadro de la vida bucólica que podría haber estado colgado en un museo costumbrista ruso. Un joven con un rifle bien afirmado contra su hombro, frente a un árbol de tronco grueso con abundantes ramas que traspasan las fronteras del cuadro. La realidad perforada y vacía de sonidos y olores. Luego, mi cerebro procesó todos los estímulos de golpe: las hojas del suelo que crujían, seguido del hedor del aceite quemado. En la tierra, casi indistinguible entre hojas demasiado grandes, había un pajarito café con líneas blancas en la cabeza que se alargaban como la firma de un pintor. Se agitaba. “Tiene convulsiones”, me explicó mi hermano sin moverse de su posición de tiro. Me arrodillé y lo observé de cerca. “Le diste en la cabeza”, reporté como solía hacer, pero tenía la boca seca y mis manos temblaban. Su cuerpo saltó y reveló un pecho del rojo más vivo que había visto, como si alguien se lo hubiera abierto y la carne estuviera simplemente ahí, expuesta a todo. Siguió moviéndose en espasmos, con la cabeza hacia el costado y el cuerpo tieso, con sus patas al aire. Mi hermano puso su mano en mi hombro. Me giré y vi el cañón a su lado que aún exhalaba ese humo plumizo del aceite quemado que ascendía e ingresaba por sus fosas nasales. Se llevó el rifle al hombro, como siempre hacía luego de terminar una ronda, y enfiló hacia el camino de vuelta. Pensé en seguirlo, pero sentí que no era necesario. Que daba lo mismo si iba con él o no.

29 años

Concepción

**Segundo lugar regional**



## La calchona

Enrique Ulises Silva Rodríguez

**D**e chiquitita aprendí que las plantas tienen un ángel y un demonio adentro.

Lo aprendí de mi madre. Y mi madre lo aprendió de mi abuela. Y mi abuela, de doña Teodora Namuncura, su madrastra, que tenía más de cien cuando murió y decían que era bruja.

No más empecé a gatear, me iba detrás de mi madre y de mi abuela, a buscar los tallos, las flores, las hojas que alivian del cólico, la fiebre y los dolores de parto. Matico para la úlcera y la diarrea; bailahuén para las piedras en el hígado y riñones; tusilago para la tos; melisa para la angustia y la falta de sueño, canturreaba yo para divertirlos.

“Esta chica se las trae”, decían; “tiene el don”, y me miraban con orgullo.

Y claro, de niños, recién llegados al mundo, somos pura luz y mollera, sobre todo las niñas, que tenemos un ojo entre las piernas, un ojo que siempre está mirando a la Ñuke Mapu, o Madre Tierra, como me enseñaron mi abuela y mi madre.

Pero la infancia no dura mucho. La mollera se nos cierra un día y el campo se vuelve costra. El piñón, el alerce, el digüeñe, la lluvia, la nieve, el Callaqui, el agua que corre por la acequia y engendra colores y olores, todo, todo se vuelve costra, costras de luz empobrecida. Así envilece el saber del mundo. Y las formas, los seres, los cuerpos, se hacen penumbra. Y fue que a poco que me hiciera mujer, que la tirria brotó en mi corazón.

“Tu único pecado”, me dijeron mi madre y mi abuela, “fue ser inocente y bonita”.

Poco a poco y sin yo saberlo, sin darme cuenta, la tirria se fue aconchando en mi alma. Y la tirria es como un bicho que anuncia siempre una desgracia mayor. Se parece al barrenillo que se comió por dentro al ciruelo que plantó mi padre, poco antes que se perdiera en el viento blanco. Solo que los árboles son más dignos: se mueren, terminan secándose, se hacen leña, chamiza, humus. En cambio, la gente se vuelve bicho, barrenillo, se hace tirria también y corroe, envenena el alma de los demás.

Y de repente yo estaba sucia y compungida.

“Tu único pecado”, me decían mi madre y mi abuela, “fue ser inocente y bonita”. Creer que no era malo, aunque me dolieran, las cosas que el hijo del patrón me hacía, cuando bajábamos al pueblo a vender verduras.

Cosas que ya olvidé. Cosas feas que ya enterramos, como al cuerpo sin cabeza del hijo del patrón. Sin cabeza, dijo mi madre. La cabeza es para el volcán, dijo mi abuela. Para que el “Cola de flecha” nunca se olvide del daño que te hizo este mal nacido.

Pero la tirria, esa costra, así como cuaja, se hace *llepo*<sup>37</sup> también, un hervidero de culebras venenosas que parece dormir, sin embargo, te acecha.

<sup>37</sup> Llepo de culebras: nido de culebras (nota del editor).



Pasaron los años y entonces, cuando parecía que me iba a dejar el tren, me emparejé con Segundo.

Por mí yo me hubiera quedado sola, pero la gente que había empezado a poblar la falda del Callaqui, no tenía mucha imaginación y veían la vida como caballos con anteojeras, como si el único camino fuera esa línea adelante, allí enfrente, que conduce a todos al mismo lugar, sin entender que la vida está llena de ojos y otros caminos. La gente de aquí ni se imagina siquiera que tenemos mujeres a las que nos gusta estar solas, que no necesitamos un hombre a nuestro lado.

Y de repente la tirria se me desató, como un perro rabioso, y ya no pude aguacharla.

Pero antes parí mellizos, al Pascual y al Samuel, cuál de los dos más parecido a su padre, porfiados, bochincheros y preguntones, espabilados; igualitos que Segundo.

Y así como de chiquitita yo me iba con las viejas a buscar yerbas al bosque y los cerros, de igual modo ellos se la pasaban en el campo cosechando y sembrando, reparando cercos, levantando espantapájaros.

Por esos días yo ya no usaba trenzas, hablaba cada vez menos, había vuelto a salir a caminar a pata pelada, y a veces me perdía y no regresaba hasta el anochecer. De a poco se acostumbraron a verme mechuda y a mis rarezas. Sin hablar de ello, habíamos llegado a un acuerdo: yo cocinaba y hacía el pan; ellos me dejaban ser y hacer sin preguntarme.

Lo cierto es que andaba como sonámbula, con el pecho apretado, la panza enrarecida y el cerebro lleno de voces. Y las voces no me dejaban en paz y me subía la fiebre y perdía la conciencia y despertaba desnuda a la orilla de la laguna El Barco o La Mula, mirándome en el agua. Y a mí me gustaba ver cómo la corriente desfiguraba, deshacía y multiplicaba mi cara, bajo la luna gélida y siniestra.

Ahí fue que crucé la raya que divide el bien del mal. Ahí fue que conocí al *kalku*<sup>38</sup>.

La cabeza del brujo llegaba volando: “Tue Tue”, “Tue Tue”, “Tue Tue”. Y: “Ven, Tomasa”, me decía batiendo sus orejas, como grandes alas de murciélago; “ven, sígueme”. Y me enseñó a volar entre el sueño y el no sueño; a bajar al inframundo agarrada a los pelos de una lombriz espantosa. El inframundo es helado y oscuro, la morada del *Wekufe*, amo y señor de la magia negra. Del *Wekufe* aprendí a usar el poder de los arbustos que crecen en los pajonales, debajo de la tierra seca y alrededor de los ojos del agua muerta. Con esos jugos agrios y raíces como garras, hacía unos menjunjes que me convertían en una oveja aterradora. Y por las noches me iba a espantar a quien tenía por costumbre maltratar a las mujeres y a los niños. Si el pinganilla no escarmentaba a la primera, a la siguiente lo mataba de un buen susto. Eso al principio, después, cebada en sangre ya, los despachaba altiro, sin asco.

Guardaba las pócimas en frascos. Escondía los frascos debajo de un mueble viejo en una casucha con candado detrás del gallinero. Y al momento de acostarse le untaba en la frente a Segundo y los mellizos, un ungüento secreto para hacerlos dormir hasta el amanecer.

Mas, sea cual sea, buena o mala su razón, la mentira y el engaño tienen las patas cortas, y una noche olvidé frotarles la unción y, más encima, dejé la llave en el cerrojo.

Nunca supe, en realidad, cómo fue que sucedió. Imagino que el Pascual y el Samuel despertaron a medianoche, cuando yo andaba en el campo dándoles su merecido a los infames, vieron mi cama vacía y se pusieron a intrusear en mis cosas, descubrieron los frascos y bebieron del brebaje. A Segundo debió despertarlo el alboroto proveniente de la casucha. Y debió creer que se había vuelto loco o estaba soñando

<sup>38</sup> Kalku: brujo que trabaja con los wekufes "espíritus malignos" en la mitología mapuche (nota del editor).

cuando tropezó con los mellizos convertidos en un par de pollos gimiendo y pidiendo auxilio. Y aunque mi marido nunca fue a la escuela, pero tonto no es, supo, supo en su ombligo, que es donde se sabe de verdad, que la culpa y el remedio estaba en los frascos, y les dio a tomar, hasta que los pollos volvieron a ser, otra vez, sus hijos queridos.

Supongo que los abrazó y se pusieron a llorar, a llorar de alivio los tres. Y que ¿cómo?, ¿por qué?, Dios mío, ¿por qué?; la Tomasa es una bruja; y arrojó lo que quedaba de mis cocimientos a la letrina.

Yo, como de costumbre, regresé de madrugada, con las últimas sombras. Vi la puerta de la casucha abierta y dejé escapar un balido, un balido de terror. Todo estaba revuelto y los frascos sin tapa, regados en el suelo. Me puse como loca, junté todos los conchos, me los tragué, raspé con los dedos de mis patas, chupé con mi larga lengua de oveja el fondo de los frascos y esperé.

Lo poco y nada que quedaba del brebaje alcanzó apenas para recuperar mis manos, parte de mi cara y mi pelo enmarañado. El resto de mi cuerpo jamás dejó de ser oveja.

Volví al bosque. Escondida entre los árboles vi a Segundo y a los mellizos alejarse por el camino, bajar el cerro cargando unos bártulos.

A mi casa se la comió la maleza.

A veces, bien entrada la noche, me acuerdo de la niña que fui y trato de llorar. Pero no puedo y me pongo a balar con tristeza.

La gente del pueblo se encierra en sus ranchas. Y el cura reza por el alma de la oveja perdida.

57 años  
Coronel

**Tercer lugar regional**



## Chiringuito y el capataz

Karen Bahamondes Gallegos

En el fundo Santa Teresa ningún día era igual que otro, siempre había algo nuevo que hacer y vivir. Su dueño, un empresario alemán, debía compaginar su profesión de abogado en Santiago con su afición: administrar un fundo ganadero-agrícola y disfrutar sus vacaciones en familia en el campo del sur de Chile. La administración del campo la confió al nieto de don Nazario, José, un joven huasito de 17 años que ya había demostrado su capacidad trabajando 3 años antes en plena cordillera del Alto Bío Bío, criando y resguardando ganado vacuno de exportación.

En los años 80 la vida en el campo transcurría con sacrificio, esfuerzo y alegría. Las tareas las asignaba el capataz, José, el jovencito que debía ganarse el respeto e imponer su autoridad. Trabajaban en forma habitual alrededor de 30 empleados entre lecheras, regadores, camperos, tractoristas, jornales, etc., quienes laboraban en forma permanente o por tratos. Se debía sacar leche a las vacas para vender a fábricas de lácteos, hacer quesos, etc. También, se debía preparar la tierra y sembrar trigo, alfalfa, remolacha; productos temporales como espárragos, frambuesas, etc., y se prestaban servicios agrícolas a otros fundos e hijuelas como siembras, arriendo de tractores y maquinaria, capar terneros y otros animales. Un trabajo de mucha importancia era cuidar el ganado de doble propósito, es decir productores de leche y carne, entre ellos: Clavel Alemán, Angus y Hereford, tanto allí en Santa Teresa como en los otros fundos arrendados, por ejemplo, en la Manchuria o El Mirador del Bio Bío.

Una de las empleadas habituales era doña Chanta, una madre viuda, quien trabajaba como lechera a tiempo parcial y como empleada en las casas del fundo, lugar donde residían los empleados fijos y los dueños en sus vacaciones. Doña Chanta, era una mujer campesina, esforzada y muy trabajadora. Vivía en su hogar a 100 metros de las casas del fundo. Tenía 7 hijos, todos ellos de tez clara y cabello castaño menos su hijo menor -Chiringuito- un niño de 9 años, de tez oscura, de cabello rizado, delgado y alto para su edad, muy despierto, inteligente y trabajador. Siempre vestía con pantalón tipo jardinera, polera y un bolsito de mezclilla cruzado tipo bandolera.

Lo conocí un día de calor en verano. Yo venía llegando desde la Manchuria, todo el día campeando animales y el trayecto de 4 horas en camioneta nos dejaba a todos los camperos exhaustos. Eran ya las 8 de la tarde y Chiringuito sale a nuestro encuentro, a pies descalzos como todos los días, con sus pantalones arremangados y su bolsito cruzado. Le pregunto:

—Amigo, ¿qué *andai* haciendo?

Y él me responde:

—¡Ando cazando perdices, soy muy ricas! —Ahí supe lo que llevaba siempre en su pequeño bolso cruzado.

Chiringuito no se sentía querido por sus hermanos; sentía que era distinto al ser moreno y el menor de todos. La mayoría de ellos le decían: “*Vó*’ no *soy* mi hermano... *soy* muy negro” y le reprochaban que hacía cosas de mujeres, porque a Chiringuito le gustaba hacer pan, sopas, ahumar y cocinar sus perdices y conejos que cazaba con su onda de madera y goma.

Un día lo noté triste con sus ojos llorosos y le pregunté:

—Oye Chiringuito, ¿qué te pasa, ah?

Y me contesta:

—*Na'*, mis hermanos no me quieren, siempre me están pegando.

Y le pregunto:

—¿Te gustaría venirte *pa' cá* a vivir a las casas?

Y él con sus ojitos negros y llenos de lágrimas me contesta:

—Si *pue* don José, claro que me gustaría.

Por las mañanas se levantaba muy temprano. Encendía la cocina a leña, se iba a dar comida a los chanchos y luego a sacar la leche a dos vacas. Luego se arreglaba para ir a la escuela, pero antes, llevaba el cántaro de leche a doña María, quien vivía atravesando la carretera. Luego seguía su camino a pie hasta su escuelita del Rosal que estaba a un kilómetro de distancia del fundo y por la tarde llegaba a hacer sus labores. Su trabajo consistía en tareas cotidianas del campo: regar la huerta, dar de comer a los perros, supervisar quién entraba y salía del fundo, chismorrear con los jornales, practicar el manejo del tractor rojo y salir a poner *huachis* a los conejos y ver si alguna perdiz se cruzaba en su camino. Los fines de semana hacía sus *pololitos*: picaba leña, araba algunas huertas, iba a vender sus conejos ahumados al pueblo grande.

Un día, el tractor grande se echó a perder y el tractorista a cargo, Ignacio, estaba furioso porque no arrancaba la máquina. Chiringuito, que siempre estaba curioseando cuando venían los técnicos a arreglar los motores, me pidió permiso, porque él sabía cómo hacer funcionar el tractor. Todos los empleados que aún no salían a sus labores se rieron de él y comentaban:

—El negrito se la va a poder, ¡*a'onde* la vieron!

Yo le dije:

—Chiringuito, ¡échalo a andar!

Aquel niño a veces parecía ser un hombre mayor. Con decisión y muy serio sacó los filtros, los lavó con bencina, ajustó las bujías y al cabo de media hora le pidió a Ignacio que arrancara el Ford Mayor y, para sorpresa de todos, el tractor encendió sin problemas, y para goce mío, el Chiringuito otra vez demostraba que no hace falta tener edad para revelar inteligencia y habilidad.

Al cabo de un par de años, Chiringuito creció y ya con 14 años se convirtió en un hábil joven, despierto y vivaz, aunque le seguían molestando los zapatos y prefería andar a patita *pelá* y con sus pantalones arremangados. Una empresa maderera brasileña se instaló frente al fundo y Chiringuito consiguió trabajo como ayudante pelador de madera. Con el tiempo, los dueños se dieron cuenta de la destreza y habilidad de tal niño y al cabo de dos años le propusieron llevarlo a estudiar y trabajar a Brasil y doña Chanta aceptó, con los temores de toda madre, pero la esperanza de que su hijo tuviera un futuro mejor. Le pregunté:

—Oye Chiringuito, ¿y de qué *vai* a trabajar en Brasil?

Y él me contesta con sus ojos grandes ojos negros, voz hábil y risueña:

—Voy a trabajar de mozo o de gerente, me da igual; en lo que me pongan lo voy a hacer muy bien porque *el negro no destiñe* —su frase favorita haciendo alusión a su tez morena, habilidades y esfuerzo.



## Luna rota

Francisco Eladio Méndez Castro

Llovía. Llovía de verdad. Juanita, con sus casi siete meses de vida extra en la panza, resbalaba y se afirmaba en los renovales de radales y arrayanes. Apenas podía seguir el tranco de Mario, su marido.

—No te *apurí na'* tanto, viejo, que veo *re poco* —decía con su voz agitada.

—Ya vieja, *e' pa' que no te mojí* tanto, que le puede hacer mal a la criatura.

Pero Juanita no pudo seguir. A tientas, buscó y se afirmó en el cerco de alambres de púas, para darse un respiro al abrigo de un hualle que, de tanto en tanto, respondía al viento con lastimeros silbidos al tiempo que, cual vasallo reverente, se inclinaba ante su señor. Por las orillas del camino de tierra, bajaban saltarines y siniestros arroyuelos de agua turbia, arrastrando ramas, hojas y pedruscos.

—Aunque me empape, voy a descansar un ratito —dijo Juana voz en cuello, con la evidente intención que la escuche su amado.

Pero el grito se perdió, transportado por una racha de fuerte viento, al tiempo que las tinieblas se tragaron a su Mario.

Él siguió avanzando, ignorante de lo informado por su grávida mujer. Solo cuando llegó a la tranca, mientras la abría, creyó escuchar un lastimero quejido, y se dio cuenta que Juana no estaba con él. La llamó mientras colgaba las faltas que traía del pueblo en una estaca del cerco y deshizo lo andado lo más rápido que pudo. No tuvo que caminar demasiado para encontrar a su Juana tirada en medio del barro, completamente empapada y haciendo ingentes esfuerzos para tratar de levantarse.

—¡Juana, vieja! —gritó casi tropezando con ella en medio de la cerrada noche.

Llegar a ella e intentar levantarla fue una sola cosa. Primero la sentó en medio del camino y cuando se aseguró que no tenía heridas, la ayudó a incorporarse. Después de un par de minutos comenzaron a caminar, ahora con la precaución de llevarla apoyada en su hombro.

—¡Me duele, me duele *juerte!* —decía Juana mientras avanzaba medio cojeando.

—¿Dónde, dónde?

—¡Aquí, la guagua! —contestó Juana al tiempo que se tomaba su abultado abdomen.

—Aguántate, viejita; ya vamos a llegar.

Los quejidos de la adolorida mujer acompañaron el resto del camino. Ni siquiera hizo amago de llevar las cosas que había dejado en la estaca. Quería llegar pronto a casa. Estaba seguro de que apenas llegaran, su madre, experta en estos menesteres, tendría el remedio justo para terminar con los dolores de su Juanita.

—La Juanita se cayó en el camino —le dijo a doña Chayito mientras ayudaba a su mujer a ingresar en la modesta y calefaccionada casa.

—¡Ay cómo viene, hijita por *Dio!* —exclamó la anciana al tiempo que le sacudía el agua y el barro.

Apenas puso un pie dentro, la anciana comenzó a quitar la ropa empapada y embarrada de la joven

parturienta. Esta, ocupada solo de tomarse su abultada barriga, se entregó a los cuidados maternales de su septuagenaria suegra. Camino a la cocina, la fue desnudando y casi con la misma celeridad fue vestida, al calor de la estufa a leña. En esos menesteres fue que Doña Chayito descubrió que el bebé no se movía. Con tanta criatura que había ayudado a venir al mundo esta señal era horrible. Disimuló lo mejor que pudo el resultado de su auscultación, pero no pudo pasar desapercibida ante Juana que, no en vano, llevaba diez años a su lado y en muchas oportunidades la acompañó en las tareas de alumbramiento. Vio ese mismo arqueamiento en las cejas de la anciana cuando las cosas no venían bien. Entumecida y trémula podía estar, pero no para ignorar una señal de esa naturaleza.

—¿Qué pasa Chayito? —preguntó suplicante.

—*Na'*, hijita, *na'*.

—Dígame la *verda'*, mamita no más —insistió la joven.

—*Usté* preocúpese de abrigarse *m'ija*. *To'o* va a estar bien.

Un nuevo episodio de dolor hizo que Juana no insistiera y a cambio de eso buscara una silla. Solo la voz maternal de la anciana la hizo cambiar de propósito y seguir la indicación que la conducía a sus aposentos. En esto llegó Mario, que había ido por las compras que había dejado rezagadas. Su madre ni se molestó en compadecerse de su lamentable condición.

—¿Cómo *'ta* la Juani?

—Anda a la huerta y me *traí'* mistos —recibió por respuesta.

El hombre entró para llevar con qué alumbrarse y partió raudo a su encomienda.

Cuando regresó, lo esperaba su madre que sin mayor dilación se llevó las yerbas hacia la cocina al tiempo que le informaba donde encontraría ropa seca. Se cambió y fue a donde estaba su madre. Dos ollas expelían aromas a yerbas, al tiempo que liberaban un vaho que buscaba las ahumadas alturas de la habitación. La mujer alargó una taza con café de trigo caliente a su hijo.

—¿Cómo *'ta* la Juani? —dijo antes de dar un sonoro sorbo a la aromática infusión.

—No *haubrá na'* niño —dijo la mujer con tanta seguridad que hasta pudo disimular la tristeza que le apretaba el alma.

Mario no respondió. Pero súbitamente el café le supo a hiel y el calor de la bebida se transformó en un témpano de hielo que le congeló los huesos, los músculos, la piel y cada órgano de su cuerpo. Por eso, las lágrimas que se escaparon de sus ojos y que rodaron por sus curtidas mejillas, fueron lava hirviente que brotaba de un volcán en el apogeo de su erupción y le quemaban sin compasión.

—¿Y mi Juanita? —atinó a preguntar, sin haberse repuesto del mazazo recibido con forma de palabras.

—De ella no hay *na'* de qué preocuparse. Es joven y *juerte* —espetó la anciana.

Doña Chayito terminó lo que estaba haciendo y pasó una olla a su hijo. Sin mediar palabra, ingresaron a los aposentos donde Juanita reposaba bañada en sudor. La mujer la incorporó, dormida o inconsciente como estaba, y le dio a beber de una taza que llevaba. Luego, con destreza sin igual, dirigió su atención y diestras manos a las partes pudendas de la maltrecha Juanita. Pidió con una seña a Mario que arrimara el modesto velador, en donde tenía preparadas vendas de diversos tamaños. Corrió las telas hacia un lado



y pidió a su hijo que pusiera la olla que cargaba en la parte despejada del pequeño mueble. Ella hizo lo propio con la que portaba. Después le indicó que acercara las velas que ardían sin mayor entusiasmo sobre una rústica cómoda. Y sin más, le indicó que se retirara.

El hombre dirigió una mirada llena de ternura a su mujer, que solo por momentos dejaba ver el rostro por la luz trémula de la vela, y luego, sin musitar palabra, cerró la puerta tras de sí.

Afuera, el viento arremolinado daba unos breves intervalos a la lluvia que continuaba cayendo a raudales. Esos intervalos le permitían escuchar las expresiones cariñosas que su madre dirigía a su amada esposa. Luego, otra vez la lluvia y otra vez el viento. Nuevas expresiones de cariño, algunas apenas audibles, y de nuevo el viento y el agua precipitando.

Así se consumieron minutos y horas. Una eternidad.

Cuando parecía que Morfeo lo llevaría como ofrenda a la madre Gea, apareció su anciana madre, lavatorio en mano y con señas de evidente cansancio. Extendió a Mario el depósito cubierto con un trozo de sábana.

—Hay que *‘ejarla* que *du’rma* tranquila —dijo refiriéndose a Juana, mientras buscaba una silla—. Mañana va a estar bien —agregó.

Mario, dando por entendida la orden de su madre, recibió el lavatorio y se dirigió con él a la puerta.

—Déjalo en la bodega. Mañana lo sepultamos como hijo de *Dio’* —agregó, mientras con una mano buscaba el mate y con la otra sacaba del chaleco un arrugado pañuelo para secarse una lágrima que estaba presta a saltar de sus pequeños y cansados ojos.

48 años  
Loncoche

**Primer lugar regional**

## Tierra de fuego

Ximena Campos

Ya está aquí, pueden sentirlo en el aire que se ha vuelto más denso y oscuro.

En estos días han aprendido a distinguir muchos tonos de grises: desde el más pálido, ese humo en altura, instalado como una cúpula que oculta el sol en pleno verano; el gris ceniciento, que aparece cuando los vientos van hacia el oeste y les da un respiro; el humo espeso, ennegrecido por las resinas de los bosques de pinos y ese otro, tan negro como irrespirable, que se eleva cuando se quema alguna casa o algún basurero improvisado.

Una liebre cruza rápida la ahora marchita empastada, corre hacia el norte, pero bruscamente, desorientada, da un giro hacia el oeste, hacia las llamas. Nadie se sorprende. Ningún instinto, humano o animal, puede orientarse en este enjambre de fuego y vientos que cambian de dirección en cuestión de segundos. Hace unas horas, un grupo de abejas, posiblemente del último panal que sobrevivía, volaron arboladamente sobre un espino, para luego caer desplomadas, una a una, abatidas por el calor, la sed o la impotencia, ¿quién sabe?...

Apoyados en sus palas y picotas, atisbando el aire en silencio, junto a con un par de tractores viejos cargados con tambores de agua y algunos metros de manguera, los hombres esperan. Todos tienen la misma expresión angustiada, el mismo rostro renegrido y sudoroso.

Uno de ellos, el más viejo, comienza a toser, una flema grisácea y pastosa sale de su boca. De una mochila gastada saca cuatro mascarillas desechables. Las entregan en el hospital y en la improvisada oficina de la Cruz Roja, como si se tratara de una epidemia, pero acá lo único que se contagia son el miedo y la desesperanza. El viejo reemplaza su mascarilla por una nueva y distribuye el resto entre sus dos hijos y su nieto. El muchacho se queja que no puede respirar con esa cosa puesta. Está asustado, lo sabe; todos lo están, aunque no todos temen exactamente lo mismo. Es que, a su edad, hay miedos más grandes que la muerte.

—Por allá se ven llamas —dice uno de ellos, señalando al suroeste. Los cuatro hombres miran hacia esa dirección, buscando, esperando.

—Podrían ser los pinos de Don Edmundo... —dice el muchacho. El viento no cesa y por ratos parece arremolinarse, como pequeños tornados calientes...

—Sí —dice el viejo—. Es lo del viejo Edmundo.

Coge una botella de agua, toma un largo trago, derrama un poco sobre su cabeza y le ofrece la botella a su nieto. El muchacho hace lo mismo, con el rostro vuelto hacia un cielo que imagina; cierra los ojos para sentir por un instante el frescor del agua. El aire huele a resina. El viejo fija la mirada en el horizonte, inclina la cabeza aguzando el oído, como si en lo profundo del viento pudiera oír el crepitar de las ramas arrastradas por estas ráfagas abrasadoras que no se detienen...

—Dicen que una rama ardiendo puede volar kilómetros y caer todavía encendida... —dice el muchacho—. ¿Por qué no llamamos a los bomberos?

—Porque no vendrán —contesta el padre...

“Es zona rural,” le dijo un bombero cuando fue por ayuda... “Pero llámenos si su casa peligra, digamos, que esté a unos cien o doscientos metros de algún foco activo”, eso dijo el bombero. “Pero son veinte



kilómetros para llegar hasta mi parcela”, contestó el hombre, ”y las llamas pueden recorrer esos cien metros en cosa de minutos... No llegarán”... El bombero se encogió de hombros.

El hombre se fue cabizbajo, no culpa al bombero; sabe que hacen lo que pueden con los pocos recursos que tienen... y también ellos están exhaustos. Dicen que se quemó un pueblo entero, por la costa, de esos pueblos que aparecen con los aserraderos, sin que nadie lo piense. Dicen que salió en la tele, en las noticias, dicen. Un pueblo que nadie conocía; bueno, eso era antes, porque ahora debe ser famoso. Son cosas que se cuentan por ahí, porque la zona lleva más de una semana casi sin luz eléctrica, así que no se sabe mucho, solo lo que le cuenta algún conocido a la salida del mercado, o aquellos que trabajan en el servicentro, que ven el ir y venir de los vehículos de la Municipalidad, Conaf y los bomberos. Pero estas salidas son rápidas, con este humo que lo cubre todo no es fácil respirar, ni circular por un pueblo sumido en una bruma espesa, donde no sabes si es de madrugada o medio día, así que cada uno se va rápido para su casa, a cuidar lo suyo y cerrar bien las ventanas, a ver si el humo se queda afuera y encender las luces, los pocos que aún disponen de ellas, y los que no, a conformarse con las velas que les quedan, no más, porque ya se han agotado en el comercio, como muchas otras cosas.

Una ráfaga de viento caldeado sacude a los hombres.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos? —pregunta uno de los hermanos, sin desviar la mirada de ese horizonte oscuro e incierto.

—Poco —contesta el mayor. Y observa a su hijo que se apoya en el tronco de un árbol, más por costumbre que por la sombra que pueda ofrecer...

El muchacho ha crecido en esas semanas, se está haciendo hombre muy rápido... Él, en cambio, ha envejecido. El trabajo se ha vuelto aún más duro, hay que arañar la tierra a punta de pala y azada para formar cortafuegos, aprovechando las pausas, cuando el viento cambia y se puede respirar mejor, aunque el calor no da tregua y la ropa se pega a la piel y cuesta abrir los ojos, con la mezcla de polvo y sudor que se introduce en ellos...

—Dicen que han muerto bomberos —comenta el muchacho, sin levantar la vista del suelo.

Él también lo ha oído. Coloca su mano gruesa sobre el hombro del hijo... Quisiera transmitirle su fuerza, decirle que uno hace lo que tiene que hacer, no más, defender la tierra, sus animales, el trabajo de su vida y la de su padre, una vida que está enraizada en estas pocas hectáreas, con raíces tan profundas, como las viejas parras que ahora intentan salvar... Pero es hombre de campo, de pocas palabras, lo suyo es el trabajo. Se acerca a las máquinas...

—Es hora —dice.

Abre las llaves de paso del agua de los tractores y le entrega una de las mangueras a su hermano que comienza a derramar agua sobre los viñedos. Él coge la otra manguera, envuelve su cabeza con un paño empapado y empieza a mojar unos olivos cercanos. Recuerda cuando su padre los plantó... ”Vivirán más que nosotros”, le dijo, “lo mismo que esta tierra“. Él era todavía un niño, pero lo recuerda con la misma nitidez con que ahora ve las llamas que se yerguen ante él y repite en voz alta, como invocando algún conjuro que los proteja, aunque con el viento y el crepitar de las llamas nadie pueda oírlo...

—La tierra quedará... quedará.

## Sombras ocultas

Óscar Javier Medina Maureira

—¡María, chiquilla sorda! ¡Te dije que le llevaras el jarro con jugo a tu abuelo! Hace rato que te está esperando.

—¡Pero *má*! ¿Por qué no mandas a Marta? Siempre soy yo la que se lo tiene que llevar.

—Deja de quejarte y apúrate. Además, tu hermana está ocupada ayudándome a hilar la lana. Tú, en cambio, no estás haciendo nada.

—Estoy estudiando, ¿eso no cuenta?

—Ahora no. ¡Partiste!

La joven, a regañadientes cerró el libro que estaba leyendo. Tomó el jarro con el líquido que olía horrible y que su madre había dejado sobre la cocina para mantenerlo tibio, y salió de la casa mirando a su hermana de mala gana. Marta, por su parte le sonrió a modo de burla, lo que a María le irritó aún más. Siempre su hermana, que era nueve años mayor que ella, se salía con la suya. De algún modo, le daba la impresión de que era la preferida. ¿Por qué Marta no le llevaba las cosas al abuelo últimamente y tenía que ser ella quien lo hiciera? Una vez su madre le dijo que el abuelo le gustaba que lo hiciera ella, pero María no encontraba que era un motivo claro para aceptarlo. En algunos momentos su abuelo se comportaba como un viejo terco y gruñón, lo que provocaba en ellas un cierto temor. Cuando él actuaba amable y cariñoso, las cosas para todas resultaban más agradables. Pero no para María.

El abuelo estaba picando leña al otro lado del gallinero, justo debajo de un gran árbol, un árbol tan grande que desde ese lugar no se lograba ver la casa, la cubría visualmente por completo. El anciano, al ver a María acercarse, se irguió con dificultad luego de haber acomodado los palos ya trozados. Su rostro dibujó una gran sonrisa, lo que a María le provocó un leve escalofrío. Su abuelo, al parecer, no estaba de malas en aquellos momentos, y eso no era bueno. Nada bueno.

—Hola mi niña, me alegro que al fin hayas venido. Me estaba muriendo de sed.

La joven no dijo nada. Le extendió el jarro, pensando cómo aquel líquido tibio sería capaz de refrescarlo, con el calor que estaba haciendo en esos momentos. Su abuelo lo recibió mientras la miraba de pies a cabeza. María, incómoda, se alejó dando unos pasos hacia atrás.

—¿Te dejo el jarro o quieres que lo espere para llevármelo, abuelo? —Preguntó la joven esperanzada de que eligiera la primera opción.

—Hazme compañía por un momento, mientras me tomo esta asquerosidad que me hace tu madre. El anciano se sentó sobre el tronco que usaba como soporte para cortar la leña y comenzó a beber sin despegar la vista de su nieta.

—Tu madre me dijo que estabas aprendiendo a leer. Hace un rato vi que tenías un libro. Ven, siéntate y cuéntame de qué se trata lo que estás leyendo.

—Ah, sí. He mejorado bastante. Leo un libro que *má* tenía desde que ella era pequeña. Me lo regaló la semana pasada. Lo encontré entre unas viejas cajas que ella guardaba en su cuarto. No está en muy buenas condiciones, pero al menos está completo. Es sobre medicina: hierbas y esas cosas. Es interesante.

—Me alegro —dijo su abuelo. Dio un leve respingo como si recordara algo. Del bolsillo sacó un grueso y arrugado papel y se lo tendió a su nieta—. Toma; dime, qué dice esto.



La joven tomó el papel y buscó con la mirada un lugar donde poder sentarse. En eso, para su sorpresa, sintió unas gruesas manos en su cintura que la empujaban.

—Ven, siéntate en mis piernas, que yo te oiré con mucha atención.

Las gallinas a unos metros de ellos cacarearon desesperadas, como si captaran que muy cerca acechaba el peligro, cosa que María sintió perfectamente. Respiró hondo y se dejó llevar. Su cuerpo temblaba más y más a medida que por el borde de la falda la mano del abuelo rosaba suavemente su muslo. María extendió la hoja y comenzó a leer tratando de controlar su miedo. Lo que necesitaba en esos momentos era poder terminar pronto la lectura y que se bebiera luego el jugo y así hacer que todo acabara de una vez para encerrarse en su oscura pieza. De la misma forma como lo ha hecho cientos de veces.

Caminaba lentamente por un estrecho sendero de regreso a casa luego de haber estado en la escuela gran parte del día. Por lo general, María aprovechaba esos momentos olvidándose de todo lo demás, pero esta vez fue distinto. Su cabeza estaba en otro lado, exactamente en lo que había ocurrido en la mañana.

Saltó el cerco del corral, lugar donde ella siempre pasaba para entrar a la casa, y acarició a los caballos quienes con gusto disfrutaban del cariño. En eso estaba cuando algo llamó su atención. Vio a un grupo de personas entrando y saliendo de su casa. María se apresuró a ver qué estaba pasando, pero, a metros de llegar, su madre salió corriendo y la detuvo.

—¡Hija, hija, ha pasado algo terrible! —Su madre la abrazó sin dejar de llorar. La joven asustada no logró decir palabra alguna—. Tu abuelo... ¡Oh, Dios mío! Tu abuelo... él, él... falleció.

María abrió los ojos sorprendida. De todas las cosas que podrían pasar en su ausencia, eso era una de las cosas que ella, ni nadie, esperaría. Su madre la apretaba con fuerza mientras seguía llorando. Hablaba y hablaba, pero la joven no la oía. Solo pensaba en una cosa: en su abuelo. En aquel hombre, que la crió junto a su madre. Aquel hombre, al que consideraba como un padre. Un hombre que no la había abandonado como lo hizo su padre biológico. Un hombre que, si fuera por ella, debería de haber estado muerto desde hacía mucho tiempo. Sintió una alegría que se esforzó por ocultar. Su hermana mayor, sentada en un rincón de la casa, se agarraba la cabeza moviéndola de un lado a otro tratando de negar lo ocurrido. Un vehículo encendía el motor mientras que, en la parte de atrás, colocaban la camilla con el abuelo en ella. Las sirenas sonaron apagando los llantos existentes, y salió rumbo al hospital. Mamá, luego de haber dejado dicho a las niñas que deberían quedarse en casa, partió en otro vehículo tras la ambulancia.

Marta estaba destrozada. No dijo nada desde el momento que estuvieron solas en casa. María, por su parte, comenzó a guardar sus cosas de la mochila y preparó los cuadernos para el día siguiente. Entre medio tomó el libro de medicina que estaba leyendo. Abrió la página marcada y leyó el título: “Plantas y hierbas peligrosas para la salud”. Tomó la hoja y la arrancó del libro, amuñándola entre sus manos, mientras su mente proyectaba imágenes del abuelo mientras bebía aquel líquido. Recordaba los textos escrito por su madre en unos viejos cuadernos encontrados en la misma caja donde sacó el libro. Cada página, cada letra, cada recuerdo de su madre estampados en ellas como un diario de vida, María los revivía de la misma forma. Podía haber aguantado los hechos, ocultarlos a los demás, pero al saber que su madre vivió el mismo tormento, eso ella no lo aceptaba. Ya no más.

Marta apareció de pronto detrás de ella, María se giró y ambas se mantuvieron en silencio por unos segundos mirándose entre sí. Finalmente, se abrazaron y ambas lloraron. Marta sin soltar a su hermana le susurró:

—Todo acabó hermanita, al fin la pesadilla terminó.

## Descosido

Jenifer Kattia Novoa Álvarez

Todos estamos medio rotos, descosidos en los bordes de nuestro pañuelo blanco desde aquel día.

¿Es que usted nunca se enteró? Usted que viene a la playa a tomar el sol y escucha las particularidades de Curiñanco o Corral, ¿no se pregunta por qué todos los de arriba de 60 años andamos con un pañuelo blanco? ¿No se ha fijado? No me mire así, lo sé, ¿de qué nos sirve si ahora existen los de papel *tissue*? Es que esos se deshacen con el agua. Se nota que usted nunca ha visto lo que yo he visto. Lo que hemos visto acá en la costa. Mis nietos que viven en Valdivia lo saben porque se los hemos contado tantas veces que ya ruedan los ojos cuando comenzamos otra vez con las mismas historias después de un temblor, pero aun así con la advertencia y todo, no se consiguen uno. No andan con los que les regalamos.

Para que entienda mejor lo que le estoy contando, le voy a narrar mi propia historia. Por ese tiempo yo pololeaba con el Chito, él vivía al otro lado del río, en la montaña; yo, en cambio, vivía con mi familia cerca de la playa, todos en mi familia se dedicaban a la pesca. Nadie me cree cuando lo cuento, pero para el terremoto del 60 estaba tan lindo para ser mayo. Todos andábamos haciendo nuestras cosas sin pensar en la catástrofe, porque uno no andaba pensando en esas cosas como ahora con tantas películas del fin del mundo. De repente, empezó no más y de verdad creímos que era el fin del mundo, no alcancé a cruzar el río para estar con el Chito ese día porque me quedé ayudando a mi mamá a limpiar los pescados que había traído mi papá.

Toda la gente como que se quedó suspendida en un no tiempo cuando ocurrió, a nadie le importó la duración oficial que nos dieron después. Para nosotros fue una eternidad y como que siempre volvemos ahí en algún momento de nuestra vida porque fue demasiado fuerte, y volverá a ser más tiempo incluso que los recuerdos de nuestra vida entera. Muchas muertes. Muchas personas que nunca aparecieron como... el Chito.

Así, cuando veíamos gente flotando en el mar o el río, que fue más común de lo que usted cree posible después de una catástrofe como esa, amarrábamos un pañuelo blanco en el lugar más cercano, poco a poco la costa valdiviana se volvió muy sombría. Hacia donde miráramos al hacer nuestras actividades cotidianas había un pañuelo blanco, y sabíamos qué significaba. Fue como tener a la muerte respirando a tu lado, ¿sabe?

El tiempo estropeó nuestros pañuelos. Los volvió medios roídos, amarillentos por el sol, y se terminaron desatando por la lluvia después de todos esos años. El mío, lo amarré donde la hermana del Chito me dijo que salió en su bote para ir a ver si yo estaba bien. Está descosido con el viento del este que lo vio marcharse por última vez.

29 años  
Valdivia

**Primer lugar regional**



## En las duras y en las maduras

José Francisco Montesinos Delgado

Los rayos del sol brillaban en las gotas de rocío que colgaban trémulas de los matorrales. El bosque comenzaba a bullir con la algarabía de las aves que revoloteaban en sus copas.

El viejo cazador premunido del machete caminó lentamente hasta las trampas para recoger las presas que habían caído en la noche.

El ruido del arroyuelo que corría entre las grandes piedras musgosas no le permitió escuchar que en uno de los huaches un animal que no esperaba, gemía atemorizado.

—¿Cómo caíste en la trampa? —preguntó extrañado al ver al pequeño zorro que se debatía por escapar—. ¡Parece que no eres tan astuto como tus hermanos! —exclamó liberándolo de la trampa.

El pequeño animal permaneció quieto mientras el cazador recogía dos conejos muertos. El hombre, al ver que no se movía para escapar, lo recogió y vio que tenía una pata herida. En una inusual demostración de compasión, tomó en sus brazos al animal y lo llevó hasta su ruca para curarlo.

Por aquel tiempo el bosque cubría desde las faldas de las montañas hasta el borde del lago Ranco. Los ríos corrían en una alocada carrera desde los Andes hasta los grandes lagos, formando un rosario de cuentas cristalinas. Pocos aventureros se adentraban por aquellas tierras salvajes. Unos cuantos pioneros a costa de mucho sacrificio se abrían paso por la selva de árboles milenarios para asentarse e imaginar en esa tierra un futuro de bienestar y prosperidad.

El viejo cazador había levantado su ruca a la orilla de un arroyuelo. Limpió con tesón una parte del bosque para plantar papas y chalotas. Con huaches atrapaba caza viva y en el arroyo un llole<sup>39</sup> le procuraba peces frescos. De su madre huilliche había aprendido de plantas, árboles y frutos que le podía proporcionar el bosque. Así, cada mañana agradecía a los espíritus ancestrales poder disfrutar de ese lugar donde todo lo que necesitaba estaba al alcance de su mano.

Al cabo de un tiempo hombre y animal se volvieron inseparables. Recorrían el bosque, cazaban y pescaban juntos. El hombre le llevaba al zorro pequeños roedores y pájaros para alimentarlo. En la noche, cuando el hombre se tendía a descansar al abrigo del fogón, el pequeño animal se echaba a su lado a mirar las llamas y parecía escuchar las antiguas canciones que el hombre entonaba y que hablaban de un tiempo antiguo, cuando los hombres hablaban la lengua de la tierra.

El otoño llegaba a su fin. El bosque se desnudaba de sus hojas y el frío alentaba a las aves a migrar a tierras más cálidas. Los animales se internaban en la profundidad del bosque y el hombre recogía los últimos frutos y semillas. La tierra se preparaba para el largo y crudo invierno.

Los últimos rayos del sol declinaban cuando el viejo cazador cruzó el estero por un tronco húmedo y podrido. No fue el dolor de la caída entre las rocas lo que le asustó. Tampoco el crujido de su pierna. Fueron las pisadas gruesas y profundas del puma marcadas en el barro lo que le atemorizó.

Arrastrándose a duras penas llegó hasta la orilla donde pudo coger una vara de luma para apoyarse. Avanzando con el miedo que el puma lo siguiera, llegó a su rancho y se tendió en el camastro lamentando el accidente. Con resignación pensó que ese invierno sería mucho más duro al no poder procurarse alimento.

<sup>39</sup> Llole: un tipo de nasa de origen mapuche hecho con colihues y otros vegetales (nota del editor).

Los días y las tardes se sucedieron. El hombre se levantaba a duras penas del camastro. Cocía unas papas para comer y recogía agua de la lluvia. Su sorpresa fue mayúscula cuando un día comenzó a ver que en el piso aparecían roedores muertos, conejos ¡y hasta un pescado!

La fidelidad de su zorro emocionó al hombre. Acariciando la cabeza del animal que lo observaba con su mirada inteligente exclamó: “¡Eres el mejor compañero que se puede tener! Parece que no tendré que preocuparme por la comida cuando venga el mal tiempo”.

La primavera llegó y la pierna del hombre había sanado por completo. Ya repuesto, ensanchó su territorio de caza y pesca.

—¡Los amigos se ven en las duras y en las maduras! —sentenció mirando al zorro que se abalanzaba en el agua cristalina para dar caza a los peces que nadaban despreocupados.

El animal lo miraba de cuando en cuando como buscando su aprobación y se sacudía salpicando al hombre que reía de buena gana, feliz de estar nuevamente disfrutando del sol y la esplendorosa naturaleza que lo rodeaba.

Los lugareños contaban que por muchos años vieron a un viejo cazador caminando a la orilla del lago Ranco junto a un gran zorro de hermoso pelaje.

Así como la selva fue desapareciendo, la imagen del hombre y su compañero se fue diluyendo como un espejismo. Como las viejas canciones que trataban de hombres que hablaban la lengua de la tierra.

72 años  
La Unión

**Segundo lugar regional**



## Chicha de manzana *limoná'*

Jack Elkyon

Todos los días bebo cuatro litros de chicha de manzana. Me critican familiares y vecinos, porque dicen que soy borracho, que moriré de cirrosis, que me pongo agresivo, disruptivo, y cuántas otras barbaridades.

Pero yo digo que no.

Juzgue usted, amigo lector:

Como a las once de la mañana voy a exprimir la pipa y envaso dos litros en una antigua botella de vidrio. Me bebo inmediatamente un vaso, de esos de medio litro. Reconozco que lo hago por el solo gusto de saciar la sed, de beber el fresco y ácido brebaje, endulzado suavemente por miel y pasas, hecho de manzanas limonas (la mejor chicha) de mi añosa quinta que orgullosamente muelo en el molino de Los Vásquez en La Unión, y que guardo en toneles hechos de alerce en el mes de abril de cada año. Su ingesta, como el vino de misa, me hace sentir feliz, mejor hombre... ¡Qué hora sublime aquella!

El segundo vaso lo saboreo durante el almuerzo. Por razones terapéuticas. Sepa usted que la chicha de manzana tiene cualidades digestivas, que es un excelente purgante. Pregúntele a los médicos que saben, o si no, búsquelo en internet. ¿Qué sería de un copioso almuerzo sin chicha de manzana? De seguro reventaría, tal como mueren las vacas y ovejas, empastadas, hinchadas como globos, que detonan en la más dolorosa agonía.

El tercer vaso lo tomo lentamente durante la tarde. Y lo hago para inspirarme. Para escribir y corregir lo escrito. Para transportarme a mundos imaginarios. ¿O usted cree que los campesinos somos todos iletrados? De hecho, estoy escribiendo degustando un poco de chicha de manzana. ¿Ve cómo resulta? Si no estuviese bebiendo, posiblemente no escribiría nada o lo que hubiese escrito no tendría pies ni cabeza.

Mientras veo decir adiós al sol entre la cordillera de la costa, me tomo el cuarto vaso sin respirar siquiera, sentado en la silla mecedora que tengo en la terraza y que me legó mi abuela. Lo hago después de que guardo las ovejas en el pesebre, actividad que no tiene nada de pastoril. ¡Usted ni se imagina lo que me hacen correr esas bestias!

Entonces, amigo lector, usted puede apreciar que, sin molestar ni hacer mal a nadie, a esa hora termino la botella que llené en la mañana.

A las nueve de la noche en punto apago el generador que me provee de luz eléctrica. Ni siquiera veo las noticias en la televisión, porque me ponen de mal humor. Quedo solo en la oscuridad de la noche, sentado en el cobertizo de la casa. A esa hora hasta los perros se quedan quietos en el campo.

Es en ese instante que aparecen, sin llamarlos, mis recuerdos. No sabré yo que la soledad trae el dolor, las evocaciones y el resentimiento. En aquel momento quedo ahí, rumiando los fantasmas de mi vida. Vuelven vagas, como una película intermitente, frágiles imágenes de un hogar sin amor, de la mujer que me abandonó, riñas, peleas a cuchillo, gentío, burdeles, sicopatías, muertos que al parecer asesiné, errores, lágrimas y fracasos.

Entonces, sin habérmelo propuesto, con el objetivo de que no me alcancen las memorias ocultas en baúles olvidados y alumbrar, asimismo, mi triste existencia, voy por otro litro de chicha de manzana. El del estribo.

Después de habérmelo tomado, me despido de mí mismo y la verdad es que no me acuerdo de nada de lo que pasó en esa noche. No sé adónde fui, con quién estuve, cuánto gasté, cuánto me fiaron, qué bebí o qué hice. Me despierto siempre con la alborada. Puedo amanecer tirado en la pampa, bajo un coihue, o en el despacho “El Coligüe” camino a Rofuco. Me alegro por haber sobrevivido a las tinieblas y vuelvo a mi rutina de campesino.

Entonces, y de antemano confiado en su sentencia justa y racional, ¿estima usted, al igual que yo, que el único vaso que tomo por borracho es el primero?

Puesto que los demás están plenamente justificados.

56 años

La Unión

**Tercer lugar regional**



## Doble expiación

Sebastián Andrés Barría Chacón

Al oír el sonido de los cascos del caballo, Mercedes se acercó a la ventana con un mal presentimiento. Con cierto alivio, notó que uno de los que corría hacia el rancho era su hijo; pero no venía solo. Sobre el caballo que avanzaba junto a él, distinguía la figura inconfundible de don Alonso. Reprimiendo un suspiro, se preparó para abrir la puerta; imaginaba que nada de lo que seguía sería agradable.

Pascual vio la sombra en la ventana y volvió de golpe a la realidad. Durante todo el camino, mientras corría tras el caballo, había ido despotricando internamente contra el peón chupamedias que lo había denunciado. Ahora, ya estaba comenzando a preocuparse de las consecuencias. Normalmente, el castigo por hurtar era una azotaina pública, pero en esta ocasión, el patrón había insistido en llevarlo personalmente con su madre. El muchacho no sabía si estar agradecido o no de evitar el escarnio público. Desde que había muerto su padre, y pese a que su madre y él mismo trabajaban, su permanencia en la hacienda dependía completamente de la voluntad del patrón. Sabía que sus servicios eran prescindibles y eso era lo que le preocupaba.

Luego de entregar el caballo a Pascual para que lo maneara, don Alonso, rebenque en mano, se dirigió hacia la puerta, justo en el instante que Mercedes la abría.

—¡Don Alonso, qué sorpresa tenerle por aquí! ¿Qué se le ofrece? Pase a tomarse un matecito. — Con un nudo en la garganta, Mercedes invitó a pasar al patrón.— ¡José, acerca la tetera al fuego para prepararle un mate al patrón! —indicó al niño que detrás de ella miraba embobado las botas de don Alonso.

—No se moleste *Meche*, mire que no vine aquí a tomar mate. Mis peones pillaron a este mocoso robando fruta en el predio —señaló, indicando a Pascual con la fusta.

—¡Pascual! ¿Es verdad que le andabas robando al patrón? ¡Con lo bueno que ha sido él con nosotros! —Mercedes fingió irritación, aunque el temblor de su voz la delataba.

—Mamita, usted sabe que yo jamás haría eso. Yo solo pasé a recoger unas manzanas que estaban botadas en el camino, los mismos cosecheros las habían dejado.

—Esas manzanas no eran tuyas. Sabes perfectamente que todo ese terreno tiene dueño; incluso el camino es mío. Todo lo que queda ahí, después lo mando a recoger para hacer *chicha* —intervino el patrón.

—¡Claro que no eran tuyas! Ya te voy a enseñar yo a no andar tomando lo ajeno. —A pesar de que entendía la lógica de su hijo, Mercedes sabía que debía dar la razón al patrón. El invierno se acercaba, y no podían darse el lujo de quedarse sin hogar; nadie iba a recibir a una mujer y dos niños en esas fechas.

Aunque no le gustaba la idea de pegar a sus niños, Mercedes se dirigió a tomar el chicote que estaba colgado en la cocina. Ya no recordaba la última vez que había tenido que usarlo, pero quizá con eso evitaría que don Alonso fuera tan duro con ellos. Temía que no hubiera ido al rancho para puro acusar al niño.

—Mamita, pero si Pascualito no sabía que estaba robando, como le vas a pegar —le dijo José mientras hacía pucheros.

—Usted no se meta que acá estamos hablando los mayores. —Volviéndose a Pascual:— ¿Y tú? ¿Qué

estás esperando? Bájate los pantalones, y rapidito, antes de que me enoje más —lo empujó contra el camastro que había en un extremo de la habitación. Por dentro, Mercedes estaba destrozada, sin embargo, sabía que eso era lo mejor que podía hacer.

Mientras hacía un gesto a José para que se callara, Pascual se apresuró a obedecer a su madre. Era extraño verla tan inflexible; tal vez la presencia del patrón la obligaba a actuar así, y no quería darle nuevos motivos para disgustarse. Mientras se desataba el pantalón, vio de reojo que el patrón se adelantaba.

—Creo que lo justo es que yo le aplique el correctivo a Pascual, dado que soy yo el agraviado.

Mercedes dudó... pero don Alonso no lo había dicho en tono de petición

—Como usted guste, patrón; estamos a su servicio —débilmente, le extendió el chicote.

—No se preocupe, usaré este —indicó don Alonso, blandiendo el rebenque, a la vez que se inclinaba sobre el muchacho—. Ya que estás a *poto pelado*, te voy a dar diez nomás, pero quiero que te quedes quieto, si no voy a ir aumentando la cantidad. —Pascual asintió, con el rostro lívido de terror.

—José, ándate a buscar unos troncos a la leñera, que se va a apagar el fuego —Mercedes agarró del brazo al pequeño, para apresurar su salida.

—El niño puede ir después. Mejor que se quede. Así aprende lo que les pasa a los ladrones —dijo don Alonso secamente. —Siéntate ahí y observa bien —el patrón blandió el rebenque.

Mercedes estaba aniquilada. No pudo controlar un chillido cuando el primer azote impactó las nalgas de Pascual. Sin embargo, el sonido pasó inadvertido entre el alarido que soltó su hijo mayor, y los lloriqueos del menor, que suplicaba al patrón que dejara a su hermano. La mujer no podía creer que hace unos momentos había estado dispuesta a azotar ella misma a su hijo.

Mientras proseguía el castigo, Mercedes se obligó a mirar el rostro congestionado de su hijo, que se aferraba a los bordes del camastro, luchando por mantener su posición para no aumentar el castigo. En su interior, el dolor se mezclaba con la rabia. Maldecía a don Alonso por hacerle eso a su muchacho; a sí misma por dejar salir a Pascual tan tarde; a su hijo por ser tan ingenuo; incluso a su difunto esposo por morir tan joven. Pero, ¿qué podía hacer? Don Alonso era el patrón, había que aguantarse nomás. Cuando finalmente vio levantarse el rebenque por décima vez, la mujer se permitió apartar su mirada del rostro del muchacho.

Pascual nunca había sentido tanto dolor en sus trece años de vida. Ni cuando se quemó la mano en la estufa a los cinco años; ni cuando lo coceó una mula el año pasado; mucho menos de mano de alguna otra persona. El dolor era tan intenso que ni siquiera tuvo espacio para enojarse; tras los primeros azotes, de manera automática había comenzado a pedir perdón y suplicar por el fin del castigo. Pero don Alonso era implacable; casi parecía disfrutarlo. Incluso, cuando recibió el último azote, el muchacho notó en la cara del patrón que no estaba satisfecho. «¿Era posible que el castigo continuara?», se preguntó con horror.

—Levántate —indicó don Alonso. —¡Y tú! ¡Ya está bueno de llorar! A menos que quieras que te dé motivos para que grites con ganas —amenazó al pequeño José, enseñándole el rebenque.

Pascual sentía un hilillo de sangre deslizándose por su muslo. Había tenido que hacer un esfuerzo por no gritar al atarse el pantalón, pero logró aparentar cierta entereza al incorporarse.

—Patrón, espero que pueda disculparme por lo que hice. Le prometo que jamás se repetirá —tenía claro que debía intentar dar un cierre al asunto.



—Me queda claro como dice el niño, que esto no se repetirá —el patrón se dirigió a Mercedes— Sin embargo, para que esto suceda, todos los responsables deben ser castigados como corresponde —Pascual pudo percibir cierta mordacidad en el tono.

¿A qué se refería? Pascual aun no lograba entenderlo.

—Pero si yo andaba solo, la culpa fue solo mía. Y ya fui castigado —respondió, esperando que el castigo realmente hubiera terminado.

—Bueno, si a uno de mis caballos se le sueltan las herraduras ¿De quién es la culpa? Obviamente es del peón encargado de las cuadras. ¿Usted me entiende, verdad *Meche*?

Claro que entendía. Ahora estaba claro el por qué de la visita del patrón. Mercedes tenía claro lo que tendría que hacer. ¿Sería capaz? Si su hijo había soportado todo el castigo, ¿cómo iba a echarse para atrás ella ahora? Siempre decía que haría lo que fuera por sus hijos.

—Niños, ahora vayan a buscar la leña. Y Pascual, aprovecha de ir a buscar algunas hierbas para prepararte un emplasto. Yo tengo que hablar con el patrón, así que no quiero que nos molesten hasta que yo salga.

Algo confundido, Pascual cojeó hacia la puerta. Su madre parecía decidida, pero le había parecido percibir un par de lágrimas furtivas. «¿Por qué sería? Si el patrón, ya no le iba a pegar más. Seguramente eran lágrimas de alegría, porque podrían conservar su vivienda», se tranquilizó, mientras salía tras José.

Adentro, solo se oía el sonido del agua comenzando a hervir. Mercedes atrancó la puerta y se dirigió hacia el camastro.

23 años  
Río Bueno

**Mención especial del jurado**



## Un poco de sal

Guillermo Francisco Canales Domich

*Basado en el relato de Lukas Domich Trebotic.*

El *Kosmos* llegó a puerto cerca del mediodía. Había sido un largo viaje desde Dubrovnik a Punta Arenas, y quizá por eso solo algunos quisieron continuar viaje navegando hacia Valparaíso y Antofagasta. La mayoría, una abigarrada muchedumbre de todas las edades y vestimentas, bajó al muelle y comenzó a disgregarse lentamente por las calles cubiertas de hielo. Aunque todos viajaban con pasaporte austro-húngaro, la diversidad de naciones que cohabitaban bajo el imperio se hacía notar en las despedidas de quienes habían hecho amistad en las largas semanas de travesía por el Mediterráneo y el Atlántico. Frases en alemán, italiano, checo y croata se cruzaban con buenos deseos. Uno más en la multitud, Luka se echó al hombro el saco con sus pertenencias y se acercó tímidamente a despedirse de Franka, la joven a la que había conocido en el viaje. Mezclando frases en dalmata e italiano, deseó volver a verla pronto, manteniendo caballerosa distancia bajo la severa mirada de Oliva, madre de la joven.

El Magallanes de 1904 les recibía con frío y nieve acumulada en las calles, pero por fortuna para Luka, el primer trayecto fue corto. El bar Antártica estaba a solo unos metros del puerto, y hacia allá se dirigían casi todos los hombres solos, buscando refugio y contactos para encontrar algún trabajo. El Punta Arenas de principios del 1900 era una ciudad pujante y en crecimiento, y bastaron un par de vasos de aguardiente para que la mayoría se enganchara en alguna labor. Un compatriota de isla Brac, llegado hacía un par de años, le ofreció integrarse a su cuadrilla de empedradores de calles, pero unos minutos más tarde un hombre de boina y grandes bigotes manchados por la nicotina le ofrecía en alemán casa y comida gratis, además de un trabajo con un pequeño sueldo que podría ahorrar íntegramente. “¿Sabes andar a caballo, carnear una oveja?”, le preguntó el alemán. “Por supuesto”, mintió Luka, pensando que en realidad salir a la pesca en los botes de su tierra natal era casi como cabalgar, y que, si bien jamás había carneado un ovino, sí los había comido en abundancia.

Al día siguiente, disimulando el asombro por lo que veía en esta tierra nueva y escondiendo su poca habilidad como jinete, cabalgó junto al alemán durante ocho horas rumbo al norte. Fauna nunca antes vista, de guanacos, ñandúes y armadillos, se cruzaba de tanto en tanto, aunque su acompañante no prestaba mayor atención. “De quien tienes que cuidarte es del león y de los salvajes. Vas a estar solo durante tres meses”, le dijo casi paternalmente el alemán. Llegando a la administración de la estancia, le hicieron firmar un libro y después un papel en blanco, cargaron un caballo auxiliar con víveres y le entregaron un rifle con su respectiva caja de municiones. Dos horas más de cabalgata, y el alemán le dejaba en una rancho en medio de la nada, junto a mil ovejas que intentaban pastar sobre un manto blanco de escarcha. “Pasado este alambre está Argentina, pero el patrón es dueño a ambos lados así es que puedes ir y venir”, le explicó el capataz a manera de instrucción geopolítica y despedida.

Las instrucciones eran sencillas. Montar en la mañana y recorrer en círculo las 500 hectáreas a su cargo, ver que lanares y alambradas estuvieran en su sitio, y disparar a zorros y pumas. Así transcurrió la primera semana, en la más absoluta soledad, y con el silencio acompañado por graznidos y ráfagas de viento. Por las noches, y como un rezo antes de dormir, Luka apagaba la vela y cantaba en voz baja canciones tristes del Adriático en las que extrañaba el mar.

Una mañana temprano, los ladridos de los perros alertaron a Luka. Cuando salió, la imagen le dejó atónito. Tres hombres altos, de tez cobriza y larga cabellera, le miraban fijamente sin desmontar, envueltos en pieles de guanaco y en completo silencio. En sus manos, lanzas y un par de viejos fusiles. Más atrás, cinco o seis niños, cuatro mujeres y un anciano, todos a caballo y arrastrando largas varas y atados de



pieles. Se veían cansados y tristes, aunque en sus ojos brillaba aún una llama de fiereza, como la que había visto en las guerras de su antigua patria. Se mantuvieron así un par de minutos sin articular palabra, sabiendo quizá que ninguno hablaba el idioma del otro. Luka abrió entonces la puerta del rancho y les hizo un gesto para entrar. Acomodados junto al fuego bebieron café y comieron por turnos la carne con papas que era el abundante y único menú del solitario ovejero.

Con gestos y sonidos conversaron hasta tarde. Luka les contó que venía de muy lejos y que estaba solo en el mundo. El anciano le hizo entender que les perseguían y disparaban, que querían seguir cazando y viviendo en las pampas. Antes de partir, el anciano hizo un gesto. Le trajeron una piel de guanaco, y un atado de plumas de ñandú, que dejaron sobre la mesa. Luka quiso darles algo a cambio, y uno de los hombres apuntó a la cocina. “Sal”, le dijo, y Luka tomó un paquete de dos libras que recibieron felices.

Tres meses más tarde, Luka recibió su paga y partió por unos días a Punta Arenas, donde vendió las plumas. Junto a parte de su salario, el dinero alcanzó para comprar una pieza de tela blanca y una caja de chocolates. Preguntando llegó hasta la pequeña casa que la familia de Franka arrendaba cerca del río. Allí, bajo la severa mirada de Oliva, Luka pidió a la joven en matrimonio y prometió volver en un año con ahorros para casarse y montar un negocio. Les dejó su palabra y la piel del guanaco, y montó rumbo al norte. Antes de volver a su rancho, sacó de la administración de la Estancia doble ración de sal, y esperó día tras día el regreso de sus amigos.

Así pasó el verano, y después de eso el otoño. Luka usaba sus días libres para cazar y juntar pieles, ahorrando cada centavo. Al salir, dejaba siempre la puerta del rancho sin cerrojo y comida preparada, por si llegaba el grupo de almas errantes. Pero pasaron los meses y nada supo de ellos, hasta que con ahorros y pieles volvió a Punta Arenas en busca de Franka. Allí se hablaba de la muerte del jefe tehuelche cacique Mulato. Víctima de la viruela, había caído junto a su gente, los pocos que quedaban de la última tribu nómada Aonikenk.

Instalada en una improvisada cuna, la piel del guanaco abrigó primero a los hijos de Franka y Luka, y después a algunos de sus nietos.

47 años  
Frutillar

**Segundo lugar regional**

## El cordero de Dios

Edward Fernando Rojas Vega

*Para Valentina Saavedra.*

Era Viernes Santo y en mi calidad de arquitecto y director de la sede chilota de la Universidad Arcis Patagonia, debía realizar un viaje con un grupo de profesores, un estudio de campo, por Chiloé, la tierra en la que habito.

Nuestro objetivo ese día, era descubrir y fotografiar los ejemplares mayores de la zoología arquitectónica chilota. Las casas neoclásicas en vías de extinción, las distintas iglesias patrimoniales, los molinos de agua, las casas premodernas, las racionalistas, las modernas, las postmodernas, urbanas y rurales...

Recorrimos Quilquico, Quento, Tongoy, Huenuco, Puyán y Yutuy, y luego enfilamos a Rilán. Tomamos un camino vecinal mientras los rayos del sol se filtraban bíblicos entre las nubes. Y al doblar una curva, bajo el resplandor rojo y celeste de la tarde que moría, nos encontramos con un piño de ovejas y un delgado pastor.

Las ovejas venían en sentido contrario, así que me detuve mientras pasaba el piño balando por el lado del vehículo, luego miré por los espejos retrovisores y avancé, presionando suavemente el acelerador.

Sentí que el auto se elevaba y pasaba sobre un pequeño bulto blando.

Para mi desgracia, no me di cuenta que un pequeño e inocente cordero se había quedado escondido debajo de la rueda derecha del vehículo.

Al sentir el golpe, miré hacia el camino y vi al pastor que me observaba con ojos despavoridos mientras clavaba con fuerza una gruesa vara de luma en el suelo, cruzándola delante del auto para impedir cualquier intento de fuga.

Abrí la puerta y al bajarme, sentí unos leves gemidos.

—Perdón señor, no fue mi intención atropellar a su cordero. No lo vi o a lo mejor se quiso suicidar —le dije, haciéndome el simpático.

—¡Papá, papá! —gritó el muchacho.

Di la media vuelta, y detrás del piño de ovejas, vi salir de una casa de tejuelas, un chilote de gran formato, un pastor XXL, un *ropero de tres cuerpos*.

—¿Qué pasó, hijo?

—Este hombre atropelló un cordero y se quería fugar, tuve que cruzarle el palo de luma para que no lo hiciera.

—Perdón, señor —repetí mesuradamente—; lo que pasó es que había poca luz, miré por los retrovisores y no lo vi. Partí cuando me pareció que había pasado el piño completo.

—¿Y a cuál atropelló? —preguntó el pastor.

—Al más tiernequito de todos.

—¿El blanquito? ¿El *Angus Dei*, como le puso tu madre?



—Sí, el *Angus Dei*, el Cordero de Dios —dijo compungido el joven pastor.

Asustado y todo pensé: - «No es así; yo algo sé de latín, por algo fui monaguillo. Cordero de Dios se dice *Agnus Dei*, no *Angus Dei*», pero mejor me quedé callado.

El pastor me apuntó, me miró fieramente a los ojos y me dijo:

—Me lo va a tener que pagar.

—No hay problema —le respondí tímidamente—, siempre y cuando me acepte un cheque porque no ando con dinero en efectivo.

—¡Qué! —exclamó el pastor—. ¡Me mata al Cordero de Dios y me lo quiere pagar con un papel!

—Mire señor —le dije—; soy profesor en la Escuela de Arquitectura y vivo en la Isla Grande hace más de un cuarto de siglo y por lo mismo no me pienso arrancar. Lo que podemos hacer es que mientras usted carnea el cordero, yo voy a Castro a sacar plata del cajero automático y regreso por él.

—¿Qué se ha imaginado? Seguro que no vuelve. Seguro que se va a escapar. Además, yo no le carneo el cordero a nadie en Viernes Santo, se lo tiene que llevar así.

—Cómo se le ocurre —le respondí—. Primero que todo, no me voy a escapar. Además, le dejo el cheque y cuando le traiga la plata, usted me lo devuelve y me llevo el cordero, pero carneado.

—Imposible —me dijo, dando vuelta la mirada—. Hoy es Viernes Santo y yo no me mancho las manos con sangre; menos con la sangre del Cordero de Dios.

—¿Y entonces?

—Se lo va a tener que llevar así. A lo mejor pasa la noche, sufriendo eso sí, y mañana me viene a buscar para que se lo carneé en su casa.

—¿Y si muere?

—No vale la pena carnearlo, porque la carne se pasaría con la mierda del cordero y ese es el sabor que tendría la carne si se la come.

—¿Qué pasa? —preguntó una mujer vestida de negro que apareció de improvisto. Debía tener unos 70 años; su rostro era fino, sus cabellos blancos sobresalían del pañuelo negro que le cubría la cabeza.

—Lo que pasa vieja —dijo el pastor—, es que el hombre aquí, atropelló al más pequeño de los corderos.

—¿Y está vivo?

—Sí. Y sufriendo.

—Entonces viejo, no nos va a quedar otra que ir contra de todos los mandamientos y vas a tener que manchar tus manos de sangre este Viernes Santo, solo para que este animalito de Dios no siga sufriendo.

—No por este hombre, que nos está obligando a hacer lo que no se debe por culpa de su descuido.

El pastor tomó el cordero herido y se lo llevó para carnearlo. A mí me hicieron pasar a la cocina, donde mudo y acongojado llené el cheque, y al hacerlo me pareció que la tinta azul de la lapicera se volvía tinta roja, sobre todo cuando lo firmé y el aire se llenó del aroma de la sangre fresca del cordero recién carneado.

—Perdonen la molestia, mañana les traigo la plata y me devuelven el cheque —les dije avergonzado, mientras me dirigía al auto con el cordero carneado.

Mis compañeros, que no habían abierto la boca, me miraban absortos.

—Para tu consuelo —me dijo uno de ellos—, justo ando trayendo este recorte de un diario de Puerto Natales, que no sé por qué guardé. —Y me leyó el titular que decía textualmente: “Camionero mató 230 ovejas en la ruta”. Y contaba cómo Juan Carrillo, de 53 años de edad, se encontró en la bruma con un piño de 5 mil ovejas y por fortuna no sufrió un volcamiento gracias a su experiencia de toda la vida detrás del volante.

—Suerte para él, porque entre las 230 ovejas que mató, afortunadamente para él, no iba el *Agnus Dei* —le respondí con tristeza.

En ese instante se dejó caer sobre mi pelo y sobre los diarios que envolvían el cordero, una triste lluvia lenta que me llenó de congoja. Y mientras guardaba el cuerpo del *Angus Dei* en la cajuela del jeep blanco, una oveja baló en la oscuridad.

Y yo me quedé pensando y exigiendo al cielo una explicación: «¡Qué voy hacer ahora!, con el Cordero de Dios sacrificado este Viernes Santo...».

68 años  
Castro

**Tercer lugar regional**



## Josefina en paciente aguardo

Judith Marcela Toro Soto

*Puqueldón, Provincia de Chiloé. Agosto de 1908.*

*Querido y recordado Apolonio:*

*Espero y confío con todo mi corazón que cuando reciba esta misiva se encuentre usted bien de salud, con la gracia de Dios, Nuestro Señor y de la Virgencita. Hace ya casi un año que no recibo noticias tuyas. Me han devuelto las últimas tres cartas que le envié, dicen que no es hallado en esa dirección y me han dado una nueva donde ubicarlo, en la ciudad de Lumaco. Mi madre y mis hermanas dicen que debo tener paciencia y esperar... yo me pregunto, entre tanta soledad que siento, ¿qué debo esperar? Esperar por usted, me dicen todos, y confiar en que su ausencia es para mejor.*

*Dicen que allá donde usted anda, las cosas están más o menos y que pasan en huelga los trabajadores. Eso sería, porque los patrones no pagan bien y el trabajo es mucho y con eso de que no hay ley para los trabajadores... Dígame, ¿es tan así? Cuénteme, por favor, mire que yo paso el día con afán y zozobra, pensando en qué será de usted, si estará comiendo bien o no, cómo lo hará con su ropa, si llega muy cansado y si estará durmiendo bien. No me consuelo con estas pocas cartas tuyas que llegan tarde, mal y nunca.*

*En su última carta, me dice que está cerca de un fundo en Osorno, en un sector donde están iniciando la construcción de la línea del ferrocarril para el sur y yo que no conozco esos lugares, pienso que son lejanos y tan diferentes de cómo es acá, de nuestra tierra, y que quizás usted no encuentre el camino de regreso. Mi prima, la Clarisa Oyarzún, me dice que debo esperarlo no más, que ese es el deber de una esposa y que estamos casados por todas las leyes; que si le reclamo tanto y tanto, usted se puede enojar y se va a quedar lejos, por allá. Pero usted es muy bueno, Apolonio, no es como otros hombres, que son poco alentados o les gusta tomar todos los días; yo me casé con usted, porque es serio y muy trabajador.*

*Se acuerda cuando mi papito me preguntó si quería casarme con usted y no hizo él como otros padres, que casan a sus hijas a cambio de una mejora o de una junta de bueyes. Él me preguntó primero y yo le dije que lo prefería a usted y entonces nos dio permiso para el matrimonio, ¿se acuerda? Yo sé que se fue a trabajar para que tengamos una vida mejor, pero ya han sido tres años desde nuestro casamiento y no lo he visto en todo ese tiempo, ni voy con usted a la misa, ni podemos celebrar nuestro aniversario, paso sola las fiestas, y aunque estoy con la familia, soy la viuda de la casa. Quisiera saber si me extraña tanto como yo, ¿será así? Dios mediante, así lo espero, que no me olvide, porque yo estoy aquí, siempre en permanente aguardo... Aunque a veces, tengo unos sueños muy raros que prefiero no mentarle nada, mejor, para que no se cumplan como dice mi mamita, así que los escribo en unos papelitos y los quemamos antes de las doce del día, como dice la Clarisa. Ojalá que no lo sepa el padre Bonifacio, porque se enoja conmigo y me manda a rezar como veinte rosarios.*

*Le cuento que por aquí todos están bien; como siempre, hemos celebrado todas las fiestas y no hemos tenido malas noticias. La cosecha se viene muy linda este año, hay papas, avena, trigo y cebada; y también guardamos hartas manzanas y ciruelas. Salió harta chicha dulce, ya está picada, pero calentita y con azúcar queda muy rica. Usted sabe, mi papá con el Braulio le dan todos los días por la tarde y después se hacen los lesos, como si fueran los brujos los que se la llevarán. Tenemos cuarenta y siete corderitos nuevos, nacieron doce vaquillas y diez terneros clavelones; los patos y las gallinas, ya sabe, esos son un montón todo el año, pero, además, mi mamita Jacinta juntó diez pavos, dice que para tener un buen Año Nuevo.*

*Nuestro terreno sigue esperando, allá por el río. El compadre Velásquez me planteó la cuestión de empezar con los tijaletas, pero me negué porque no quiero comenzar hasta que usted vuelva. Por mientras me seguiré quedando acá, en mi casa, con la Rosa y la Ignacia, que son la mejor compañía. La semana pasada vino mi*

tío abuelo Saturnino de Dalcahue y nos contó a todos que el gobierno está dando tierras allá por un lugar nuevo, llamado El Aysén, dónde están sacando cipreses y haciendo tejuelas, se han llevado a mucha gente de acá y también se están llevando gente para trabajar en las estancias grandes en la Argentina. Allá en El Aysén se desembarcan y se pasan pa'l otro lado, pa' la Argentina. Dice también mi tío abuelo, que allá se pueden ver ¡las cuatro estaciones en un solo día! Eso me parece emocionante, algo mágico, aunque también dicen que es muy aislado y que son sus buenos trechos los que hay que limpiar y andar, pero dicen que se da de todo y que dan apoyo para cultivos y ganado. Yo llevaría papitas michuñas, plantas de ruibarbo, arbolitos de manzana cabezona y gallinitas castellanas que son muy ponedoras y aguantan hartito el frío.

Por ahora, todos se van en barco y dicen que cuando llegan al puerto los esperan con banda y que hay de todo en el pueblo, menos calles, pero que las están haciendo: unos envaralados<sup>40</sup> para poder andar en el tremendo barrial que se junta. Yo conversé con mi prima Lidia que estuvo por allá y vino a ver a los tíos Andrade para las fiestas, y me contó varias cosas. Dice que es muy chico y lluvioso, pero muy bonito; que está rodeado de cerros y que hay unos terrenos que están entregando a la orilla del río Pangal. Dice que por la ciudad pasa el río Aysén y que ese río sale al mar, y que allí llegan los barcos grandes que salen de acá y que la gente dice: "Ahíí se embarcan para todo lados" y que por eso, le pusieron El Aysén. Qué lindo eso del nombre, ¿no le parece? A mí me da risa ahora, mientras se lo cuento. Sabe, yo me imagino que en cien años más, nacerá uno de nuestros tataranietos en El Aysén, y que allá nos quedaremos a descansar para siempre. Si Dios quiere y la Virgen nos escucha, así será. Desde que escuché del Aysén, yo me he puesto a soñar con ir para allá.

Todos estamos impresionados de oír sobre este lugar y sobre todo mi hermana la Ignacia que ya piensa que más adelante podrían irse con su marido Juvencio y tener una casita. ¿Se imagina cómo será la vida por allá? Yo me imagino que por donde usted anda debe ser parecido, botando árboles y limpiando sendas para después poner los durmientes para el tren. Le pido que se cuide mucho, en su última carta me contaba que está haciendo explosiones con dinamita, que le enseñaron en ese trabajo cómo se hace y yo lo encuentro tan peligroso, que me pongo a trajinar todo el día a tranco largo, para espantar la preocupación; así que le pido que se cuide y no se descuide.

Voy a apurarme para que esta carta salga mañana, en el correo de la tarde y así ojalá le llegué de un santiamén, mi Dios mediante. Le ruego, que me escriba pronto, porque ya no me alcanzan los rezos ni las mandas para pedir por su vuelta. Deme buenas noticias luego, dígame cuándo volverá y deme señas de su persona. Yo le esperaré, Apolonio, pero también sepa usted, que, si no tengo noticias pronto, comenzaré a hacer mis propios planes, a mí me gustaría mucho viajar a esas tierras nuevas, así, cuando vuelva, yo tendría todo medio conversado para irnos en el barco.

Le envío una foto mía, la única que tengo, de las que nos tomaron en la fiesta del matrimonio. Guárdela con cariño que es mi persona. Le mando todo mi corazón, allá por donde está el suyo.

Su esposa que lo quiere mucho y nunca lo olvida,

Josefina María Enriqueta de Lourdes Cárdenas de Torres

49 años  
Aysén

**Primer lugar regional**

<sup>40</sup> Envaralado: camino hecho con troncos o palos atravesados sobre un terreno pantanoso o inundable (nota del editor).



## El precio de una vaca

José Francisco Muñoz Serón

—¡Chica por Dios! ¡Ya casi las siete y tú flojeando! ¡Despáilate!

Unas carreras para acá, otras para allá... Un refriegue con agua del lavatorio en mi cara, desenredar y atar mi pelo y ya estaba lista para salir al campo. Apenas acabé mis deberes, mi madre me dijo que debía ponerme mi vestido de pueblo y acompañarla; no hubo más detalles. Ella no se cambió de ropa y cuando estuve lista salimos con dirección a los campos del lago Riesco. Me extrañó mucho, porque Aysén estaba en la dirección opuesta y, porque solo yo iba vestida de pueblo, pero en aquellos años, no estaban los hijos para hacer preguntas a sus mayores. Rápido iba mi madre y yo detrás de ella como un perro manso... Cruzamos dos hualves<sup>41</sup> y el río Álvarez; subimos por una quebrada y, varios kilómetros más allá, vimos el humo de una casa. Nos acercamos a esa puebla desconocida para mí; entonces, la mamá largó un grito y vinieron a nosotras dos grandísimos perros embravecidos ladrando amenazantes.

—¡A callar, mierda! —escuché después de un silbido que enmudeció al par de quiltros.

“A callar, mierda”... fueron como palabras maléficas que convirtieron a los perros encolerizados en dos miserables criaturas.

Mi madre se adelantó y caminó junto al hombre que había callado a los perros; yo los seguía unos metros más atrás observando todo con recelo... Aún no sabía por qué estábamos en ese campo, ni quién era él. Unos metros más allá, ya estábamos en la casa principal y nos sentamos a tomar mate. En realidad, mi madre y el dueño de casa tomaban mate. Yo observé con mayor detenimiento al hombre y pude calcular que tendría unos sesenta años, una barba ruda y amarillenta por el humo del cigarro, llevaba una camisa que seguramente alguna vez había sido blanca y ahora unas gruesas marcas de sudor y grasa dibujaban pliegues inmundos. Era alto, desgarrado y de ojos pequeños... Usaba unos pantalones de lana y botas de goma. Servía mate y tosía; conversaba con mi madre y yo no escuchaba nada, solo miraba curiosa a aquel viejo que me parecía más y más sucio con el paso de los minutos... Dos o tres veces, cuando la tos se hacía más intensa, se volteaba y largaba unos escupos espesos en el piso de la cocina y luego, los refregaba con sus botas embarradas... como si quisiera borrar la marca que había dejado en el suelo.

Al rato, me puse de pie y me acerqué a una ventana que daba al corral de varas amordazadas... Ahí, en el centro del ruedo de madera, había una vaca atada al palenque; entonces supe que la mamá había ido a comprar esa vaca al campo de lago Riesco. Eso me alegró, ya que tendríamos más leche en nuestra casa y quizá hasta podríamos hacer queso o mantequilla si engordaba.

Salí un momento casi sin hacer ruido y fui hacia donde estaba la vaca atada. Sentí nítidamente la mirada del viejo a mi espalda, observando desde la ventana de la casa con el mate en una mano y rascándose la barba con la otra... Mi madre, a su lado, le hablaba.

Crucé todo el potrero y salté las varas del corral. Era una vaquilla de dos o tres años, overa y de ubres pequeñas. Le palmeé los flancos y le susurré despacito que no tuviera miedo.

No sé por qué en ese momento tuve tanta ternura con esa vaca overa atada al palenque, que pero la abracé y acaricié sus quijadas intentando consolarla y le pedí perdón, porque la sacaríamos de su casa, de sus pampas... Casi siento la mirada de desaprobación de mi madre que siempre pensó que era yo una tonta sentimental... una lesa que pensaba que los animales podían sentir pena o alegría...

<sup>41</sup> Hualve o gualve: pantanos de aguas dulces (nota del editor).

No pasó mucho rato. Mi madre salió a paso firme de la casa del viejo, se plantó frente a mí y me tomó por los hombros:

—¡Tú te quedas aquí! —me gritó con violencia.

No hubo lugar para que preguntara nada y un terror vino a mi corazón cuando vi que el viejo soltaba los nudos que ataban la vaca al palenque y le pasaba la punta del lazo a mi madre. Vi como mi mamá se alejaba llevando de tiro a la vaquilla overa mientras me dejaba a mí, inmóvil, en medio del corral sin saber qué había ocurrido.

—Ya escuchó a su mamá, *mijita'* —me dijo el hombre pasando a mi lado, dejando su olor repugnante.

Estuve horas ahí, parada en medio del corral de los animales... justo donde había estado la vaquilla atada; estaba desconcertada, abandonada, asustada; flacucha a mis trece años, creo que mi talle se empequeñeció de miedo en ese tiempo largo en que no me atreví a dar un paso en ninguna dirección.

Una imagen triste de mí es la que llevo en el alma desde ese día...

Luego, caída la tarde, el viejo fue y me tomó del brazo llevándome casi en andas hasta la casa mientras yo miraba una estrella, la primera que aparece siempre justo debajo de la luna.

«A esta hora la mamá irá llegando a mi casa con su vaquilla nueva», pensaba, mientras estaba enroscada y sucia en una esquina de la cama, lloraba despacito, entumecida de miedo.

No hay en el mundo un sonido más triste que el canto de los gallos al amanecer. Yo no quería que amaneciera, pero amaneció.

Mientras me ponía mi vestido de pueblo, me di cuenta de que tenía una manga toda descosida, pensé entonces en mi madre. Sabía bien que me retaría cuando se diera cuenta que el vestido estaba roto, me sacaría en cara lo mucho que costaba la ropa. Sin embargo, no me importó y me propuse hacer con mayor rapidez todas mis labores; le prometería a mi mamá que sería una buena hija, pero que a cambio no me traiga nunca más donde este viejo. Eso pensaba yo y, cuando estuve sola emprendí el regreso a mi casa.

La huella estrecha con sus pompoñes anduve y luego, encontré el vado del río. Sin embargo, apenas lo crucé, sentí los ladridos de los perros que venían detrás de mí, intenté correr, pero un lazo cerró su anillo en mi cintura y rodé como una vaquilla apalada...

—¡*Pa' onde va mijita...!* ¡mire que usted no se manda *na'* sola!

Era el viejo sucio que me hablaba desde la montura de su caballo; tenía una mirada furiosa y sujetaba el lazo con una mano. Sus perros estaban cerca y me miraban atentos. Yo no dije nada; solo recuerdo ir caminando de regreso con ese lazo ahorcando mi cintura.

—¡Harto cara que me salió y *pa'* peor: *alzá' la coltra!*

En cuanto llegamos me dio unos correazos con el mismo lazo. Unos verdugones inmensos enrojecieron mis pantorrillas; con dolor y rabia me fui a esa pieza asquerosa y me senté en el suelo ocupando una esquina.

La siguiente vez, no llegué tan lejos y el castigo fue peor.

Era rebelde, en esos años. Dos veces me tuvo atada al palenque días enteros para que me aquerenciara, y yo seguía escapando en cuanto tenía una oportunidad. Pero estaba claro que, si lograba llegar a mi casa, sería mi propia madre quien me traería de vuelta. ¿Por qué mi mamá me hacía esto?, ¿qué había hecho yo tan malo como para que me castigaba así? No hubo respuesta alguna en medio de estas cordilleras.



Ayer con mi hijo y la menor de mis nietas fuimos a campear las vaquillas del año; las rodeamos hasta la manga para subirlas al camión de don Mansilla. También iba en el piño una clavela que criamos con mamadera. Apenas unos metros más allá, la vaquilla huacha sacó su cabeza por un costado de la carrocería y nos miró en la distancia... “¡Qué pena me da!”, dijo mi nieta, mientras el camión se iba alejando por el camino a Aysén.

¿Será que a veces una amanece más llorona que otros días? ¿Serán quizá los años que nos van enturbiando la memoria fresca y desperduciendo, en cambio, los recuerdos más añejos? ¿Será por eso que hoy, cuando vi que la vaquilla clavela se había vuelto, sabe Dios cómo, y apareció en el camino afuera del portón grande, llamé a mi nieta para que le abriera la tranquera, para que la deje entrar a sus pampas, porque esta es su casa? No pude evitar pensar en mi propia vida y marqué el teléfono de don Mansilla para deshacer la venta de la clavela mamona. Le dije que me disculpara, que por favor no me malentendiera, pero que de pronto no sabía ponerle precio a un animal... Que prefería no vender, que hoy no puedo poner valor alguno a esta vaca.

56 años  
Coyhaique

**Segundo lugar regional**

## El agua bendita de San Juan

Juan Carlos Bahamonde Gómez

Clotilde se había dedicado al duro trabajo del campo desde muy pequeña. Fue recibida en adopción por un matrimonio que habitaba en las inmediaciones de la pampa en Balmaceda, cerca de la frontera con Argentina. Don Raúl y la señora Filomena no tenían descendientes, razón por la cual decidieron recibir a una niña a quién entregarían sus afectos, cuidados y educación, como tantos matrimonios que encuentran en esta opción de vida, la prolongación de sus familias.

Un día de primavera, sus padrastros viajaron a Coyhaique a buscar sus provisiones y un “encargo”; fue lo que le dijeron al dejarla sola al cuidado de la casa. Grande fue su sorpresa cuando regresaron sus papis y se dio cuenta que la familia había vuelto a crecer: ahora llegaba una hermanita a quien ayudaría a cuidar, y sobre todo, a proteger. Le cambió completamente su vida, comenzó a sentirse muy importante para su familia. Este ángel llegado del cielo constituía una alegría indescriptible.

La vida transcurrió sin sobresaltos aprendiendo todos los oficios del campo y de la casa, hasta que un día de aquellos que uno no quisiera vivir, sus padres sufrieron un accidente fatal cuando se trasladaban a adquirir sus provisiones en el sector de río Mayo, al otro lado del alambre. Su endeble figura recibió el impacto de esta terrible desgracia tal como había sido enseñada. Su padre le había dicho que las decisiones importantes se toman una sola vez en la vida; asumir esta herencia de responsabilidad con apenas dieciocho años la hizo crecer al doble en todo sentido. Su primera decisión fue la de administrar el campo para dar educación hasta donde quisiera llegar su hermanita, la que consiguió escalar a través de su esfuerzo, constancia, responsabilidad y perseverancia. Primero, completar la enseñanza media en Coyhaique con una beca Junaeb de Residencia Familiar Estudiantil, y luego se trasladó a estudiar pedagogía a la Universidad de Magallanes en Punta Arenas.

Clotilde nunca abandonó el ritual del agua bendita que constituía parte de su existencia, en que la fe era transmitida de generación en generación. Les hacía sentido cada víspera de San Juan, cuando debía trasladarse por el arroyo que cruza el campo. El recorrido debía hacerse acompañado de un rosario rezando en contra de la corriente, tal como le habían enseñado sus padres. Se debía caminar hasta que el agua se devolviera. El agua se extraía en la zona donde se juntaban en un remanso el lado sur con el norte. En este lugar casi sagrado, se debía recoger el líquido que era bendecido, a través de las oraciones dirigidas al Dios protector. Posteriormente, ella lo administraba para las ocasiones especiales; cuando sentía algún malestar, por ejemplo, podía preparar yerbas medicinales con esta agua, la que tenía como único requisito que nunca llegara a hervirse, porque se evaporaba su efecto. Esa noche en su regreso, escuchó bramar a unos animales del vecindario y luego, un par de disparos que la pusieron en alerta inmediata, obligándola a apurar el tranco para llegar a su casa.

Esa noche, un visitante se dirigió hasta la casa; dijo con voz débil y temblante que se encontraba herido por culpa de una bala perdida, supuestamente dirigida a unos maleantes que robaban ganado en el campo del vecino. Como Clotilde había escuchado estos disparos, la historia no tuvo más consultas. Le ofreció ingresar al galpón con todos sus aperos; acto seguido fue en busca de algunos elementos de primeros auxilios, junto a su famosa agua bendita con la que limpió la herida. El hombre, de una prominente barba roja, sacó de sus alforjas una botella con un líquido que él pide por favor se le aplique de inmediato. Así, junto con iniciar el aseo quirúrgico, empapó un pañuelo con el cloroformo que contenía el envase y se lo hizo aspirar profundamente hasta quedarse dormido, proceso que facilitó enormemente las labores de recuperación del accidentado.



La vida de Clotilde siguió su curso normal hasta que un día se trasladó a comprar provisiones una vez más a territorio argentino, desde donde, producto de un desperfecto mecánico del vehículo, regresó solo el día siguiente.

Ya en su hogar, Clotilde preguntó qué había sucedido en su ausencia, y “la profesora”, como llamaba a su hermana, le contó que la única novedad era que había llegado un poblador de barba roja pidiendo poder pernoctar en el galpón con sus aperos. Se trataba de un hombre dedicado a la recolección de pieles, el que andaba con su caballo de monta, dos pilcheros y dos perros galgos con los cuales aumentaba su recolección de liebres. A la pasada, Clotilde revisó el galpón ya desocupado, no encontrando evidencias de daños, pero sí le llamó la atención un olor muy fuerte a cloroformo que habría sido vertido en el suelo, zona que cubrió añadiendo un poco de tierra y se retiró a sus labores.

En el verano siguiente, la profesora avisó a su hermana que tenía problemas de salud para viajar a casa y que debía cumplir con las prácticas profesionales. Como esto coincidía con lo ya hablado en las tertulias de las tardes junto a los mates, esta información quedó guardada esperando el encuentro para aquel día de la titulación en Punta Arenas.

Clotilde preparó su viaje para celebrar junto a su hermana, considerando que ella también tenía responsabilidad en el logro del objetivo, al inculcar el sentido de responsabilidad con la que ella fue educada en el colegio y en la familia. Valores transmitidos para aprovechar las oportunidades que, a lo mejor ella, como hermana mayor, no tuvo por una decisión propia, pero hizo todo el esfuerzo necesario para que en la familia exista la primera profesional, tal como sucede hoy en un porcentaje importante de nuestra población, quienes ven en la educación el salto cualitativo para mejorar las condiciones de vida que la profesora tendrá para el resto de sus días.

Pero grande fue su sorpresa en el encuentro de la graduación, al enterarse recién en ese momento que la hermana tenía un título adelantado: era un varón de solo meses de edad con una hermosa cabellera rojiza que cobijada en sus brazos. Posteriormente, su hermana le relató en el viaje de regreso a Balmaceda, que el niño era fruto de una violación sufrida aquella noche en que ella fue a comprar provisiones al territorio argentino y debió quedar sola en la casa.

Las huellas del retorno no buscan explicaciones ni responsables; sin cruzar palabras y casi al unísono, como si existiera acuerdo previo, cada una cree en la bendición del heredero. Las nubes del amor para esta familia las esperan en sus tierras, el sol irradiará ternura cada amanecer. Clotilde, la profesora, y el nuevo integrante eran la expresión más fidedigna de la felicidad en su retorno a Balmaceda, donde el deber cumplido solo será un hermoso recuerdo, donde los sueños vivirán en libertad en este lado de la frontera. Ahora solo falta coordinar el bautizo del pequeño Juan Raúl, al que ungirán con el agua bendita de San Juan apenas lleguen a casa.

64 años  
Coyhaique  
**Tercer lugar regional**

## La oscuridad tuvo la culpa

Nelson Remigio Balboa Cisterna

Casado con doña Linda Pradenas, don Crispino Cabello Blanco vivía en un sector rural denominado Colga, perteneciente a la comuna de Pitrufuquén. Constituían un matrimonio ejemplar, pese a que el destino, decía don Crispino, le había negado la posibilidad de tener hijos. Apicultor por oficio, su mundo eran las abejas. Si bien empezó con un par de colmenas, llegó a tener un centenar de cajones diseminados en la quinta de árboles frutales y en un potrero poblado principalmente por ulmos y arrayanes.

En el verano del año 1965, los jóvenes de Polul, Puraquina, Coicoma, Huiscaپی y Colga se revolucionaron por unos días con la llegada de las sobrinas de la señora Linda. Eran tres hermosas muchachas santiaguinas de veinte, veintidós y veinticuatro años de edad llamadas Clarita, Rosa y Delfina, respectivamente. A diferencia de las lugareñas, eran muy desenvueltas, sostenían la mirada de los varones, vestían ropa ajustada que destacaba aún más los encantos femeninos, y cuidaban su rostro con maquillaje y estilizados peinados. El torneo de fútbol rural celebrado en Polul fue el escenario donde los jóvenes quedaron deslumbrados por la belleza de las capitalinas. Ese día la pista de baile atrajo la atención de los jóvenes, quienes competían en la cancha casi con disgusto, pasando a segundo plano los premios destinados para los tres primeros lugares de la justa deportiva: la vaquilla para el campeón, el cordero ensillado (cordero y diez litros de vino) para el subcampeón, y el lechón ensillado (cerdito mamón y cinco litros de vino), para el tercer lugar.

Solo los más corajudos, aquellos que ignoraron el contratiempo de mantener la vestimenta deportiva y los sudores, entre partidos de diez o cinco minutos por lado, y que vencieron el miedo al rechazo al solicitar una pieza de baile, tuvieron en sus brazos a las bellas muchachas mientras danzaban un corrido mexicano, una ranchera o un valseado, los temas más tocados por el dúo de guitarra y acordeón, que con singular maestría amenizaba la entretenida fiesta. Claro que no faltaba el avispado que hacía señas a los músicos para que alargaran la pieza musical, retribuyendo luego la gentileza. Era el caso de Esteban Santander, un joven del sector, apodado “el Macho”, de unos veinticinco años de edad, facciones bien parecidas y cuidada barba, que vestía chaqueta y jeans importados. El tipo tenía mundo y se notaba. Ya en los primeros entreveros se pudo apreciar que Esteban concitó el interés de las hermanas.

Clarita fue la elegida en la ocasión. Fue un amor a primera vista y el ímpetu juvenil se manifestó abiertamente. Cuando la fiesta estaba en su apogeo, dos veces intentaron escaparse, con la esperanza de compartir íntimamente en la soledad de un potrero y dos veces doña Linda los alcanzó, fiel a su rol de celosa guardiana de su sobrina. La segunda vez salió acompañada por don Crispino, quien, en pocas, pero muy claras palabras, les pidió más decoro y respeto hacia la familia. Resignados ante este escollo, acordaron juntarse en el jardín de la casa de don Crispino, entre las once y las doce de la noche. Ella se despediría con el fin de ir a acostarse, pero se las arreglaría para salir furtivamente por una ventana.

Nunca don Crispino y doña Linda recibieron tantas atenciones como el día del torneo. Los jóvenes se esmeraban por congraciarse con ellos y les invitaban insistentemente, con un vino, chicha de manzana, un pichuncho, una piscola, un trozo de torta, empanadas, un plato de asado, en fin, lo que hubiese para deleitar el paladar. Cuando a don Crispino se le empezó a poner pesada y traposa la lengua, doña Linda le enrostró que o bebía con moderación, o se quedaba solo, ateniéndose después a las consecuencias. El matrimonio decidió regresar a su hogar a las veinte horas, situación que aprovechó “el Macho” para ofrecer llevarlos en su tractor, un John Deere de amplios tapabarros, provistos ambos de un asiento metálico para acomodar una persona. Además, detrás del asiento del conductor poseía una plataforma de madera que



permitía trasladar a tres o cuatro personas. Aceptaron complacidos. Clarita y Rosa ocuparon los asientos de los guardafangos, y el resto, la plataforma. Llegaron a casa a las ocho y media. Galantemente, Esteban ayudó a bajar a los pasajeros y tras recibir los agradecimientos de rigor, se despidió aduciendo que debía asumir un compromiso laboral consistente en rastrear un terreno al otro día.

Una vez en la calle, se dirigió raudo a su casa para preparar el esperado encuentro con su reciente conquista. Clarita había sido muy efusiva y no tuvo reparos en corresponder a sus disimuladas caricias, mientras bailaban bajo la atenta mirada de doña Linda. Sería una noche apasionada e inolvidable. Él le mostraría que los hombres de campo saben ser tiernos y ardientes a la vez. Ya se veía colmándola de besos y caricias, mientras le declaraba su ardiente e intenso amor. Si bien, la ansiedad lo consumía, mantuvo la serenidad necesaria para evitar un involuntario descuido que estropeará la tan anhelada cita. Después de estacionar el tractor, se recostó un rato en la cama. Estaba solo en la casa y no tenía que dar cuenta a nadie de sus actos. Su padre regresaría de Villarrica en quince días. Recuperado del cansancio se fue en busca de unos trozos de pan y de queso que se echó al bolsillo de la casaca. Eran sus más valiosos aliados. Le habían sacado de serios apuros cuando en alguna visita furtiva fue sorprendido por los perros de la casa que visitaba. Como disponía de tiempo para un relajante baño, cogió su toalla y se dirigió al pozón del estero. La noche estaba muy oscura, pero la temperatura era agradable. Mientras disfrutaba del agua, cerró los ojos por un momento y le pareció oír la risa contagiosa de Clarita. Este era el estímulo que necesitaba para salir del arroyo y dirigirse a la casa. Ya vestido, miró la hora en el reloj de pared.

Eran las 22:00 horas, momento preciso para completar los preparativos de la incursión nocturna. Se lavó cuidadosamente los dientes, se perfumó las mejillas y la solapa de la casaca y se dirigió caminando hacia la casa de don Crispino. Avanzaba con todos sus sentidos atentos, oteando el horizonte, expectante al más mínimo ruido. No quería sorpresas que pudieran alterar sus planes. Le habría gustado contemplar la luna y las estrellas con su amada, pero no sería posible. Era una noche muy oscura y se había levantado una espesa neblina. Cuando estaba a unos 200 metros de la casa de don Crispino, el ladrido de los perros lo alertó en grado máximo. Instintivamente se detuvo y se agazapó en el pasto húmedo por el rocío. Pronto se calmó. Corría viento sur y lo tenía en contra. Era imposible que lo hubiesen olfateado. Esperó hasta que dejaron de ladrar. Tenía tiempo. Cuando todo volvió a la calma, se levantó y continuó la marcha, concentrado en no hacer ruido y en pasar inadvertido. Recorrió los últimos 100 metros que lo separaban de la quinta apegado al cerco y desplazándose en cuclillas. Encontró la portezuela sin candado. Clarita había hecho su parte. Llegó al lindero de la quinta cuando faltaban 20 minutos para las 11. Cautelosamente avanzó, deteniéndose debajo de un frondoso castaño, a unos diez metros del jardín. Apoyó la espalda en el tronco centenario, con los ojos puestos en la casa, tratando de horadar la oscuridad y la neblina, presto a cualquier indicio que le anunciara la llegada de Clarita.

Entretanto, don Crispino estaba eufórico por lo bien que lo había pasado en el torneo, consecuencia de las innumerables atenciones ofrecidas por los jóvenes. Tanto insistió, que doña Linda le permitió tomarse un jarrón de chicha fuerte de manzana con harina tostada. Las muchachas, agotadas por la intensa jornada de baile, se fueron despidiendo para retirarse a dormir. Primero lo hizo Rosa y posteriormente Delfina. Clarita manifestó que acompañaría hasta las once de la noche, hora en que se retiraría para descansar. No podía menos que retribuir a los tíos por la hermosa fiesta vivida.

Faltarían unos diez minutos para las 11, cuando don Crispino anunció que le estaba apurando, de manera inusual, la necesidad de evacuar. Doña Linda le enrostró que se lo merecía por su tozudez y su insaciable apetito. Sin contestarle, se levantó pesadamente de la silla y salió al patio. Allí se percató que la chicha con harina y la mezcla de sustancias ingeridas le estaban pasando la cuenta. Sin poder evitarlo, se le escapó un flujo que le dejó húmedo el calzoncillo. La cosa era muy urgente. No alcanzaría a llegar a la

letrina. Estaba demasiado lejos para lo que la ocasión ameritaba. Ahora se arrepentía de haberla construido a unos 100 metros de la casa. Lo había hecho así con el propósito de tener la privacidad que el acto de defecar demandaba. Doña Linda había insistido para que la construyera más cerca de la casa, pero él conocía como nadie las turbulencias de su estómago y lo sonoras que estas podían ser. La forma de evitar los bochornos no podía ser otra que construirla lo suficientemente alejada de la casa. Pero el momento que vivía ahora era demandante. Y ya no era tiempo para arrepentimientos ni cargos de conciencia. El sonido de las tripas y los dolores que sentía le anunciaban colitis grado cuatro. Sin pensarlo dos veces, dejó la huella que conducía a la letrina y al trote ingresó al jardín. Felizmente, la mata de rododendro estaba a corta distancia. Caminó hacia ella, mientras se aflojaba el cinturón. Frente al castaño, no aguantó más. Se bajó los pantalones y los calzoncillos. La piel blanca de su trasero destacaba pálidamente en la oscuridad. Cuando intentaba ponerse en cuclillas, sintió que alguien le abrazaba con fuerza por la espalda, mientras le acariciaba el trasero. Era “el Macho” que se había confundido.

—¡Suéltame, degenerado! —gritó don Crispino, tratando de zafarse.

Los brazos lo soltaron de inmediato. Se escuchó una sonora risotada varonil y el apagado golpeteo de unos pasos que ligeros se alejaban. Quiso reaccionar, pero no pudo contener más sus intestinos. Desentendiéndose del episodio del abrazo, le dio descanso a su estómago. Qué relajo más grande. Cuando por fin se sintió aliviado de la panza, limpió lo que era menester, se subió los pantalones y se devolvió para la casa. Mientras caminaba rumbo a esta, pensaba qué le haría al depravado que intentó pasarlo por las armas, si lo llegaba a pillar. Nada más cruzar la puerta de la cocina, colorado como un tomate, y todavía muy agitado, encaró a Clarita y a doña Linda, que lo miraban extrañadas, sin comprender qué lo había alterado tanto.

—¡No quiero más coquetería en esta casa! ¡Por culpa de ustedes, un degenerado se me fue al humo en el jardín y casi me viola!

69 años

Coyhaique

**Mención especial del jurado**



## Las lágrimas del hacha

Katiuska Valentina Oyarzún Neilson

El coirón escarchado resplandecía con el sol de la mañana austral. Me costó acostumbrar la vista al entrar a la cabaña. Una luz amarilla se filtraba por una única ventana sin cortina, dibujando las siluetas de una estufa a leña, una repisa, una mesa y un pequeño sillón. El viejo me señaló un banco bajo la mesa y me hizo un gesto para que me sentara. Sin preguntarme, tomó una ollita de aluminio que descansaba en una esquina de la estufa y la inclinó sobre un jarro enlozado. El vapor de la leche caliente subió formando tirabuzones que se encrespaban alrededor de unas medias de lana que se secaban en un cordel sobre la estufa. Cortó con dificultad dos rebanadas disparejas de pan y dejó los trozos junto a un frasco de mermelada roja.

—No tengo cuchillos buenos todavía —se excusó.

—No se preocupe —respondí.

Se ajustó la boina, atizó el fuego en la estufa y salió. Tomé el jarro con ambas manos y fui hasta la ventana para calentarme al sol. Lo vi enfilarse hacia el portón seguido de los perros y luego alejarse por la ruta hacia donde estaba mi auto en pana. Sorbí un poco de leche. Instintivamente me llevé el jarro a la nariz, pero no percibí nada. Puse el jarro en mi frente y el metal caliente alivió un poco el dolor de cabeza.

Cuando regresó, yo estaba poniendo otro palo en la estufa, de espaldas a la puerta.

—Su auto no tiene arreglo —me dijo, y dejó mi cartera sobre la mesa.

Antes de que pudiera responder, el viejo fue hasta la repisa, conectó un radiotransmisor a una batería de auto y llamó al retén de Carabineros. Recién entonces supe que su nombre era José Vargas y que su cabaña era un puesto de la estancia Callaghan. Entre el chirrido y la estática le contó al cabo de guardia que un auto se había salido de la ruta por la escarcha, que tenía roto el eje, pero que la conductora estaba bien. El viejo me pasó la radio y me presenté con el cabo. El cabo dijo que podrían ir a buscarme recién al día siguiente. El viejo me miró por unos segundos, como interrogándome. Yo me encogí de hombros. El viejo asintió y le dije al cabo que esperaría en la cabaña hasta el otro día. El viejo tomó la radio y se despidió del cabo. Le pedí un poco de agua y busqué en mi cartera un analgésico.

—Si se va a quedar, vamos a necesitar unos cuchillos —me dijo mientras llenaba un vaso con agua.

El viejo me prestó una chalina y salimos. Nos alejamos un poco de la casa hasta un sitio donde había un rectángulo dibujado con piedras sobre la tierra escarchada; dentro, sobresalían lo que me parecieron cinco estacas. El viejo se agachó, tendió un trozo de cuero en el suelo, tiró con fuerza de una de las estacas, y se incorporó con dificultad. Sacó un cuchillo de unos diez centímetros.

—Usted saque los de allá —dijo arrojando el primer cuchillo al cuero.

Me incliné y tomé una cacha, salió sin hacer mucho esfuerzo, pero al levantarme volví a sentir la jaqueca. Me encuclillé para sacar el segundo cuchillo sin tener que inclinar la cabeza.

—¿Por qué los entierra? —le pregunté al viejo mientras peleaba para liberar el cuchillo de la tierra.

—El frío los mejora —me respondió tironeando de su tercer cuchillo.

Mi segundo cuchillo no cedía y tuve que agacharme un poco más, la puntada en la frente fue tan intensa que me entrecerró los ojos y caí sentada con el cuchillo en las manos.

—¿Se siente bien? —preguntó el viejo ocultando la risa.

—Es un dolor de cabeza —le dije—, por un resfrío mal cuidado de hace años.

El viejo dejó su último cuchillo sobre el cuero y miró hacia la cabaña.

—Vaya a la casa, pele unas papas y unas zanahorias para la cazuela, entonces —dijo pasándome un cuchillo pequeño.

Pensé en no hacerle caso, pero ya comenzaban a dolerme los dedos por el frío. Caminé hacia la casa junto con los perros y antes de entrar volteé a verlo; el viejo estaba desenterrando la cabeza de un hacha. Me llevé su chalina a la nariz e inspiré buscando su olor; nada.

La cazuela de cordero que preparó el viejo me tumbó de sueño. Desperté en el sillón; el viejo me había tapado con unos cueros de oveja. Casi no había luz, me levanté y busqué a tientas mi pastillero en la cartera. Los ladridos cada vez más nítidos de los perros cortaron el silencio del campo. Vi por la ventana al viejo caminar en dirección a la casa con paso decidido y algo en las manos; los perros jugaban a su alrededor. Tragué la pastilla con un poco de agua y volví al sillón a acurrucarme entre los cueros. El viejo entró en la casa.

—¿Cómo se siente? —me preguntó mientras encendía una lamparilla a gas.

—Me duele mucho la cabeza —respondí casi en un susurro.

—Mala cosa —dijo—, pero la vamos a mejorar.

Puso unos palos en la estufa, llenó la ollita con agua de la tetera y echó dentro varias hierbas que traía en un manajo. Encendió la radio y escuchamos callados las noticias de la tarde, él sorbiendo su mate sentado a la mesa, yo en el sillón y arropada con los cueros, tomado la infusión que me había preparado.

—Vaya a la pieza y acuéstese de espaldas en la cama —me dijo—; regreso enseguida.

Trajo con él a la pieza la lamparilla de gas y la cabeza del hacha que había desenterrado al mediodía.

—Quédese tranquila para que le ponga la lágrima del hacha —me ordenó.

Puso su mano izquierda en mi frente, empujando suavemente hacia atrás. Acercó la cabeza del hacha a mi cara, con el filo hacia arriba, hasta que el ojo del hacha quedó justo frente a mi nariz. Podía percibir el metal heladísimo en mis labios. Inclino el hacha hacia mi frente y sentí un hilo gélido de agua entrando en mi narina izquierda, una gota deslizándose apenas dentro de mí. Una sensación de frío absoluto me hizo contraer los músculos involuntariamente.

—*Estése* quieta, que falta otra —dijo el viejo.

Movió unos milímetros la cabeza del hacha y la volvió a inclinar hacia mí. Una nueva gota helada entró en mi nariz, esta vez en la narina derecha, y tuve que contener los escalofríos. Sentí las gotas gélidas llegar hasta el interior mismo de mi cabeza. Se me aguaron los ojos de dolor, las lágrimas cayeron por mis sienes, me entraron en las orejas y se escondían entre mi pelo.

—Está lista —me dijo el viejo—; quedese de espaldas otro ratito. Usted va a dormir aquí, yo en el sillón.



Me arropó con los cueros de oveja, puso un trozo de franela en mi frente y se fue a la cocina llevándose la lamparilla con él. El dolor se fue de a poco y me dormí con un sabor metálico en la boca.

Un remezón me despertó.

—La vinieron a buscar —dijo el viejo en un susurro—; la espero afuera —agregó.

Me levanté y fui a la cocina; el viejo había dejado un lavatorio y un jarro con agua tibia sobre la mesa para que me aseara. Miré por la ventana, la camioneta del retén estaba junto al portón, el viejo hablaba con una pareja de carabineros. Me mojé la cara con el agua tibia. Comenzaron a llegar a mí los olores: humo, jabón de ropa, pan casero, mate, lana. Abrí la puerta y se me cayeron las lágrimas, pude sentir por fin los olores de la vida, de la vida al fin del mundo.

38 años  
Punta Arenas  
**Segundo lugar regional**



## La estancia

Vicente Caballero

El viento arrastró nubes desde lejanos lugares y las estacionó sobre la tranquila ciudad a orillas del Estrecho. El agua de los negros nubarrones se descargó con violencia sobre casas, calles y sorprendidos peatones que apresuraron su paso para retornar a sus hogares luego de una intensa jornada laboral. Tal como sucedía cada vez que una inesperada lluvia azotaba la capital regional, desaparecieron la mayoría de los taxis y los colectivos; los peatones debieron apresurar sus pasos para llegar pronto a la seguridad de sus hogares. No tardaron mucho en desaparecer las personas dejando calles y avenidas desiertas, y en el húmedo ambiente solo se escuchaba la monótona canción de la lluvia al caer sobre los tejados de zinc. Pocas personas, casi ninguna, se atrevían a dejar la tranquilidad de sus hogares y enfrentar el desatado temporal. Sin embargo, no todo era soledad; varios vehículos circulaban por anegadas calles, esparciendo cortinas de agua en todas direcciones.

En medio del caos provocado por el furioso viento y la persistente lluvia, un asustado y, al parecer, entumecido muchacho, se guarecía malamente en un estropeado refugio peatonal. Por lo visto, esperaba que finalizara la inclemencia del tiempo para continuar su interrumpido viaje. Sus ropas no eran las más apropiadas para enfrentar la inclemencia del temporal y solo le quedaba la alternativa de esperar que dejara de llover para abandonar su precario resguardo. Estaba pensando en su mala fortuna cuando un vehículo se detuvo frente al lugar en que se encontraba y su conductor le hacía señas para que subiera. Sorprendido por el gesto que no esperaba, el joven dedujo que no tenía alternativa: aceptaba la invitación o se arriesgaba a pasar toda la noche en ese precario lugar.

De una carrera se introdujo en la cabina por la puerta que abrió el chofer y una vez instalado en el cómodo y tibio compartimiento, examinó detenidamente a su eventual salvador. Se trataba de un hombre adulto, de unos 45 o 50 años, con sonrisa fácil y rostro amable que inspiraba confianza. Se cubría la cabeza con una boina del tipo vasco, muy común en la gente de campo de la Patagonia. A su vez, el improvisado pasajero sintió que era examinado detenidamente. Era un muchacho que aún no había cumplido los 20 años. Sus ropas eran de buenas marcas, pero se notaban sucias y ajadas por el uso. En todo caso, no eran apropiadas para el clima tan cambiante del extremo sur del país. Ambos personajes permanecieron en silencio mientras la camioneta avanzaba por la carretera, ya fuera de la ciudad. Se miraban de reojo, como queriendo adivinar intenciones en un mudo interrogatorio del que no se esperaban respuestas. Fue el conductor quien rompió el tenso silencio:

—¿De dónde eres, niño? ¿Qué hacías solo en la plaza?”

El muchacho se sobresaltó con las preguntas, que al parecer no esperaba, y tras algunos minutos respondió, algo tímido:

—Soy del norte, de Copiapó. Y como no tengo familia, salí a recorrer el país. En Valparaíso me colé de *pavo* en un barco y cuando llegamos acá me sorprendieron y casi me meten preso, pero los *pacos* me dejaron libre. Ahora ando buscando trabajo.

Se produjo un nuevo silencio, pero se notaba que la tensión anterior se había roto. Se respiraba un ambiente de más cordialidad.

—Tienes suerte, chiquillo —dijo el chofer, y agregó —: tengo un campito en la pampa, no muy lejos de aquí. Vamos a empezar la esquila y necesito personal.



—¿Qué es la esquila? —consultó el joven, entrando en confianza.

—En la estancia criamos ovejas y una vez al año se les corta la lana para venderla. A ese proceso se le llama ‘esquila’.

—¿Tiene muchas ovejas?

—Son como 5 mil, pero dan mucha lana —respondió el estanciero. Luego de un momento durante el cual el conductor puso toda su atención en la carretera, dijo:

—Mi nombre es Olegario Vivar, ¿y el tuyo?”

— Me llamo René Ruiz Zamorano. Tengo 18 años. Nací en Cochiguaz —respondió el muchacho.

Luego de un rato, René dijo, apesadumbrado:

—...pero yo no voy a servir para ese trabajo, porque no sé hacer esquila.

—Eso no es problema —respondió Olegario. Y agregó —: unos trabajadores especializados realizan esa labor, pero además se necesitan otras personas para ayudar durante la faena.

Para aclarar las dudas que pudiera tener el muchacho, el estanciero explicó:

—Además del sueldo, que no es malo, los trabajadores reciben alojamiento y comida gratis.

—Es una buena oportunidad, acepto la oferta —dijo el muchacho, con una gran sonrisa que le iluminó el rostro.

Unos kilómetros más adelante, dejaron la carretera pavimentada, doblaron hacia la derecha, continuando el viaje por un estrecho camino secundario.

En tanto, la lluvia había calmado su furia y el viento rompía los negros nubarrones. Por los espacios despejados se apreciaba un estrellado cielo, mientras una tímida luna se asomaba, tratando de participar en el paisaje.

Luego de varios minutos de camino, encontraron que el paso por la precaria ruta estaba interrumpido por el cruce de un alambrado cerrado por un portón de dos partes sujeto con una gruesa cadena asegurada con un candado.

Con una llave que portaba junto a la del vehículo, el conductor abrió la tranquera, cruzó por el paso con la camioneta y volvió a cerrar. Una vez superado el obstáculo, Vivar retomó la conducción de la camioneta y explicó:

—Aquí comienzan los campos de la estancia. Esa tranquera siempre debe permanecer cerrada para evitar la entrada al predio de personas extrañas o que los animales salgan hacia el campo vecino.

Luego de un corto recorrido, salvando una cerrada curva, se encontraron con varias casas que conformaban un pequeño poblado; muchas de esas casas estaban iluminadas. Don Olegario detuvo el vehículo frente a lo que parecía un gran galpón del cual salieron varias personas que procedieron a bajar cajas y otros bultos llevándolos al interior de la edificación.





# ✧ Poesía del mundo rural

Poemas escritos por todo público





## La aceituna y el olivo

Moisés Edelberto Álvarez Monroy

De tu esencia soy cautivo,  
tenerte es una fortuna,  
es del Huasco mi aceituna,  
bello fruto del olivo.

Quiso Dios, el creador,  
regalarnos tu negrura,  
saber que de tu amargura  
nace tu esencia mayor.  
Que tu aceite es el mejor  
legado de lo nativo,  
naces del hijo adoptivo  
de esta tierra tan estrecha.  
Cuando llega la cosecha  
de tu esencia soy cautivo.

Bajo este cielo despierto,  
lleno de astros danzantes.  
Soy campesino, tu amante,  
que cosecha en el desierto.  
La aceituna, que por cierto,  
enaltece a la comuna,  
bajo la luz de la luna  
se cultiva en Huasco Bajo.  
Ya no importa quién te trajo,  
tenerte es una fortuna.

Con la reina sevillana,  
las empeltres y aceiteras  
son famosas donde quiera,  
mis aceitunas son sanas.  
Cuando el sol de la mañana

se refleja entre las dunas  
van mostrando su tribuna  
los olivos centenarios.  
Que alguien diga lo contrario,  
es del Huasco mi aceituna.

Estos verdes batallones  
que silentes van brotando,  
en su paso van dejando  
las olivas y pitones<sup>1</sup>  
Negras, verdes y pintones<sup>2</sup>  
son el fruto productivo  
que nos llena de motivos  
al terminar la labor.  
La del Huasco es la mejor,  
bello fruto del olivo.

Ahora todos a brindar  
por Huasco Bajo y El Pino.  
Alcen copas, traigan vino,  
tenemos que celebrar.  
Después de tanto pagar  
hay que podar el cultivo.  
Ya se cumplió el objetivo,  
la tarea ya está hecha.  
A brindar por la cosecha,  
la aceituna y el olivo.

57 años

Huasco

Región de Atacama

**Primer lugar nacional**

**Primer lugar regional**

<sup>1</sup> Pitones: muñones de la poda de sarmientos del olivo (nota del editor).

<sup>2</sup> Pintones: aceituna de color parcialmente rosa, rosa vinoso o violáceo, que aparece al comienzo de la maduración (nota del editor).

# Arpilleras encontradas sobre el alcoholismo rural

Felipe Gustavo Rodríguez

*A mi abuela, Alicia del Carmen.*

I

No sabrá nadie lo que gritan tus bordados:  
 trance, sino manifiesto.  
 Amortiguabas la caída del viejo como si fuese la de un astronauta.  
 Él te decía con una sonrisa cuando lo tendías sobre el sofá:  
                                   “se caen los edificios y no se va a caer uno”.  
 Tú suspirabas,  
 limpiabas las costras de vino de su boca,  
 le quitabas los zapatos  
 recuperando de sus bolsillos billetes de bajo calibre, si es que.

Hacías pan de caricias,  
 construías películas en las arpilleras,  
 aguantabas tus últimos amores  
 como a pequeños peces de colores entre las manos:  
                                   jugos gástricos acumulados en la boca.

II

Te mirabas las palmas de las manos  
 no hallando destino en ellas,  
 solo perseguir a los gansos cuando nadie te miraba,  
 dormir un rato entre los arbustos del viñedo.  
 Imaginarte que hablabas con los animales  
 o incendiabas la bodega  
 o te lanzabas desde el puente  
 para luego flotar de espalda  
 hasta llegar al mar por la desembocadura del río Ñuble  
                                   conteniendo aún tus últimos amores entre las manos  
                                   como diminutos peces de colores.



## III

Collar de peligros,  
soga de mimbre apretándote el cuello,  
cuando a pesar de las promesas  
el viejo devoraba otra vez trozos de kiwi hasta quemar su boca.  
Decir “kiwi” para no decir aguardiente  
Decir “boca” para no decir vida.

Una oruga cae del arbusto más alto del huerto,  
los perros te acompañan a buscarlo al boliche sin nombre,  
noche de san Juan contra amarilla linterna.  
Al casarte, recuerdas,  
pensabas haber dado con el huevo de dos yemas.  
Pero no, no y no.  
Lo tomas del brazo y te lo llevas a casa.  
Pequeña linterna en medio de la noche de san Juan.

24 años  
Chillán  
Región del Ñuble  
**Segundo lugar nacional**  
**Primer lugar regional**



## En los cuernos de la luna

Julio César Corvalán Norambuena

En los cuernos de la luna  
se puede leer las horas,  
el color de las auroras,  
la pasión y la fortuna.  
En la *vi'a* no hay ninguna  
escuela tan eficiente  
que sea ahí, de repente,  
*sa'edora* 'e los cultivos,  
de las flores, los olivos,  
las menguantes, las crecientes.

El hombre 'e campo tiene  
por patrimonio *hereda'o*  
desde tiempos muy *nombra'os*  
el *sa'er* como se viene.  
La luna, lo que contiene,  
*pa'* faenas del rancho,  
*pa'* la muerte del chanco  
y la cosecha de mieles.  
*Pa'* cortar en laureles  
la gran horqueta de gancho.

El hombre 'e campo *sa'e*  
cuando nace el *gana'o*,  
cuando cosechar *grana'os*  
y cuando la lluvia cae.  
Sólo así se distrae  
en trabajos verdaderos.  
Tiene listos los aperos  
*pa'* cosechar la siembra,  
si nace macho o hembra  
y cuando curtir los cueros.



La vez que hay luna *nue'a*  
 eliminar las malezas,  
 barbechar, hacer limpiezas  
 y tener listas las eras<sup>3</sup>  
 La vez que hay luna *nue'a*  
 sacar las hojas marchitas,  
 fertilizar margaritas,  
 abonar, arar el suelo.  
 Tam'ién podar los *circüelos*  
 por estas tierras benditas.

Cuando es cuarto creciente,  
 si hay que sembrar las sandías,  
 podar *to'itita* cuantía...  
 Esparramar los nutrientes,  
 crecen más rápidamente  
 esas plantitas en su flor;  
 mermarles agua en favor  
*pal'* desarrollo ligero.  
 Las raíces con esmero  
 reparten savia en verdor.

Y si es cuarto menguante  
*podís* quitar las marchitas  
 o regar las siembras *to'itas*,  
 realizar los trasplantes.  
 Verduras por todas partes  
 y *verís* con más esplendor,  
 a muchas frutas en fulgor.  
 Siembra papas y tomates,  
 cebollas y calafates.  
 Solo hay que darles amor.

Cuando la luna es llena,  
 se viene la recolección.  
*Tam'ién* es güena ocasión  
*pa'* fumigar la avena,  
 sacar las plagas terrenas  
 o las plantas de interior.  
 Para contemplar el favor  
 del buen Dios en los *sembrá'os*,  
 mirar los campos *labra'os*,  
*agra'ecer* al creador.

48 años  
 Longaví  
 Región del Maule  
**Tercer lugar nacional**  
**Primer lugar regional**

3 Era: cuadro pequeño de tierra destinado al cultivo de flores u hortalizas (nota del editor).

## Kiñe Kushe Maikoño

Florencio Manquilef Huichal

*Kiñe kushe Maikoño nguma ngumangey,  
Kiñe karuntu wente aliwen,  
Awungen dlantun-dlantun-dlantun uy-uy-uy pipingey ñi nguman,  
Chuman kishulewen-kishulewen uy-uy-uy pipingey ñi nguman  
Ti kushe maikoño wente karuntu aliwen.  
Llangkunagi ñi kulleñu mapumeu fey choyuy kom kachu,  
Ka kom ashungechi rayen peshkiñ focholu tañi kulleñumu,  
Feymu fulkontupaeyeu kiñe kume Fucha Kureu,  
Ngumakinulnge—ngumakinulnge iñche ta mulefun  
Iñche ta mulefun tami yafulafiel tami lladkulechi piuke pieyeu.*

Una anciana tórtola

*Una anciana tórtola lloraba, lloraba desconsoladamente  
sobre el ramaje verde de un solitario árbol.  
“Qué voy hacer ahora”, decía en su triste lamento.  
“Estoy viuda, estoy viuda, estoy viuda, ¡uy-uy-uy!”, decía la anciana tórtola.  
Su lágrima cayó en aquel lugar de la tierra.  
Y de pronto brotaron muchas yerbas y hermosas flores  
regadas por las lágrimas de la triste anciana tórtola.  
De pronto, se acercó un buen anciano tordo  
y la consoló diciéndole: “no llores, no llores, aquí estoy yo  
para consolarte y acompañarte”.*

68 años  
Teodoro Schmidt  
Región de la Araucanía  
Premio especial Pueblos Originarios



## Abriles de norte adentro

Pedro Claudio Lagunas Díaz

Por el muro rojizo  
enchusado<sup>4</sup> de brisas viene el calor de la tarde  
dando tumbos en el suelo  
y entibiando por oleadas nuestro abril de sequedades.

La tierra herida del sendero  
aborrece los riegos matutinos que esculpen sus arrugas  
destrozando la tersura de tamices bien logrados.

Los árboles, refugios de sus fieles,  
se abandonan al mecerse acompasado de las olas tibias  
que en caprichosas andanadas los cargan y descargan del polvo.

No hay mejor escondite que la inmovilidad  
para los fugados del sol.  
Pero él, sabio en estas lides,  
se les cuelga de los párpados hasta quitarles el control.

Las febriles prisas matutinas  
pierden consistencia en estas horas  
derritiéndose cuales velas en manos penitentes.

Hay pocos auxilios que superen a la calma.  
La experiencia, más discreta, contempla lontananza  
adivinando brisas que llegarán frescas al amparo de la tarde.

53 años  
Arica

**Primer lugar regional**

---

<sup>4</sup> Enchuscar: neologismo, verbo derivado del adjetivo chusco, ca; que tiene gracia, donaire y picardía (nota del editor).



## La culpa fue suya

Sofía Salinas Acosta

Empezar de nuevo es una labor difícil.  
Empezar desde cero por culpa del resto.  
Ellos no tienen la culpa, pero no pueden reclamar,  
obligados a agachar su cabeza y a asentir  
viendo a su familia morir.

No tienen dos fuertes brazos para luchar.  
No tienen dos piernas para correr detrás de los culpables.  
No tienen voz para alzar.  
Ellos no tienen nada más que dos simples y delicadas alas,  
dos pequeños ojitos con los que mirar,  
un diminuto cuerpo gordito y con bellas plumas,  
y un pico, el cual era una de las distinciones más obvias  
para este pequeño que es uno de muchos.

Su única misión en la vida era sobrevivir.  
Pero sobrevivir entre bestias químicas,  
las cuales no tienen piedad ni dudas para acabar con él.  
Inhalar aquel tóxico aire que hace poco era totalmente limpio  
fue una de las razones por las cuales murió.  
Alimentarse de tóxicas plantas,  
recorrer el sucio lugar,  
todas sus acciones cotidianas influyeron en él.  
En él y en muchos más.  
Ni Azapa lo pudo proteger.

16 años  
Arica

**Segundo lugar regional**



## Vino Pintatani<sup>5</sup>

Héctor Manuel Jesús Morgado Gómez

Gotas violetas escurren por el lagar añoso,  
al costado de la nívea iglesia centenaria  
fecundo sabor brotó del parrón virtuoso,  
la refrescan cánticos y plegarias.

En la quebrada agreste cultivó su sabor  
al son de pala, riego y azadón.  
Trabajada bajo un sol abrasador  
germinó el día de la Asunción.

La uva negra codpeña ha de mutar  
en zumo que discurre manso y sereno,  
cual esplendorosa crisálida ha de mudar  
en el mejor vino del norte chileno.

Aguas translúcidas bajaron por la quebrada  
regando tierra, vides. Tu mejor cepa  
cobijada a la sombra de la vieja enramada.  
¡Real linaje! ¡Que todo el mundo sepa!

En la iglesia inmaculada las campanas tañen  
para recibir la primera cosecha del año.  
Bebamos, hermano, antes de que nos regañen.  
¡Un salud a la memoria de los viejos de antaño!

56 años  
Camarones  
**Tercer lugar regional**

<sup>5</sup> Pintatani: el valle de Codpa es la cuna del vino Pintatani, introducido en el territorio a partir de cepas traídas por los conquistadores españoles para disponer de vino para los actos litúrgicos de la fe católica. Este vino artesanal se produce en este oasis en medio del desierto respetando una receta de más de 400 años (nota del editor).



## El desconocido

Héctor Jonathan Barraza Ahumada

Me llamas “hermano”, “*jilata*”, “artesano”, “indio” ...  
Me llamas como se le digna a hablar a tu boca  
o por el recuerdo de algo que oíste de mí...

Sé que soy ajeno a tu manera de ver el mundo  
y que no comprendo los altos y bajos de tu ciclo,  
pero mi piel y mi rostro  
son amigos de tu misma identidad,  
esa que no comprende  
por qué mis venas y su sustancia  
respetan el suelo que hoy tú estás pisando.

Yo soy un punto más de este mundo que ruge y llora.  
En mis oficios intento dominar los sentimientos de la naturaleza...  
Así soy yo.  
Así crecí en mi soledad.  
Así me conecté con lo que germina.  
Así edifique sueños en mis oficios.

Y sígueme llamando “*jilata*”, “negro”, “indio”, “paisano”,  
o como me quieras llamar.  
Yo, en cambio, te vuelvo a recalcar  
que me declaro heredero de las estrellas  
y artista del silencio.  
Desde las alturas te cuido  
y oro a la tierra para que tu ignorancia no ofenda mis rituales,  
ya que en mi oración hacia los sentimientos de la *Pachamama*<sup>7</sup> y sus curvas  
pido también por el sentir de los tuyos...

34 años  
Alto Hospicio  
**Primer lugar regional**

<sup>6</sup> Jilata: hermano en lengua aymara (nota del editor).

<sup>7</sup> Pachamama: Madre Tierra en la mitología Inca (nota del autor).



## Como parte del paisaje

Víctor Homero Vives Romero

La tierra seca abre surcos en mi rostro.  
La esquivo con un sombrero pequeño  
que han tejido mis abuelas.  
Luego, el viento acelera  
y trae más tierra que se incrusta crocante en mi boca.

Es septiembre y una gaviota lucha  
por mantener la línea de su trayecto.  
Pero el trayecto, ya no es una línea,  
se deforma en la lucha del progreso,  
y ahora son cientos o miles de líneas  
que pasan una y otra vez por el mismo punto,  
y se quiebran, y se levantan otra vez.  
Luego, el ave encuentra un hueco  
y se cuela por un pasadizo sin aire.

Avanzo por el sendero.  
Yo lo hago mejor, soy más pesado que la gaviota,  
y los pies me mantienen clavado a la tierra.  
¿Quién desearía alas con esta borrasca?

Necesito mirar hacia el frente.  
Tal vez haya alguien,  
tal vez una casa,  
pero el viento que danza con la tierra  
me irrita los ojos;  
me duelen, se enrojecen,  
se ponen ásperos y no logro enfocar.

Me detengo y de súbito el viento para.  
Sé que viene la lluvia.  
Es diciembre y ahora algo que no es el viento  
trae múltiples aromas de frescura mentolada.

Una piedra se moja y se mojan todas.  
Camino a gusto empapado.  
Hay *challa*<sup>8</sup> en el camino.

El carnaval deja sus migas para los peregrinos.  
Un rayo cae iluminado a la vera  
y no le temo porque me busca,  
porque el indio y el rayo son la misma fuerza,  
son explosión de un remoto origen.  
Yo me entrego a los azares del camino.

La gaviota, mejorada de su vuelo errático,  
yace escondida en el nido.  
La tierra viscosa ya no se levanta.  
Puedo mirar, pero los ojos no me alcanzan.  
Tomo tierra y piedras y las huelo.  
Me da hambre, ya vendrá la comida del carnaval.  
Pero antes me lavaré el alma  
comiendo la tierra como carne,  
porque la tierra en su oscuro misterio  
se resuelve en mi interior,  
y en su prístina claridad develada  
la entiendo, la sufro y la amo.

29 años  
Colchane  
**Segundo lugar regional**

<sup>8</sup> Challa, chaya o ch'alla: ceremonia de reciprocidad con la Pachamama que se basa en el acto de regar la tierra u otro bien con alcohol y elementos simbólicos en lengua quechua (nota del editor).



## Cuando el cóndor fue dueño del norte

Andrea Alejandra Carvajal Almonacid

Mi nido ha desaparecido;  
la montaña donde reposo,  
el aire limpio por el que planeo y  
las sombras de mis hermanos.  
En su reemplazo han puesto un montón de rocas.

Me robaron la cordillera.  
Cuevas en las que he jugado a no ser yo  
y ser un pequeño y bello colibrí  
para beber el néctar de cada flor,  
donde he fingido ser el aire de la mañana  
húmedo y frío  
para entrar en cada rincón de los valles.

Me robaron la tierra.  
En ella mi compañera podría poner huevos  
y yo, como cada invierno, armaría nuestro nido.  
En ella jugué a ser un quirquincho y a rodar y rodar  
por la verde hierba de los bofedales,  
donde he fingido ser una llama  
y dar lana a las mujeres para tejer con ellas  
*llijllas*<sup>9</sup> para cargar a sus cachorros.

Me robaron los ríos  
estrechos y bajos  
donde he fingido que soy, no el pez *koi*<sup>10</sup>,  
preso del arte y la belleza en sus escamas,  
sino un *suche*<sup>11</sup>  
pequeño e intrascendente,  
que a ningún depredador le depararía triunfos.

9 *Llijlla, lliclla o lliklla*: refiere a la manta femenina de diversas formas, tamaños, estilos y colores, que se coloca sobre los hombros y se sujeta, sobre el pecho, con un prendedor metálico muy grande, llamado topo o *tipqui*, en lengua quechua (nota del editor).

10 *Koi*: carpa asiática común (pez de agua dulce), de origen chino y piscicultura japonesa, que en múltiples y variadas formas bellamente coloridas alcanzó fama mundial como especie decorativa. En China se asocia a la prosperidad (nota del editor).

11 *Suche*: pez que habita en el río Suches, que desemboca en el Titicaca, en lengua aimara (nota del editor).

Sucedió un día de invierno,  
 en una tarde cualquiera  
 de un año en el que estaba vivo.

El viento sopló con fuerza  
 y llenó de chusca<sup>12</sup> los cabellos de los cachorros humanos,  
 las negras plumas de mis antepasados y las espinas de los cactus.

Creo que también me robaron la vida;  
 mis majestuosas alas,  
 mi cresta roja de sangre  
 y mi buche marchito,  
 pero también el alma  
 en la que transcurrían mis días de polvo.

Fue algo siniestro  
 lleno de abandonos;  
 pero era mi nido,  
 mi cordillera,  
 mi tierra,  
 mis ríos,  
 mi vida,  
 mi alma.

Y un día también me los robaron...  
 Mis recuerdos del lugar sagrado  
 donde iban los dioses inca en busca del gran *Inti*<sup>13</sup>.

Ya no recuerdo el camino a la muerte  
 y he de vagar a la sombra de una nube  
 cual sudor hecho vapor,  
 a la espera de que, en buena hora,  
 un día sin sol, una noche sin luna,  
 un paso sin camino, una gota sin agua  
 llegue por mí al fin  
 y me alojé en su tiempo sagrado.  
 Aquí, muy cerca de las salitreras.

42 años  
 Alto Hospicio  
**Tercer lugar regional**

<sup>11</sup> Chusca: gracia, donaire y picardía (nota del editor).

<sup>12</sup> Inti: dios Sol en la mitología inca; ocupaba la mayor jerarquía en su visión del mundo (nota del editor).



## San Pedro de Atacama en Séquito

Tania del Carmen Sepúlveda Inzunza

En el ocre desierto  
 un alférez traza el carnaval;  
 muere ayuno-cuaresma  
 y el maíz se abre capullo  
 dando cuerpo a la patasca<sup>14</sup>,  
 que, cual Licancabur,  
 fuma sobre su mesa.

Floreo de banderines  
 que con colorida insolencia  
 se entreteje en el adobe,  
 mientras la vaina de algarrobo  
 refresca las gargantas  
 que avivan quenás y zampoñas.

El pan no espera su turno,  
 se zarandea en las manos  
 de una damisela  
 con trigo blanco...  
 negro...  
 mestizo.

Elegidos están el viejo y la vieja  
 y las coplas carnavales<sup>15</sup>  
 se arrodillan pías  
 en el altar supremo  
 de *Inti*<sup>16</sup>, *Pujillay*<sup>17</sup> y *Pachamama*<sup>18</sup>  
 para perpetuar el oasis.

<sup>14</sup> Patasca: caldo que se prepara con mote en las zonas alto-andinas del Perú, Argentina, Bolivia y Chile (nota del editor).

<sup>15</sup> Coplas carnavales: que se entonaron en los pueblos de Cupo, Caspana, Río Grande, Peina, Ale, Toconao y Talabre melodías en tres sonidos (nota del editor).

<sup>16</sup> Inti: dios Sol en la mitología inca; ocupaba la mayor jerarquía en su visión del mundo (nota del editor).

<sup>17</sup> Pujillay: deidad de la alegría en la cultura inca-atacameña (nota del editor).

<sup>18</sup> Pachamama: Madre Tierra en la mitología inca (nota del editor).

Trifonías<sup>19</sup> danzan a ritmo fértil  
limpiando las aguas  
que ungirán el seco lomo  
del indómito Atacama.  
Poetas y solitarios cantos  
en redondilla<sup>20</sup> y pie quebrado<sup>21</sup>  
recorren el pueblo,  
lentos en abajeñas  
y vivaces en las alturas.

Se vuelve challa<sup>22</sup> el harina  
y revienta en la cara  
con verdadero festejo,  
así como granos de uva  
destilan por los ojos.

Fenece la fiesta,  
la patasca se enfría,  
banderolas son títeres  
arrastradas por el viento.  
El pan queda sin harina,  
el viejo y la vieja no respiran,  
el desierto se seca,  
la poesía se quiebra.  
Y la *challa*...  
La challa se ha ido  
abducida por la brisa  
que tampoco respira.

El alba 365  
traerá entre sus manos  
el sortilegio jolgorio;  
*Inti, Pujillay,*  
*Pachamama,*  
*Licán-Antai*<sup>23</sup>  
lo merecen.

50 años  
Antofagasta  
**Primer lugar regional**

<sup>19</sup> Trifonías: sencillas melodías en tres sonidos llamadas también coplitas carnavales, y que rinden culto a los dioses tutelares Pacha Mama, Inti y Pujillay. La trifonía está asociada a los ritmos de fertilidad, como el convido a la semilla; el talatur (limpieza de canales) y el carnaval, donde personifica al agua (nota del editor).

<sup>20</sup> Redondilla: composición poética de cuatro versos octosílabos, donde el primero rima con el cuarto y el segundo con el tercero. Tipo de copla (nota del editor).

<sup>21</sup> Pie quebrado: composición poética de cuatro versos octosílabos, donde el segundo rima con el cuarto (nota del editor).

<sup>22</sup> Challa, chaya o ch'alla: ceremonia de reciprocidad con la Pachamama que se basa en el acto de regar la tierra u otro bien con alcohol y elementos simbólicos en lengua quechua (nota del editor).

<sup>23</sup> Licán-Antai: vocablo con el que se denomina el territorio de las comunidades atacameñas que utilizaban como lengua principal el cunza, según los primeros lingüistas y viajeros del siglo XIX e inicios del siglo XX (nota del editor).



## Llora la tierra

Irma del Carmen Fernández Cabrera

Cierro mis ojos... para ver  
aquello de antaño,  
cuando se veía llover  
mucho, mucho sin producir daño.

La tierra recibía  
el agua como si fuera bendita  
y todo aquello vivía  
con fulgor, como la humita.

Todo era hermosamente natural  
hasta el polvo que levantaban  
los cascos de los caballos,  
que producían un sonido gutural  
y en cada trote que daban  
aparecían más y más zapallos.

No había caminos, se hacían al andar.  
Todos se levantaban al amanecer  
para producir la tierra; tenían que trabajar  
todo el día hasta el atardecer.

El burro fiel, esclavo del humano,  
trasladaba el agua y los alimentos,  
trabajaba con el hombre mano a mano.  
No había lugar para malos pensamientos.

Se trabajaba en comunidad  
y el dinero no tenía un valor,  
no se le daba prioridad,  
sólo valían la palabra y el favor.

En los corrales había caballos, vacas,  
llamas, burros, cabras y ovejas.  
Y ninguna de estas especies estaban flacas,  
por lo cual no existían quejas.

Crecían esplendorosamente la alfalfa, el maíz y el trigo.  
Con mucho trabajo, sudor y esfuerzo  
del agricultor y de algún amigo  
que trabajaba como refuerzo.  
Hoy, ya eso quedó en la lejanía,  
porque el turismo ha arrasado  
con la naturaleza con su falsa artesanía,  
y todo lo anterior ha quedado en el pasado y pisado.

Con lágrimas secas llora la madre natura,  
ya no se riega la huerta  
y con esto cavan la sepultura  
de esta madre que parece muerta.

64 años  
San Pedro de Atacama  
**Segundo lugar regional**



## ¡Otra vez el Chupacabras!

José Morales Salazar

En el pueblo Las Torcasas,  
bajo la lluvia sureña,  
allá vive la familia  
de la anciana *ñá* Teresa.

Cuando el sol se va a dormir  
saca su mate la abuela  
y en el calor del brasero  
coloca a hervir la tetera.

Chonchón de luz vacilante,  
lluvia de invierno allá afuera  
y tres mocosos con ansias  
de prodigios de la abuela:  
universos fabulosos  
de cuentos y de leyendas.

Pero hoy día, martes trece,  
no es *pa'* mate ni leyenda,  
sino solo de penurias  
por las andanzas malevas  
del siniestro Chupacabras  
que está dejando la crema.

Los labriegos que lo han visto  
ojo al charqui en las parcelas,  
dicen que es como de toro  
su maciza corpulencia;  
que lanzan rayos de muerte  
sus ojos de roja hoguera;  
que tiene pelos *quiscudos*<sup>24</sup>,  
puntas de lanza en orejas,  
colmillos y garras prestos  
para captura de presas.

<sup>24</sup> Quiscudo: acepción que se emplea en Chile para denominar al pelo tieso y rizado (nota del editor).

Y cuentan que el Chupacabras  
en el fundo de ño' Sierra  
entró de un salto al corral  
cuando las ánimas penan.  
Allí mató diez gallinas  
de fina raza montera,  
un pavo listo *pa'l* horno  
y tres patas patulecas.

Sin una gota de sangre  
quedaron las aves muertas,  
como garrafas sin vino  
así quedaron de secas.

Por ahí andan diciendo  
*que'l* famoso Juan lenteja  
solito logró atrapar  
a la alimaña en su cueva,  
que le dio pena matarla  
y no le sacó la cresta  
a cambio de que se deje  
de andar haciendo leseras.

¿Alguien cree lo que dicen  
del loco de Juan lenteja?  
-Manolo, Pancho y Perucho,  
que esta noche hay luna llena,  
aseguren los corrales,  
los chiqueros y las verjas...



## Menú de amor para la semana en el valle del Huasco

Juan Carlos Rivera Ávalos

Te amo,  
es por eso que el lunes cocino un guiso de charquicán con aliños románticos.  
Te amo,  
y así el martes hago un tomaticán con carne de cabra y ensalada de metáforas.  
Te amo,  
por eso el día miércoles preparo una cazuela de gallina de campo con besos fresquitos.  
Te amo,  
y para el jueves cocino con fuego de leña una chuchoca de caricias bien horneadas.  
Te amo,  
y al llegar el viernes hago un mote con huesillos de deseos junto a un vaso de tinto.  
Porque te amo,  
para el sábado preparo una fritanga de merluza con salsa de abrazos y arrumacos.  
Y así,  
al amarte,  
para el día domingo consumamos dos cuerpos exquisitamente bañados en aceite de oliva.  
Porque te amo toda la semana,  
voy pensando en un cocho para nuestras tardes de Atacama.

47 años  
Huasco

**Segundo lugar regional**

<sup>25</sup> Cocho: bebida realizada a base de harina tostada, agua y azúcar (nota del editor).



## Recordando

Adriana Elvira Godoy Guiroux

Ayer pasé por la casa de mi infancia.  
El tiempo cruzó muchas fronteras.  
Mi corazón se alegró de verla con ansia.  
Le dije: “cuánto me alegro de veras”.

Me detuve un instante para observarla.  
La casa que me cobijó en mi niñez,  
de Los Loros a vivir con mi abuela,  
a conocer la ciudad, las victorias y el tren.

Comencé a colonizar mi mente de palabras,  
había aprendido a leer en mi lindo pueblo,  
lleno de luz e ilusión, con mis buenas maestras,  
conociendo las costumbres de la ciudad nueva.

La casa era como un pequeño campo.  
La abuela cocinaba con leña o carbón.  
Con mi hermano y mi prima jugábamos,  
el sitio era de frutales con rosas y cedrón.

Almorzábamos bajo un frondoso damasco  
que nos resguardaba de los rayos solares;  
nos seguía la carnicera que se movía con el aire,  
era una caja con esterilla, para guardar la carne.

La sed era imperiosa, teníamos la destiladera,  
que filtraba el agua en una piedra árida.  
Gota a gota aclara para caer al vaso de greda,  
tomar agua limpia y cristalina, que rica y helada era.



El tren anunciaba su paso coquetamente,  
saludaba con sutileza; la gente salía a mirarlo.  
Un viernes nos llevaba a ver a nuestros padres  
internándose entre quebradas, cerros y ocaso.

Aprendía jugando con mi hermano y prima,  
él con su camión de lata, nosotras con muñecas;  
lo acompañábamos en sus viajes por las cimas.  
Al atardecer escuchábamos los cuentos de la abuela.

Mamá, telegrafista del pueblo, su misión acabó.  
Se vino a completar la familia con nuestro padre,  
pero pronto el Señor se lo llevó a cuidar sus ovejas.  
A nuestra felicidad familiar invadió la tristeza.

74 años  
Copiapó  
**Tercer lugar regional**



## La agonía del Elqui

Manuel Carmona Varela

Si las huellas del inca pudieran  
declamar desde su maestril  
los laureles del Elqui de antaño  
que hoy minado se niega a morir.

Ese Elqui soberbio y galante,  
casanova del litre y la vid,  
coronado de atuendos galantes,  
desbordante de ardor juvenil.

Cómo eran tus aguas ladinas,  
indolentes de canto pueril.  
Como un fiel volantín inocente  
te escapabas burlesco al confín.

Eran aguas traviesas danzantes,  
un tropel bajo ley infantil,  
que dispersas jugaban tunantes,  
era el Elqui un pilluelo arlequín.

Pero el Elqui se ha ralentizado,  
le han robado su vil frenesí,  
cercenando sus alas de ángel  
le han dejado andrajoso y senil.

De tus aguas que antes bebía  
ese valle de voz pastoril  
hoy las ensucia el relave insolente,  
despreciable, ominoso y ruin.  
Agoniza el Elqui afligido:

“¿Qué me han hecho? ¿Por qué he de morir?”  
Mas las brujas picotas no advierten  
que en las aguas se escucha un latir.

Una lágrima en pausa discierne  
una luz para al fin decidir:  
si al verdugo abnegado inmolarsé  
o si hidalgo tenaz resistir.

Y las rocas silentes pregonan  
sin estola ni sobrepelliz  
rogativas en lechos inertes  
letanías a un lento partir.

Las estrellas pasmadas contemplan  
cómo el hombre se ha vuelto servil;  
se ha entregado a una cruel avaricia  
presumiendo de fuerte y viril.

Si las huellas del inca pudieran  
declamar desde su maestril  
los laureles del Elqui de antaño  
que hoy minado se niega a morir.

42 años  
Coquimbo  
**Primer lugar regional**



## Bandurria

Marcelo Arredondo Pozo

Debajo del poncho  
lleno de aceros  
de días y escuelas multiplicadas  
anda el esqueleto  
ya fósil del estudiante  
de colegio público,  
y allá en la morenidad  
un ave vuela volcando el tiempo:  
es esta nota que no deja de resonar.  
Un aprendizaje diciéndotelo  
con la verdad tejida,  
¿recuerdas el punto cruz?  
El tejido de lana, fibra por fibra,  
de un algodón  
que generaba *chalecas*  
para el invierno;  
una *chaleca* café con crema  
abotonada, con un pantaloncito  
que hacía juego en la tarde  
mientras se oía cantar a las bandurrias del valle.

32 años  
Monte Patria  
**Segundo lugar regional**

# Memoria de los labradores muertos

Ismael Efrain Rojas Carvajal

Que románticos suenan los tiempos  
de labriegos que no volverán  
a vibrar al dejar la semilla  
en la tierra que sacia de pan;  
ni el poema de lluvia pausada  
sobre el campo verán germinar,  
ni el trigal ondular con el viento  
junto al rojo fogón del hogar.

Fue del campo tan grande la dicha  
que no había otro afán que sembrar,  
abundaba en la mesa de álamo  
la tortilla de harina candeal;  
y en las ascuas de añoso brasero  
se fundía, pausado y en paz,  
fresco queso de cabras criollas  
para hacer los sentidos danzar.

Su memoria de tierras caducas,  
olvidadas por siempre jamás,  
va ceñida al desdén con el surco  
implacable de la soledad;  
campo fértil en piedras y polvo  
*do*<sup>26</sup> la muerte encontró su nidal,  
dibujando en la era el silencio  
si el molino no vuelve a girar.

Pero vino el cambio climático  
con su fuego de sol infernal,  
con la ausencia total de la lluvia  
nada bueno se puede esperar;  
solo excita el recuerdo lejano  
añoranzas de tiempos sin par,  
donde el hombre, la tierra y el cielo  
convivían, decentes y en paz...

57 años  
Combarbalá  
**Tercer lugar regional**

<sup>26</sup> Do: apócope de “donde” en castellano antiguo (nota del editor).



## Vakai, la primera madre de Rapa Nui

Sandra Sofía Abarca Faría

*Del tiempo y del espacio...*

Asombrada miré cómo los hombres,  
al llegar a la tierra prometida  
del sueño que *Haumaka*<sup>27</sup> les contara,  
hicieron con sus manos maravillas.  
Les vi sembrar el campo pedregoso,  
armar los *manavai*<sup>28</sup>, tirar semillas,  
tejer la red, pescar, bajar el cráter  
buscando la ración de su comida.

Vi a la mujer cargando calabazas  
para llevar el agua de la vida  
de un claro manantial hasta su casa.  
Su pelo con flores encendidas.  
Los niños, las historias de los *koro*<sup>29</sup>  
La risa, las canciones de las *nua*<sup>30</sup>  
Los jóvenes, sus formas, sus encantos.  
Las doncellas y su piel desnuda.

Guarda también mi memoria reseca  
los gritos del espanto y del dolor.  
Yo vi venir los barcos extranjeros  
y esclavizar mi gente hasta el terror.  
Mis ojos han llorado despedidas  
de todos los que nunca volverán:  
los sabios, los astrónomos y artistas,  
y hasta el último rey de este lugar.

Del parto y la consagración...

Ha llegado el momento, mi niño, de alumbrarte;  
de mostrarte a los otros sin más que mi dolor.

<sup>27</sup> Haumaka: visionario consejero del rey Hotu Matu'a, quién le señaló la existencia de la isla, para su colonización (nota de la autora).

<sup>28</sup> Manavai: palabra compuesta. Mana significa poder y vai significa agua; nombre que reciben los cilindros de piedra utilizados para plantar bajo tierra en idioma rapanui (nota de la autora).

<sup>29</sup> Koro: anciano; hombre sabio, con experiencia; adulto respetable en idioma rapanui (nota de la autora).

<sup>30</sup> Nua: anciana; mujer sabia, experimentada; adulta respetable en idioma rapanui (nota de la autora).

Pero, por tu llegada, seré la mujer fuerte,  
seré la rama firme del árbol del amor.  
Ha de ser por tus venas, mi niño del encanto,  
por donde corra el tiempo que no tiene final.  
Serás muy orgulloso, caminarás erguido,  
mirarás a los ojos y no te rendirás.

Serán otros los crueles, los esclavizadores.  
Serán otras las naves del odio y del terror.  
Pero, tú eres 'Ariki<sup>31</sup>, un rey, un visionario.  
Eres el elegido, doblegarás el sol,  
dominarás los mares, esculpirás a Dios.  
Como todos los reyes que un día gobernaron  
la isla del misterio del centro del asombro,  
tú nacerás de pie y te abrirás camino  
con poder en el alma, con el peso en los hombros.

¡Oh Rapa Nui! ¡Oh Rapa Nui!  
¡Desde aquí grito hoy día el gran poder del hombre  
que firme ha sostenido al Ombligo del Mundo!  
¡Oh Rapa Nui! ¡Oh Rapa Nui!  
Mira cómo se asoman sus pies por mi vagina.  
Mis ancestros han dicho que así nacen los reyes.  
Enfrentan este mundo parados con firmeza,  
y nunca se arrodillan ni bajan la cabeza.

Soy Vakai<sup>32</sup>, la estatuilla de las piernas abiertas,  
soy el fiel testimonio de una cultura viva.  
Este es el parto eterno de la madera vieja,  
expuesta en los museos y jamás comprendida.  
Represento la vida de mi pueblo que sueña  
con volver algún día a su antigua grandeza,  
con su gran travesía, con grandes monumentos,  
con sus ritos sagrados, con la piedra hecha templo.

53 años  
Isla de Pascua  
**Primer lugar regional**

<sup>31</sup> 'Ariki: rey, alguien de linaje real en idioma rapanui (nota de la autora).

<sup>32</sup> Vakai: nombre de la esposa del Rey Hotu Matu'a, conquistador de Rapa Nui, quién fue la primera en dar a luz en la isla (nota de la autora).



## Mi pueblo en poesía

Yanara Ximena Cristal Domínguez Vásquez

Una oda de vecinos, una oda de hermandad,  
unidos por una oda negra de pura verdad;  
carbón, carboncito y carbonada, vida con tradición,  
ganándose la vida en mi lindo Pucalán como una misión.

Como el hornito de barro que calienta el pan,  
las empanadas al son de un lindo vals,  
cuecas y tonadas, esas cosas de mi país  
que lo hacen único, original y feliz.

La comunidad de mi gente entre sí  
es muy sincera, aunque no se conozcan tan así;  
me llama la atención mi Pucalán querido,  
cómo cuida la tierra de sí.

Las granjas de mi hermoso pueblo  
cría que cría, criadores, criatura,  
desde el silvestre al doméstico  
dicen que ellos les dan los bienes y parabienes.

Pucalán, Pucalán, mi hermoso lugar  
libre, como libre de negra nube,  
como libre en los cerros y picos montañosos,  
como una vida libre tuve.

Campos de mi Pucalán,  
juego al aire libre mi momento especial y mágico,  
gente juega que juega al trompo, rayuela, rodeo;  
sólo se divierten y nada más.

Recorrer a caballo a mi pueblo Pucalán,  
sus cerros,  
pues la tranquilidad es única,  
no es nada para comparar.

Yo amo ver la fuerza, esa fuerza  
con la que toros y huasos acarrear la leña,  
como si esa leña  
no pesara nada, la nada.

Encantada estoy de estar en los establos de mi querido pueblo,  
ya que en ellos puedo ver como ordeñan a las vacas, burras y cabras;  
lo más rico es que ya han de hacer los quesillos  
para toda la familia.

En mi hermoso Pucalán puedo disfrutar de un hermoso amanecer  
al compás del canto de los pajaritos,  
pero al salir el alba el rey gallo empieza con su canto,  
ese canto que avisa que ya es hora de levantarse.

En mi amado pueblo los ancianos dicen:

“Mi táctica es mirarte para aprender cómo eres, para quererte,  
hablarte y escucharte, porque sé que en tu recuerdo y vida estaré.”

Es bello, ya que está hablando de la tierra como de sí mismo.

En mi pueblo ya puedo ver una cosa,  
esa cosa que me emociona tanto,  
ver a los huasos al trote de sus caballos,  
pues en unas pocas horas el rodeo comenzará.

Corre, corre viento en mi Pucalán querido,  
como jugando a quien vuela, vuela y eleva al volantín al cielo;  
corre, corre niño detrás del volantín cortado  
que vuela, vuela con mucho miedo.

En mi pueblo se ponen personas a payar,  
esos son los hermosos versos que quedan por años:

“Voy a cantar estas payas que del corazón han brotado,  
pues ya empieza a oler a peumo florido y campo recién arado”.

Y así con una paya termino de hablar de mi pueblo:

“Brindo dijo el huaso, aunque no tenga mucha educación,  
otro huaso hubiera *cantao* si en mis tiempos hubiera habido inclusión”.

En mi querido Pucalán la vida es muy sana, ya que nunca pasa nada.

16 años  
Villa Alemana  
**Segundo lugar regional**



## Mi gallina Patata

Isidora Ponce

Yo tenía, en el campo de mi abuela  
un caballo, una gallina y una pata,  
pero la más regalona  
era mi gallina Patata.

Mi gallina Patata  
era mi preferida de niña,  
yo buscaba sus huevitos  
y a cambio le daba comida.

Mi querida Patata  
se paseaba y se paseaba  
y un día me despertó  
con su huevito en mi cama.

Tuvo muchos pollitos  
mi regalona Patata,  
y cuando mi abuela la quiso cocinar,  
con mi gallina en brazos me puse a llorar.

11 años  
Nogales  
**Tercer lugar regional**



## Ya no le importa al patrón

Oswaldo del Carmen Rojas Riveros

I

Hoy le sacaron el yugo  
al Tordillo y al Cascabel,  
hoy los llevan a vender  
los viejos bueyes del fundo.  
En mi sentir más profundo  
es enorme mi desazón  
que soporta mi corazón  
que los trató día a día.  
Ver que su jornada y la mía  
no le interesan al patrón.

II

Al Tordillo se lo llevan,  
lo compra *pa'* costillón  
un conocido amansador  
vecino de San Esteban.  
Al Cascabel se lo ceban  
y lo suben a un camión  
sin ni una consideración  
*pa'* llevarlo al matadero,  
porque su trabajo casero  
ya no le importa al patrón.

III

No interesan sus desvelos  
*pa'* mover los fardos de paja,  
las rumas de piedra laja  
o si el frío quema el ciruelo.  
Con la tierra llena de hielo,  
aún así tiene que arrastrar,  
sudando días sin parar,  
aquellos troncos gigantes  
que aparecen por delante  
y que dificultan sembrar.

IV

“Son bueyes envejeciendo”,  
dice el patrón decidido,  
cada vez con menos motivos  
*pa'* estar en el fundo viviendo,  
mientras aquí estoy yo viendo  
al Cascabel que me mira  
como pidiendo lo siga  
sin entender la razón,  
porque se lo lleva el camión  
y no le interesa al patrón.

71 años  
Ñuñoa

**Primer lugar regional**



## La sonrisa de la Pincoya

Danae Montserrat Lobos Arévalo

La Pincoya ha sonreído  
dando rienda *pa'l* festejo,  
harta chicha y más cortejo.  
El Pincoy trajo mariscos,  
chancho, carne y choricillo,  
obligando al Trauco malo  
traer la papa y el milcao.  
El chonchón hizo el hoyo,  
y, de hechizo midió el fondo,  
un cazo lleno de pactos.

¡Pájaro de mal agüero!  
Saca queso y sal, ofrece  
que el brujo va y se enloquece.  
Ya salvados del muy terco  
tiraron piedras *pa'l* lecho  
para después calentarlas.  
Las hojas son ordenadas  
por manos frías de brujas,  
que toman *pangue*<sup>33</sup> y lo estrujan  
poniendo alimento en nada.

De abajo hacia arriba, en orden,  
frutos del mar, tierra y cielo  
armoniosos van dispuestos  
*pa'* la cocción. Es que, entonces,  
entre chamullos y amores,  
la fiesta aviva en cahuínes.  
El Trehuaco<sup>34</sup> ladra y ríe,  
huele olor antes que todos,  
piensa en probar picoroco  
y gira entre tanto chiste.

<sup>33</sup> Pangue: nalca (nota del editor).

<sup>34</sup> Trehuaco: de acuerdo a la mitología chilota es un perro que vive en el fondo de una laguna próxima a Yaldad (nota del editor).

Algo cesa la conversa;  
 la Huenchula<sup>35</sup>, de pie, grita:  
 “¡Está lista la comida!”.  
 Millalobo<sup>36</sup> bala cerca  
 y acomoda en la gran mesa  
 a *familiare*' e invitado'  
 que ayudaron *pa'l* curanto.  
 Bien llena y tiesa la guata,  
 conversaron a otra tanda  
 historias que son de antaño.

Bien elevada la luna  
 se fueron con la promesa  
 de regresar a la mesa  
 el otro año en una junta  
 luego que meses desunan.  
 La Pincoya vio al Caleuche  
 mientras la luna era tenue  
 y bailó en pos de las olas  
 invitando encantadora  
 con el canto del queltehue.

25 años  
 Santiago  
**Segundo lugar regional**

<sup>35</sup> Huenchula: de acuerdo a la mitología chilota, Huenchula era una muchacha de la zona de Cucao (costa occidental de Chiloé) que tenía amores con un ser acuático (el Millalobo). Fue secuestrada por él y convertida luego en guardiana de la fecundidad del océano, dando a luz a Pincoya, Pincoy y Sirena (nota del editor).

<sup>36</sup> Millalobo: de acuerdo a la mitología chilota, Millalobo fue investido por Caicai-Vilu como dueño absoluto de los mares. Se le describe como un extraño ser, del tamaño de una foca grande, con el rostro parecido al de un hombre y al de un pez al mismo tiempo (nota del editor).



## Arado de palo

Emilio Narváez Vilches

Cuando el arado de palo supo del recién llegado,  
entendió, justo en el acto, que su fin había llegado  
porque, además, también vio, que era de hierro  
el extraño...

Más tarde se informaría –por molestos comentarios–  
que pese a su consistencia, resultaba más liviano;  
los bueyes estaban ganosos y feliz el propietario...  
“Que hacía surcos derechos, que era muy equilibrado,  
porque tenía una rueda al extremo de su largo  
que le daba gran apoyo y no dolían las manos...  
Que calaba más profundo, que rendía en el trabajo;  
que iba volteando la tierra y aparecían gusanos...  
Y que tiuques y zorzales se daban banquetazo  
y hasta tordos, chincoles, loicas, piaban de gusto  
en el campo...”.

Así pasaron los días, los meses y algunos años,  
mientras él se consumía en el rincón de los trastos.  
Allí estaba la guadaña con su filo desgastado  
por incontables jornadas cortando bajito el pasto.  
La hoz que segaba el trigo y avena de talle largo,  
la vieja hacha “ojo partido” con el astil magullado  
por los cortes a la leña para hacer fogones de antaño...  
Se acostumbró a la compañía de cachivaches variados:  
cuñas que partieron troncos, combos de bordes  
quebrados.

Palas trizadas, por medio, yugos de uso prolongado, casi  
a punto de romperse, por los años de trabajo –todavía  
olor a lingue–, serruchos, muebles de mimbre, azadones viejos sin mangos;  
horquetas emparvadoras de trigo, cebada o pasto;  
eslabones de cadenas por el esfuerzo trinchados  
y un sinfín de otros pertrechos, que su dueño fue guardando  
(quizá por el fiel recuerdo de lo bien que se portaron...).

Con este buen pensamiento, a su fin, se fue habituando.  
Pensó, más bien se diría, estuvo reflexionando,  
que pasó una buena vida, aún en momentos malos...  
Sanó bien sus heridas, pese a estar todo parchado...  
Que su madera de ulmo sería un recuerdo grato  
(porque en los bosques talados, que no tuvieron resguardo  
no había, en esos momentos, ni siquiera de milagro,  
esas maderas nativas, preciosas, que eran un encanto...).

Por su propia iniciativa y ejemplo de algunos trastos,  
el vetusto arado de palo no se alimentó de envidia  
ni acuñó deseos malos  
por quien le cambió la vida...

Más aún, fue solidario, ese negro día aciago,  
en que en aras del progreso el robusto arado de fierro,  
igual que él,  
fue reemplazado...

Llegó un arado de discos a un tractor  
enganchado...

Pasa el tiempo y toda vida labra su propio legado...

78 años  
Maipú  
**Tercer lugar regional**



## Marchigüe de tradiciones

Luis Humberto Fuentes Castro

Señores, vengo a brindar  
por mi gran pueblo Marchigüe,  
donde cantan los chirigües  
su trino particular  
y también suelen cantar  
bellos molinos de viento;  
parece tierra de cuentos  
con magia tan evidente.  
Marchigüe dice presente,  
en el corazón lo siento.

Gran pueblo de tradiciones  
con sus más bellos encantos.  
Con fervor elevo el canto,  
Marchigüe, alma de canciones.  
Hoy vengo con ilusiones  
a recorrer sus caminos,  
la ciudad de los molinos,  
pueblo de mi bella infancia;  
de los espinos fragancia,  
de sus tierras el buen vino.

Casas vestidas de tejas,  
el tiempo deja sus huellas,  
bajo el sol y las estrellas  
una historia se refleja;  
los campos con sus ovejas,  
los trigales de oro puro,  
el campesino seguro  
no vacila con sus pasos  
y bornea bien su lazo  
para lacear futuros.

Marchigüe suena bonito  
en el arpa y la guitarra,  
en el canto, la chicharra,  
en el huaso con su grito.  
Fuerte el corazón agito,  
en rodajas las espuelas,  
en esa antigua vihuela  
y en el canto popular,  
gran pueblo para soñar  
lo que el corazón anhela.

El pueblo de artesanías,  
tejedoras de chamanto;  
hoy mi copa ya levanto,  
es Marchigüe poesía.  
Apacibles son sus días  
y brindo por la memoria  
de quienes han hecho historia:  
gente amable, muy sencilla,  
donde el sol y el alma brilla  
con gran esplendor y gloria.

Mejores valles del mundo  
los halla aquí el planeta,  
Marchigüe tierra y poetas  
con sus versos muy fecundos.  
A vivir cada segundo,  
aquí hay buenas energías,  
el gallo saluda el día  
animando al campesino;  
claro estoy, que no alucino  
que es bella la tierra mía.

54 años  
Marchigüe  
Primer lugar regional

## Entre álamos y pámpanos

Paula Elizabeth López Romero

Las uvas se extienden  
donde anida la guala.  
Canastos llenos de grano,  
notas de ciruela en un vaso.  
Nervadura de hojas trepadoras  
embriagan la tierra.  
Las manos cosechan  
bajo el sol de verano.

Se hila la hierba en las acequias,  
los soles giran al caer la tarde  
dorando los cerros  
las ramas de aromo.  
Las líneas de álamos  
cercando los maizales  
en los fértiles terrenos cultivados  
donde crece el trigo, la totora y el cardo.

Así nos criaron en Callihue  
La Lajueta, Apalta, Guindo Alto,  
*pa'* recoger los pámpanos maduros,  
moler la chuchoca *pa'l* caldo,  
amasar las churrascas,  
deshojar albahaca *pa'l* tecito,  
recoger los huevos azules  
*pa'l* encebollado.



Mi abuela vendía güañacas<sup>37</sup> en Los Maitenes,  
donde crecían los cóguiles y los maquis.  
Mis pies aprendían las primeras canciones  
quebrando las escarchas de mosto.  
Nuestros dedos limpiaban lentejas  
garbanzos y curagüa<sup>38</sup>  
Se apiñaba la leña *pal* invierno  
en un rincón de la casa.

Se revolvía el tinto con harina tostada  
se hervía en una olla con canela y naranja.  
Una vez cocido en greda  
se guardaba en damajuanas.  
Hoy en Santa Cruz  
se descorcha en la plaza  
y se guarda en el corazón,  
en el corazón de Colchagua.

34 años  
Santa Cruz  
**Segundo lugar regional**

<sup>37</sup> Guañaca: plato típico consistente en harina tostada de trigo o de maíz en caldo caliente de carne de chanco, o, si se carece de este, en agua caliente (nota del editor).

<sup>38</sup> Curagüa: especie de maíz con el que se prepara harina (nota del editor).

## Don Abelino

Rodrigo Alejandro Torres Garrido

*Esbozando una sonrisa  
su estampa, don Abelino,  
luce en sombrero y camisa  
por el suelo coltauquino.*

I

Pudo haber sido mi abuelo...  
Yo imagino que lo es  
cuando, al caminar, sus pies  
se vuelven parte del suelo.  
El tiempo puso en su pelo  
pinceladas de ceniza  
que, sin lentitud ni prisa,  
lo hacen más tierno que rudo,  
al obsequiar su saludo  
*esbozando una sonrisa.*

II

Su sombra es luz verdadera  
en la mañana rural,  
cuando arrea a algún eral  
al brezo o la vaca overa.  
Y si voy a la carretera  
me grita desde el camino:  
“¡Hola! ¿Cómo está, vecino?”,  
me ilumina el corazón,  
si el día lo alegra con  
*su estampa, don Abelino.*

III

Cordial vecino y buen hombre,  
valioso como un rubí,



sabio sin saber ni cómo  
 se escribía su nombre,  
 hace que el cielo se asombre  
 de su fe rezando en misa:  
 y cuando el verano atiza  
 sus domingos de calor,  
 sentado en el corredor  
*luce sombrero y camisa.*

## IV

Sale a regar cada día  
 antes de que los primeros  
 rayos besen los potreros  
 con fe, agua y alegría.  
 Pero, aunque la economía  
 no da siempre un dulce trino  
 y el surco sea mezquino,  
 atesorando experiencias  
 ha sembrado sus vivencias  
*por el suelo coltauquino.*

*Despedida*

Qué gusto estrechar tu mano  
 sabiendo que tu amistad  
 no sabe de falsedad  
 ni de promesas en vano.  
 Como álamo en el llano,  
 recto y noble siempre has sido;  
 por eso, viejo querido,  
 este homenaje te ofrezco,  
 mientras a Dios agradezco  
 por haberte conocido.



## Bosque

Teresa Elizabeth Cornejo Valdés

Una suerte maldita evoca  
el insolente momento de la amargura olvidada, entonces el bosque abre paso a la magnífica  
presencia,  
esa que escondiste con esmero.

Descontrol eterno,  
emerge el desconsuelo,  
tímida sonrisa opaca donde nada cabe.

Entonces,  
la lágrima guardada llega en silencio  
irrumpe como forastero tras los cerros redondos  
transformándose en aguacero  
sonoro, aturdidor, fulminante.

El cuerpo se entrega,  
sucumbe ante la fuerza de la tristeza,  
juega al abandono abriendo las heridas,  
recordándolo todo  
con detalles abismantes.

La palabra sonora es ahora duro peñasco  
sobre el cuerpo adormecido.

Escapas de este sueño infame,  
escapas de esta feroz letanía de tortura y muerte.

Eres un alma doliente  
en loca carrera hacia la salvación.



Detrás de las colinas el bosque se cierra  
las heridas manan como volcanes  
incinerando al monstruo del recuerdo,  
humo que empaña aún más los días;  
lágrimas vivas aturden hasta el olvido.

Entonces el cuerpo se despierta  
devastado, mutilado,  
perforado por la balacera de los recuerdos.

-Sin trinchera no hubo refugio-  
-La batalla ha sido en el despoblado-

Ahora,  
el corazón herido sangra en el claro del bosque.

49 años  
Talca  
**Segundo lugar regional**



## Elogio a ti, maestra rural

Juan de Dios Muñoz Norambuena

*A aquellas maestras pobres de las escuelas rurales que son esforzadas madres de hijos ajenos, escondidas e ignoradas del mundo entre los montes y valles, lluvia y lodo, solo alegrado por los gritos de los niños que el viento se lleva cantando por el valle y las arboledas de álamos.  
La labor de madre queda siempre sin indemnizar, sin pagar.*

Maestra, fuiste madre de hijos ajenos,  
rebozó tu corazón de amor y dulzura  
y cubriste su frío con tu rebozo nuevo,  
calmando pueril llanto en tu ternura.

Limpiaste su cara herida de frío  
en meses de invierno, de nubes y llanto,  
cuando llora el cielo amargo y herido,  
y ya lo curaste con amor y encanto.

Secaste sus ojos, lo viste sufriendo  
por su madrecita que no está a su lado,  
lo abrazaste maternal gimiendo  
y le diste besos, así lo has calmado.

Un día te avisaron de un niño llorando,  
estaba en el baño llorando encerrado,  
y lo desnudaste, le conseguiste ropa,  
con cariño pudiste dejarlo calmado.

Los niños llegaron un día a contarte  
que el niño sufrió un fuerte porrazo,  
que tenía dolores en toditas partes  
y que yacía tumbado en el patio.

Y dejaste tu tarea así tan inconclusa,  
corriste clamando. Era tu dolor,  
y lo levantaste aprisa, unido a tu blusa,  
que tiñó de sangre tu roto corazón.  
Le curaste suave su frente sangrante,  
con manos de ángel le dabas cariño,



los besos y mimos de una madre amante  
así contentaron su corazón de niño.

Por momentos pensabas que tu hijo era  
el que estaba herido con ojitos tristes,  
tu mente no atina de buena manera  
pero sabes que aporta eso que le diste.

Piensas en tus hijos que esperan en casa  
mejorar la gripe, virus sincicial.  
Deberás correr exhausta y sin pausa  
hasta la farmacia, luego al hospital.

Les diste vida nueva con las letras,  
guiaste su mano en la escritura,  
perdonaste ofensas, elevaste metas  
y velaste sueños de humildes criaturas.

Grande es la tarea, Maestra rural,  
debes ser maestra y también la madre  
de niños que lloran y que piden pan,  
el pan que reclaman como vulnerables.  
Les mostraste al Dios que perdona,  
que levanta, que ama, que cura;  
tu vocación de servir salió de tu alma  
y repartióse en todos formando cultura.

Y sueñas con ellos, que maduros vuelven  
hasta ti, madre plena de dulzura,  
a decirte: “gracias, mil gracias maestra,  
por labor inmensa, por tu gran ternura”.

Pero nadie viene y llega la tristeza  
y la lluvia moja tus ojos de amargura.  
¡Que Dios te bendiga, mamita maestra,  
por hacer de la escuela hogar y ternura!

## Mortandad

Romina Contreras Orellana

La áurea fuente minal  
que ahora yo rememoro,  
mandose un vasto condoro  
al convertirse en viral.  
Aquel hispano rival  
se enteró de la verdad  
y actuó con ferocidad;  
castellano cualesquier  
que se atrevió a sustraer  
la riqueza con ruindad.

De su interior abisal,  
al son del ave canoro,  
extrajeron sin decoro  
siguiendo orden imperial.  
El picaflor habitual  
presente en cualquier edad  
mira con estoicidad.  
Al Ñuble ve converger  
y al extranjero extraer  
con total impunidad.

Coihueco es el nombre actual  
de la comuna que exploro,  
en la rima que elaboro  
sobre una historia rural.  
El Ejército Real,  
por las guardias con frialdad  
marcharía a la *cibdad*<sup>39</sup>.  
Gracias a su *bienfacer*<sup>40</sup>,  
el mapuche canceller,  
les detuvo con mohindad.

<sup>39</sup> Cibdad: ciudad en castellano antiguo (nota del editor).

<sup>40</sup> Bienfacer: buen actuar en castellano antiguo (nota del editor).



La batalla fue campal  
y el castigo no indoloro,  
perdió el río lo incoloro:  
rojo se tornó el canal.  
El eco del arsenal  
muestra aún su actividad  
en la atroz nocturnidad.  
¿Cómo aquello pudo ser?  
Tanta muerte por doquier  
sonando en la eternidad.

Todavía trona el mal  
y su quejido sonoro,  
esto yo os lo corroboro  
pues oí el trote infernal.  
Otra matanza grupal  
humilló a la humanidad  
y la hirió de gravedad.  
Tras ese lúgubre afer  
después del anochecer  
se oye la brutalidad.

Aprendizaje crucial  
éste que nos asesoró:  
recela siempre del oro  
y su espíritu brutal.  
Este sádico metal  
no sostiene lealtad,  
solo demuestra crueldad.  
Sabiduría postrer,  
el mundo debe aprender  
la historia de mortandad.

27 años  
San Fabián  
**Segundo lugar regional**



## La Trilla

José Luis Montes Verdugo

Montado en el Garabato  
subiendo y bajando lomas  
el cura Ricardo Sammon,  
un gringo de asiento duro,  
pena por todo el secano  
el calendario completo,  
pues al final de sus días  
se disolvió en Portezuelo.

Enrumba del cementerio  
y en las lomas de Llahuén  
se escurre en el caldo de papa  
cuando empieza a amanecer.  
Se baña en el harinado  
infiltrándose en la sangre  
de los que cortan espigas  
y van haciendo las parvas.

Suena en la huasca del arreo  
que pica a las yeguas sueltas,  
también en el griterío  
que va animando la fiesta.  
Desentona a los cantores  
y a sus guitarras traspuestas,  
alivia la polvareda  
con pipeños y mistelas.

Fundiéndose en el fogón  
divierte a las cocineras,  
borboteando en los hervidos  
y en la porotá' con riendas,  
ablandando el cuero de chancho  
infaltable en la contienda.  
La mesa igual para todos  
fue una parte de sus reglas.

Antes del almuerzo obliga  
hacer un brindis por Dios,  
hay que ser agradecido  
cumpliendo la tradición.  
Campesino y resignado,  
previo al conteo de almudes,  
atinar que lo divino  
no es el cáliz sino el vino.

Después entre cueca y cueca  
ayuda al viento a soplar  
dando contexto profundo  
al arte de separar  
lo que es paja, lo que es trigo,  
lo humano, lo celestial,  
y manda acostarse al sol  
para aplacar la calor.

Tambores de una diablada  
retumban en el secano  
dando cuenta a todo Ñuble  
que no ha muerto el cura Sammon.  
Él preside la vendimia,  
encuentros de payadores,  
cuasimodo en bicicleta  
y todas las tradiciones.

64 años  
Chillán

**Tercer lugar regional**



## Cuando el diablo andaba suelto

Adela del Carmen Bascuñán Godoy

Cascos sonoros y lentos tronando por el camino.  
Un caballo que se acerca a lo lejos, por mi espalda.  
Sombra gigante en la noche  
entre árboles erguidos como enemigos malditos  
a ambos lados del camino.

Manta de castilla negra, con su brillo fantasmal;  
sombbrero de alón gigante cubriendo un solo ojo  
de ese jinete que emerge de las fauces del infierno  
montando un caballo negro, inmenso e insolentado,  
que brilla y escupe fuego contra la luna y el cielo.

Gigante es la soledad del campesino que vaga  
con la tristeza y la angustia zapateando ahí en su pecho,  
mientras recorre en silencio buscando pan y sustento  
en el ataúd silente de la noche que palpita  
entre caminos y montes en nuestros campos chilenos.

Retrocede el jinete recio ante tamaña figura,  
¡y escapa su corazón por la boca y las orejas!  
¡La cruz bendita de Cristo me asista en este momento!  
Nada puede este mandinga mensajero del averno.  
Diosito hazte presente para librarme de esto,  
déjame llegar siquiera al calor de mi ranchito  
para morirme de a poco como mueren los cualquiera.  
Muerto de hambre, de olvido y de soledad,  
pero en un día soleado, con mi hacha y con mi arado,  
junto al recuerdo sagrado de aquella que ya no está.  
El campesino contento de vivir un día más,  
ganándole a sus tormentos, al hambre, a la oscuridad,  
así vino a contarnos el cuento del diablo sombrero alón.  
Yo le creo, verdad de Dios, me espanto, sufro y me río,  
mientras él se traga el tinto y empanadas por montón.



## Entre el gallo y las gallinas

María Lorena Poblete Bustos

Cada mañana temprano nos anuncia el nuevo día  
con su pescuezo hacia el cielo entonando un dulce canto  
ese gallo que despliega su colorido plumaje  
es quien indica la hora a nuestra gente del campo.  
Es tiempo de despertar, el alba está despuntando,  
la faena es ardua y larga y hay que empezarla temprano.  
En medio del gallinero una gallina empollando  
bajo el calor de sus alas los huevos está entibiando.  
En lo alto suspendida la de cogote pelado  
balanceándose dichosa, encaramada en un palo.  
La trintre que luce altiva su plumaje muy rizado,  
la castellana que, echada, bajo el ala está cuidando  
a unos pollos amarillos que pían bajo su manto.  
Huevos blancos y verdosos, otros de tono azulado,  
día a día el campesino los irá recolectando.  
No ha de faltarles el agua, el alimento de grano,  
y lombrices que aparecen cuando ellas están pastando.  
Se acuesta con las gallinas, se levanta con el gallo,  
no necesita manillas nuestro reloj en el campo.

57 años  
Penco

**Segundo lugar regional**



## El llanto de Quiñenco

Samuel Alejandro Suazo Vargas

Allí donde la polución ha besado el borde  
de su manto, cercándola como a una presa  
y quebrantando sus aguas vírgenes al  
imprimirle su punzante tacto, reposa en  
los pies de Nahuelbuta, mancillada y resentida  
por agravios, la laguna triste, maliciosa,  
detonadora de abundantes sobresaltos.

Quiñenco es el nombre de esas lágrimas  
dulces que danzan con sosiego, venenosas  
se tornan cuando con altivez las desestima  
el extranjero, pero aún esté la rabia presente  
en ese semblante teñido de plata, desnutrido  
y con muecas propias de un talante fiero, no  
titubean sus ondas para llenar la copa del sediento.

Lejana está de la molesta presencia del  
coronelino, allá donde la ciudad retrocede y  
la naturaleza arremete con gritos, oculta  
detrás de un batallón de robles y campos  
descoloridos, guarecida por vacas insaciables,  
adornada con juncos, cardos en sus verdes  
costas, jacintos que se ahogan con alivio.

Deshonrada se halla por las caricias del  
vecino, vulnerable ante el roce sucio que  
desgarra sus blancas ropas como un cuchillo,  
ensangrentada por los desechos que le arrojan  
con premeditada vileza; asfixiada en las noches  
por el canto de los grillos, asfixiada en los días  
por el hedor que desencadenan los residuos.

Vengativa se encuentra por la sangre  
derramada de su antiguo pueblo, paraíso  
multicolor que lloró hasta abarrotar de

gotas la cuenca que sujeta su gran peso,  
lugar místico que oyó los quejidos incesantes  
del araucano, región rural que acalló la  
voz de sus aguas límpidas por largos años.

Quejumbrosa ha mudado esa inocencia en  
cenizas, rebelándose con actos que hoy le  
han atribuido la fama de asesina, castigando  
asimismo el degradante mito de que nació  
por causa de copiosa orina, sumergiendo  
inmisericorde, hasta lo hondo de sus negruzcas  
entrañas, el alma de aquellos que nadan  
desdeñando su bella piel endemoniada.

Decenas de viajeros han perecido en sus  
acuosos brazos, los granjeros que habitan  
muy cerca no se le acercan ni con el mayor  
recato, pues sabida es en el territorio la hambruna  
del ojo del mundo, absorbiendo vidas con los  
tentáculos de su iris azul al respirar ese olor  
nauseabundo; de conocerla las huestes españolas  
de inmediato habrían solicitado el indulto.

Así es el panorama en este universo divino,  
atemorizante para quienes respetan su cuerpo  
por advertencia de los lirios, enjuto el camino que  
lleva a sus faldas resguardadas por tajante aviso;  
en su yerro el humano ha hecho caso omiso, dado  
que la laguna ha suprimido las huellas, de los crímenes  
perpetrados en antaño con indolencia, renunciando al  
amor de sus apagados peces y sin hacer penitencia,  
ya los presos no pueden demandar clemencia.

23 años  
Coronel

**Tercer lugar regional**



## ¿Dónde están los niños?

Fabiola Andrea Flores Ulloa

¿Dónde están los niños?, me pregunto.  
¿Dónde está Nahuel y Lautaro?  
De niña cuando jugaba a la ronda y a la escondida  
oía a Nahuel junto a Lautaro.  
A uno le faltaba el agua,  
al otro el pan.  
Hay coincidencias que no lo son,  
ahora veo cosas que cuando pequeña no  
y me invade la vergüenza, el dolor;  
no sé quien soy.

¿Dónde está Antilaf?,  
quién un día arropó a mi hermano indolente,  
lo unió a su vida y le dio un hogar.  
¿Dónde estará?, me pregunto en silencio.  
Sé donde está:  
en la pobreza, abandonado,  
buscando el pan,  
buscando todo lo que siente perdido  
en el alcohol, en una soga,  
en un cima sin refugio,  
sin dibujo de futuro con el que soñar.

¿Donde están los niños que un día soñaron?  
¿Dónde están los niños que no pudieron soñar?  
¿Dónde están?, grito dentro de mí.  
¿Qué le pasa al mundo que hace añicos  
a cuerpos inermes, inocentes?  
Este mundo que lo desfigura todo,  
las sonrisas y los sueños;  
transforma lo bueno en lo malo,  
lo digno en vergüenza,  
la identidad en extravío.

Este mundo tan punzante  
arremete y se roba todo.  
En este mundo no hay nada para algunos,  
nada, excepto la flagelación.  
Por eso Lincoyán se ha ido,  
así su pena acabó  
y me la heredó.  
¿Por qué, Lincoyán?  
Ya no quiero más dolor,  
ya no quiero pensar en el suicidio  
ni en los cuerpos rotos por la desidia.  
Quiero creer que descansan  
fuera de las calles de la hipocresía,  
de los pueblos indolentes  
y los campos de ceniza;  
pero yo no descanso,  
me siento atada por la quietud.

¿Dónde están los niños?  
¿Dónde están los alaridos buscando a esos niños?  
Reclamando por la inocencia  
de esos niños y niñas que gritan  
en cada paso, en cada rincón  
que crecieron,  
que ya no están en medio de los árboles  
ni en los campos de ceniza.  
Los niños se han ido,  
¿es que acaso han crecido?  
¿Por qué me engaño, me ciego?  
Los niños se han ido.  
Si ni siquiera han huido,  
solo no están.  
Y si ya no están esos niños,  
¿por qué existimos nosotros?  
¿Por qué existo yo



si sin los niños no hay futuro  
y no debiese haber presente?

“¿Dónde están los niños?”, mi madre me pregunta.  
Le digo que han crecido,  
que deambulan perdidos  
sin saber qué sentir,  
pero que están libres de la vergüenza  
libres del dolor,  
libres de la culpa,  
porque aunque ya no son niños  
siguen siendo inocentes.

23 años  
Teodoro Schmidt  
**Primer lugar regional**



## ¿Quiénes son ellos?

Sebastián Alberto Azócar Oyarzo

Desde la cima del Conun Huenu<sup>41</sup>  
observo las aves pasar,  
se humectan de los árboles  
insignes del lugar;  
cantan,  
revolotean,  
cantan sin cesar  
los secretos de los árboles,  
los enigmas del mar.  
Eso sí,  
la ostentosa araucaria  
está un poco extraña  
denotando nerviosismo  
en sus movedizas ramas,  
mientras detrás de ella  
a lo lejos se ve entrar  
un piño de hombres blancos  
nunca antes visto por el lugar.

23 años  
Temuco  
**Segundo lugar regional**

---

<sup>41</sup> Conun Huenu: cerro ubicado en la comuna de Padre las Casas (nota del editor).



## Coñaripe, sendero del guerrero

Marcia Beatriz Aninat Varas

Sublime ha sido el sentimiento  
que tu paraje me ha brindado;  
palpar he podido en un momento  
el vasto cielo estrellado.

Es todo tu paisaje virginal  
incorpóreo en todo lo que alcanza;  
capturas, en esta Tierra, en un momento,  
toda la trascendencia de las almas.

En tu lago Calafquen se siente  
la presencia de Dios bien reflejada;  
en el vaivén, sutil, casi perfecto,  
de la brisa que roza aquellas aguas.

Extasiada, ante ti, yo permanezco  
recreándome en toda esta calma;  
queriendo atrapar este momento,  
que, como agua, mansa, se me escapa.

Tu bello nombre es Coñaripe;  
los araucanos así te han bautizado;  
“Camino del guerrero” es el sentido;  
que el mapudungún te ha otorgado.

Es la región de la Araucanía  
quien ha cobijado con mucho tacto  
toda tu pureza natural  
de la profanación de los humanos.

“Coñaripe”, tu nombre me susurra  
paraíso, edén, gloria y nirvana;  
todos sinónimos perfectos  
para una tierra extraordinaria.

Belleza indómita enraizada,  
que encarcelas mi espíritu completo;  
paz eterna, placentera e ilimitada,  
que libera todos mis pensamientos.

Con un entorno esplendoroso,  
con aguas de manantiales calientes,  
provenientes del gran volcán Villarrica,  
que, a pocos metros, se yergue.

Y, para todos aquellos humanos,  
que aún no tienen la oportunidad  
de conocer esta gran zona,  
con todo el encanto rural.

Les invito a darse una vuelta  
por este sur magistral,  
donde se vive y se palpa  
lo bello de lo natural.

61 años  
Pitrufquén  
**Tercer lugar regional**



## Por favor...

Jack Elkyon

Mujer, si me ves por ahí, mareado, caramboleándome,  
sosteniendo un abrazo con un arrayán en el campo,  
borracho como tagua,  
por favor, no me afirmes.

Si me ves pernoctando en la pampa, sobre una ortiga y hace frío,  
por favor, no me auxilies.

Si me ves en un despacho o una cantina bebiendo vino o chicha al desparpajo,  
por favor, no me saques.

Si andas por la huella de tierra frente a mi mediagua de madera,  
por favor, no te detengas.

Si me observas sucio y desarrapado, mendigando una changuita al patrón para seguir tomando,  
por favor, no te sorprendas de mi indignidad, pasa de largo.

Tú no te acerques, como siempre lo haces,  
caritativa y cariñosa.

Por favor, mujer de campo, descamina mis espejismos latentes,  
no te conviertas en la palafrenera de mis delirios.

Abandona mis ilusiones y alucinaciones,  
por favor, no llames a la posta rural cuando esté muriendo.

Por favor:

¡aléjate de mi adicción!

¡Huye de mi locura!

Por favor, sigue adelante con tu existencia.

Intenta ser feliz. Consigue un hombre bueno.

Déjame descalabrar mis propios sueños.

Mujer, yo no necesito de tu compañía, ni de tu paz, ni de tu sabiduría,  
ni de tu dinero, ni de tu inteligencia, ni de tu amor,  
ni de tus bendiciones, ni de tu protección, ni de tu misericordia.

Yo quiero estar solo, vivir irresponsable al fondo de una botella,  
ser un cardo espinudo y solitario que crece en medio de la hierba.



Por favor, déjame bailar en mi fiesta fracasada,  
en mi jolgorio permanente,  
perderme en el verde monte, en la selva valdiviana,  
jugar a la ruleta rusa con la parca,  
salir de fiesta con el Tue Tue.

Esta es la última decisión que he tomado.  
Espero que te sirva para que hagas tu propia vida.  
Por favor... no me lo impidas.

56 años  
La Unión  
**Primer lugar regional**



## Caballo de Troyo

Felipe Orlando Álvarez Pino

Les voy a contar la historia  
que viví allá por Temuco  
cuando andaba por Lonquimay  
y aprendí a jugar al truco<sup>42</sup>.

Los naipes y los porotos  
se repartían por la mesa.  
Iban contando los puntos  
a la luz de unas velas.

El agricultor de Troyo  
a mi abuelo cantaba<sup>43</sup>: “envido”,  
para subir la apuesta  
si es que el rival lo ha querido.

Un cordero obtendría  
quien el partido ganara  
y por eso estaban atentos  
a la mano que barajaba.

El agricultor de Troyo,  
conocido por sus trampas,  
tomaba un trago de vino  
mientras miraba sus cartas.

Cuando la mano era buena  
alguno cantaba: “flor”<sup>44</sup>,  
y triste el otro respondía  
“hasta acá llegó el olor”.

---

<sup>42</sup> Truco: también truque, juego de baraja española (nota del editor).

<sup>43</sup> Cantar: en el truco, decir “envido” o “truco” según lo que corresponda (nota del editor).

<sup>44</sup> Flor: lance del juego del truco; si un jugador tiene tres cartas del mismo palo, debe cantar flor antes de pasar a la fase de truco y se llevará tres tantos (nota del editor).

Punto a punto la botella  
iba quedando vacía.

Los ánimos se tensaban,  
las velas se derretían.

El agricultor de Troyo  
fingió voltear una copa,  
y en medio de la revuelta  
sacó un naipe de su ropa.

Pero antes de hacer su jugada  
y su mano revelar,  
le tocó el turno a mi abuelo,  
que se puso a cantar:

“De Troyo vino a caballo  
a verme un amigo pillo,  
y en Lonquimay lo esperaba  
con una flor en el bolsillo”.

Y así mi abuelo ganaba  
el partido con una “flor”  
y el tramposo se lamentaba:  
“hasta acá llegó el olor”.

29 años  
Valdivia

**Segundo lugar regional**



## Navegantes

Felipe Orlando Álvarez Pino

Zurcando las aguas serenas de antes  
osados y aventureros vi  
entre el Bío Bío y Reloncaví  
la flota de la gente navegante.  
De la tierra provenían y los ríos;  
agua y tierra, sangre y bosque, viento e indio.  
Impetuosos recorrían las riveras  
como así brotaba el río por sus venas.

Hombres, mujeres, flor y campo  
se fundían con los lagos y los cielos  
al encuentro de otros mundos, otros suelos,  
sobre la noble madera de un *wampo*<sup>45</sup>  
Vi también arder el fuego sobre el agua  
incendiadas las canoas araucanas  
que la opresión enemiga sumergió  
por los barcos arrastrados a vapor.

Amargo destino, cruel prohibición.  
El mapuche navegante resistía  
insistente, contrariando la tiranía  
en los tiempos de la ocupación.  
Sufriría el indio del lago Ranco  
la quema de trescientos y un barcos  
y el tiempo olvidaría cómo antes  
el mapuche era un pueblo navegante.

29 años  
Valdivia  
**Tercer lugar regional**

<sup>45</sup> Wampo: embarcación que utilizaba el pueblo mapuche para navegar por ríos y lagos en lengua mapudungún (nota del editor).



## Décimas para Cochamó

Carlos Alberto Bahamondes González

Un poema me han pedido  
que de mar y campo hable;  
corre mi lápiz cual sable  
describiendo Pueblo Hundido.

Lo hubiera o no querido,  
también menciono el valle,  
que con tierra en su calle  
al viajero lo convoca,  
y si lluvia o sol te toca  
solo pasa a ser detalle.

Si a la costanera bajas  
no puedes perderte el faro;  
es hermoso, lo declaro.

Y si el tedio no te ataja  
agénciate una baraja  
y una partida *e'* truco  
jugada con un pituco;  
en el bar de la Payina  
te comes una gallina  
con fideos y con tuco.

Si comer chivos te gusta,  
váyase *pa'* otro *lá'o*,  
se puede poner pesa'o  
algún vecino celoso;  
y no se haga el chistoso,  
con la falda no se juega,  
si quien no debe se allega  
siempre hay alguien vigilando  
a todo el que ande rondando  
si el *cornú'o* está en la pega.



Entre todos los vecinos  
muchos viejos van quedando  
que a este pueblo fueron dando  
una vida y un destino;  
ya con chicha, ya con vino  
y un buen *asa'o* é cordero  
*pal'* balsero o *pal'* arriero  
en esas duras jornadas  
van arriando la manada  
con su lazo y con su apero.

Tus quesos te dieron fama,  
eran toda una delicia;  
para el gusto, una caricia,  
como el beso de una dama  
que con un guiño te llama  
a probar de su dulzura;  
cuídate de su hermosura,  
porque eso ya no es mito,  
que si pisas el palito  
vas derecho donde el cura.

A los *Pancho* hay que nombrarlos:  
al querido Barraquito,  
Pancho Pillo y su Panchito;  
no podemos olvidarlos  
y a la historia hay que atarlos.  
De ellos, uno me admira,  
lo llaman Pancho mentira;  
y en el transporte de niños  
Pancho qintal, con cariño,  
de la escuela los retira.

## En el campo, el amor y viceverso

Felipe Andrés Vásquez Soto

Para llegar hasta ti  
estoy pelando los ajos,  
no es muy bueno el trabajo,  
pero es lo que hay aquí;  
pero es lo que hay aquí,  
no es muy bueno el trabajo,  
estoy pelando los ajos  
para llegar hasta ti.

Por cada tela que saco  
me acerco más a la piel,  
son capitas de papel,  
las quito de un arrumaco;  
las quito de un arrumaco,  
son capitas de papel,  
me acerco más a la piel  
por cada tela que saco.

Si tú fueras mi amada  
desnudaría tu dulzura  
de mucha más ternura  
con mis manos agrietadas;  
con mis manos agrietadas  
de mucha más ternura  
desnudaría tu dulzura  
si tú fueras mi amada.

En la tarde en el camino  
nos cruzamos las miradas  
a mi mente se me vino  
que ahí yo te besaba;  
que ahí yo te besaba  
a mi mente se me vino,  
nos cruzamos las miradas  
en la tarde en el camino.



El arado como amigo,  
mi bayo tirando al frente,  
te me cruzas por la mente,  
es por esto que yo sigo;  
es por esto que yo sigo,  
te me cruzas por la mente,  
mi bayo tirando al frente,  
el arado como amigo.

El potrero he cultivado  
para esperar sus frutos,  
algunos me llaman bruto,  
tú me dices esforzado;  
tú me dices esforzado,  
algunos me llaman bruto,  
para esperar sus frutos  
el potrero he cultivado.

Un campo yo labraría  
con ese puro azadón,  
te cantarías tu canción  
si conmigo quedarías;  
si conmigo quedarías  
te cantarías tu canción,  
con ese puro azadón  
un campo yo labraría.

Quién sabe si se daría  
una casa y una parra,  
yo tocando mi guitarra,  
tú trinando melodías;  
tú trinando melodías,  
yo tocando mi guitarra,  
una casa y una parra  
quién sabe si se daría.

Pükem<sup>46</sup>

César Alejandro Opazo Reyes

Cierren la boca los impávidos,  
comienza el invierno  
y no usamos paraguas.

*Mawün*<sup>47</sup>

que riega gargantas sedientas  
humedeciendo campos fértiles  
en chicha de manzana.

*Mawün*

que baña madera firme  
de árboles nativos lustrados;  
por ella que riega tus ojos  
cuando no lloras.

*Mawün*

que cae sobre techos de tejuela  
con mate amargo para jugar brisca o truco,  
para comer chapaleles o milcaos.

*Mawün*

con *antü*<sup>48</sup> y silencio,  
el treile la anuncia y, repito,  
cierren la boca los distraídos;  
comienza el invierno  
y no usamos paraguas.

*Mawün*

que cae con truenos y relámpagos  
apaga luces de campillos,  
deshace cartones de mendigos  
en calles ciegamente,  
y no escuchas nada de lo fuerte  
que cae afuera,  
más allá de la ventana,  
más allá de la cocina a leña.

*“Me cago, che”*,

*“se rajó”*,

*“se parte”*,

*“se cae el cielo”*,

*“ta norteando juerte”*,

*“no hay pa’ cuando pare”*,

*¡Juesú!*

*“Se malió el tiempo, viejo”*,

*“me duelen las rodillas”*,

*“se echaron las vacas”*,

*“no le achuntó el de la tele,*

*vieja”*.

33 años  
Puerto Montt  
**Tercer lugar regional**

<sup>46</sup> Pükem: invierno en lengua mapudungun (nota del autor).

<sup>47</sup> Mawün: lluvia en lengua mapudungun (nota del autor).

<sup>48</sup> Antü: sol en lengua mapudungun (nota del autor).



## Tardío amanece el recuerdo en un puestero

Erik Varas Manráquez

Tardío amanece  
el recuerdo en un puestero  
  
como descifrar  
una influencia difusa  
  
o leer las jugarretas de los vientos  
en la pradera,  
y una ristra de ñires<sup>49</sup> muertos  
en mitad de la nieve  
compone un rastro en la quietud,  
  
en las nubes tupidas  
en que brotan, con terrible transparencia,  
el agua y la llovizna  
rociada como a puñados en el bosque;  
  
vertiginosa la luz del relámpago  
que se estrella contra el río  
y envuelve los contornos  
de una abundancia;  
  
hormigueando las primeras luces del día  
amarillea el rocío de los pastos  
  
al aullido de los perros;  
en la pendiente de su vicio,  
un olor gélido sofocante de pobreza  
despierta el deseo  
de dormir y de llorar  
que, entre sorbos del vino, le sobrevive;

<sup>49</sup> Ñire: árbol o arbusto de hojas caedizas y polimorfas, propio de los bosques andino-patagónicos (nota del editor).



basta con el filo de su machete  
apuntando su propio reflejo  
para la perpetua reincorporación  
de imágenes mecánicas,

anverso y reverso  
de la escarcha en la ventana.

Tardío amanece  
el recuerdo en un puestero.

41 años  
Coyhaique  
**Primer lugar regional**



## En Coyhaique vive un pájaro

Pedro Felipe Rodríguez Araya

En Coyhaique vive un pájaro  
que no sé cómo se llama,  
cuando pasa el frío vuelve  
y trina fijo en mi ventana.  
No es tan grande,  
no es tan chico;  
dibujado en la mirada  
su rojizo sol de pecho,  
mi rojizo sol de alma.

En Coyhaique vive un pájaro  
que no sé cómo se llama,  
canta y sabe lo que canta,  
canta toda la mañana;  
no se cansa  
y así escucho  
su concierto de mil ramas;  
desde lejos lo sorprendo  
salpicando su tonada.

Cuando llueve se protege,  
no se ve de mi ventana,  
no se escucha,  
no se sabe  
dónde se llevó sus alas,  
y lo llamo simulando  
su canción ilimitada;  
no me sale, nunca viene  
yo no sé cómo se llama.

## Soneto al bosque nevado

Alejandro Montiel Gallardo

Mudo y sombrío el bosque estaba  
carente de trinos y demás ruidos  
como si nieve y aire coludidos  
toda su existencia la borrarán.

No oscilaban las ramas ni hojas,  
tan solo un silencio abrumador.  
Sentir la ausencia, ¿era gran dolor?  
La causa, un alma acongojada.

¿Qué tiene el verde que ya no canta?  
Es el blanco manto, ¿lo enmudece?  
¡Tiene poderes!, el verde acata.

Aunque tanto silencio entristece,  
la nieve blanca todo lo aplasta  
y el bosque verde desaparece.

62 años  
Coyhaique  
**Tercer lugar regional**



## El loco

Iván Darío Rojel Figueroa

Quizá alguna vez tuvo su rancho  
y su ilusión en el día que llegaba.  
Quizá hasta acostumbraba sonreír,  
hombre de manos enteras de esperanza.

Pero ninguno ha sabido qué destino  
brutal vino a ensañarse con su alma;  
le quitó la razón y le vació las manos,  
y ahora como una sombra de las huellas anda.

Inconsciente de su condición de vagabundo,  
sin distinguir entre el presente y el mañana,  
lo llaman el loco del camino y anda solo  
pagando alguna culpa demasiado cara.

Los baqueanos se persignan al hallarlo,  
con su inconfundible estampa maltratada.  
Y cuando los arrieros desensillan  
en la tregua fagonera de la marcha

trenzando frases sobre el humo y la ventisca  
entre mates y criollas remembranzas,  
viene el loco y se acerca despacito,  
para buscar en silencio la gauchada.

Unas manos campesinas y curtidas,  
sin preguntas, se adelantan y le alcanzan  
algún pedazo del asado humeante  
o la yerba que sabe a madrugada,

el pan añejado de caminos  
o la ginebra que cauteriza el alma.  
El loco, que no mira alrededor,  
solo aferra sus tesoros y se marcha.

Pero antes de perderse en el silencio  
va y se detiene para dar las gracias.

Es con sombrío y tembloroso acento  
que sus labios dan vida a tres palabras:

“Dios está mirando”, dice, y se da vuelta  
y se lo traga el laberinto de las matas.  
Gastando el abandono sin cariño,  
flameando el poncho viejo que lo tapa.

Y así va cruzando los senderos  
por días, por tardes, madrugadas.  
A veces en la noche algún viajero  
manotea una estrella y se la alcanza.

El cigarrillo abre una brecha en su tristeza,  
mata los hilos del frío con su brasa.  
Y lo acompaña ese lucero por un rato  
cuando su paso hace crujir la escarcha.

Siempre repite que Dios está mirando,  
mientras se aleja su figura derrotada.  
Y se hace uno con la noche misma  
como si fuera una sombra más de tantas.

Su camino sigue siendo cualquier sitio,  
cualquier fogón que brille en la distancia,  
cualquier amanecer, cualquier crepúsculo,  
la tranquera de cualquier estancia.

Su dolor, cualquier dolor que ande sin riendas.  
Su voz, aquella nota destemplada  
que se ha perdido adentro de su pecho  
y se ha quedado estaqueada en tres palabras.

Seguramente, si Dios está mirando  
y también mira a quién lo ayuda o lo maltrata,  
un día de estos lo estará esperando  
en donde el cielo se confunde con la pampa.



## Madera a la deriva

Domingo Abelli Ossandón

Al amanecer  
mi nave zigzaguea sobre las olas.  
Navegamos sobre las infinitas variaciones del mar  
y nos balanceamos  
como atraídos por el peso de los polos.

Durante la noche  
mi canoa pasa horas orbitando amarrada a la luna boya.  
Siempre es el mar quien transita por abajo.

Hay veces que se alzan rumores lejanos,  
se oyen voces nauiformes y groseras;  
es el viento que está encerrado en este mundo,  
el viento lleno de sus temperamentos  
que marcha como un fantasma.

Sé que el mar me quita años.  
No soy como el oleaje que siempre se repara,  
no soy como el mar que nunca se desgasta.  
Pero hoy la niebla me cobija y el mar avanza a miles de polígonos por segundo.  
Me encuentro de buena disposición,  
y mi nave no se opone nunca a la circunnavegación del globo.

¿Y el horizonte?  
Ahí se esconde la vela vibrátil de mi casa que viaja,  
y las nubes corrigen su rumbo.

28 años  
Cabo de Hornos  
**Segundo lugar regional**

## Equipaje austral

María Antonieta Barrientos Bahamóndez

Hoy miro extasiada, a través y al revés  
 de sombras y resplandores,  
 mi equipaje de tiempos de candor y libertad;  
 tiempos pancitos de barro, tiempos columpios volando.  
 Tiempos de más tiempo para jugar quiero, tiempos buenos.  
 Tiempos de olvidarte no quiero.  
 Menuda arriera de aquellas distancias  
 sembradas de balidos, vientos y asombros.  
 De equipaje,  
 la sinfonía de los viejos campos: trinos, relinchos  
 y un sinfín de juegos anacrónicos; trastos viejos,  
 mundos colmados de anhelos, mariposas en vuelo  
 —de la Patagonia el aliento eterno—, la inmensidad, flores silvestres,  
 y el palo de la bruja que nos corría  
 con las penas del quinto infierno  
 cuando nos afanábamos las frutillas de su huerto.  
 Marinera inexperta en las corrientes, en barquitos de papel.  
 Se evaden del equipaje la batahola de chiquillos, hermanos  
 que vienen y van, que entran y salen,  
 que suben y bajan y  
 vuelven a subir y bajar, a entrar y salir,  
 a ir y venir por el hogar,  
 por los pastos y los árboles, los corrales,  
 por el gallinero y el río, por las papas floreciendo,  
 por los caminos de tierra, por entre las faenas de esquila,  
 por la escuela rural, los anchos campos, el corral de las tropillas.  
 Desbordan el equipaje  
 un viejo y conocido aroma a lana y arpillera,  
 olor a caballos sudados y pesebreras;  
 alfalfa, ladridos de perros ovejeros, las gallinas cacareando en el patio trasero;  
 una vieja muñeca sin brillo y sin vestido, tesoro inmenso;  
 un camioncito de madera, un perro de goma que a nadie mira;  
 la cabeza de un caballito de palo sin su palo



y la batahola de niños y niñas que  
vienen y van, que entran y salen,  
que suben y bajan y  
vuelven a subir y bajar, a entrar y salir,  
a ir y venir, volando a favor del viento, contra el viento y a pesar del viento;  
cabalgando horizontes azules, con maña y mucha suerte,  
en los caballos del trabajo del padre.  
Algarabía de hermanos que lloran, ríen, cantan, se caen, se levantan;  
que vuelan en el viento contra el viento, y, a pesar del viento,  
sobrevuelan todavía esos tiempos buenos.  
Tiempos de olvidarte no quiero.

53 años  
Punta Arenas  
**Tercer lugar regional**



## La tierra sin memoria

Agustín Esteban Caro Salgado

Tierra del Fuego, tierra de mansas ovejas,  
cuna del viento y la nieve.  
La riqueza de tu historia viene a mi memoria  
siguiendo los pasos de aquellos que ya  
no están.  
En las noches blancas  
se oyen los gritos y lamentos  
de los guerreros olvidados  
en estas lejanas tierras.  
Como niños silvestres corriendo van  
por la pampa los hijos del sol presuroso,  
con sus pies descalzos  
y la piel cubierta de lana.  
Sus espíritus descansan en las alturas,  
y con ello, en lo más profundo  
de esta tierra, quedan los gritos  
de sus valientes guerreros.

11 años  
Porvenir

**Mención especial del jurado**



## Vientos de encanto Selk'nam

Ariana Paz Manquemilla Queipul

En esta hermosa isla  
de Tierra del Fuego  
se siente la voz del viento  
dejando un manto de cantos  
que calman el navegar.  
Los cantos dejan sus letras  
en las hojas de los árboles  
y sus melodías  
en la brisa del mar.  
Qué belleza, qué armonía,  
al oír cantar tan  
hermosas melodías.  
Selk'nam, pueblo de  
esta tierra, que, bajo el cielo,  
con nubes pasajeras,  
inspiraron fuentes de su crear.  
Serán las voces de los vientos  
que soplarán su canto  
y dejarán su encanto  
en el atardecer,  
sobre las pampas fueguinas  
que lo vieron nacer.

11 años  
Porvenir

**Mención especial del jurado**





# ✧ Me lo contó mi abuelito

Cuentos escritos por niños, niñas  
y jóvenes menores de 14 años





## El diente de ajo

Miel Almendra Antonella Caulli Soto

Hace mucho tiempo, en una mateada con mi abuela Nancy, me contó sobre sus vivencias de pequeña en Tauco, un pequeño sector ubicado camino hacia Chonchi, por la zona de Rauco en la isla Grande de Chiloé. Ella me relató que a sus 12 años ya estaba a cargo de sus hermanos: los bañaba, cocinaba para ellos, en fin, era como una verdadera mamá.

Entre las historias más impresionantes que me ha contado es la que ocurrió un día, después de que ella hiciera todos los quehaceres del hogar. Entonces, los hermanos fueron a jugar a una pampa rodeada de pinos y manzanos; al caer la noche ya estaban muy cansados, por lo que decidieron volver a su casa.

En el camino de regreso, se encontraron con un famoso y extraño vecino que los acompañó, su apodo era “Chito”. Al llegar a la casa, la mamá de mi abuela lo invitó a tomar chicha recién majada con harina tostada; él, por supuesto, aceptó. Mi abuela dice que es tradición en Chiloé recibir a todo el que llega y atenderlo como corresponde. El problema es que transcurría la noche y don Chito aún permanecía junto a ellos, y entonces, inesperadamente, se apagaron las dos lámparas de queroseno que iluminaban la casa. La mamá de mi abuela no lo dudó y enseguida pensó que era por la culpa de don Chito, ya que en todo el pueblo se rumoreaba que era brujo. Por eso, velozmente se levantó y sacó una malla de ajo que tenía en su cocina con la cual se golpeó en la cara. Don Chito salió a tientas rápidamente, escapando por la puerta a tropezones. Según los antiguos, el ajo, es bueno contra las brujerías.

Mi abuela me contó que, dos días después, en una minga de papas de un vecino, apareció don Chito con un sospechoso moretón en la cara. Todos le preguntaban qué era lo que le había ocurrido, pero él se quedó en silencio hasta que una vecina que estaba en la minga le dijo: “¡Tú eres brujo!”. En ese momento salió corriendo hacia un roble, que estaba ubicado al lado de una pequeña huerta y después se le perdió el rastro.

Pasaron días, semanas, meses y años sin que nadie pudiera saber nada más de él. Algunos cuentan que murió cuando le dijeron que era brujo, pero otros dicen que su chaleco (el macuñ) se quedó en aquel roble, porque desde ese día, cada vez que las personas pasan frente a aquel árbol, siempre se siente un pájaro que trina fuerte, pero que nadie ve.

Mi abuela hoy tiene sobre los sesenta años y lleva sagradamente un diente de ajo en su cartera. “Para espantar los malos espíritus”, me dice.

Así son las creencias y la forma de protegerse en Chiloé.

13 años  
Castro  
Región de Los Lagos  
**Primer lugar nacional**  
**Primer lugar regional**

## La sombra del jote

Martín Amaro Peña González

Todos los fines de semana venía el abuelo a nuestra casa; él vivía en el Fundo San Roberto de propiedad de la familia Lyon. Ahí trabajaba el abuelo, era el jardinero y casi siempre le traía a nuestra madre alguna planta un poco exótica, diferente a las flores de los jardines de nuestros vecinos.

Cuando murió la abuela quedó solo y sus visitas a nuestra casa se hicieron más frecuentes.

Tenía un caballo alazán que solo él podía montar. A veces, parecía un caballo amaestrado; otras parecía estar poseído por el mismísimo diablo. Permanecía quieto hasta que alguien subía a su grupa, entonces empezaba a corcovear y saltar como un animal salvaje. O emprendía una veloz carrera hasta que el jinete saltaba por los aires, entonces volvía mansamente al lado del abuelo para que lo acariciara y lo montara. Ya arriba del caballo, el abuelo nos tomaba de la mano y con un enviñón perfecto nos subía al anca para dar un paseo hasta el río Cachapoal, distante a un par de kilómetros. Esto lo hacía con todos sus nietos, por eso esperábamos ansiosos el día domingo para salir con el abuelo.

Terminada la tarea dominical del abuelo, de pasearnos en su caballo, nos sentábamos a la mesa a disfrutar del almuerzo, una rica cazuela de ave preparada por nuestra madre. Mi padre, como recompensa, siempre le tenía reservada una botella de vino tinto que traía de las bodegas del Fundo La Torina y que el abuelo paladeaba lentamente con su infaltable cigarro de tabaco puro que liaba en un trozo de hoja de choclo.

Nosotros nos peleábamos por sentarnos en las rodillas del abuelo a escuchar sus fantásticos relatos del diablo, de apariciones de fantasmas, de duendes, de entierros de plata y oro, pero en esta oportunidad nos habló de la sombra del jote, esa ave de rapiña que al mirarla en las alturas parecía una pluma que se deja llevar por el viento: sin un movimiento de sus alas se desplaza velozmente por el cielo. “Es un ave maldita engendro del demonio”, nos dijo el abuelo; “cuando su sombra pasa sobre una persona, esta se muere antes del año. Su sombra es helada como la nieve y cala hasta los huesos de las personas, el cuerpo se empieza a enfriar y no hay remedio que haga volver el calor al cuerpo de esa persona, la que pierde el habla y muere lentamente, empalada de frío”.

Todavía me parece recordar las palabras del abuelo, y más aún cuando aquella tarde de primavera fuimos al potrero a buscar los terneros para llevarlos al corral. Íbamos con nuestro hermano menor, un niño de cinco años. Al llegar al potrero, vimos que revoloteaban a muy baja altura varios jotes; seguimos caminando y nos encontramos con un ternero muerto. Nuestro hermano corrió a espantar los jotes, los que volaron sobre nuestras cabezas y empezaron a girar en círculo. Sus sombras parecieron posarse sobre mi hermanito. Rápidamente nos alejamos arriando los terneros hasta el corral.

Cuando llegamos a nuestra casa, nuestro hermano chico sudaba una transpiración helada como la nieve. Lo acostaron envolviéndolo con la manta de Castilla del abuelo; el niño temblaba de frío. Mamá le preparó un agua de tilo con yerba de la plata bien caliente; la bebió hasta el último sorbo y cerró sus ojitos quedándose dormido. «Mañana amanecerá bien», pensamos todos, pero al otro día grande fue nuestra sorpresa, ya que nuestro hermano amaneció muerto.



Todos lloramos la muerte de este angelito. Papá y mamá nos interrogaban si había comido algo en el camino que le pudo haber causado la muerte. No mencionamos para nada lo de los jotes, solo al abuelo se lo contamos y él meneando su cabeza nos dijo: “Les advertí que había que tener cuidado con la sombra del jote”.

9 años  
San Bernardo  
Región Metropolitana  
**Segundo lugar nacional**  
**Primer lugar regional**

## El Ladrón de recuerdos

Eduardo Enrique Cea Garrido

**E**n las noches oscuras y silenciosas, en los campos y ciudades acecha una criatura que es conocida como “el Usurpador” o “el Ladrón de recuerdos”.

Muy poca gente lo ha visto de frente, pero todos lo describen de la misma manera: es una criatura alta y flaca, que posee largas, pero delgadas extremidades y su rostro se describe como algo espantoso y repugnante.

Esta criatura acecha en la noche a la gente, en especial a los ancianos, ya que son más vulnerables. Entra en la casa de la gente de manera silenciosa y las empieza a acosar mientras duermen. De esta forma, susurra cosas en un lenguaje incomprensible y comienza a absorber los recuerdos de la gente poco a poco, provocando que las personas, a la mañana siguiente, pierdan la memoria. Al principio son cosas pequeñas o detalles, pero mientras la criatura las acecha, noche tras noche, empiezan a perder la memoria de cosas importantes, como nombre, dirección, información personal, e incluso no puedan reconocer a sus personas más cercanas.

Esta criatura se alimenta de los recuerdos de la gente y lo hace con el simple objetivo de sobrevivir, igual que cualquier animal o ser vivo.

Después de acechar a sus presas por alrededor de seis meses o un año, espera a que ellas se vayan a un lugar alejado de cualquier indicio de sociedad, para poder acercárseles disfrazado de una persona normal e intentar engañarlos, diciendo que los llevará a su hogar. Pero en vez de hacer esto, se los lleva a una cueva a la cual nadie ha entrado, una cueva inexplorada llena de misterios apodada la cueva del Olvido. Luego de aquel acontecimiento, nadie vuelve a ver a las personas que han entrado... Unos dicen que “el Usurpador” los ha devorado; otros, que los encierra para poder entender mejor a los humanos; mas algo es seguro, NUNCA van a salir de aquella cueva.

¿Les ha pasado alguna vez que iban a decir algo y lo olvidan? ¿O que iban a hacer algo y no recuerdan qué?

Si es así, ustedes podrían estar siendo acechados por “el Usurpador”.

13 años  
 Concepción  
 Región del Bío Bío  
**Tercer lugar nacional**  
**Primer lugar regional**



## Kloketen

Camila Loreto Yakasovic González

Soy Kloketen, un hombre selk'nam1 y un día, en mi hain pasó algo extraordinario. El hain es una ceremonia que los hombres realizamos cuando cumplimos la mayoría de edad para pasar a la adultez, donde representamos a los espíritus de los cuatro cielos. Mis amigos y yo íbamos a representar el Sho'ort; cielo relacionado con el sol (antepasado fundador del hain de los hombres), que visita diariamente el campamento para castigar a las mujeres y aterrorizar a los niños. La ceremonia dura varios meses y debemos realizar varios rituales y ofrendas a los espíritus.

Todo para mí y los demás jóvenes iba muy bien, pero en un instante eso iba a cambiar. Estábamos realizando nuestra danza típica para reencarnar a los espíritus, cuando de repente oímos un estruendo. No era una tormenta y no era un animal. Vimos cómo unas personas brillantes venían a caballo hasta nosotros y hablaban una lengua extraña que no podíamos entender. Todo está borroso, recuerdo oír gritos, ver a mujeres y niños correr, a hombres pelear y cómo morían muchos por culpa de las extrañas armas de fuego.

Yo, en vez de pelear, corrí lo más rápido posible a la choza del chamán, que ya había huido, y me puse a orar a los espíritus, implorando a que bajaran a la tierra de los mortales y salvaran a su pueblo.

Tenía miedo de abrir los ojos; sabía que si no resultaba, aunque no fuera mi culpa, no me lo perdonaría. Pasaron minutos, que parecieron horas; no escuchaba nada o no quería escuchar nada, pero aún tenía la esperanza de que alguien nos iba a escuchar. Luego decidí abrir los ojos y una vez abiertos no podía creer lo que veía: ya no estaba en la choza del chamán, estaba en un lugar maravilloso que no sé describir y lo primero que encontré fue a Temáukel, el dios y el espíritu más poderoso, creador del hombre. Cuando le conté nuestra situación dijo que, primero teníamos que darle una gran ofrenda. Traté de decirle que no había tiempo y que nuestro pueblo estaba muriendo. Me explicó que necesitaba la ofrenda para poder viajar a nuestro mundo. Yo no tenía tiempo para buscar y cazar un animal; no sabía qué hacer.

Hasta que tomé una decisión, que sería nuestro último chance: decidí ofrecer mi cuerpo. Los humanos somos técnicamente animales, solo que con espíritu y capacidad de pensar y razonar. Temáukel me dijo que al despertar me fuera a dormir y luego vendría por mí.

No entendí lo que significaba en ese momento, pero igual acepté. Luego abrí mis ojos, no recordaba haberlos cerrado, pero sí recordaba lo que tenía que hacer. Entonces de pronto sentí un profundo cansancio y me desmayé.

Yo no podía despertar, esperaba con ansias el momento. Luego escuché una voz que dijo: "Ven, ven a mí". Repentinamente desperté y vi a Temáukel otra vez y otros espíritus me dijeron que habían ganado esta batalla, pero no la guerra. Les pregunté qué pasó conmigo y dijeron que ahora era como ellos, un espíritu. Pero no cualquiera, yo era especial, tenía otro propósito. Mi labor era reencarnar en una persona digna de nuestro pueblo, para mantener viva nuestra cultura después de la guerra.

Yo soy Ángela Loij, la última selk'nam.

13 años  
Quillota

Región de Valparaíso

**Premio especial Pueblos Originarios**

## La leyenda de los dos toros

Jabiera Ximena Rubina Cortés

Había una vez, una niña llamada Mayra que vivía en Arica, en el valle de Azapa, en el kilómetro 30, en el asentamiento 18, junto a su padre y hermano Diego.

Mayra y Diego estudiaban en un colegio llamado Pampa Algodona. Ellos, después de llegar del colegio a su casa, se cambiaban ropa para luego ir a ayudar a su papá a armar invernaderos para plantar tomates y morrones. Los invernaderos estaban hechos de malla antiviral y de plástico amarillo.

Cada noche, su papá les contaba historias antes de ir a dormir, las cuales les gustaban y les entretenían.

Una de las historias que le pedían a su papá que les contara, era la de dos toros que se aparecían en la punta de un cerro, en el valle de Azapa, y que se peleaban con sus sobresalientes cuernos brillantes.

Cuenta la historia que una vez, dos bolivianos que llegaron a Chile en busca de oro, soñaban con encontrar un tesoro que había en un cerro del valle. Ellos no tenían hogar. Un día andaban buscando dónde dormir y se encontraron con un lugar llamado El Rápido; la dueña les dio un cuarto para que pudieran pasar la noche.

Uno de ellos, antes de dormir sintió ganas de caminar y de respirar aire fresco del campo. Salió a caminar en medio de una noche oscura con brillantes estrellas. En eso estaba, cuando vio en la punta de un cerro que salieron dos toros gigantes con unos cuernos brillantes. El hombre sintió un temor tan grande, que se fue corriendo a la posada. Mientras corría, se volvió para mirar y se acordó del tesoro que andaban buscando. Observó fijamente lo que estaba sucediendo: de repente los toros se convirtieron en oro. Se veían resplandecientes. Rápidamente pensó en la oportunidad de hacerse rico. Entonces, se dio valor y decidió subir el cerro. Cuando estaba a punto de llegar hasta donde estaban los toros, sintió miedo y lo único que hizo fue cortarles, como pudo, los testículos cubiertos de oro. El hombre los echó a su mochila, enterró el resto de los animales. Sintió un grito escalofriante que venía de los toros, y lo único que atinó a hacer fue arrancar, pero después de haber dado unos pasos, se detuvo y volvió a mirar y no había nada. Regresó al lugar, puso una roca gigante que serviría de señal para volver con su amigo a sacar el tesoro.

Salió del lugar despavorido. Después de caminar tanto, se cansó; ya era pasada la medianoche. Se sentó en una roca y se puso a pensar en todo lo que haría con el oro que había rescatado de los toros. Cuando fue a mirar su mochila, se dio cuenta que no había nada. Decepcionado volvió donde había enterrado los toros y no encontró nada, solo estaba la roca. Al amanecer regresó al lugar y le dijo a su amigo que se regresaría a su casa.

Dicen que muchos han visto esos toros en la punta del cerro, pero que cuando llegan al lugar, desaparecen. Muchos piensan que hay un tesoro, pero hasta ahora, nadie lo ha encontrado.

13 años  
Monte Patria  
Región de Coquimbo  
**Premio especial Migrantes**



## Las vacaciones

Javiera Fernández Álvarez

Socoroma está ubicado a 3.060 metros de altura, en la comuna de Parinacota. Mi madre siempre me ha contado sobre Socoroma. Desde que nací lo ha mencionado tantas veces que se quedó grabado en mi memoria. No sé si algún día esta información servirá, porque no me interesan esas cosas, soy uno de los típicos niños que siempre está en el celular jugando. Mi mamá siempre me decía que iríamos a Socoroma pero, como siempre, no tenía tiempo.

Un día estaba de lo más normal, hasta que llegó mi mamá y me dijo:

—Alexander, hijito que Dios me ha dado, te tengo una sorpresa: en estas vacaciones iremos a Socoroma, donde está tu abuela Alana.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Cómo? —esas preguntas vinieron a mi diminuta mente.

No sabía si mi mamá hablaba en serio o solo me estaba bromeando, porque a mí y a mi familia siempre nos gusta hacer bromas. Aunque a mí más que a ella, pero en el fondo sabía que ella no bromearía con algo así. Yo estaba feliz, pero esa felicidad solo era interna, porque le respondí algo tan simple como: “¡Qué bien!”.

Me resulta raro pensar en algo solo para luego decir una cosa muy diferente. Es contradictorio.

Por fin vacaciones, puedo descansar, puedo disfrutar de la vida, puedo... mejor dejo la exageración. Estaba en el furgón camino a Socoroma; cuando llegamos. Era todo verde, verde puro, verde, todo lo que veía era verde. Me impresionaba, porque donde vivo se ve muy poco el verde. Llegué a la casa de la abuela y estaba todo tranquilo. Toqué la puerta y mi abuela abrió. Me dio un gran abrazo de oso que me dejó sin aliento y me dijo:

—¡Mi nietecito, tanto tiempo sin verlo! Uy, has crecido mucho y estás más panzoncito, pero tranquilo, conmigo no subirás de peso.

Mi abuela es muy cariñosa, hasta creo que se me está contagiando. Mi mamá sacó las cosas del furgón, con la ayuda de mi abuela. Yo solo me acerqué a sacar mi celular, ¡pero cuando lo prendí casi me da un infarto! Y grité: “¡Nooooooo!” Mi mamá dejó lo que estaba haciendo y vino corriendo, diciéndome: “¡Hijito!, ¿qué pasó?” Mi mamá lo dijo alterada, se asustó mucho, y yo solo le dije: “¡No hay señal!”. Mi mamá no podía creer lo que yo le decía.

Pasaron varias semanas. Me costó acostumbrarme, porque estuve varios días prendiendo mi celular a cada minuto, con la esperanza de que mágicamente tuviera señal, pero nunca pasó.

Mi abuela me contó sobre un carnaval que dura una semana y que el día sábado se puede jugar con harina y con globos de agua. Eso fue lo único que retuve, porque me puse a pensar en otras cosas mientras me hablaba. Y no me di cuenta que pasó una hora hablando con mi abuela.

Estaba nervioso, porque mi abuela salió con unas amigas, y se le ocurrió la gran idea de invitarme a jugar con los nietos de ellas el día sábado, para jugar con harina y globos con agua.

Ya era viernes y me arrepentía de haberle dicho que sí. En realidad, no sé por qué acepté. Me costó dormir, pero cuando me desperté, lo primero que pensé era en tener que jugar con niños que no conozco; hacer eso cuando era más pequeño estaba bien, pero ahora me daba vergüenza.

Llegué donde los niños, seguía nervioso, pero se me pasó de a poco, porque después me divertí estando con ellos. Me impresionaron, porque eran tan sociables y con mucha personalidad comparándolos conmigo que soy muy callado cuando hay mucha gente.

Las vacaciones no estuvieron nada mal, pude aprender mucho y pude ser más sociable. Ahora me siento con más fe y creo que estoy listo para el colegio. Tal vez, no esté completamente seguro; tal vez, quiero quedarme a vivir acá.

11 años

Arica

**Primer lugar regional**



## Otro día comienza

Briguih Yamna Tapia Paripanca

**M**e despertaba con el cantar de los gallos. Otro día comenzaba. Con papá, mamá y mis hermanos vamos todas las mañanas a buscar leche de la vaca.

Cuando llegábamos a casa, mamá empezaba a cocinar, papá se encargaba de las cosechas, y mis hermanos y yo, íbamos a darles comida a los animales.

—¡Hola Anita! —saludaba a mi pequeña cerdita.

Luego de dar de comer a los animalitos, con mis hermanos jugábamos a trepar los árboles.

—El que llega último pierde, a la cuenta de 3... ¡1, 2, 3! —una vez más gané yo.

Cuando estábamos allá arriba, lográbamos observar todo el paisaje y respirar aire puro.

—¡Carolina, Pedro, Juana, Carmen!

—¡Mamá nos está llamando! —dije fuerte— ¡Bajen rápido!

A medida que íbamos llegando a casa, había un olor que salía de ahí: era la rica cazuela de mamá. Todos nos sentamos a comer. Apenas terminamos de almorzar le ayudé con las cosas; de pronto noté algo raro en ella.

—¿Mamá, estás bien? —le pregunté a mamá.

—Sí, Carmen, ¿por qué lo preguntas? —respondió.

—Es que pareces un poco pálida —le dije preocupada.

—Ah, no te preocupes no es nada, solo debe ser el cansancio —respondió.

De repente empezó a toser y se colocó en la boca un paño que tenía guardado; cuando se lo quitó vi un poco de sangre en él. Empecé a sentir miedo. Mamá ocultó el paño rápidamente, y aunque vi la sangre, hice como si no hubiera visto nada.

—Mamá, deberías ir al doctor —dije preocupada— estás con esa tos hace más de un mes.

—No te preocupes —dijo mamá, mientras mis hermanos se dirigían hacia la puerta.

—Carmen, ya, ¡vámonos! —dijeron mis hermanos.

Mientras caminábamos les dije sobre lo que sucedió con mamá; nadie dijo ninguna palabra.

—No estemos tristes; todavía no sabemos lo que tiene, puede que no sea nada grave —les dije animándolos.

—Es cierto, tenemos que llevarla al doctor mañana mismo —respondió Carolina afligida.

A medida que nos alejábamos, veíamos nuestra casita solita al medio de tantos árboles, y por la ventana veíamos a una persona humilde que se dedicaba a su casa y familia; ahí estaba mamá preparando las ricas sopaipillas.

Para la once, papá ayudó a preparar la mesa, y nosotros a mamá con las sopaipillas y el matecito caliente que a todos nos gustaba. Pasamos una noche llena de risas.

Apenas salió el sol, el cantar de los gallos me volvió a despertar. Otro día comenzaba. Mamá y mis hermanos habían salido muy temprano a comprar ricos panes amasados para desayunar; papá y yo preparábamos la mesa. Mientras lo hacíamos le conté lo que pasó ayer con mamá. Papá se quedó callado por un momento.

—También vi que una vez le salió sangre, pero no quise decir nada para no preocuparlos —respondió— Tenemos que llevarla urgente al médico hoy.

Justo llegaron mi mamá y mis hermanos, nos llamamos rápidamente. Desayunamos pan amasado y leche de vaca.

Fuimos a dar comida a los animalitos. Cuando regresamos a casa, mamá había cocinado unos ricos porotos que a todos nos gustan.

—Ya llegamos, mamá —dije esta vez con un tono serio.

—¿Pasa algo? —preguntó mamá preocupada.

—Queremos que vayas al médico esta misma tarde —en ese momento justo llegó papá.

—Así es, necesitas ver a un médico urgente, nosotros te acompañaremos —dijo papá muy decidido.

Mamá aceptó ir y esa misma tarde fuimos al médico. Solo entraron mamá y papá, nosotros tuvimos que quedarnos afuera. Mientras esperábamos, tenía miedo por lo que diría el doctor. De repente se abrió la puerta, y mamá y papá salieron tristes.

—¿Qué pasó? ¿Qué les dijo el doctor? —pregunté con voz temblorosa. Nadie respondía, solo se miraban entre ellos.

—Por favor, ¡respondan! —les dije casi llorando.

—El doctor dijo que tiene tuberculosis, las bacterias ya se comieron un pulmón —respondió papá.

En ese momento, mi mundo se vino abajo. No podía llorar, solo sentía un gran nudo en la garganta. Mis hermanos no lograban decir ninguna palabra. Papá y mamá nos abrazaron muy fuerte.

Pasaron los días y mamá empeoraba cada vez más, hasta que ya no despertó. Mamá falleció cuando yo tenía apenas 12 años. La enterramos en el lugar que siempre quiso, el cerro que está al frente de nuestra casa.

—Estarás con nosotros siempre, mamá —dijo Carolina entre sollozos.

Ese día llovió mucho, incluso con truenos.

Otro día comenzaba. Esta vez no me desperté con el cantar de los gallos, hacía mucho frío, el cielo estaba nublado. Papá se había levantado muy temprano y se fue al trabajo sin desayunar.

—Carolina, Pedro, Juana —los llamé, pero nadie me respondió.



Asustada fui a verlos y estaban durmiendo. Los veía y me acordaba de mamá; no pude contener las lágrimas...

—No llores Carmencita —dijo Carolina—. Mamá no se ha muerto, ella todavía está con nosotros.

Fuimos a buscar leche de la vaca y, mientras caminábamos, recordábamos los momentos que pasábamos con mamá, su voz, su risa, todo lo de ella estaba muy intacto en mi mente.

Pasaron los meses y una mañana desperté con el cantar de los gallos y los rayos de luz que llegaban a la ventana de mi pieza. Otro día comenzaba. Me acerqué a la ventana y, después de mucho tiempo, logré respirar aire puro, observar cómo se movían las nubes blancas y ver el gran sol que me iluminaba. Fue en ese momento que entendí que tenía que seguir con mi vida. Me cambié y fui a comprar los ricos panes amasados que solíamos comer con mamá; preparé el desayuno y llamé a mis hermanos y a papá.

—¡Vengan a desayunar! —grité.

Bajaron rápidamente, todos muy sorprendidos.

—Ya es hora de que sigamos nuestras vidas.

Todos sonrieron y me abrazaron. Ese calor de abrazo, por fin lo vuelvo a sentir.

—¿Qué vamos a cocinar? —pregunté de repente.

—¿Qué te parece cazuela? —dijo papá.

—No será igual a la que hacía mamá, pero estará deliciosa —les dije.

—Esos árboles nos esperan —les dije a mis hermanos.

—¿Qué árboles? —preguntó papá.

Todos comenzamos a reír. Papá nos acompañó, y comenzamos a trepar. Luego nos acostamos en el pasto, y mientras descansábamos empezamos a jugar con las nubes. Fue la tarde más feliz que tuvimos en mucho tiempo.

—Vamos a volver a ser la familia que éramos antes —dijo papá.

Luego nos abrazó. Otro día comienza...

14 años  
Arica

**Segundo lugar regional**



## La historia de mi abuelo

Karla Ortiz Véliz

Les contaré la historia de mi abuelo: su nombre es Octavio Ortiz Gutiérrez, nacido en la pampa salitrera del sector de oficio San José, a tres kilómetros de la oficina Santiago Humberstone, lugar donde también mi abuelo trabajó en los años dorados de la pampa. Por lo que me contaba, fue un trabajo duro, bajo el sol intenso del día y frío extremo de la noche.

Mi abuelo era particular o cargador de carros, y tenía que demoler enormes piedras. En esos tiempos no existían maquinarias como hoy, por lo tanto, la exigencia era aún mayor.

Sus días comenzaban con un desayuno que consistía en un plato de porotos, un jarro de harina tostada y su buen vaso de vino. Después de horas de trabajo les servían su almuerzo: su rica cazuela y también un plato de porotos. Mi abuelo comenzó a trabajar a temprana edad; a los 13 años ya tenía responsabilidades, ya que era uno de los mayores de 18 hermanos. En su trabajo se le conocía por el apodo de “el Cuadrado” o “el Sombrero” por su contextura gruesa y baja estatura. A sus amigos se les conocía por los apodos de “el Conejo”, “el Rata”, “el Pin-pin”, “el Cara de bola”, “el Tarro”, etc.

Después de años, las oficinas salitreras tuvieron que cerrar, y todos tuvieron que emigrar de ese lugar a diferentes ciudades, entre ellas, Iquique, Antofagasta, Calama, etc. Pero mi abuelo decidió vivir en la ciudad de Arica, en el año 1957, cuando la ciudad era aún muy pequeña. Con los años, mi abuelito comenzó a envejecer y vivía contándonos recuerdos de la pampa, donde vivió los mejores años de su vida.

Un día, mi padre comenzó a llevarlo a la pampa y era mi abuelo quien se encargaba de guiarlo, ya que no olvidó nunca la geografía de aquel lugar; sabía dónde se encontraba la estación de bomberos o dónde se encontraba la pulpería en la que, en ese tiempo, solo se compraba con fichas. Mi padre, cada vez que viajaba, solo veía cerros, polvo, ruinas, pero mi abuelo estando allí, era el hombre más feliz del mundo. Cada vez que viajaba recogía objetos enterrados, como fichas, diarios, cajetillas de cigarros, planchas a carbón, tarjetas donde salían los sueldos de cada trabajador. Yo, al ver esas tarjetas me sorprendía con el sueldo que ganaban; ¿te imaginas ganar eso hoy?

Al pasar los años, mi abuelo se enfermó de Alzheimer. Su cerebro se fue apagando de a poco, como las estrellas se apagan una por una hasta quedar todo oscuro, así se fue apagando el cerebro de mi abuelo. Él no recordaba su nombre, ni tampoco para qué servían algunos objetos.

Pero mi padre lo llevó por última vez a la pampa. Mi abuelo iba desorientado, no sabía a dónde íbamos o dónde estábamos, no recordaba nada y se descompensó al ver la tumba de su madre en La Tirana. Fue un día de gran susto. Luego partimos a Iquique, donde vio por última vez a su amigo de infancia “el Conejo”, con el cual compartía cada año en la fiesta de aniversario de la oficina.

Cuando regresamos a Arica, todos estuvimos pendientes de él. Hasta mi perro Toby, el cual estuvo sentado al lado de mi abuelo, cuidándolo.

Tres meses después de llegar de ese último viaje, mi abuelo falleció dejando mucho dolor a la familia y grandes recuerdos. Su legado fue un lindo museo que hoy es visitado por autoridades de Arica y reporteros de Santiago.



Mi padre me dice que aparte del museo e historia, la mejor herencia que dejó nuestro abuelo fue la sabiduría de trabajar, respetar y ayudar a los demás.

La plata y el oro se gastan, pero la sabiduría, con la ayuda de Dios, permanece para siempre.

11 años  
Arica

**Tercer lugar regional**

## El dragón dormido de Tarapacá

Nathalia Ramírez Araya

Relatar la historia de aquel dragón, me lleva a pensar en que no era un ser malo.

Realmente era bueno. Solo paseaba su largo cuerpo con su gran altura por la cima de los cerros para mirar a su amado Iquique.

Una noche sin luna, el dragón dormía y llegó una hermosa muchacha indígena que posó su cabeza sobre el vientre del dragón y comenzó a llorar; con sus lágrimas tocaba parte del cuerpo de la gran bestia. Como era de noche, ella no pudo darse cuenta que era una bestia de cuatro pies de largo y 32 metros de altura, hasta que comenzó a sentir sonidos extraños, sonidos del vientre del dragón. Cuando la linda muchacha se dio cuenta de que era una bestia, pensó en correr, pero su pena y llanto de tantas horas la habían dejado sin fuerza; solo pensó en morir. La mirada del dragón la sorprendió, porque a pesar de que era realmente gigante no había maldad en sus grandes ojos rojos. Así, la muchacha empezó a sentirse segura y comenzó a relatar su gran pena.

Su padre, ambicioso, solo quería casarla con un muchacho de un ayllu<sup>2</sup> cercano; ella no lo conocía ni lo amaba. Fue entonces que decidió escapar hacia el gran cerro para perderse en el desierto y no volver nunca más. Cuando la muchacha casi terminaba de relatar la historia al gran dragón, empezaron a llegar muchos guerreros. Una gran columna de arena comenzó a tomar forma y vida. El dragón abrió su boca y bolas de fuego comenzaron a salir; así fue que murieron uno a uno aquellos guerreros enviados por el padre de la linda muchacha indígena.

El dragón se sentía por primera vez querido y muy feliz.

Cada amanecer miraba cómo iniciaba un nuevo día de alegría junto a su gran compañera. Ella era muy feliz.

Un día, un hombre llamado Ike subió a los cerros; escondido pudo mirar todo lo que ocurría pensando que la linda muchacha indígena era prisionera.

Ideó un plan. Se cubrió de piel de lobo marino y sangre, preparó comida y sebos con alucinógenos de plantas ancestrales, y dispuso su arpón. Ike se dirigió a la cueva del dragón.

Cuando ambos dormían, Ike dejó todo lo que había preparado cerca de la boca del dragón. Cuando despertó de su sueño, este comió y comió. La muchacha aún dormía, pero despertó al sentir que su amigo se ahogaba; intentó ayudarlo, pero apareció de pronto el joven indígena Ike, y al ver al dragón aturdido, le cortó la cabeza.

Tomó a la joven y se la llevó a su padre quien le ofreció su mano. Ella lloraba implorando a su padre que la dejara volver con su amado dragón, pero él no la escuchó y la casó. La boda fue en la costa de la hermosa playa de Iquique, Cavancha. La mirada de la joven siempre estuvo en dirección al cerro y deseaba volver a aquellas cuevas. Era lo que más quería. De pronto un estruendo y gran golpe sacudió la arena, y una gran ola envolvió el cuerpo de la linda muchacha. Era el dragón que había despertado con la fuerza de un volcán en erupción, quien se la llevó nuevamente al cerro.



Jamás nadie pudo volver a subir, y el dragón y la muchacha duermen felices. Solo el aire y la brisa del mar pueden mover su larga cola. El color naranja del atardecer representa la linda sonrisa de la muchacha indígena, que duerme en los brazos de su amigo fiel llamado “El dragón dormido de Tarapacá”.

Todos podemos encontrar un amigo en la desesperación; no importa su apariencia o color. Extender la mano a una persona en dificultad, es una muestra de amor y reciprocidad.

10 años  
Alto Hospicio  
**Primer lugar regional**

## Cómo nace nuestro escudo

Antonia Montserrat Varela Carvajal

Hace casi 200 años atrás, cuando no había ni autos ni celulares y la vida se trataba de cosas simples y bellas, un cóndor que volaba por las alturas de la cordillera de los Andes se detuvo en su cueva para observar el mundo y ver su encanto.

Era un ave majestuosa y que resaltaba entre los suyos por ser poseedora de grandes alas negras y un esponjoso cuello blanco. Le gustaba la soledad, pero al caer la noche regresaba con su bandada y escuchaba a sus hermanos relatar historias de vuelos en picada y de cómo cazaban algún animalito como cena. Ellos habían encontrado pareja y sus preocupaciones eran sus polluelos. No así el gran cóndor, que solo pensaba en lo inmenso del mundo y el poco tiempo que tenía cada día para recorrerlo.

—Necesitas comer más —le dijo uno de sus hermanos—. Mírate, tan grande y tan delgado... tus huesos saldrán de entre tus plumas. Debes cazar. No basta con la carroña para ti. Tendrás que ir por pequeños animales si no quieres morir y si pretendes seguir volando cada día.

Estas palabras de su hermano fueron las que más calaron hondo en él. Se cansaba al volar y debía ser la falta de comida, porque era cierto, estaba delgado. Se preocupaba tanto de volar y observarlo todo, que olvidaba comer. ¿Cómo podía perder tiempo comiendo cuando había tanta belleza rodeándolo todo?

—No te preocupes, hermano. Mañana mismo lo haré. Pondré en práctica todo lo que he aprendido de tus relatos y comeré.

La siguiente mañana, el gran cóndor voló casi a ras del suelo buscando algún pequeño animalito para comer: alguna vizcacha o alguna chinchilla. De pronto, entre la maleza vio a un pequeño animal de pelaje corto y pequeñas orejas. Parecía un perro, pero no lo era. Voló en círculos sobre su presa y se lanzó en picada con sus garras listas para atraparlo. Cuando estaba a centímetros, se dio cuenta que el animal lo miraba con lastimosos y resignados ojos y no tuvo corazón para matarlo.

—Lo siento, no quise asustarte. Soy un cóndor y debo alimentarme. Lo entiendes, ¿no?

—Sí, lo entiendo. Mi familia me explicó que algunos de nosotros nacemos para cazar y otros para ser cazados. Yo soy una huemul y sé que soy una presa.

La voz de aquella criatura sonaba amable y el cóndor no quería hacerle daño.

—No soy un asesino, pero debo comer.

La huemul pensó un momento y le propuso una idea a la gran ave:

—Tú no quieres matar y yo no quiero morir. Sin embargo, hay muchos animales que han llegado al fin de su existencia. Yo soy amiga del viento y de la tierra. Yo te podría decir dónde encontrarlos y así no los matarás, solo ayudarás a darles un descanso.

El cóndor se sintió comprendido, por primera vez. Él quería volar y no destruir. Ahora podría comer sin lastimar a nadie. Desde ese día, el cóndor bajaba cada día al prado donde lo esperaba su nueva amiga. Ella apoyaba su oreja en la tierra y le daba las noticias a su alado amigo. Así pasaban los días y pronto esta amistad se fortaleció.



La huemul le contó que sus hermanos habían muerto por culpa de los humanos que, junto a sus perros, los cazaban para comerlos o solo por diversión. El gran cóndor no supo qué decir, pero al sentir la tristeza en la voz de su amiga, le prometió que él siempre la protegería y no dejaría que nada malo le sucediera.

La huemul, al escuchar estas palabras, comenzó a dar brincos de alegría alrededor del cóndor y este, contagiado por su felicidad, reaccionó de la misma forma. Parecía que danzaban.

Muy cerca del lugar, un joven niño veía incrédulo la extraña imagen de estos animales: uno alado y una menuda cierva de pelaje dorado. Sacó desde un bolso un lápiz y una hoja y los retrató.

El niño regresó a casa y mostró a todo el mundo su dibujo que con el pasar de los años fue exhibido y escogido como la imagen que representaría a nuestro país en el escudo nacional, mostrando así la bravura y fuerza del cóndor y, por otro lado, la gracia y elegancia del huemul.

El tiempo pasó y ambos animalitos envejecieron y cuando llegó el momento en que la huemul durmiera para siempre, su amigo cóndor la tomó entre sus garras y la llevó a volar con él. Quería mostrarle la hermosura del mundo desde el cielo. El corazón de la pequeña cierva no podía más de felicidad y dio un último respiro para despedirse de su fiel compañero besando las plumas de sus patas. Él la sepultó cerca de una montaña para que no se sintiera jamás sola. Luego, voló muy alto, hasta que desapareció para siempre entre las nubes.

11 años  
Alto Hospicio  
**Segundo lugar regional**



## Los cuatro vientos

Lindsey Belén del Carmen Rodríguez Olmos

**M**e contó mi mamá, que su abuelita le relataba que una señora tenía cuatro hijos y eran muy, pero muy pobres, y ya no tenía qué darles de comida. Lloraba y lloraba la señora sin consuelo. Los hijos estaban con hambre y eran muy demandantes, no comprendían la situación; ellos solo exigían alimentos a su madre, entonces ella tomó una decisión. La mamá les sirvió a sus cuatro hijos un trozo bien grande de carne para que saciaran su hambre. Al terminar, los hijos le preguntaron de dónde había sacado carne para comer, y ella, llorando, les mostró su pierna que era solo un huesito y les dijo: “de aquí, hijos”. Ellos, al ver esto se asustaron, y se convirtieron en viento: el del sur, norte, este y oeste.

8 años  
Huara

**Tercer lugar regional**



## La cebolla bailarina

Abdi Paloma Savitri Hernández Bhatia

Un día fui a la Vega Central de Antofagasta acompañando a mi abuelita y a mi tía; esto fue un domingo. Mientras ellas se detuvieron a comprar, yo me alejé, porque me llamó la atención una cebolla; no era igual a las demás, su brillo la distinguía de las otras, y ahí me puse a imaginar: un día una cebolla pensó en ser bailarina; fue a muchos lugares donde le decían: “Te pareces a un oso goloso, estás muy redonda”; la molestaban, no la aceptaban por su condición física, y ella se sentía sola y triste.

Una vez, salió a recorrer su entorno, la Vega, y encontró un letrero que decía: “Se buscan cebollas a las que les guste bailar, no importa la edad ni condición física”. La cebolla dijo: “¡Tengo que hacerlo, es mi gran oportunidad!”. La cebolla, al día siguiente se despertó muy contenta, porque iría a las clases de baile. Cuando llegó, la profesora zanahoria la llevó hasta la sala; la cebolla estaba impresionada, porque había muchas verduras participando. La profesora zanahoria la presentó al frente de la clase. La cebolla estaba muy motivada, porque la clase de baile era muy divertida.

Dos meses después a la cebolla la invitaron a un campeonato de baile y ella, muy contenta y agradecida, aceptó. El día del baile, en el campeonato no estaba nerviosa, porque ella sentía que las demás verduras y frutas que estaban allí apoyándola, no solo la animaban, sino que le entregaban todas sus vitaminas y minerales para que tuviera todas las fuerzas y ganara este campeonato.

Cuando terminaron todas las presentaciones y el jurado nombró a la ganadora, ¡ella escuchó su nombre! Saltaba de felicidad, ya que su cuerpo no fue un impedimento para poder bailar, y todas esas frutas y verduras que un día se burlaron de ella, ahora le estaban pidiendo perdón por haberla molestado, y como la cebollita tenía un corazón noble, las perdonó y les dijo: “Todas somos nutrientes muy saludables y debemos siempre estar unidas”.

Así, mi amiga cebollita decidió ir por todos los campos de nuestro país a animar a todas las hermosas verduritas y frutos de nuestra tierra, entregándoles no solo sus bellos bailes, sino que también el mensaje principal: “Nunca hay que rendirse, porque los sueños se cumplen, así que nunca dejen de soñar”.

11 años  
Antofagasta  
**Primer lugar regional**

## La niña de sal

Felipe Ignacio Contreras Julio

En los tiempos de los años 30, en Chañaral, vivía una hermosa niña, a la que todos llamaban Norma. Ella amaba el mar y siempre se le veía caminando sola por las orillas de la playa Grande de esta ciudad. Siempre acompañada de un perro, al cual llamaba Negro.

Norma siempre decía que le gustaría algún día vivir en el mar, ser parte de este infinito cielo de sal; era feliz cuando nadaba en sus olas. Sus amigas murmuraban que estaba loca.

La vida de Norma no fue muy linda. Vivía en una casa con padres que la hacían trabajar; tarde mal y nunca asistía al colegio. Su padre, minero, era muy bueno para tomar vino, todos los días, y su madre era quien atenía una pensión, en la cual le daba de comer a los trabajadores y personas de Chañaral. Su padre, siempre estaba en contra de que estudiara: “Una mujer está para servirle a su esposo, no para trabajar; para eso estamos los hombres”, pero la mamá de Norma, la enviaba a escondidas a la escuela, ya que no quería su mismo futuro para ella.

Un día que Norma fue a la escuela y fue sorprendida por su padre:

—¿Adónde vas?

—A comprar, papá.

—¿Tú crees que soy tonto? Ándate a la casa a ayudar a tu mamá mejor, que andas perdiendo el tiempo en eso que llaman escuela.

Norma, llorando volvió a su casa; entre sollozos, le dijo a su madre lo que había sucedido, pero la mamá, no hizo nada, solo le dijo:

—Él es tu padre y busca lo mejor para ti.

—Yo no quiero esto para mí, quiero algo mejor, quiero ser alguien, quiero ser profesora y enseñar...

Norma salió corriendo y se fue a la playa, el lugar que ella más amaba. Contemplar el mar, sus olas y el viento, la calmaba y la hacía pensar que todo era un mal sueño y que luego, tendría tranquilidad y sería feliz.

Un día en su hogar, su padre y sus amigos, comenzaron una interminable fiesta.

—Norma ven... —dijo su padre—; anda donde tu tío y dile que me anote una garrafa de vino tinto y unos trozos de charqui, para que tu mamá nos prepare un causeo de esos que solo ella sabe preparar.

Norma, sin rezongar, fue donde su tío a buscar lo que su papá le había pedido. Se fue por las calles de Chañaral y se encontró con una de sus amigas, la Cecilia, que le dijo:

—Norma, ¡hola! No has ido a clases; estamos preparando un festival de la canción y mañana la profesora, nombrará a los que participarán. Tú cantas bien, deberías ir a clases mañana, ¿cómo sabes si la profesora te deja para el festival?

—Verdad —dijo Norma—, mañana voy a ir y podré mostrarle a mis padres y hermanos que yo sé cantar. Chao.



Norma, ilusionada, se fue saltando y cantando a buscar el pedido. De vuelta a su casa, le contó a su mamá:

—Mamá, la Cecilia, me dijo que mañana debo ir a clases; van a hacer un festival de la canción y yo quiero participar, ¿me dejas?

—Qué bueno, hija; mañana veremos cómo te vas a clases sin que tu papá lo sepa. Hoy está tomando y mañana no se despertará muy temprano; quédate tranquila, yo te ayudaré.

—Gracias, mamá; tú me apoyas siempre. ¡Te quiero!

Al día siguiente, Norma se levantó. A todo esto, su padre no reaccionaba con nada de la tranca que se había puesto el día anterior. Su mamá le dio desayuno, la vistió bien bonita y la dejó ir a la escuela. Norma iba feliz. En la escuela, cantaron todos sus compañeros y faltaba ella. Al escuchar su voz, los profesores y compañeros quedaron atónitos; ¡qué bella voz! Todos aplaudieron y quedó, junto con su amiga Cecilia, seleccionada para el festival que se realizaría la semana siguiente en la escuela. Norma llegó a su casa; su padre aun dormía la mona<sup>3</sup>, y le contó a su madre:

—Mamá, ¡me seleccionaron para cantar!

—¡Qué bueno, hija! ¡Te felicito! ¿Cuándo es el festival?

— La próxima semana, mamá, en la escuela, ¿irás a verme?

— Sí, hija, ¡cómo no he de ir! Te arreglaré el vestido que dejó de usar tu hermana Nelly, y usarás los zapatos de tu hermana Catalina, que están nuevos, ¿qué te parece?

—Gracias, mamá; sí, son hermosos.

Así Norma con su madre arreglaron toda su ropa y ella ensayaba en la escuela.

Llegó el gran día; Norma salió de su casa a escondidas de su padre, junto a su madre. Llegaron a la escuela y, muy nerviosa, le correspondió cantar. Su madre lloraba al escuchar a su hija, pero al terminar, ocurrió algo desagradable: la estaba esperando su padre al bajar del escenario.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me gusta la escuela para ti? Y más encima tu mamá es cómplice de todo; ya verá en la casa...

Y le pegó una cachetada delante de todos sus compañeros. Norma no supo qué hacer. De vergüenza, salió corriendo de la escuela, rumbo a la playa, a tranquilizarse y poder pensar qué era lo malo que había hecho para que su padre la tratara así. «¡Qué vergüenza! Dios, ¿qué hice para merecer esto? Siempre le doy en el gusto en todo a mi padre, le obedezco al igual que a mamá...». La mayor vergüenza era, porque tras el escenario estaba Raúl, el niño que a ella le gustaba y le llevaba un ramo de flores, pero no lo pudo recibir, ya que con lo que hizo su padre, solo pudo correr.

La mamá de Norma y Raúl corrieron tras de ella, pero no lograron alcanzarla. Cuando llegaron a la playa, la vieron internarse en el mar. Raúl le gritó:

—¡Norma, no lo hagas! Ven, está tu mamá acá conmigo, ¡ven!

Pero Norma se internó en el mar y solo se le escuchó decir:

—Dile a mi madre que me perdone y dile a papá que lo perdono... Yo soy la niña de sal, pertenezco acá... Yo soy el mar.

Y desapareció en el mar.

Dolor y tristeza dejó en su familia, pero todos en Chañaral, hicieron que la historia de la niña de sal fuera una realidad.

11 años  
Copiapó

**Primer lugar regional**



## La casona en la cima del cerro

Sebastián Ignacio Riveros Vicente

**H**abía una vez, una casa sobre un cerro en las cercanías de Tierra Amarilla. Era antigua, con muchas habitaciones, un gran patio interior con una hermosa pileta y una campana de bronce colgada en uno de los árboles más grandes del jardín. Para llegar al valle se debían bajar 103 enormes escalones de cemento.

En esta casa vivían siete niñitos que eran hermanos, junto a sus papás. Los hermanos eran muy traviosos y jugaban diariamente por toda la casa, pero un día se les ocurrió realizar sus juegos de noche afuera. Dos de los hermanitos subieron a una bicicleta, y pedalearon por un oscuro callejón en dirección a la carretera. De pronto se dieron cuenta que, al pedalear, la bicicleta no avanzaba, y al mirar hacia atrás, pudieron ver que la rueda trasera iba en el aire, es decir, alguien invisible los estaba levantando. Asustados, botaron la bicicleta y advirtieron al resto de sus hermanos para escapar rápidamente a casa, sin contar lo sucedido a sus padres.

Así transcurrió muchísimo tiempo sin que los niños se atrevieran a jugar nuevamente de noche. Sin embargo, un día, cuando ya se preparaban para dormir, escucharon los sonidos de una cadena que se arrastraba en las afueras de la casa. Era el sonido típico de la cadena de Rocky, su perro regalón. Inmediatamente pensaron que el perro se había soltado y no dudaron en salir a amarrarlo nuevamente. Al salir, se encontraron con la sorpresa que no había ningún perro suelto, y más aún, pudieron darse cuenta que Rocky se encontraba plácidamente durmiendo junto a su bandeja de comida. Aterrorizados, los hermanitos corrieron velozmente hacia sus dormitorios y se acostaron a dormir, sin contar nada a sus padres nuevamente.

En otra ocasión, el hermanito menor se despertó en medio de la noche. La ventana de su dormitorio se encontraba con las cortinas abiertas, por lo que podía observar las estrellas a través de la ventana, cuando de pronto se percató que un anciano lo miraba fijamente desde el exterior. Sus ojos eran rojos y su cabeza ardía en llamas. El niño no dijo nada a nadie.

Muchos meses después, los 7 hermanitos compartían junto a su mamá en su dormitorio. Todos escucharon el ruido del motor del auto de papá que subía por el camino hacia la casa. Luego, sintieron el típico crujir del antiguo portón al abrir y cerrarse. Posteriormente, contaron los aproximadamente 20 pasos que separaban el portón de su dormitorio, pero su papá no apareció. Extrañados, se asomaron a mirar y rápidamente vieron que el portón estaba cerrado y que no había ningún automóvil. Todos corrieron rápidamente a encerrarse. Su padre regresó horas después, pero tampoco le contaron lo sucedido.

Todas estas narraciones son impactantes, pero lo más impresionante de todo, es que el hermanito menor de esta historia es mi papá y que la casona en la cima del cerro aún existe.

9 años  
Copiapó

**Segundo lugar regional**

## Los quesos de la familia Portilla

Fabián Guillermo Alberto Guerrero Portilla

**E**n un lugar llamado Los Colorados, cerca del poblado de Cachiyuyo, viven dos personas llamadas Guillermo y Graciela, crianceros de ganado caprino. Todos los días se levantan muy temprano para ordeñar sus cabritas, para tomar leche fresquita y hacer quesos deliciosos. Después del desayuno, Chelita, como la llaman con cariño, se dispone a elaborar sus quesitos, mientras Guillermo lleva su rebaño al cerro, así comen pastito tierno y producen mucha leche. Chelita, con sus lindas manos y un corazón lleno de cariño, hace los mejores quesos de la zona y los manda a Cachiyuyo, donde su hija Estela se encarga de venderlos. Es así como los quesos de la familia Portilla se han hecho famosos en muchos lugares.

Lamentablemente, la producción ha bajado este año. Producto de la sequía, los crianceros no tienen alimentos para sus cabritas, que son muchas veces su único sustento. Ojalá el próximo año llueva mucho para que nunca se terminen los exquisitos quesos de Graciela y Guillermo, que la tradición pase de generación en generación, y algún día su pequeño nieto sea quien elabore este tradicional alimento.

10 años  
Vallenar

**Tercer lugar regional**



## El valle del Encanto y las piedras tacitas

Guillermo de la Cerda Marincovich

Un día en el jardín de mi casa vi cómo los pajaritos buscaban agua. Fui y traje una taza con agua para ayudarlos. Entonces, mi abuelita me contó de un lugar, aquí, al interior de la cuarta región, donde hay piedras tacitas, llamándose así, porque tienen forma de taza, como si fueran hechas de greda. ¿Sabes por qué? Cuenta la historia que un hombre inca que llevaba un importante mensaje había recorrido mucho, mucho camino, y hacía mucho calor. Tenía mucha sed y trató de buscar agua, pero no encontró; solo encontró sus lágrimas que caían en el suelo seco. La tierra sintió pena y lloró con él. Esas lágrimas se convirtieron en lluvia, que cayó en cada piedra del camino, y como era un valle encantado, esas piedras fueron transformadas con las gotas de lluvia. Cada gota se hundía en las piedras quedando como tazas con agua, donde el inca agradeció tomándola junto a los animalitos del valle del Encanto.

7 años

Coquimbo

**Primer lugar regional**



## El poncho

Victoria Amelia Gutiérrez Morales

Caminaba por los tranquilos parajes de Chalaco pensando en cosas triviales, hasta que levanté la vista de casualidad y vi un poncho en la copa de un árbol. Era el poncho más bonito que había visto en la vida. Era negro con bordados rojos y blancos, además los bordes parecían del más puro oro. Sin dudarlo ni un segundo, me subí a la copa del árbol a buscar esa belleza; ¡debía ser mío!, ¡era mío! Mientras más alto subía en el árbol el poncho se veía más y más bello. Después de pelear contra algunos pájaros y tirar algunos nidos, por fin llegué a mi tesoro. Lo tomé y bajé con él hacia el suelo. Ya en un mejor lugar, me lo quise poner, pero sucedió algo extraño: una corriente de aire me arrebató el poncho de mis manos y lo volvió a dejar arriba, en la copa del árbol. Lo volví a bajar y cuando intenté ponérmelo de nuevo, el viento me hizo la misma jugada cruel. No entendía nada y lo volvía a intentar una y otra vez, siempre con el mismo resultado.

Ya el sol se escondió entre las montañas, pero yo no me rendía, hasta que, al apoyar mal un pie, me caí del árbol estrepitosamente. Me dolía la cabeza y no podía moverme; lo peor es que el poncho ondeaba en la copa, como si me hiciera burla. En esto, desde donde estaba, vi un pequeño dibujo; no lo podía creer. Entonces le dije al viento, al árbol y al caprichoso poncho:

*"El diablo nació en la Mincha,  
en Choapa se hizo minero,  
en Chalaco perdió el poncho,  
y en Carén dejó el sombrero".*

14 años  
Ovalle

**Segundo lugar regional**



## Juan y medio

Nayeli Cifuentes Fajardo

**M**i abuelita que contó que cuando era joven era amiga de una linda jovencita llamada Anita Miranda Carreño. Con una sonrisa y mirando hacia el horizonte, me dijo que se conocieron en el colegio y que entablaron una gran y duradera amistad... Mi abuelita Carmencita se refirió también al esposo de Anita que se llamaba Juan que era un señor muy, pero muy alto y de gran peso. Juan era solitario y no tenía amigos, porque cuando iba a la casa de alguien, se sentía muy incómodo, ya que para entrar se tenía que agachar y la gente lo miraba mucho y le remarcaban su gran altura de casi dos metros. Gracias a eso, se ganó el apodo de “Juan y medio”. A Juan le encantaba cocinar, y aunque le hubiese gustado hacerlo para sus conocidos, no lo podía hacer, ya que no tenía amigos.

Un día, cuando estaba cocinando, se le ocurrió una brillante idea y le dijo a Anita:

—Haré un restaurante a mi altura.

Anita, al ver su rostro con una gran sonrisa, pensó que sería una muy buena idea. Juan proseguía con su discurso y decía:

—Imagínate Anita, ¡un lugar donde pueda entrar normalmente, donde yo sea el dueño, donde cocine, y donde puedan entrar mis futuros amigos grandulones como yo, con grandes porciones, como a las que a mí me gustan! ¡Ya me imagino sentado con otros camaradas comiendo esa rica cazuela que preparo en esos grandes platos hondos de greda!

Fue así como le dio vida, al buen restaurante “Juan y medio”. Restaurante que nos encanta visitar con mi abuelita.

Cada vez que vamos mi abuelita suspira y dice:

— Si la Anita y el Juan estuvieran aquí...

10 años  
La Serena  
**Tercer lugar regional**

## El Cascocha

Emilia Álvarez Rosas

Medio de transporte, encomienda y correspondencia.

Esta historia me la contó mi abuelita y una exprofesora de la escuela Los Choros.

Ellas me contaron que antes en el pueblo solo había un medio de transporte, un camión llamado “El Cascocha” y su historia es la siguiente:

En los años 50, un grupo de trabajadores del pueblo Los Choros, que trabajaban en El Tofo, un mineral de hierro, realizaron un aporte económico en partes iguales y formaron una cooperativa, a través de la cual consiguieron un camión en un remate de la compañía. El camión tomó el nombre de “el Cooperativa”. Este camión quedó a cargo del conductor y mecánico del pueblo, don Guillermo. Él instaló tablonos por las orillas de las barandas para que los pasajeros se sentaran ahí, y un techo de madera que servía de sombra en el verano y de abrigo en el invierno.

El día miércoles la salida era segura a la ciudad de La Serena. Por el contrato que tenía la cooperativa con Correos y Telégrafos de Chile, el camión salía del pueblo a las cinco de la madrugada y llegaba a La Serena a las ocho de la mañana, porque corría a cerca de 40 kilómetros por hora. Como dice el dicho, lento, pero seguro. El retorno era a las dos de la tarde y llegaba al pueblo a las nueve de la noche, porque don Guillermo pasaba a tomar una once-comida de dos horas a una posada llamada El Rodao, atendida por don Salva, y los pasajeros tenían que esperar con mucha paciencia.

La llegada del camión era el evento para todo el pueblo, especialmente para las jóvenes, ya que llegaban las cartas de amor. También traía la mercadería para el negocio y el alcohol para la cantina.

El día sábado salía a las ocho de la mañana directo al mineral El Tofo, donde las mujeres esperaban los fragantes claveles, las deliciosas brevas, los exquisitos duraznos, jugosas peras, sandias, melones, corvinas, lenguados, choros, mariscos y, en otoño, las ricas aceitunas del valle Los Choros. Además, de vez en cuando el Cooperativa trasladaba a estudiantes a los pueblos vecinos donde participaban en veladas artísticas y actividades deportivas. En una oportunidad trasladó a los estudiantes de la escuela del pueblo, quienes cantaron en la misa y animaron la fiesta de casamiento de la hija del gerente de El Tofo.

Con el pasar del tiempo, en la década del setenta, cambió de dueño y de nombre: la cooperativa le vendió el camión a don Guillermo y fue rebautizado como “el Cascocha”, por lento. Siguió cumpliendo la misma función que cumplió hasta comienzos de los ochenta, debido a que al dueño y chofer no le renovaron más la licencia de conducir por su edad. Vendió entonces, el camión a un señor de la compañía en La Serena, y esta vez, para pesar del Cascocha, también cambió de rubro: lo utilizaron para transportar ripio y arena.

Este noble vehículo, que nunca quedó en panne<sup>4</sup>, está en la mente de mis abuelos y de la gente más adulta del pueblo, quienes vibraron, vivieron historias, amores y anécdotas con el Uber de esos tiempos. ¡Gracias Cascocha...!

11 años  
La Higuera

**Mención especial del jurado**

<sup>4</sup> Quedar en panne: cuando un vehículo sufre un desperfecto por el cual debe detenerse obligatoriamente (notal del editor).



## El desorden de mi tata y la fiesta de Santa Rosa de Lima

Miguel Eduardo Medina Tamayo

La fiesta de santa Rosa de Lima es una tradición que se celebra en El Convento desde hace muchos años. Mi tata me contó que, cuando salíamos a caballo para participar en la procesión, era tan desordenado, que siempre llevaba y sacaba sus ropas de huaso y las dejaba tiradas en la pieza de mi abuelita. Ella lo retaba y le decía que la recogiera, pero como mi tata era un huaso encacha'o5 le decía a mi abuelita que él estaba para andar a caballo y no para ordenar. Pero el último día de santa Rosa de Lima, es decir, el 30 de agosto del año pasado, se le perdieron la manta, el sombrero y las espuelas. Mi tata se enojó mucho y se llegó a poner rojo, más aún con el vino tinto que había tomado, ya que esta fiesta es algo muy importante para los conventinos.

Esta fiesta se celebra de la siguiente manera: todos los huasos se reúnen en la media luna, el padre de la parroquia Santo Domingo llega en la carroza tirada por un caballo, adornada con flores amarillas y rojas, y también lleva a la Virgen detrás. Todas las personas decoran sus casas para que sean bendecidas por el curita llamado Ricardo Reyes, pero que de cariño le dicen “Chocolito”, porque es muy negro.

Se viene la procesión, se amarran los caballos y se baila un pie de cueca. Participan el Club de Huasos El Convento y Libertad, el Centro de Madres, el Centro del Adulto Mayor y la escuela El Convento. Luego, comienza la misa donde el padre reza y la gente le rinde homenaje a esta santa.

Recuerdo que el año pasado había tanta gente, que no cabíamos dentro de la capilla. La santa es tan querida y venerada por todos, que la municipalidad nos prestó un escenario donde cantaban a lo divino y a lo humano.

A todo esto, mi tata seguía enojado y yo le di la solución: le presté mi manta y el sombrero, pero tuvo que usar otro par de botas que tenía guardadas.

Cuando terminó la celebración, nos fuimos a mi casa y yo fui a ver a mi tata que seguía enojado. Cuando me agaché para recoger algo que se me había caído, vi que todo lo que se le había perdido estaba tirado debajo de la cama. Corrí a contarle a mi tata y se echó a reír conmigo. Después de eso, le pidió perdón a mi abuelita, que se largó a reír también con una carcajada gigante.

A ambos se les pasó la rabia y se pusieron a hacer sus menesteres: mi abuelita a la cocina, haciendo pan amasado, y mi tata soltando los caballos para pastar.

A propósito, mi nombre es Miguel, y con esta historia aprendí que no debo ser desordenado, como mi tata y que la fiesta de santa Rosa es muy importante para la familia y la localidad.

11 años  
Santo Domingo  
**Primer lugar regional**



## El quillay

Carla Andrea Díaz Araya

Hace unos años estaba con mis primos y mi hermana en el cerro del sector de La Peña, y encontramos una casa de adobe y piedras. Sobre la casa o lo que quedaba de ella, había un árbol con flores extrañas, pero hermosas. Mi hermana nos contó que aquella casa era muy antigua, y que en ella vivía una mujer muy bella que sufría mucho en manos de su marido que la golpeaba todos los días. Pero ella no quería separarse de él, porque estaba ciega de amor. Ella soportó el dolor por mucho tiempo hasta que, un día, del cielo bajó un ángel que había enviado Dios a decirle:

—Deja al hombre que te maltrata.

Pero ella se negó. El ángel le dijo, que el amor no se basa en golpes ni insultos y desapareció.

Quillaym (así se llamaba la bella mujer) empezó a llorar. Para calmar su alma adolorida, se fue a bañar. Cuando se fue a peinar, el espejo le empezó a mostrar recuerdos de cuando su esposo la maltrataba. Ella se dio cuenta de que lo que dijo el ángel era real. Entonces lo llamó y, él la transformó en un árbol del que nunca cayó una hoja.

Quillaym nunca perdió la esperanza de una vida mejor.

11 años  
Nogales

**Segundo lugar regional**



## El maravilloso tesoro de El Convento

Montserrat Carolina Farías Fruth

¡Cuánta ilusión y sueños se pueden lograr cuando te invitan a una aventura que puede cambiar el resto de tu vida!

Todo comenzó con los relatos de mi abuelo. Él nos contaba sobre un misterioso tesoro escondido en la localidad en la cual vivía de niño. Esto activó el espíritu aventurero de mi padre, que logró ilusionarnos y comenzar esta búsqueda del tesoro. Fue así como mi padre, mis hermanos y yo nos trasladamos a esta localidad, El Convento.

Al llegar, todos quedamos impresionados por el cambio de aire; aquí es limpio en comparación con Santiago. Todo es más verde y de cierta forma alegre a quien mire este lugar.

Nuestra búsqueda apenas comenzaba cuando nos cruzamos con una muchacha que intentaba, furiosa, ayudar a un pequeño ternero que estaba atrapado. Como buenos hombres, la ayudamos a sacar al animal. La muchacha se presentó como María, una chica que se ganaba la vida ordeñando las vacas y haciendo queso. Como agradecimiento, nos ofreció almuerzo en su casa, un lugar bastante bonito y hogareño. Conocimos a su familia, su padre, su madre y su hermano menor. Todos con saberes en el cuidado de vacas y caballos. María también nos dio un queso hecho por ella, que, contrariamente a lo que creí, estaba muy rico.

Días después, aun no encontrábamos el tesoro, y como yo soy impaciente, comencé a perder la esperanza. Fue cuando nos reencontramos con el padre de María, Juan. Nos dijo de un evento, una lotería, para recaudar fondos para operar a una abuelita que era conocida. Aunque primeramente nos negamos, mi padre nos convenció de ir. Creía que podríamos encontrar alguna pista del tesoro, así que asistimos. Llegamos temprano, había varios autos estacionados, muchas personas sentadas dentro y unos cuantos grupos de niños jugando. Con un poco de vergüenza me senté junto a mis hermanos. Tras varias horas, la lotería terminó y volvimos a casa. Estaba exhausto, pues soy un poco antisocial y la gente, en cambio, parecía alegre, sobre todo, porque cada vez que podían tiraban alguna talla6. Me reí mucho, y para nuestra suerte, nos ganamos uno de los premios.

Luego de la lotería, un sábado o domingo, no recuerdo bien, una señora con un pequeño camión pasó por nuestra casa ofreciéndonos vegetales, algunas frutas y pasteles. Mi hermano mayor, todo coqueto, comenzó una charla con ella. Nos dijo que la mayoría de los vegetales eran cosechados en casa y los pasteles también eran hechos ahí. Quedamos con la curiosidad de saber cómo, así que le preguntamos si podíamos ver lo que ella nombró como chacra.

—¡Oh! Sí. ¿No saben lo qué es? —negamos, y ella sonrió amable— ¿Vienen de afuera? ¡Entonces, vamos, pues!

La seguimos con nuestro auto a un lugar grande lleno de muchas plantas y vegetales. Había choclos, papas, cebollas, entre otros. Todo estaba muy ordenado, cada vegetal separados de los otros. Nos dijo muchas cosas de las cuales yo sabía muy poco, como que algunos vegetales hay que plantarlos en cierto momento del año para que el producto sea de calidad. Me sentí un ignorante; estaba acostumbrado a comprar las cosas en un supermercado, en donde hay de todo, todos los días. Le agradecemos por el tour por la chacra y regresamos a casa.

Finalmente, el último día del mes, mis hermanos y yo nos rendimos: no había tesoro. Cuando nos quejamos con nuestro padre, este solo se burló de nosotros.

—Chiquillos, ¡nunca se dan cuenta! Desde que llegamos vi el tesoro; ¿ustedes realmente no lo vieron? —volvió a reírse.

—¿Cuál es ese supuesto tesoro, eh? ¡El abuelo nos dijo que nos traería felicidad! ¡Que era un tesoro increíble! No hemos visto nah bueno.

—¿No es increíble cómo hacen el queso? ¿Cómo la gente se dedica a plantar para comer y ganarse la vida? O... ¿no es maravilloso cómo toda la gente se junta para ayudar? —nos miró y sonrió.— El tesoro de El Convento es su ambiente alegre y calmado, su riqueza tanto en plantas como en animales, y la solidaridad de la gente.

De eso han pasado 20 años. Me casé con María y aprendí a cuidar a las bestias, como les dicen aquí a las vacas. Tenemos nuestra propia chacra y salgo a vender. A mis hermanos tampoco les fue mal, también se casaron y se establecieron aquí. Mi padre trajo a nuestra madre para que viera lo asombroso que es este lugar. Es increíble el cambio que mi vida tomó por este tesoro. Vivo en El Convento, en donde encontré la felicidad, el amor verdadero y los sentimientos humildes. A todos, ¡recuerden que el dinero no hace la felicidad!

14 años  
Santo Domingo  
**Tercer lugar regional**



## El remolino de mariposas

Emilia Lucía Salas Herrera

**H**abía una vez, un viejo pescador que siempre fue agradable con todo el mundo. Bueno, él trataba de gustarle a todo el mundo...

Las mariposas lo solían seguir a todas partes, hasta que un día cayó en la tentación de robarle a Andrea, una jovencita que era su vecina. Ese mismo día, el hombre vio cómo el cielo se tornaba negro y caía una tormenta como nunca antes se había visto. Ese día, el pescador se enteró que la joven Andrea había fallecido. Él estuvo llorando por largo tiempo, se preguntó gritando al cielo: “¿Por qué?”.

Aunque él era el pescador más viejo, no sabía el daño que hacían sus acciones y las consecuencias que causaban, a veces.

Un día fue al bosque, triste por lo que había hecho, y vio reunidas a cincuenta mariposas. El hombre vio que todas eran blancas, al igual que las que solían seguirlo. Todas, después de verlo, se fueron de inmediato. Supo, entonces, que su acción hizo mucho daño y que desde ese momento estaría solo. No tenía familia ni amigos y decidió alejarse de inmediato del pueblo.

Meses más tarde, todas las mariposas se reunieron nuevamente en el bosque y se dieron cuenta de que su gran amigo había muerto. El rumor llegó hasta el pueblo, y desde ese entonces el lugar no fue el mismo y cambió su nombre a pueblo Mariposa, porque cada vez que alguien que lo habitaba aprendía algo, se topaba con una mariposa blanca.

12 años  
Renca

**Segundo lugar regional**

## Los gansos vuelan libres

Antonia Paz Lagos Novoa

MI madre siempre fue estricta, estricta en verdad. Tenía una mirada que te congelaba, una mano dura amenazadora y, sobre todo, una tez blanca que provocaba que cada vez que se enfadaba, su piel se volviera tan pálida como las alas de Lucifer.

Se enfadaba si no comía bien; le desagradaban mis juegos y mis zapatos llenos de barro; le molestaba mi voz chillona cada vez que me emocionaba; no le gustaba mi aspecto rebelde, ni tampoco mi gran creatividad. Para ella, estaba muy lejos de ser una señorita. Creo que en algunas ocasiones llegué a pensar que me odiaba.

Mi abuela, por otra parte, siempre fue dulce y amable; era mi cómplice de travesuras y confidente de los chismes del colegio. Cosía que cosía y me hacía toda clase de vestidos. Era la envidia de mis amigas. Mi abuela siempre tenía una mirada amable y un caramelo en su mano derecha, porque según ella, daba buena suerte. Fue mi segunda madre, la que me abrazaba y consolaba; y creo que fue una de las principales razones por la que mi madre se molestaba conmigo.

Verás, mi abuela no siempre fue un pan de Dios. Ella era parecida a mi madre en muchos aspectos al momento de criar hijas, y mi madre tiene severos recuerdos de aquellas situaciones. No sé muy bien la historia, porque mi madre no habla de eso, pero creo que un par de cicatrices en la mano de mi madre fueron provocadas por un cinturón, el cinturón de cuero de mi abuela. Y eso molestaba a mi madre, porque estaba celosa de que yo tuviera todo el amor y cariño de la mujer que se supone que debería de habérselo dado a ella.

Claro, en ese momento yo no lo sabía, era una preadolescente; solo asumí y me cerré a la idea de que tenía que ser como mi madre quería, para mantenerla feliz y contenta. Me esforzaba, lo juro, pero era difícil; yo era distinta y mi madre no lo soportaba.

En una ocasión, mi madre discutió conmigo por desplumar mal un ganso. Estaba furiosa, porque esa noche teníamos invitados, pero yo estaba demasiado distraída como para hacerlo bien, por lo tanto, aquí íbamos de nuevo:

—¡Serás tonta, Elena!; Plumas por todos lados! Es que no puedo creerlo, ¡niña! Eres un fracaso para esto.

—Madre, yo...

—¡Yo ni que nada! Tendrás que pelar las papas por esto, hacer la ensalada y poner la tarta al horno. Yo estaré ocupada con tu desastre.

—Pero quería salir con la Tere.

—Pues no.

—Pero mamá...

—No es no.

—SIEMPRE ES NO.



—¡NO ME LEVANTES LA VOZ, NIÑA!

—María —dijo mi abuela interrumpiendo—, no le grites así a la niña; ella solo tiene 12 años.

Vi la cara pálida de mi madre ponerse roja de ira y pálida de nuevo. Estuve casi segura que quería tomar un cuchillo y cortarnos a las dos en pedacitos y servirnos a los invitados, pero mi madre es demasiado orgullosa para dejarse llevar así; por lo tanto, se rindió ante mi abuela.

—Te vas a cuidar los gansos, Elena, y pobre de ti si se te escapa uno.

Y así fue como acabé de nuevo en el campo, triste, sin salida con mi amiga Tere, con mi madre molesta y sin comer. Detestaba a mi madre en ese momento, aunque no tenía idea por lo que pasó para tenerme: soportar rumores, todo lo que había sufrido y lo mucho que me amaba. Yo no tenía idea de eso; en ese momento era solo una niña molesta, y como toda niña molesta, la embarraba.

Lancé una piedra lejos para desquitarme y le fue a dar a unos de los gansos. Esto provocó que al menos tres gansos salieran volando lejos completamente aterrorizados. Volaron, volaron y volaron...

Entré en pánico, y sin pensarlo, salí persiguiendo su vuelo. Estaba espantada. ¡Si mi madre se diera cuenta! ¡Si perdía de vista a los gansos! ¡Y si se van tan lejos que no me den las piernas! ¡Y si no vuelven! ¡Y si molestaba a mi madre! Y si...y si.

Caí en un agujero, no era muy profundo, pero lo suficiente como para torcerme el tobillo. Grité y caí al suelo. No podía levantarme y solo pude estirar mi mano para intentar alcanzar los gansos que ya se habían ido lejos. Y me largué a llorar, no por tristeza, sino por terror y pánico. Estaba sola y con el pie malo; mi madre se enfadaría y sería una decepción de nuevo: Elena, la que siempre la embarra...

No sé cuánto estuve ahí. Perdí la noción del tiempo, mientras intentaba recordar alguna frase de mi abuela para sentirme mejor, pero estaba sola y a oscuras, tan solo con la luna iluminándome, y pensé que podría llegar a quedarme ahí para siempre.

No fue hasta que sentí una mano en mi espalda; me di vuelta aterrada y me encontré con el pálido rostro de mi madre, tan seria que parecía llevar una máscara. Completamente sola, como yo, pero estaba ahí, conmigo. No sé cómo llegó ahí. No sé cómo se dio cuenta de mi tardanza, pero era solo ella, no mi abuela, no mi amiga Tere, no los vecinos, no los gansos. Mi madre, mi estricta y pálida madre, fue la única que vino a buscarme después de mi alocado intento de atrapar un ave libre...

La abracé con fuerza, tanto que no me di cuenta. Estaba llorando y asustada, tenía frío y hambre, pero también estaba tan aliviada. ¡Dios!, tan aliviada.

Mi madre no dijo nada en todo el camino de regreso, solo me llevó en brazos, sin siquiera soltarme un momento, hasta la casa, donde la fiesta seguía, y vi a mi abuela preocupada en la entrada. Mi madre no se separó de mi lado y supe por primera vez, que me amaba.



## La chancha salvaje

Javier Andrés Cornejo Céspedes

Para contar y saber, saber para contar.

Estela y Estela ahí va una lesera...

Hace varios años, en el cerro Los Robles vivía una chancha. Por las noches bajaba del cerro hasta los potreros del Membrillo, a destruir las siembras y comer corderos chicos. Esta era una chancha muy rápida y astuta por lo que nadie podía atraparla.

Un día, Jaime ideó un plan para atraparla. Juntó un grupo de amigos y subieron al cerro montuoso con perros y muchos lazos.

Como era de madrugada esperaron un buen rato para encontrarla. La chancha escurridiza se escapó a la cima del cerro. La correataron casi todo el día, hasta que en la tarde la atraparon en unos riscos.

Felices bajaron con ella, la encerraron y la alimentaron por varios meses.

Cuando estaba bien gordita, la mataron y se comieron un buen asado, hicieron morras y arrollados.

Quedaron con el ombligo estiradito, todos mareaditos, y se acabó el cuento que se lo llevó el viento.

9 años  
Lolol

**Primer lugar regional**



## Don Carducho

Massiel Aracely Pérez Herrera

**M**i abuelita siempre me dice que no hay mejor lugar para bailar cueca que la Pampa de Lima, y era mucho mejor cuando cantaba don Carducho.

Don Carducho cantaba todos los años en la ramada del Gordito Espina, conocido en todo Chépica por la rica chicha que se vendía en su fonda. Los visitantes que venían para el 18 de septiembre se iban en la mañana y tenían que sacarlos a tirones, porque no se querían ir, y estaban todo el día entre cueca y cueca de don Carducho.

Él inventó muchas cuecas. ¡Si hasta fue famoso! Una vez, vinieron a hacerle un reportaje de la tele. Y en el pueblo, unos artistas pintaron personajes típicos y también está él, con su sombrero y micrófono en la mano, haciendo lo que más le gusta. Con el tiempo dejó de cantar en la Pampa de Lima, ya que se encontró enfermo y se tuvo que venir a vivir con su hija Martita a La Mina. Él es un personaje muy especial y hoy, vive al lado de mi escuela. Siempre que vamos a entrevistarlo nos recibe con harto cariño y nos cuenta de sus años de artista. Hoy está más viejito, pero aún canta y le hacen homenajes, porque sus cuecas tienen algo especial que las hace únicas. Por las tardes lo vemos pasar en su bicicleta y nos saluda, y a veces nos tira alguna palla<sup>7</sup> de esas que solo conoce él.

12 años  
Chépica

**Segundo lugar regional**

## El hombre misterioso

Natacha Catalina Villegas Espinoza

Me contó mi abuelito que, en las oscuras y tenebrosas noches, cuando la brisa helada corría como loca por los campos azotando los rostros que a su pasar hallaba dejándolos entumecidos, un hombre misterioso andaba a caballo, merodeando por Los Quillayes, un pueblito muy lejano de la sexta región, comuna de Las Cabras.

Todas las personas, e incluso las más valientes, temían pasar por aquel sendero; no querían encontrarse con ese hombre misterioso. A mi abuelito le tocó la mala suerte de que un día de invierno, cuando trabajaba en faenas agrícolas en el distante fundo Los Quillayes, se le pasó el tiempo y tuvo que regresar de noche a su casa. Mi abuelito sabía sobre aquellos rumores del hombre que andaba a caballo, pero él pensaba que eran solo mentiras, cosas que inventaba la gente para asustar a los que transitaban por allí.

Preocupado por lo tarde que era, y porque debía llegar pronto a su hogar, iba apurando el tranco de su yegua colorada que fielmente respondía. Al llegar al sector denominado “Vuelta la culebra”, el lugar más solitario de todo el camino, de repente la yegua, luego de dar unos relinchos, quiso detenerse; pero don Celestino la apuró y siguió su marcha, aunque ella se mostraba inquieta, espantadiza. En ese mismo instante, las ramas de los árboles se empezaron a agitar muy rápidamente con el fuerte viento que comenzó a surgir; fue algo extraño para mi tata, escalofriante. Mi abuelo se alarmó más aún, al oír unas pisadas de caballo sobre las crujientes ramas que se encontraban en el suelo enmarañado. Rápidamente tiró de las riendas y se detuvo a escuchar y a meditar. De pronto, vio la silueta de un caballo con un jinete que, más adelante, a unos pocos metros, salió al camino y se detuvo a una orilla, como esperando a mi abuelito. Mi tata, temeroso, quiso devolverse, pero pensó que ya había avanzado la mayor parte y debía llegar a su casa para ver a su mujer que se encontraba sola. Así es que, estimulando a su inquieta y asustadiza yegua, decidió reiniciar su marcha lentamente, con mucho sigilo.

—¿A dónde vas, hombre? —preguntó el jinete misterioso con voz potente y tenebrosa que le puso la piel de gallina al campesino cuando pasaba frente a él.

Celestino, mi abuelito, estaba como paralizado; quería hablar, pero las palabras no lograban salir de su boca. Su mentón temblaba. No se atrevía a voltear para ver al misterioso hombre. Rogaba a Dios que no le sucediera nada malo. Luego, de un fuerte debate de ideas en su mente, se armó de valor y se dio media vuelta para observar a aquel jinete.

El hombre montaba un enorme caballo negro y, al parecer, por su silueta, era muy alto. Llevaba un sombrero grande que, en complicidad con la noche, ensombrecía más su cara, no pudiendo verla bien, aunque extrañamente, en medio de la oscuridad, le brillaban los dientes que parecían de oro cuando se carcajeaba. En ese momento, mi abuelo entendió que el rumor de la gente sobre el hombre misterioso era real. El miedo y la desesperación recorrieron todo su cuerpo y entre decaimiento y valor se sintió desvaneciendo, rendido ante semejante jinete. Estaba aterrorizado, muy nervioso, al igual que su yegua, que, muy inquieta y asustadiza, no paraba de moverse.



—Voy pa...para adelante —respondió con un leve balbuceo al fin el campesino, con mucho temor y un poco inseguro, vacilante, como contestar solo por contestar, para que ese misterioso hombre no se fuera a sentir mal si no le respondía, y deseando que no le preguntara nada más.

—Si quiere... lo puedo acompañar —propuso serio y sin emoción alguna, el misterioso hombre.

—No se preocupe 'eñor —contestó el campesino, mientras daba un chicotazo a la yegua para continuar rápidamente su marcha, y al mirarlo tímidamente de reojo, se dio cuenta que el hombre igual lo seguía. En ese momento don Celestino clavó las espuelas y echó a correr a galope tendido.

Mi abuelo Celestino huyó del sendero, esperando que el hombre dejara de seguirlo. No quería perder tiempo, ni un segundo, en mirar a sus espaldas por si el hombre lo seguía. Quería dejar de pensar que ese jinete le pisaba los talones. No lograba ver los lugares por la confusión y la oscuridad. Lo único que quería el pobre hombre era llegar luego a su hogar, pero los minutos eran eternos y el camino se hacía extremadamente largo. Cuando reconoció que, por fin, iba llegando a su casa, miró hacia atrás y ahí venía el jinete riendo a carcajadas, dejando ver sus dientes de oro, relucientes. Al llegar, gritó como loco para que le abrieran la puerta. Delia, su mujer, mientras abría el portón le preguntaba qué le pasaba; él le repetía una y otra vez:

—¡El hombre misterioso, el hombre misterioso me viene persiguiendo!

Pero su mujer, al mirar, vio una luz que a lo lejos fulguraba y se iba perdiendo. Debían ser los dientes de oro del hombre. Delita comprendió de inmediato que a su esposo le había salido el hombre misterioso, y se puso a rezar para que se alejara y no volviera.

—¡Y te caíste al estero, hombre por Dios, que vienes con los pantalones tan mojados!

—No, viejita, fue con el susto que me dio y no me pude aguantar.

Claro, don Celestino no había podido contenerse, ante tal suceso que le había ocurrido.

Desde ese día mi abuelito no se atrevió más a pasar de noche por ese sendero, y cuando se le hacía tarde por algún trabajo, o porque el patrón lo necesitaba en las casas del fundo, o porque lo invitaban a un bautizo, o iba a alguna fiesta, prefería pedir de antemano, como condición, que le dieran alojamiento para regresarse al otro día.

## Un pequeño cocinero mapuche

Vicente Alejandro Cortés Jauregui

Vivo feliz junto a las araucarias. Por lo que muchos nos llaman araucanos, pero yo prefiero que me llamen mapuche, pues significa gente de la tierra, y yo sí que disfruto de jugar en la naturaleza, entre valles y aves.

Desde pequeño me gusta cocinar. Preparo catuto<sup>8</sup> con harina de trigo y agua que, en ocasiones, mezclo con una rica mermelada de mora. Lo más divertido es cuando salimos con mi hermana con un balde a conseguir las moras, pues cuando ella está distraída yo le tiro por su cabeza un gran puñado de frutas para luego terminar bañándonos en el Callen, un río cercano.

Nunca pensé que esta gran tradición de preparar el rico catuto con mermelada de mora me llevaría tan lejos de América. Hoy, estoy lejos de mi tierra del merquén y del canelo, para mostrarle al mundo la riqueza de la comida de mi abuela.

Me gustaría estar en este momento con ella, quien era una gran machi<sup>9</sup> y de seguro me prepararía un remedio para las dolencias que me aquejan. Mis nervios están a mil; solo espero llegar a ser un gran cocinero para enseñar la importancia de mis ancestros y de la Madre Tierra.

Mientras cocino, me imagino que estoy en la ruca junto a la ñuque (mi madre) y la chuchu (mi abuela) con una gran fogata y en el centro de ella, una challa toda negra, que es una especie de olla donde colocamos las moras para hacer la más rica y deliciosa mermelada.

Puede que hoy no me quede igual la mermelada, pues faltará un poco de humo que solo se logra en la ruca, pero le pediré a mis ancestros que me acompañen en esta gran aventura.

Ya nombrarán a los ganadores del gran concurso internacional de gastronomía. Mi chaan (piernas) están temblorosas, y forman un gran caulin<sup>10</sup> en el piso. Solo espero que nadie se dé cuenta de los arañazos que deje en el suelo.

No he ganado el primer lugar, pero me han nombrado mapuchef, que significa cocinero de la tierra. Ya me siento ganador pues di a conocer al mundo más que una rica comida, una hermosa tradición del hombre mapuche y de la madre tierra.

13 años  
San Clemente  
**Primer lugar regional**



## El Pacho Huapino

Sofía Paz Romero Valdés

Mi abuela Carmen que tiene 77 años me contó una historia de su niñez.

Ella vivía en El Maggi, en la precordillera de Linares, junto a su mamá y sus abuelos. Tenían grandes extensiones de terreno, muchos animales, aves de todo tipo y vivían de la agricultura. Bajaban a Linares solo una vez al mes, a comprar los víveres necesarios; estos eran transportados en micro y luego, en carretas tiradas por caballos.

Cuando comenzaron los trabajos en la laguna del Maule, llegaron muchos hombres a trabajar y cavaron grandes túneles solo usando palas y picotas. Fueron 600 hombres que llegaron de todos lados a realizar ese gran trabajo, pero entre todos había un linarense muy especial apodado “el Pacho Huapino”, un gigante de 2 metros muy corpulento, el más alto conocido en ese territorio. Solo verlo infundía terror en la gente, porque tenía cabello grueso negro, cejas muy tupidas, era de pocas palabras y serio, ojos negros y mirada penetrante. Mi abuela Carmen decía que a pesar del miedo que provocaba, era un gigante bueno de mirada bondadosa. Pacho Huapino estaba a cargo de 200 hombres, pero en su tiempo libre siempre andaba acompañado de 15, con quienes recorría los lugares en busca de comida para comprar. Cierta día, pasaron a comprar diez gallinas donde la vecina de mi abuela Carmen, quien se negó a pesar de tener muchísimas aves. Ella los echó, asustada al ver a tan gigante hombre. Al día siguiente, cuando la mujer se levantó, no encontró ninguna gallina, solo los pollos, gallos y otras aves.

Otro día, Pacho Huapino pasó con sus hombres a la casa de mi abuela Carmen, y como vieron que el gigante era educado y no pedía sino que quería comprar algunas aves, la abuela de mi abuela se las vendió y aparte les regaló un cordero, un queso de 5 kilos y mucho pan amasado. Pacho Huapino y sus hombres se fueron felices y agradecidos. Una vez al mes, Pacho Huapino pasaba a dejarle a la abuela de mi abuela un quintal de harina que sostenía sorprendentemente con una sola mano. Ese gesto era agradecido por la familia de mi abuela quienes pelaban 10 kilos de trigo para hacer un rico mote para darle a Pacho Huapino y sus hombres. Solo él se comía un pavo entero. Devolvía esos gestos cuidando cada ave y animal que tuvieron los abuelos de mi abuela Carmen, porque por esa época había mucho robo de animales. Pero mientras, el gigante visitaba la casa no volvió a desaparecer ningún animal y ninguna ave. También ayudaba arreglando cosas en el campo.

Mi abuela Carmen tenía nueve años cuando Pacho Huapino visitaba su casa. Cuando la tomaba en brazos sentía miedo de mirar hacia abajo, pero le tenía cariño a ese gigante bondadoso. Pasaron muchos años y Pacho Huapino se convirtió en un buen amigo de la familia, pero mi abuela Carmen se fue a estudiar a Linares y no lo volvió a ver. Pacho Huapino regresó a Linares, pero mi abuela Carmen se había ido a vivir a Santiago. A los años supo que, Pacho Huapino había muerto solo y congelado una fría noche de invierno. Un final que mi abuela lamentó, porque Pacho Huapino había sido un gigante bondadoso, pero muy solitario.

Por muchos años, se habló de él en Linares, convirtiéndose en una leyenda. Muchas cosas se decían de él, unas ciertas y otras falsas, pero quien realmente lo conoció fue mi abuela Carmen. Y ahora yo, gracias a su relato con el que escribo este cuento.

11 años  
San Javier

**Segundo lugar regional**



## El amor secreto

Claudia Danae Gutiérrez Inostroza

En un fundo llamado Los Alerces, ubicado cerca de Retiro, vivía una familia adinerada compuesta por Antonio, el jefe de hogar, la esposa, llamada Carmen, y la hija, llamada Rosa. Su casa se caracterizaba por ser la más grande y lujosa del sector. Tenían muchos animales y sus principales ingresos provenían del cultivo de frambuesas y la siembra de trigo y arroz. Antonio tenía muchos trabajadores a su cargo y producto de sus grandes ingresos, cada año necesitaba más peones.

Este año el jefe de hogar contrataría a una familia que le pudiese ayudar con el cuidado del fundo. Fue así como encontró a una familia que necesitaba esa oportunidad, ya que eran muy pobres. Los Soto se encargarían. El matrimonio tenía dos hijos, un adolescente de quince años, llamado Pedro, y la hermanita menor, de trece años, llamada Jacinta.

El primer día, Carmen entrevistó a los padres de esta familia, mientras Rosa les enseñaba el fundo a los niños. En ese momento, Pedro se dio cuenta de la belleza de Rosa y comenzó a mirarla detenidamente con ojos de admiración. Rosa sintió que Pedro la miraba mucho y se dio cuenta de que sus ojos eran de color verde y brillaban como dos luceros. Desde ahí, Rosa cada vez que salía al fundo a pasear buscaba la mirada de Pedro, ya que poco a poco se comenzó a enamorar de él.

Cada año, para el 18 de septiembre, Antonio realizaba una comida con los trabajadores del fundo y sus familias. Pedro vio la oportunidad de declarar su amor a Rosa durante la celebración de esta fiesta. La comida se realizaría a las siete de la tarde en la casa del patrón. Fue así como Pedro preparó un ramo de flores silvestres arrancadas del fundo y decididamente fue a la celebración con la intención de conquistar a Rosa y decirle lo enamorado que estaba de ella.

Se encontraron en el pasillo de la casona y Rosa asombrada por la situación, lo abraza y le confiesa que ella también lo ama, pero que su padre jamás aceptaría una relación como esa.

Y así pasó y pasó el tiempo, las cosechas cada vez daban más ingresos a la familia y Antonio no sabía nada de la relación secreta que tenía Rosa con Pedro. Luego de esa fiesta, Rosa y Pedro se vieron a diario a escondidas de sus familias, hasta que la madre de Rosa los descubrió. Carmen decidió conversar con su hija acerca de lo que estaba ocurriendo. Rosa le confesó todo el amor que sentía por Pedro y le dijo que, si no lo aceptaban, ella escaparía del fundo. Carmen le dijo que debía hablar con su padre y que Pedro debía pedir su mano.

Luego de varios intentos, Antonio aceptó el amor de su hija hacia Pedro, con la condición de que Pedro debía comprar una parcela y construir una casa para que pudieran vivir juntos, ya que él no les daría ningún apoyo económico.

Al cabo de tres años, cuando ambos habían cumplido la mayoría de edad, decidieron casarse e irse a vivir juntos a una parcela que habían comprado, después de que ambos trabajaran y ahorraran durante ese tiempo.

Hoy en día, mis abuelos viven felices en su casona, luego de tanto esfuerzo y dedicación.

14 años  
Retiro

**Tercer lugar regional**



## ¿Mi madrina es un Tue Tue?

Florencia Ceballos

**H**abía una vez, en el campo de Meipo una niña llamada Rosa, a la cual le encantaba escuchar conversaciones de los adultos a la orilla del fogón. En una de estas charlas, oyeron el canto del Tue Tue; y los adultos comentaron que era la comadre que andaba merodeando. La niña se puso tan triste al punto de llorar; no podía creer que su madrina fuera bruja. Lloraba desconsoladamente de mucha tristeza y desilusión.

Cuando iba a la escuela, todos le decían que su madrina era bruja y se lo dijeron tantas veces, que empezó a dudar. En la noche, no podía dormir de tanta preocupación, hasta que decidió hacer una prueba. Le dijo a Dios que, si su madrina era bruja, viniera en la mañana a buscar leche y trigo.

Al día siguiente, en la mañana muy temprano, sintió llamar:

—Aló, aló vecina, ¿está por ahí?

La niña desesperada al reconocer la voz de su madrina, se puso muy nerviosa y escuchó atentamente. La madrina le dijo a su comadre:

—Comadrita, ¿sería mucha la molestia que me prestara una taza de leche y un poco de trigo? Lo que pasa es que mi hijo tiene mucha hambre y no tengo comida para darle.

La niña dio un salto del susto y se puso muy nerviosa. A medida que fue creciendo se dio cuenta de que su madrina era una persona normal y finalmente, Rosa decidió querer a su madrina tal y como era; no era una mala persona, solo era diferente. Pero, hasta el día de hoy, no sabe si es bruja o no.

12 años  
Coelemu

**Primer lugar regional**



## Mi tata, el tallador

Benjamín Galindo Elgueta Sepúlveda

**P**ara saber y contar, mentira no ha de faltar. Para pasar un estero, hay que sacarse el sombrero. Estera y estirita aquí va el cuento y vamos con él:

Érase una vez mi tata, un hombre alto, valiente y muy trabajador. En especial se dedicaba a tallar maderas de todo tipo y siendo muy reconocido en el sector.

Un día llegó a verlo un hombre de ciudad (por la forma en que vestía), quién se presentó ante él muy amable, y le solicitó realizar un trabajo de tallado para el matrimonio de su única hija muy querida. Quería una rosa en madera, ya que era su flor preferida, y no importaba el precio. Mi tata lo pensó mucho, pero como vio a aquel hombre tan ilusionado, aceptó y quedó de tener el trabajo para la fecha indicada.

Desde aquel día trabajó y trabajó, sacando ideas de todos lados e hizo el tallado más lindo que nadie nunca imaginó, pues no quería decepcionar a su nuevo amigo. Sin embargo, los días pasaban y nadie llegaba a buscarla. Mi tata guardó fielmente la figura, puesto que muchas personas deseaban comprarla, pero la rosa estaba guardada esperando pacientemente que su dueño llegara.

Una noche, aquel hombre se le apareció en sueños a mi tata y le dijo que por nada del mundo la vendiera, que él vendría a buscarla. Sin embargo, los días y semanas pasaban y él no llegaba.

Cuando una tarde llegó a la casa una señorita muy linda en busca del tallado. Contó la triste noticia de que su padre había fallecido en un accidente automovilístico hacía unas semanas atrás. Muy triste mi tata pensó que aquel hombre se le había aparecido en sueños para asegurar que no vendiera la figura y se la entregara a su hija, tal como él deseaba en vida. Relató el sueño a la hija y ella no podía dar crédito a lo que sus oídos escuchaban.

Tanto sacrificio no había sido en vano, y como muestra de cariño, le regaló el tallado a la hija de aquel hombre. La hija, muy emocionada, aceptó y dijo que lo guardaría como el recuerdo más preciado. Con lágrimas en los ojos, agradeció a mi tata, un humilde tallador, de gran corazón. Desde ese día se hicieron los mejores amigos y aprendieron a apreciar los instantes que la vida regala sin pedir nada a cambio. Y colorín colorado, este cuento está acabado.

10 años  
San Fabián

**Segundo lugar regional**



## El terreno milagroso

Karime Isidora Leyan Beltrán

En un pequeño campo lejos de la ciudad, había un terreno con muy mala fama, ya que siempre cuando plantaban nunca crecían las verduras ni las frutas, y las que lograban crecer, se podrían. Una familia de la ciudad escuchó hablar del terreno y decidió comprarlo, pensando que ellos sí podrían quitarle esa mala fama, por su experiencia y dedicación a la agricultura; lo tomaron como un desafío familiar.

Toda la gente que hablaba con ellos les decía que sería una mala inversión o que tirarían su plata a la basura, pero ellos ignoraron sus comentarios poco agradables y fueron siempre optimistas. Decidieron vender su casa de la ciudad y construir una en ese terreno.

Cuando ya estuvo lista, se fueron a vivir en ella y no pasó más de un mes para que empezaran a arreglar el terreno. Lo primero que hicieron fue dar vuelta la tierra muchas veces, pusieron abono para darle fuerza y así tuvieran un buen crecer las plantas. Luego de echar el abono, empezaron a regar todos los días. Sembraron pasto en su antejardín y nadie tenía fe de que crecería, pero todos quedaron admirados cuando, con el tiempo, el pasto creció fuerte, verde y sin ninguna dificultad.

Después de un tiempo, decidieron sembrar con un poco de temor, ya que no sabían si iba a crecer o tendría algún tipo de infección. Lo primero que sembraron fue trigo y de nuevo, todos quedaron impactados, porque creció sin ningún problema. Después tomaron confianza y sembraron de todo, y cuando la gente empezó a notar que crecían todas las frutas y verduras, quedaban aún más admirados. No podían entender por qué a ellos les brotaban y a los demás no.

La familia estaba muy orgullosa de sí misma, ya que nadie creía que lo iban a lograr. Después de un tiempo habían cosechado muchas variedades de verduras y frutas, pero lo que más cosechaban eran lechugas y frutillas, dependiendo de la temporada.

Un día, cuando ellos estaban arreglando la huerta llegó su vecino y les preguntó, por qué no vendían su cosecha. A la familia le encantó la idea. Cuando empezaron a vender, les fue muy bien.

Al mes de que se pusieron a vender, llegó una señora pidiendo empleo, les dijo que ella tenía un hijo, y que no había terminado sus estudios por eso no tenía trabajo. Como la familia era bondadosa y humilde, le dieron empleo.

Al pasar el tiempo, ellos tuvieron mucho más trabajo, ya que vender era su única fuente de ingresos. Entonces, empezaron a buscar más personas para que trabajaran con ellos.

Alrededor de un año después, tenían muchos terrenos sembrados, su casa ya no era una casa sino un fundo, sus frutas y verduras se volvieron las más exquisitas de la región y se empezaron a expandir a lo largo de todo Chile.

Se volvieron una de las familias más importantes en la agricultura. Luego de dos años, hicieron una fundación de reciclaje, ya que a ellos les encantaba la naturaleza y los niños, y por estos motivos siempre donaban dinero a las fundaciones infantiles.



Ellos nunca pensaron que podían llegar tan lejos en la vida y ahora son muy importantes gracias a que son bondadosos y humildes, ya que con esas dos características se pueden lograr muchas cosas.

14 años  
Los Ángeles

**Segundo lugar regional**



# Llalín kushe ka pu ngerefe<sup>11</sup>

Paloma González Fonseca

**M**arri Marri kom pu che (hola a todos), mi nombre es *Kuyen Huenchullan*, una niña *lafkenche* perteneciente al *lof*<sup>12</sup> de Locobe.

Hace algunos meses descubrí mi gran habilidad para realizar tejidos en el *witxal* (telar mapuche), al igual que mi ñuke (madre) y muchas mujeres mapuches. Pasado un tiempo dedicándome a esto en mis tardes libres, comencé a cuestionarme por qué muchas mujeres poseen esta habilidad desde tan pequeñas y sin necesidad de que se les enseñe demasiado. Este pensamiento invadía mi mente cada día, hasta que decidí preguntarle a mi ñuke si ella conocía la razón o si alguna vez se había cuestionado lo mismo. Al hacerle esta pregunta, instantáneamente me miró con una gran sonrisa. Me dijo que sí, la sabía. Me llevó de paseo para contarme una linda historia, que decía más o menos así:

*Un día una joven mujer lavaba en un río, cuando de pronto viene un hombre que se la lleva lejos, donde él vivía y decide hacerla su esposa. Un día, este hombre le dice a la joven: “Me voy a Chile y cuando vuelva quiero toda esta lana hilada”. Cuando el hombre se va, la joven mujer llora desconsoladamente sentada al lado del fuego, debido a que no sabía tejer. Es ahí cuando aparece Choñoiwe kushe<sup>13</sup>, quien le dice: “Tranquila, traeré a Llalín kushe (araña anciana), ella sabrá ayudarte”. Llalín kushe todas las noches bajaba a enseñarle a la joven a tejer, hasta que llegó su marido y toda la lana ya estaba hilada.*

Tras contarme esa historia, mi mamá me dijo que cuando nació, mi *chaw* (padre) y otros integrantes de mi familia fueron a los *mawida* (bosques) en busca de telas de araña para poner en mis manos y así asegurarse de que yo, a lo largo de mi vida, desarrollara una buena habilidad en el tejido.

Luego de esto, comprendí que para los mapuches cada elemento posee un *ngen* (espíritu) que les cuida, protege y da vida. A estos *ngen* se les debe dirigir con respeto antes de realizar cualquier acción, para que de esta manera no se genere ningún tipo de disgusto en ellos y así evitar provocarles algún daño. *Llalín kushe*, araña anciana, cuida y protege a las *ngerefe* (tejedoras mapuches).

Gracias a mi gran curiosidad y el conocimiento de mi *ñuke*, pude concluir que tejer no solo implica técnica; los diseños recopilan toda la cosmovisión mapuche y las *ngerefe* se encargan de depositar ese inmenso *kimün* (conocimiento) en sus tejidos. Por esto, es tan importante para nosotras el arte de tejer.

14 años  
Arauco

**Tercer lugar regional**

<sup>11</sup> Llalín kushe ka pu ngerefe: la araña anciana y las tejedoras (nota del autor).

<sup>12</sup> Lof: forma básica de organización social del pueblo mapuche, consistente en un clan familiar (nota del editor).

<sup>13</sup> Choñoiwe kushe (o Koñoiwe kushe): espíritu de fuego, que se traduce como anciana fuego (nota del editor).

## Cómo nació el pueblo mapuche

Matías Quiriban Huentecura

En vacaciones fui a visitar al lonko<sup>14</sup> Juan Silva, quien vive en la comunidad Paillanao en Lautaro, en la región de la Araucanía. Aunque tiene nombre y apellido winka<sup>15</sup>, él es mapuche. Al llegar a su ruca, nos sentamos a la orilla del fogón y nos empezó a contar una historia sobre el origen del pueblo mapuche.

Comenzó diciendo que, hace mucho tiempo la tierra venía de una energía del Wenelfe, esta es una estrella muy luminosa del wenu mapu<sup>16</sup>, y cuando se creó este mundo no existían che<sup>17</sup>; el wallontu mapu<sup>18</sup> era habitado solo por animales quienes se dividían por clanes y vivían en un territorio determinado. Incluso el mawiza<sup>19</sup> tenía sus clanes y no se podía entrar sin pedir permiso. Todos hablaban el mapu zungun<sup>20</sup>. Un día, en el clan de los pangui<sup>22</sup>, había un puma anciano llamado Maripangui<sup>21</sup>, más conocido como Malle<sup>23</sup>, que tuvo un pewma<sup>24</sup> que quiso contar a toda su gente.

A la mañana siguiente, Maripangui comenzó a contar su pewma. Todos estaban reunidos; les mencionó que algo terrible se aproximaba, y significaría la extinción de todos los clanes. Quienes escucharon el anuncio, desesperados, fueron donde el Tapillan del Llaima, el gran dios del volcán, quien les dijo que todos los clanes serían castigados a menos que se hiciera un sacrificio. Esto, porque se estaba perdiendo la fe y la cultura del mapu zungun, y no se estaban haciendo los gillatun, las rogativas que la naturaleza necesitaba. Al escuchar eso, todos se ofrecieron para sacrificarse. Un puma joven dijo: “Yo me sacrifico”, y en ese momento Maripangui les dijo, que él se iba a sacrificar y que ellos, como los nuevos brotes, serían los gestores de un mundo nuevo.

Maripangui, al llegar al pillan<sup>25</sup> de donde se iba a lanzar, le habló a su gente diciéndoles que había tenido otro pewma. Les dijo: “Cuando nosotros dejemos de existir, porque mi sacrificio es para que vivan mil años más, va venir otro tipo de clan, y ellos caminarán en dos pies. Ellos se llamarán che y dentro de esa che, va a haber personas que hablarán el mapu zungun. Tendrán distintos roles: algunos serán machi<sup>26</sup>, wewpin<sup>27</sup>, lonko, gillatufe<sup>28</sup>. Pero nosotros no vamos a morir eternamente, si no que vamos a vivir dentro de ellos”.

Así, los mapuches tomaron los nombres de sus antepasados como: Panguinao, Llanquilef, Wenulef, Marifilu, etc. Se dice que los mapuches tenían un solo nombre, y por cada hecho importante que sucedía, iban a otro lugar a recargarse de nuevas energías y volvían con dos.

<sup>14</sup> Lonko: jefe de una comunidad mapuche (nota del editor).

<sup>15</sup> Winka: extranjero, chileno en lengua mapudungun (nota del autor).

<sup>16</sup> Wenu mapu: mundo de las alturas en lengua mapudungun (nota del autor).

<sup>17</sup> Che: gente en lengua mapudungun (nota del autor).

<sup>18</sup> Wallontu mapu: mundo mapuche en lengua mapudungun (nota del autor).

<sup>19</sup> Mawiza: bosque, montaña en lengua mapudungun (nota del autor).

<sup>20</sup> Mapu zungun: habla de la tierra en lengua mapudungun (nota del autor).

<sup>21</sup> Pangui: puma en lengua mapudungun (nota del autor).

<sup>22</sup> Maripangui: diez pumas en lengua mapudungun (nota del autor).

<sup>23</sup> Malle: tío paterno en lengua mapudungun (nota del autor).

<sup>24</sup> Pewma: sueño en lengua mapudungun (nota del autor).

<sup>25</sup> Pillan: espíritu en lengua mapudungun (nota del autor).

<sup>26</sup> Machi: curandera y encargada de ciertos rituales en la cultura tradicional del pueblo mapuche (nota del editor).

<sup>27</sup> Wewpin: historiador en lengua mapudungun (nota del autor).

<sup>28</sup> Gillatufe: orador en lengua mapudungun (nota del autor).



Al terminar ese relato, me fui muy contento al saber que mi apellido y el apellido de mis peñis<sup>29</sup> guardan la historia de mis antepasados y siempre me sentiré orgulloso de ello.

12 años  
Padre Las Casas  
**Primer lugar regional**

---

<sup>29</sup> Peñi: hermano, amigo o camarada en lengua mapudungun (nota del editor).

## El zorro que se convirtió en machi

Natalia Quiriban Neculqueo

Hace mucho tiempo, una familia de zorros que vivía en el lof<sup>30</sup> Dehuepille, fue a cazar gallinas al corral del vecino. Al día siguiente, uno de los zorros se enfermó y se sentía arrepentido de haber ido a cazar las gallinas del vecino.

Al anoecer, el zorro se fue a ver a la machi<sup>31</sup> y ella le dijo que tenía un pichikütran, es decir, una enfermedad mapuche. La machi tenía el don de sanar cualquier enfermedad y le hizo un remedio, pero la enfermedad era muy fuerte y el zorro no se pudo sanar esta vez. Desesperado, decidió visitar al mejor machi de la comunidad de Dehuepille. Ese viejo machi era muy especial; la comunidad lo invitaba para las grandes celebraciones, como gillatun<sup>32</sup> o wetripantu<sup>33</sup>, que son las celebraciones comunitarias más importantes que reúnen a la gente. Él tenía gran poder y lograba convocar a mucha gente: ahí iban todos los hermanos, vecinos, tíos, y gente de otras comunidades. El sabio machi no encontró remedio para el zorro. Después de unos días de intensas rogativas, supo que el zorro solo se sanaría si aceptaba ser machi y hacer el bien para la comunidad. Los vecinos no estaban muy de acuerdo, pero luego aceptaron la decisión del sabio machi.

Así se inició la celebración del nieykurewen, que es la ceremonia para consagrar a un nuevo machi. Gente de distintas comunidades fueron a apoyarlo en su proceso para convertirse en machi. Pasó un año y nadie iba a hacerse remedios con el zorro, porque era nuevo y no le tenían confianza, por la mala fama que tuvo en el pasado. El zorro aceptó su nuevo destino, pero se sentía muy triste, porque su nueva vida era aburrida. De repente llegó una señora que estaba enferma y le preguntó si la podía ayudar. El nuevo machi le dijo que sí, porque a él no llegaba ningún enfermo. La señora estaba muy grave; posiblemente tenía cáncer y se vino al campo, porque en el hospital no la podían ayudar con su enfermedad. El zorro le dio un remedio para curar su enfermedad. Lentamente, la señora se fue recuperando, hasta que logró completa sanidad. La señora estaba muy agradecida del machi zorro, porque ninguna otra machi se atrevió a ayudarla. Gracias a esa señora, el zorro ganó un prestigio que se difundió por los alrededores, y pudo surgir en la tarea de sanar a las personas.

12 años

Padre Las Casas

**Segundo lugar regional**

<sup>30</sup> Lof: forma básica de organización social del pueblo mapuche, consistente en un clan familiar (nota del editor).

<sup>31</sup> Machi: curandera y encargada de ciertos rituales en la cultura tradicional del pueblo mapuche (nota del editor).

<sup>32</sup> Gillatun: oratoria; ceremonia religiosa mapuche (nota del editor).

<sup>33</sup> Wetripantu: celebración del año nuevo mapuche (nota del editor).



## El bosque encantado

José Miguel Gallardo Sánchez

**H**abía una vez, tres hermanos que vivían en una hermosa colina con su familia. A pocos kilómetros existía un bosque en el que habitaban distintos tipos de animales, acogidos por enredaderas de copihue, coligües y arrayanes. Cerca de la localidad habitaba un anciano que invitó a los tres hermanos a conocer el fascinante lugar. Durante la caminata, los pequeños se encontraron con charcos, pequeños montículos de tierra, rutas trazadas por caminos de conejos, que hacían más interesante explorar la zona.

Al llegar al bosque, el anfitrión que los recibió fue un hermoso pájaro carpintero, que construía su hogar en un roble alto y viejo. Al costado del mismo árbol, había una enredadera muy robusta y frondosa de cuyos brotes nacía una gran cantidad de copihues rojos, escenario perfecto, a su vez, para albergar a los pequeños y sensibles monitos del monte. Los colibrís trabajaban en armonía el uno con el otro, extrayendo el aromático y dulce néctar de cada una de las flores. Sus competidoras directas, las abejas, y los moscardones pardos gigantes, formaban una orquesta de sonidos a la par con el eco del bosque. Por otra parte, los chercanes, las tencas, las loicas, los tordos y el pitio cantaban sobre unos laureles. Al caer la tarde sobre los avellanos, el canto del zorzal, anunciaba que se acababa el día; mirando hacia lo alto, se veían los últimos rayos de luz que tocaban las copas de los árboles. En ese momento el anciano miró a los niños y vio el brillo de sus ojos; se transportó al pasado al recordar la primera vez que sintió el aroma y el aire que producía el mítico bosque que no estaba encantado. Solo era la sensación y el agrado de estar, sentir y vivir ...

8 años  
Nueva Imperial  
**Tercer lugar regional**



## La Llorona de Pellinada

Natalia Alexia Becerra Aburto

En un fundo, cercano a la actual comuna de Futrono, poco conocido y no muy habitado, existe la leyenda de La Llorona. Algunos habitantes dicen haber escuchado el desgarrador y desconsolado llanto de una mujer.

Cuentan los habitantes que antes de que se construyeran las casas, todo aquel sitio estaba lleno de un árbol muy conocido llamado pellín; por eso, más adelante fue llamado Pellinada, en honor a este árbol.

En esos tiempos, era muy común que las mujeres dieran a luz en las casas y eso ocurrió: una señora joven estaba esperando a su bebé y estos terrenos cubiertos de pellín no estaban muy lejos de su cabaña. Entró en labor de parto y nació un niño. La partera, interesada en el bebé, le dijo a la joven madre que durmiera, mientras ella lo cuidaba y accedió, sin pensar que esto sería un error muy grave. Cuando despertó no encontró ni a la mujer ni a su hijo. La buscó con la esperanza de encontrar a su pequeño, pero al darse cuenta de que la mujer no aparecería, cedió a la tristeza, dejando así que el dolor de la pérdida de su hijo la consumiera.

Poco después, la pobre mujer murió de nostalgia al percatarse de que su niño jamás volvería. Las personas cuentan que, al caer una noche de tormenta, se escuchan los llantos desgarradores de la joven madre en busca de su hijo perdido; muchos dicen haberla escuchado.

¡Pero no la sigas! ¡No sigas el llanto de aquella mujer! Si te acercas, su llanto se aleja y tan solo descubrirás el verdadero miedo, ya que muchos niños han desaparecido por seguir aquellos lamentos.

Es por eso que, en el fundo de la Pellinada, cada vez que se sabe que habrá noche de tormenta, los adultos resguardan rápidamente a sus hijos, por el profundo miedo que le tienen a La Llorona de Pellinada.

14 años  
Futrono

**Primer lugar regional**



## La chonchona

Martín Alejandro García Iribarra

Dicen que la chonchona es un pájaro invisible que da mala suerte. Dicen que grita cuando pasa al lado tuyo. Dicen también, que es una bruja o brujo al que le gusta esconderse. Tiene una cabeza humana y sus orejas son alas.

Si la oyes, invítala a tomar té; de seguro llegará a tu casa con forma de cualquier persona y debes cumplir con la invitación. Y si alguien sospechoso llega a tu casa y quieres saber si es un brujo, debes poner una tijera sobre su silla, porque cuando se siente no se podrá parar, hasta que confiese sus brujerías y te pedirá que quites la tijera. Quizás, cuando la invites ya dejarás de verla.

Cuentan que en un lugar llamado Puerto Ulloa, comuna de La Unión, vivía un hombre llamado René. Tenía muchos animales; la mayoría eran vacas. Era la persona con más vacas de ese lugar. Su campo era hermoso, con vista al río Bueno. Don René era pelado, ojos cafés, arrugado y bajito; siempre se le veía andar a caballo recorriendo su campo.

Al otro lado del camino, vivía una señora llamada Juana, era muy extraña; en la puerta de su casa tenía colgada una cabeza de perro. A René le parecía muy rara esa casa.

Un día, como todos, René se levantó a tomar desayuno y a ensillar su caballo para sacar a sus animales, pero se encontró con algo trágico: todo su ganado estaba muerto.

René llamó de inmediato a los carabineros junto a un veterinario, para registrar el caso. El veterinario no encontró nada. Conversando con su señora, esta le comentó sobre lo que decían de la vecina, que era bruja, por lo que ella podría ser la responsable de la muerte de su ganado, ya que Juana estaba obsesionada por esas tierras y quería espantarlos de ahí.

Al principio, no le puso atención, pero después recordó que pocos días antes se oía un pájaro gritar con un sonido aterrador; recordó entonces una historia sobre un pájaro llamado Tue Tue, mejor conocido, como la chonchona.

Fue donde la machi<sup>34</sup> del lugar, una mujer muy sabia, a preguntarle sobre cómo podría resolver el problema o deshacerse de la bruja. La machi le aconsejó que la invitara a su humilde morada y que pusiera una tijera abierta sobre la silla; ella se quedaría pegada hasta que dijera sus brujerías y antes de poder irse, le pediría que quite la tijera.

“También hay una forma de matarla”, dijo. “Cuando pase sobre su casa, clave un cuchillo sobre la mesa y no lo suelte. Repito: no lo suelte. Así podrá acabar con su pesadilla”.

René volvió a su casa cuando sintió pasos sobre el techo. Sabía que era la chonchona, así que, recordando lo que la machi le había recomendado, clavó el cuchillo tan fuerte sobre la mesa, que se cortó la mano,

<sup>34</sup> Machi: curandera y encargada de ciertos rituales en la cultura tradicional del pueblo mapuche (nota del editor).

pero no lo soltó. Escuchó un gran golpe sobre el techo y una quejadera de mucho dolor. Pasaron unos 5 minutos y ya no se escuchaba nada, René dijo:

—Creo que ha terminado, por fin.

Soltó el cuchillo y llamó a su mujer para que curara su mano.

Al otro día, desde lejos observó la casa de la vecina, pero no se escuchaba nada. Todo había acabado, ya no molestaría más. René revisó el techo de su casa para ver a la bruja. Se sorprendió al encontrarla; tenía un aspecto diabólico: la cara de un humano, sus orejas eran alas, era horrenda.

René la tomó con una manta y la fue a tirar al río. Ya aliviado, se dirigió a su morada para seguir con su vida cotidiana. Al cabo de unos meses, ya había recuperado la mitad de su ganado. Pudo al fin, vivir tranquilo y seguro el resto de su vida.

12 años  
La Unión

**Segundo lugar regional**



## Los niños y el puma Jack

Damián Andrés Díaz Oyarzo

Esta es la historia de dos primos muy unidos que vivían en un campo lejano de la ciudad. Ellos acostumbraban a salir a jugar en los alrededores de sus casas, ya que sus padres siempre les decían que no fueran lejos, porque en ese lugar había mucha presencia de pumas. Estos dos primos siempre hacían caso de lo que decían sus padres, pero un día algo les llamó la atención: escucharon un sonido extraño y quisieron averiguar de qué se trataba. Sin pedir permiso a sus padres, fueron hacia donde escucharon el sonido. Caminaron unos 30 minutos, pero no lograron dar con el origen del ruido. De pronto, escucharon que sus madres les estaban gritando para que se entraran, ya que se había hecho tarde. Decidieron guardar el secreto y no contar nada a nadie, porque ellos querían descubrir primero de qué se trataba, les gustaba ser exploradores.

Pasaron los días y los niños no habían vuelto a escuchar aquel ruido. Pensaron que, tal vez, había sido un animalito que ya se había ido, pero cuando estaban jugando de lo más entretenidos, volvieron a escuchar ese sonido extraño. Se miraron los dos y el menor de ellos, le dijo al otro:

—¿Vamos a ver si pillamos al animalito? Tal vez puede estar herido.

A lo cual su primo contestó:

—Vamos, pero que nuestras madres no se den cuenta, porque nos van a retar.

Estos dos niños se fueron muy entusiasmados con la idea de encontrar al animalito herido para sanarlo y no se dieron cuenta cuando se habían alejado mucho de sus casas. Sus padres comenzaron a llamarlos y se desesperaron al ver que los niños no estaban donde jugaban siempre, entonces iniciaron una gran búsqueda en medio del bosque.

Ya casi era de noche y los niños seguían buscando al animal herido, sin darse cuenta de dónde estaban ni de la hora que era. De pronto, encontraron lo que buscaban: era un cachorro de puma, estaba solo y muy herido atrapado entre las ramas de un árbol y unos alambres. El pobre cachorro, ya no tenía comida ni agua y se estaba muriendo. Los niños decidieron que había que ayudarlo y, a pesar de ser solo unos niños, de no más de ocho años, quitaron todas las ramas del árbol sobre el cachorro, aún sin darse cuenta de que ya era de noche; ellos solo querían ayudar al pobre cachorro.

Mientras tanto, los padres seguían buscando a sus hijos desesperados, porque sabían los peligros a los que estaban expuestos sus niños. De pronto, escucharon voces que pedían ayuda; eran sus hijos que habían visto luces de antorchas a lo lejos y querían ayuda para terminar de liberar al cachorro. Los padres se apresuraron y en el momento en que lograron llegar donde estaban los niños, se dieron cuenta de la situación. Aterrados, pidieron a sus hijos alejarse del cachorro y de ese lugar, pero ellos querían salvar a su nuevo amiguito el puma. Los padres comprendieron que había que hacer algo y le quitaron los alambres de las patas al puma y al fin lograron liberarlo. Llevaron al cachorro a sus casas y lo dejaron en un galpón con una cama de paja. Decidieron llamarlo Jack y le sanaron las heridas. Al pasar unos días, aquel cachorro se levantó y rujó “roar”. En ese momento, descubrieron que ya estaba bien; estaban todos muy contentos. Pero luego, escucharon un rugido más fuerte “ROAR”. Vieron por una ventana

que estaba cerca de la puerta, un puma, pero mucho más grande, y descubrieron que era la mamá del cachorro: venía a buscar a su hijo. Todos quedaron muy aterrados, porque la mamá del cachorro estaba muy molesta y comenzó a dar vueltas por fuera de la casa rugiendo cada vez más fuerte, hasta que se lanzó por una ventana del galpón, lugar donde tenían al cachorro. Los niños, que habían sido quienes salvaron al cachorro, lo llevaron hacia la entrada y lo abrazaron muy fuerte y le pidieron que le dijera a su mamá, que no les hiciera daño. El cachorrito salió muy contento a encontrarse con su mami; ella lo olió, le pasó la lengua y luego, se fueron felices los dos.

Los niños y sus padres quedaron contentos de ver que su amigo Jack, el cachorro, se había recuperado muy bien y podría vivir por muchos años más. No lo volvieron a ver durante un largo tiempo hasta que un día, cuando estos niños aventureros andaban buscando sus ovejas, se encontraron con un agresivo puma hambriento que quiso atacarlos. Estaban muy asustados, pero llegó otro puma grande y fuerte que los ayudó y defendió de aquel puma hambriento. Entonces, los niños supieron que se trataba de su amigo Jack.

7 años

Corral

**Tercer lugar regional**



## Margarita, la niña del bosque

Vicente León Naour Cheuquepil

Hace tiempo atrás, había una niña de edad pequeña y de corazón muy grande y noble, que vivía junto a sus padres en una pequeña casa en las profundidades de un bosque en Llicaldad. Esa niña era muy especial; su madre lo sabía y le entregaba cariño y protección haciendo las veces de papá y mamá. Su papá era leñador y cuando llegaba, no mostraba ningún interés en ella.

La pequeña se llamaba Margarita, tenía seis años, era pequeña y débil, de piel morena y con unos grandes ojos. Era tímida y callada, y le gustaba escuchar los cuentos que su madre contaba. Cuando se adentraba en el bosque su actitud cambiaba, se imaginaba hablando con los voigues, lumas y boquis, chucaos, monitos del monte y ranitas de Darwin; era en esos momentos en que se sentía feliz. Su madre pensaba que no era lo más correcto para una niña, ya que no jugaba con otros niños de su edad por vivir en la montaña.

Cuando Margarita tenía diez años, su padre no volvió junto a su madre y empezaron a vivir de lo que el bosque les entregaba. Comenzaron a hacer canastos de ñocha<sup>35</sup>, fuentes de boqui y otras cositas muy lindas en quilineja<sup>36</sup>.

Al cabo de un tiempo, la mamá vio cómo su hija hablaba con unos chucaos y pensó que se había vuelto loca... eso la entristeció. Sin embargo, al rato vio cómo estos pajaritos le traían semillas y frutos, que ella le había pedido a su hija y se dio cuenta, que era un ser muy especial, un regalo de la madre naturaleza.

Años más tarde, su madre dejó de existir. Desde ese día, Margarita se puso muy triste y al mismo tiempo el bosque moría, el río desaparecía, los árboles y plantas se secaban y los animales huían hacia otro lugar donde poder vivir.

Margarita se puso débil y se consumía con el paso del tiempo. Pero entonces, una ranita de Darwin se le acercó y le dijo:

—Mi chica bonita, entiendo que estés triste, olvidaste la razón por la cual viniste aquí, a este bosque tan bonito del que ya no queda nada. Perdiste a tu ser más querido, pero si tú nos abandonas, todo el bosque que te ama desaparecerá contigo. Somos felices, porque eres el ser humano más bondadoso y generoso de todo el planeta y tenemos la suerte de que estés a nuestro lado.

La joven, al oír estas palabras de la ranita de Darwin, se dio cuenta de que se había olvidado de los demás seres a los que amaba y por los que era correspondida. Margarita se puso a llorar sin parar, y de esas lágrimas que brotaban de sus ojos y corrían por sus mejillas, empezó a surgir un mágico río que cruzó todo el bosque. Al mismo tiempo, que este se iba formando, los árboles y plantas que ya estaban a punto de secarse empezaron otra vez a renacer como en primavera. Los animales comenzaron a llegar en el preciso momento en que la joven levantó su mirada y vio como todos ellos se reunían a su alrededor para darle las gracias.

<sup>35</sup> Ñocha: planta con las fibras muy resistentes, que se emplean para hacer canastas, sombreros y otros objetos (nota del editor).

<sup>36</sup> Quilineja: planta trepadora con cuyos tallos se confeccionaban canastos y escobas (nota del editor).

Entonces, Margarita se acercó a la ranita y dijo:

—Gracias, pequeña amiga, por devolverme a la vida. Dejé de pensar en los demás por un momento para pensar en mí. Tú hiciste que me diera cuenta de lo necesaria que soy para todos los que habitan en este maravilloso bosque y eso me hace inmensamente feliz.

Este cuento te dice un secreto: ese río existe hasta el día de hoy y se transformó en la casa del camahueto<sup>37</sup>, pero esa historia te la contaré después.

12 años  
Castro

**Segundo lugar regional**

---

<sup>37</sup> Camahueto: animal fantástico presente en la mitología chilota (nota del editor).



## Viaje a otra isla

Boris Hollstein Cárdenas

En la lejana isla de Chiloé vivían dos hermanos; él se llamaba Felipe y ella Constanza. Eran muy buenos y, además, siempre ayudaban a sus padres.

Un día, fueron a pescar al muelle de las Almas. Con una gran cantidad de peces decidieron volver a casa. En medio del trayecto, se vino una gran tempestad que azotó al barquito en el que navegaban. ¡Estaban asustados! Constanza gritaba. De repente vio, en la lejanía, una gran piedra que era enorme, llena de diamantes y oro.

—Es la piedra bruja —dijo Felipe, y le pidió que no la tocara.

En ese instante Constanza tocó uno de los diamantes y provocó que unas manos gigantes salieran del agua tomando al barco y sumergiéndolo. Los dos hermanos se desmayaron, la tempestad se había calmado...

El primero en despertar fue Felipe, y lo primero que vio fue el cielo con un color violeta inusual. Al fijarse detenidamente, se dio cuenta de que estaba en una playa junto a su hermana y el barco destruido. Felipe decidió despertar a su hermana. Cuando ella abrió sus ojos empezó a llorar; no podía creer lo que estaba sucediendo. Cuando se calmó, hizo unos cálculos en la arena y rápidamente dedujo que podían estar en un universo alterno. Frente a este escenario, decidieron buscar materiales para construir otra embarcación y navegar al punto de inicio, para volver a su realidad y regresar a casa antes de la cena.

Ya en la tarde, Felipe se preparaba para ir a buscar leña y provisiones, pero notó que algo los estaba mirando. De pronto, un rugido ensordecedor salió de en medio de los árboles. Era una enorme criatura, con forma de gallo y características de serpiente.

—¡Cuidado hermano! —gritó Constanza—; es un basilisco<sup>38</sup>. ¡Corre y no lo mires a los ojos o te matará!

Entonces su hermano, tomó una estaca y la lanzó a la criatura. Le atravesó el ojo y posteriormente su cerebro, matándole al instante.

Dándose cuenta de que ese mundo estaba poblado de los seres mitológicos de su isla, en la noche Constanza se aventuró en la playa y en la orilla divisó un cuero. Como era curiosa, lo encontró bonito y lo tomó. Pero sucedió algo extraño: el cuero empezó a apretarle su brazo y tomó la forma de mantarraya con unas espinas en los bordes. Sus ojos eran alargados, se levantó y se enrolló en el cuerpo de Constanza. En ese momento, un joven apuesto salió al encuentro del monstruo acuático y le arrancó los dos ojos de la bestia. Después tomó un hacha, cortándole el cuello. La niña, sorprendida, agradeció al joven que se transformó en una criatura horrenda, pequeña y con cara de ogro; ¡era el Trauco!<sup>39</sup>, y la raptó.

<sup>38</sup> Basilisco; criatura mitológica. Animal imaginario que se representaba con cuerpo de serpiente, patas de ave y alas espinosas y al que se le atribuía el poder de matar con la vista (nota del editor).

<sup>39</sup> Trauco; criatura de la mitología chilota (nota del editor).

Felipe, volviendo de sustar, se percató que su hermana no estaba. Fue a buscarla, pero era inútil, entonces pensó en lo peor. Desde ese lugar, lloró toda la noche y parte de la mañana; al mediodía empezó a caminar sin rumbo por la playa hasta que encontró a un grupo de cinco personas y una de ellas se le acercó. Era una joven mujer cuyo cuerpo estaba lleno de algas.

—Soy la Pincoya<sup>40</sup> —dijo ella—; ¿qué haces aquí, mortal?

El joven le dijo que estaba buscando a su hermana. La Pincoya le respondió que si su hermana no estaba muerta, lo estaría muy pronto. Felipe empezó a correr y llegó a un bosque.

En la casona del Trauco, Constanza estaba amarrada. Aquel lugar era húmedo y oscuro, y ella tenía la esperanza de que su hermano la rescataría. En el bosque, Felipe se percató de que alguien lo seguía. Llegó a un pantano, tomó una pequeña barcaza, y lo empezó a atravesar. Pero de pronto, algo salió de las turbias aguas: era un enorme cerdo con cuerpo de serpiente marina. Entonces saltó de la barcaza y empezó a nadar. Pero, una lanza hecha de agua atravesó al cerdo cortándole la cabeza; era la Pincoya que había venido a rescatarlo. Cuando llegaron a la otra orilla, lo besó en sus tiernos labios de mortal y después ella dijo que sentía el dolor telepático de su hermana y que tenían que darse prisa. En una pradera que cruzaron, encontraron un camahueto<sup>41</sup>, y al montarlo, la bestia sabía perfectamente hacia dónde tenía que ir. Llegaron a un enorme acantilado y en su base había un collar verde; la Pincoya le pidió que lo sacase y él, obediente, lo hizo y se lo colgó. Entonces, la tierra se estremeció y ella le entregó otro collar de color azul. En ese momento, el mar rugió, pero se calmó rápidamente y siguieron su marcha. Llegaron a un estrecho en donde se encontraron con cuatro lagos y cuatro caminos, y de esos lagos surgieron cuatro ballenas espirituales que les indicaron el camino correcto.

En la entrada de un antiguo fuerte, se les apareció el legendario caballero de lata que le exigió a Felipe un duelo para dejarlo pasar. El joven aceptó. La lucha fue muy intensa, y él fue el vencedor.

Siguieron su camino y pasaron por un bosque seco en donde se les presentó la Voladora<sup>42</sup> quien les exigió que le entregasen al mortal o no les dejaría pasar. Pero, en un instante, la Pincoya empezó a pelear con esta criatura y, con su hermosa femineidad, derrotó a la bruja.

De ese espantoso bosque, apareció un enorme gigante con una pierna hacia atrás; los estaba esperando, pero la Pincoya sacó un hacha que encontró en la playa y se la lanzó al Invunche<sup>43</sup>, y con eso lo derrotaron. La Pincoya le advirtió a Felipe que el aliento del Trauco podía matar así que tenían que tener mucho cuidado. Comúnmente se decía que era “conectar vida”, entonces ella se sonrojó, y dijo que era una cosa que se debía hacer en caso de muerte no deseada, así la vida que creaban se la traspasaría a otro ser y que de esa forma volvería a vivir.

Más adelante se encontraron con muchos chonchones y al verlos las criaturas empezaron a decir: “Tue Tue”. El lugar era muy sombrío, húmedo y oscuro, y de repente encontraron a Constanza. Entonces, Felipe luchó con esta criatura, clavándole el hacha en su pecho. El Trauco dio su aliento de muerte a Constanza matándola instantáneamente y se convirtió en tronco de árbol.

Al ver el cuerpo de su hermana, Felipe lloró, pero la Pincoya lo consoló y decidieron “conectar vida” para revivir a la hermana. Al otro día, Constanza despertó como si no hubiera pasado nada. Los hermanos



se reencontraron y se abrazaron. Durante el día platicaron sobre lo sucedido y empezaron a planear cómo volver. La Pincoya los ayudó junto con su padre el Millalobo<sup>44</sup>. Unos días después, la Pincoya y Felipe se hicieron novios y ella le pidió que apretase las perlas de sus collares. De pronto, emergió del mar un volcán con dos enormes serpientes: Ten-ten y Cai-Cai Vilú, que los ayudaron a mover su bote con ayuda de caballos marinos y con los pescadores del Caleuche, hacia la zona de la piedra bruja. Los tres integrantes del barquito la tocaron sucediendo lo mismo que en el principio, y despertaron en la playa de su casa, donde los dos jóvenes y una princesa marina vivieron felices para siempre.

13 años  
Dalcahue

**Tercer lugar regional**

## La taza de café

Catalina Nahuin

Estaba alimentando a las gallinas en el patio, cuando escuché a mi mamá levantarse de la mesa del comedor, en donde estaba tomando una taza de café, como era habitual. Mi mamá nunca tomaba mate; no es que no le gustara, sino que prefería por lejos el café. A menudo, la gente de campo toma mate, pero mi mamá era distinta en ese aspecto.

Mi madre se levantó para abrir la puerta. Era un hombre mayor, el cual estaba con ropa gris y vieja, acompañado de un gorro amarillo algo desteñido; era canoso y tenía barba. Parecía un brujo. Fui hacia adentro de la casa con curiosidad; nunca había visto a ese hombre, y mi mamá no era de hablar mucho con personas a no ser que fueran familiares o conocidos. Este era un desconocido, totalmente. Cuando entró, me coloqué detrás de mi madre y vi cómo el hombre miraba la hierba mate que estaba encima de la mesa. El extraño me dedicó una pequeña sonrisa como forma de saludo, actuaba muy amable.

Mi mamá lo miraba de arriba a abajo con suma desconfianza; el hombre se sacó el gorro de lana y se lo puso en el pecho agachando la cabeza como si estuviera buscando las palabras para después volver a mirar a mi madre.

—Hola señora; quería saber si le gustaría que le ayude con la leña.

Mi mamá alzó una ceja, dando a entender que no le gustaba mucho la idea.

—No, lo puedo hacer yo, gracias. No quiero pagar por algo que puedo hacer. Puede irse —dijo cortante, como era de esperarse.

—¡Es gratis!, no quiero plata, señora —le explicó con un tono amable.

—¿Ah? ¿Es en serio?

—¡Claro que sí!

—Bueno, como quiera.

El hombre salió al patio, se fue a la bodega en donde estaba la leña y con el hacha empezó a picarla. Mientras él trabajaba, mi mamá se hizo otra taza de café, ya que ella tomaba mucho. Yo, para pasar el rato, me quedé en la mesa comiendo uno de los panes que se encontraban encima.

Fui hacia afuera para ver al hombre, y él seguía trabajando. No parecía muy cansado, aunque ya habían pasado dos horas desde que había empezado. Realmente era mucha leña, no entiendo aún por qué no pidió dinero. Volví a la casa y vi a mamá mirando al hombre por la ventana; lo más seguro es que lo haya estado vigilando para que no se robara ningún animal. Mi mamá no confiaba en las personas.

El hombre había terminado, sonrió y dio un gran suspiro, se acercó a una ventana de la casa y dio unos golpecitos para que mi mamá la abriera, a lo que ella atendió.



—¿Qué pasa? —preguntó mi madre, con un tono seco.

—¿Me puedo tomar un mate?, cuando entré me fijé en que encima de su mesa tenía hierba —preguntó con una sonrisa amable en su viejo rostro.

Mi mamá se enojó al escuchar eso; golpeó la mejilla del hombre violentamente, haciendo que el extraño diera un paso atrás.

—¡Yo no le daré nada! ¡Absolutamente nada! ¡Piensa que por picarme unos cuantos palos le voy a dar algo!? ¡Usted mismo dijo que esto era gratis! ¡Lárguese de acá!

Miré la escena desde lejos, sintiendo pena por el pobre viejo. No era más que un campesino, o eso creía, hasta ese entonces.

—¡Maldita! ¡Usted me las pagará! ¡La maldigo, la maldigo! ¡Se va a arrepentir! ¡La maldigo, la maldigo, la maldigo! ¡Usted pagará! ¡Se va a morir de tanto café! ¡Dígale adiós a su corazón tan malagradecido! ¡Yo la maldigo!

El extraño se fue sin decir ni una sola palabra más. Mi mamá solo suspiró con pesadez y volvió a tomar café, para calmarse. Mientras tanto, yo me fui a jugar con las gallinas.

Pasaron dos semanas, mi madre fue al hospital por un malestar repentino y le descubrieron problemas graves en su corazón. Finalmente, ella murió al poco tiempo, y en su lecho de muerte recordó las palabras de ese extraño hombre, dudando de su real procedencia. Estaba segura de que era un brujo, que puso a prueba su bondad. Lamentablemente, ella no supo reaccionar bien. Antes de morir, se tomó su último café.

13 años  
Castro

**Mención especial del jurado**

## El día en que el sol se ocultó

Laura Katiuska Bracho Cárcamo

Cuenta mi papá, que su abuela le contó, cómo una vez el día se oscureció. Los gatos, los perros y las gallinas se reunieron y se pusieron a dormir, así como todos los demás animales que andaban en la isla donde vivían.

De pronto, se hizo de noche. Ellos se extrañaron, porque era temprano aún. Escucharon ruidos y sombras de seres que se movían asustados. Buscaron sus mascotas y estaban durmiendo. Vieron unas pequeñas sombras que se movían rápidamente, eran ratones. Desde lo alto, se oyó un murmullo: “uuuuuuhhhhh”. Y desde un árbol descendió una sombra silenciosa que se llevó a un ratón. Era un búho que despertaba con hambre; los demás ratones huyeron a sus escondites. Una gaviota perdida gritaba a lo lejos, mientras que un lobo bramaba reuniendo a su manada.

Los niños se juntaban junto al fuego, asustados, mientras escuchaban a sus abuelos que rezaban y quemaban semillas en las brasas, pidiendo que las sombras se alejaran.

Después de un rato, que pareció eterno, empezó a aclarar y volvió la luz natural, salieron al patio de su casa mientras veían aparecer a sus mascotas, todos celebrando el regreso del día.

Las mamás les explicaron, que se trataba de un eclipse de sol, y las oraciones de los ancianos hacían alejarse a las tinieblas para que sus hijos, los animales y las plantas, volvieran a gozar de la luz del padre sol.

9 años  
Cisnes

**Primer lugar regional**



## La aventura de mi abuelo

Jesús Manuel Águila Díaz

REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

**C**uenta mi abuelo Luis, que cuando era niño le ocurrió algo muy extraño y que no puede olvidar. Él vivía con sus padres en un campamento de pescadores de merluza, en una pequeña bahía que hoy es puerto Gaviota, formada por ranchos de nylon, en los que habitaban las familias.

Andaban por el bosque, cerca de la playa buscando leña, pero cuando quisieron volver al campamento, el bote estaba varado, en seco, y no lo podían mover. Entonces, su padre le dijo que fuera por la orilla del mar hasta el poblado y pidiera ayuda. Cuando iba por los roqueríos le pareció escuchar voces y, de pronto, se encontró ante una caverna que había en las rocas frente al mar. Trató de subir, pero se resbalaba, pues la roca era alta y lisa. Gritó mucho, pero nadie lo escuchó. Vio a su perro que lo había seguido. Subió de nuevo y se cayó, se golpeó la cabeza muy fuerte; quedó inconsciente, su perro estaba junto a él.

Durante el tiempo que estuvo como dormido, dice que tuvo un sueño: vio a una familia que estaba en la cueva, junto a una fogata, y varios niños comían pescado que ponían al fuego con unas varillas. También había una anciana acostada en pieles de lobo, parecía enferma. La familia se levantó y se fue. Llevaron el fuego sobre una roca plana, se subieron en una pequeña embarcación y se perdieron por la orilla de la isla; la anciana dormida quedó en el lugar.

En ese momento, sintió los ladridos de su perro y despertó; no había nadie a su alrededor. La marea estaba muy baja, salió corriendo por la orilla del mar, llamó a su perro que estaba comiendo un trozo de pescado. A lo lejos, vio un bote que pasaba, les gritó y fueron a ayudar a su padre. Luego, regresaron juntos a su rancho.

Tiempo después, escuchó unos relatos de antiguos navegantes que contaban de restos chonos hallados en las cuevas de los roqueríos, las que usaban como sepulturas para sus muertos.

10 años  
Cisnes

**Segundo lugar regional**

## La laguna verde oscuro

Lucía Estela Arregui Contreras

Tiempo atrás, cuando nos mudamos a Aysén, al campo de mi bisabuela, vi una hermosa laguna verde camino al pueblo. Lo más curioso es que mis hermanos también miraban por la ventana y me pareció que no vieron nada. No le di mucha importancia, ya que pronto llegamos a la casa de mi bisabuela, y al ver a los animales y conocer el campo, se me olvidó. A la noche siguiente, cuando estábamos tomando once sentados a la mesa, mi bisabuela empezó a contar una historia:

*Tiempo atrás, cuando se podría decir que el mundo era más tranquilo, ya que no había todo lo que hay ahora, ya saben, cuando no había tanta contaminación y tantos problemas por aquello, había una hermosa chica llamada Intú. Ella, todos los días al anochecer salía a escondidas de su casa para ir a un campito oculto en la vegetación de la Patagonia. El campito era pequeño pero tranquilo y por eso le gustaba tanto a Intú, ya que cuando estaba triste razonaba con los animales. Intú siempre anhelaba que en el campo hubiera una laguna para que los animales sintieran la frescura de las aguas. Un día como cualquiera, Intú fue al campo, pero al llegar vio que todo había cambiado, ya que en el campo varios animales no despertaban. La joven, tan triste, se quedó con los animales toda la noche. Ocurrió que a la joven le sobrevino un gran resfriado, tan fuerte que la joven falleció. Tiempo después, hubo un diluvio que cubrió casi todo el campo. Luego, se empezó a formar una pequeña charca. Se dice que los animales recordaban todos los días a la joven y que esa charca se convirtió en una laguna que poco a poco fue tomando el color de los ojos de Intú, los cuales eran verde oscuro. Se dice que si ves la laguna te podría dar buena suerte o que te cambia el corazón por su bello color.*

Esa noche no dormí pensando en aquello. Todas las noches, al despertarme, pienso que ella arriesgó su vida por los animales, y también que si veo esa laguna me dará buena suerte o me cambiará el corazón.

9 años  
Aysén

**Tercer lugar regional**



## Mi sueño

Laura Sofía Álvarez Díaz

**H**abía sido un día agotador. Estaba volviendo a mi casa desde la escuela a las 18:30 horas, y ya estaba oscuro; se estaba asomando la hermosa luna llena y ya se divisaban algunas estrellas en el cielo. Cuando al fin estaba afuera de mi casa, miré hacia la pampa, cuyos hermosos colores no se ven de noche. A lo lejos, se veía una gran fogata, y por la luz que entregaba, se podía ver el humo que llegaba hasta el cielo estrellado. Me relajé y entré a casa.

Ya acostada, a punto de dormirme, vino a mi mente la gran fogata que había visto antes y me dormí pensando en eso... Comencé a sentir el frío pasando por mi cuerpo; trato de taparme de nuevo pero lo único que siento es pasto, un pasto helado y mojado. Abro mis ojos y lo que veo son árboles tan altos que llegan al cielo pintado de los colores que produce el inmenso sol que estaba a punto de esconderse. Era un hermoso atardecer magallánico. Me paro del suelo mojado y miro para los lados, para ver si encuentro alguna casa cerca, pero lo único que veo son unas bellas matas llenas de calafates que están listos para ser devorados. Saqué uno y lo comí, estaba dulce, pero a la vez ácido, era delicioso. Escuché un ruido, eran niños jugando.

«Debo estar cerca de un parque o algo así», me dije a mi misma.

Seguí el ruido y eso me llevó a una ruca. ¡No lo creía! Había muchas rucas, estaba en una tribu selk'nam. ¡Era imposible! Estas tribus se extinguieron hace mucho tiempo y no entendía cómo llegué a encontrar una. Me quedé detrás de un árbol, observando todo lo que siempre quise conocer; había niños corriendo, mujeres trabajando y los hombres armando chozas. Me acerqué hacia una y entré. Nadie me vio. Vi las hermosas cosas que ellos creaban, había pieles de guanacos y mucha comida. Me dio hambre, tomé un puñado de calafates y salí de la choza. Los calafates estaban deliciosos. Afuera ya era casi de noche, la luna estaba saliendo y era de color amarilla y se veía más hermosa de lo normal.

Las personas empezaron a entrar a sus chozas, menos un joven junto a una mujer. Se veía como su madre. «Ambos se me hacían conocidos», pensé por un momento; además, los acompañaba un hombre que por su ropa se podría decir que era el jefe de la tribu. Él joven se despidió de la mujer y este se fue con el jefe hacia otra choza al interior de la cual se veía desde lejos una hermosa fogata. Se hizo de noche y las estrellas se veían hermosas en el cielo.

Seguí al jefe y al joven, entramos a la choza y el calor era acogedor. El jefe empezó a hablar, misteriosamente les entendí:

—Khami, ¿estás listo para tu iniciación para convertirte en hombre?

—Sí, jefe. Estoy listo.

Recién ahí noté que estaba presenciando la ceremonia del Hain, la ceremonia donde los jóvenes se vuelven hombres después de pasar la gran prueba. El jefe empezó a cantar frases extrañas que yo no entendía; era como si estuviera haciendo un rito para invocar o lograr un objetivo extraño. El jefe terminó el rito y empezó a hablar normalmente otra vez e indicó lo siguiente:

—Está listo, Khami; ahora me tendré que ir, desde ahora estás solo.

—Está bien —dijo el joven un poco asustado.

Yo quería ayudarlo, entonces le hablé:

—Tranquilo, todo estará bien, no te pasará nada —le dije susurrando.

Él me miró o eso es lo que yo pensé. A través de sus ojos negros, como los míos, pude sentir el miedo que se hallaba en su interior; se me puso la piel de gallina. El miedo era por algo que estaba detrás de mí. Me giré y pude ver algo que me aterró, eran los espíritus selk'nam: estaba Kotaik, Tanu, Ulen, Koshmenk y Short, que detrás de los árboles nos acechaban. Se empezaron a acercar y yo no me podía mover, el miedo me tenía paralizada. Miré para atrás y Khami estaba aterrado; volví a girar y me encontré con la cara de Kotaik al frente mío, eso me dejó pálida y sin aliento. Los espíritus entraron en la choza; se escuchó a Khami hablar con mucho miedo:

—El fuego da el poder a los espíritus, los espíritus protegen al selk'nam —dijo aterrado.

Eso lo repitió muchas veces, pero los espíritus no se alejaban. Yo quería ayudar a Khami, pero mi cuerpo no se movió del sitio donde estaba, solo me quedaba ver de lejos lo que le ocurría. De la nada, el fuego creció y todo a su alrededor se esfumó como si nunca hubiera existido. El fuego trató de llegar hasta donde yo estaba, pero yo solo podía cerrar mis ojos y esperar que el fuego no me llevara.

Cuando sentí que todo estaba en calma abrí los ojos y me encontré otra vez en mi cama; estaba sudando, todo había sido un sueño. Me bajé de la cama, fui por un vaso de agua y abrí la puerta de la casa. Seguía todo oscuro y lo que antes me parecía una gran fogata a los lejos, eran los camiones pasando por la carretera al costado de la pampa. Cerré la puerta, me tomé el vaso de agua, volví a mi cama, pero no podía dormir, recordaba a Khami siendo devorado por el fuego junto a los espíritus.

¡Yo quería salvarlo!, quería salvar a mi antepasado, pero no pude, el miedo me ganó. Espero volver a ver a Khami, para que al fin pueda salvarlo del fuego y él pueda terminar su gran misión de pasar el Hain. «Pero ahora lo único que me queda por hacer es volver a dormir y esperar que el sueño empiece de nuevo», me dije.

Me acomodé en mi cama y me puse a dormir pensando en la forma de volver a mi sueño.

13 años  
Primavera  
**Primer lugar regional**



## Mi abuelo

Catalina Ignacia Gatica Ampuero

En un lugar muy apartado de nuestro querido país, se encuentra una isla maravillosa, rodeada de vegetación: la isla Tierra del Fuego, lugar donde vivió un caballero cuya historia es el recuerdo de sus nietos. Su nombre era Humberto, y fue un hombre de sacrificio, llegando a la isla a los 14 años, dejando a su familia en un lugar lejano de la isla de Chiloé. Fue a esa edad en que comenzó a buscar trabajo en la localidad de Porvenir, una de las comunas existentes en nuestro territorio.

Al llegar, el único trabajo que encontró fue de cocinero en la casa de lata ubicada en el cordón Baquedano. Todos los días debía caminar con una bolsa de arpillera al hombro, internándose por un camino de tierra para llegar a su trabajo en la casa de lata, donde debía desempeñarse como cocinero. Siempre con entusiasmo, realizaba sus actividades, y al paso de unos meses dejó atrás ese camino y comenzó a salir adelante.

Pensando que debía ser cada día mejor, le surgió la idea de seguir recorriendo la isla, y así llegó a una estancia, donde pudo trabajar como arriero. Poco a poco, comenzó a tomarle el gusto a la ganadería, trabajo de esfuerzo y sacrificio. Tanto fue su gusto y pasión por la ganadería que, al pasar el tiempo, la vida le dio su recompensa, y ya estando con quien fuera su esposa, lo llevaron a comprar una estancia ubicada en las cercanías de la comuna de Primavera. Ambos quedaron maravillados con el lugar, y por eso, decidieron radicarse en cerro Sombrero para poder educar a sus pequeños hijos, teniendo en cuenta que debían asistir al colegio. Los dos comenzaron a trabajar fuertemente en la ganadería, que en realidad es un trabajo donde muchas veces, se debe luchar contra las inclemencias del tiempo, y otras veces se puede disfrutar de los cálidos días que se tienen trabajando. Son faenas en que uno muchas veces se pasa de frío o se queda todo embarrado, pero que, al mismo tiempo, quien ama este oficio lo disfruta al ver cada temporada los corderitos correr por las pampas patagónicas.

La vida de un campesino era muy difícil y complicada, pero Humberto y su familia la hacían ver fácil. A Humberto le gustaba enseñarles a sus hijos las cosas del campo como andar a caballo, esquilarse, marcar, faenar y mucho más. Cuando ellos aprendieron, salían juntos, los cuatro hermanos que eran, y siempre hacían carreras y jugaban. Pasó el tiempo, y los niños crecieron. Una de las hijas tuvo una hija y se fue a vivir con su marido; otro tuvo tres hijos y se fue con su mujer a vivir a un lejano pueblo; la otra tuvo dos hijos, pero se quedó con sus padres. El último, no tuvo hijos y se quedó, acompañándolos siempre. Los hijos de Humberto, siempre lo ayudaban y siempre le agradecían por todo lo que tuvieron cuando fueron pequeños, por todos los sacrificios de sus padres para que ellos tuvieran lo que tenían.

Un día, Humberto se enfermó mucho y lo tuvieron que llevar al médico y tomarle radiografías. El médico se dio cuenta que Humberto tenía Alzheimer, una enfermedad que afecta el cerebro de las personas, que va avanzando por etapas, olvidándose de a poco de todas las cosas hasta llegar a perder por completo su memoria. La enfermedad no tiene cura. Al saber eso, la esposa de Humberto y sus hijos tuvieron una pena muy grande y lo único que podían hacer era cuidarlo mucho y regalárselo.

Una mañana, vieron que a Humberto le estaba avanzando la enfermedad: olvidaba las palabras, también los nombres de sus familiares, amigos, nietos y, perdía objetos y se escapaba al campo. Cuando se iba, había un perrito que le daba una señal a la esposa de que Humberto se había escapado, para que ella

lo fuera a buscar y así pudiera encontrarlo. Iba empeorando en el día a día, hasta que un día empezó a agonizar, pero esperó a que llegaran todos sus familiares. Cuando estuvieron todos, él cerró sus ojos y falleció.

11 años  
Primavera

**Segundo lugar regional**



## El ovejero

Daniel Eduardo Millalonco Alvarado

Había una vez cerca de Timakuel, una familia que vivía en una casa más o menos grande para el tamaño de la familia. El padre se llamaba Alberto y practicaba la ganadería, pero un día, unos vándalos dejaron escapar a sus corderos. Alberto estaba enojado, ya que él pensaba que esto era personal. Fue a buscar a sus corderos junto a su hijo mayor, que se llamaba igual que él y tenía alrededor de 18 años. No encontraron nada, así que fueron a preguntar a los habitantes de Timakuel y estos no sabían nada sobre los corderos perdidos.

Derrotados, volvieron a casa. Nuevamente, lo intentaron al siguiente día y encontraron algunos corderos: a tres de los quince. Alberto, finalmente encontró a uno de los malhechores. No parecía tener más de dieciséis años, así que es probable que alguien le hubiera pagado para hacerlo.

Ya han pasado más de dos años, la familia de Alberto se mudó a Porvenir, pero Alberto seguía con la idea de encontrar a sus corderos. Determinado y preparado, fue a buscarlos. Un hombre le dijo que, un grupo de ocho personas estaba viviendo en un rancho cerca de ahí, y que ellos tenían doce corderos, así que Alberto fue a investigar desde lejos. Vio a cinco jóvenes y a tres personas vestidas de negro, parecían de esos mafiosos que salen en las películas. Alberto, armando con su revolver viejo, fue a hablar con ellos. Los tipos de negro le dijeron que se fuera, porque estaba en una propiedad privada. Alberto enojado les preguntó sobre los corderos. Los tipos de negro le dijeron que no era de su interés. El padre, aún más enojado, reconoció a uno de sus corderos, sacó su revólver y demandó a que se los entregaran de inmediato. Los jóvenes comenzaron a correr y algunos se arrodillaron poniendo las manos hacia arriba. Los tipos de negro, al mismo tiempo sacaron sus pistolas y le dispararon. Alberto, en el último momento, pensó: «Todo esto por unos corderos». Lo peor de todo, es que su familia nunca sabrá de su muerte.

Mi cuento se trata de Alberto y su familia a la que le robaron sus corderos, y él y su hijo los van a buscar. Una historia triste.

13 años  
Porvenir  
**Tercer lugar regional**





I VERSIÓN

## ✦ Categoría Dibujo

Obras creadas por alumnos de  
enseñanza básica y media





## JURADO NACIONAL Dibujo

### Pamela Vergara

Nació en Santiago en 1976. Es profesora de artes visuales, pintora e ilustradora. El año 2002, se licenció en artes plásticas, en la Pontificia Universidad Católica de Chile, y el 2004 se tituló en pedagogía de artes visuales en la misma casa de estudios. El 2012 realiza el diplomado de Ilustración y Narración Gráfica de la PUC. Actualmente es candidata a magíster en historia y gestión patrimonial cultural de la Universidad de Los Andes. Desde el 2004, trabaja como profesora de artes visuales y jefa área académica, liderando el trabajo didáctico y curricular en torno a la enseñanza de las artes visuales en la Fundación Belén Educa.

### Francisca Aninat

Nació en Santiago, 1979. Realizó un BA en Historia del Arte de la Universidad de Maryland; es Licenciada en Artes Plásticas de la Pontificia Universidad Católica de Chile y tiene un master en artes en Central Saint Martins College of Art and Design (Londres). Vive y trabaja en Chile y ha participado en diversas exposiciones nacionales e internacionales. Desde el 2010 ejerce como profesora de la Facultad de Filosofía y Humanidades en la Universidad Alberto Hurtado.

### Claudia Lira

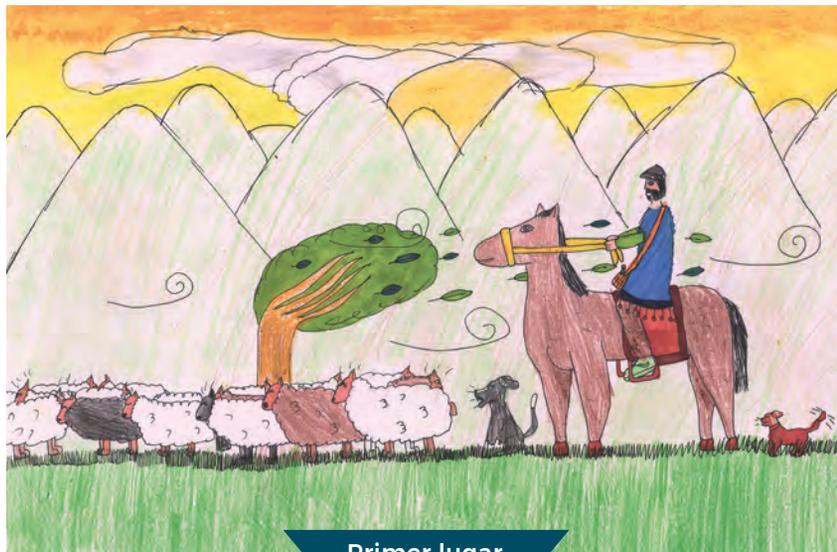
PhD en Estética y teoría del arte. Académica del Instituto de Estética e investigadora del Centro de Estudios Asiáticos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Directora en Chile del Proyecto Educación de los Sentimientos de Japón y del Concurso Internacional Museo de Bellas Artes de Atami, Japón. Trabaja actualmente en proyectos de interdisciplina a fin de introducir la educación estética en la educación, en la agricultura urbana educativa, en la alimentación saludable, en la salud.

### José Luis Romero

Nació en Maipo, localidad rural ubicada al sur de la región Metropolitana, en 1985. Es jefe del departamento de Desarrollo Rural de ODEPA en el Ministerio de Agricultura, y está a cargo de la implementación de la Política Nacional de Desarrollo Rural. Ingeniero agrónomo de la Pontificia Universidad Católica de Chile y máster en comunicación estratégica y branding de la Universidad Mayor.



## EDUCACIÓN BÁSICA



Primer lugar

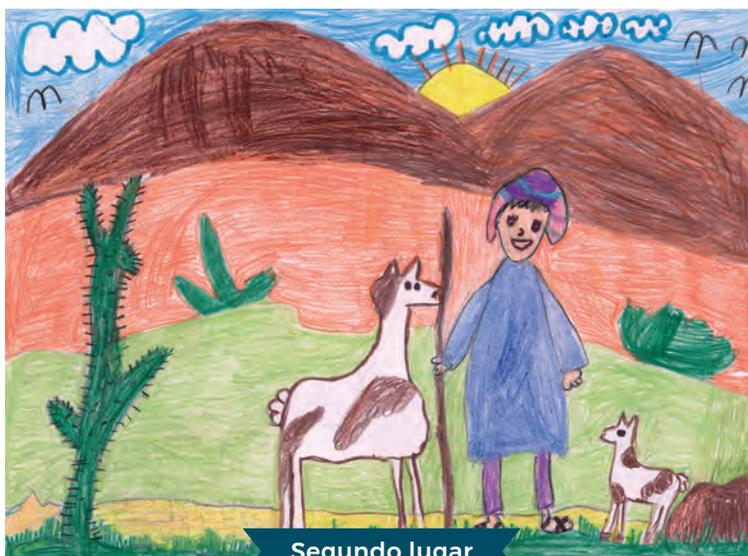
### Ganadería

Este dibujo representa al ovejero de nuestra región de Magallanes, que se encuentra presente en las estancias y faenas del campo. En Porvenir trabajan estos esforzados hombres junto a sus perros, realizando un trabajo muy duro y sacrificado, pues el viento y el frío magallánico hacen que sea así.

Los ovejeros de nuestra tierra merecen todo nuestro respeto y admiración.

**Alexia Agüero Ojeda**

5° básico, Porvenir / Región de Magallanes



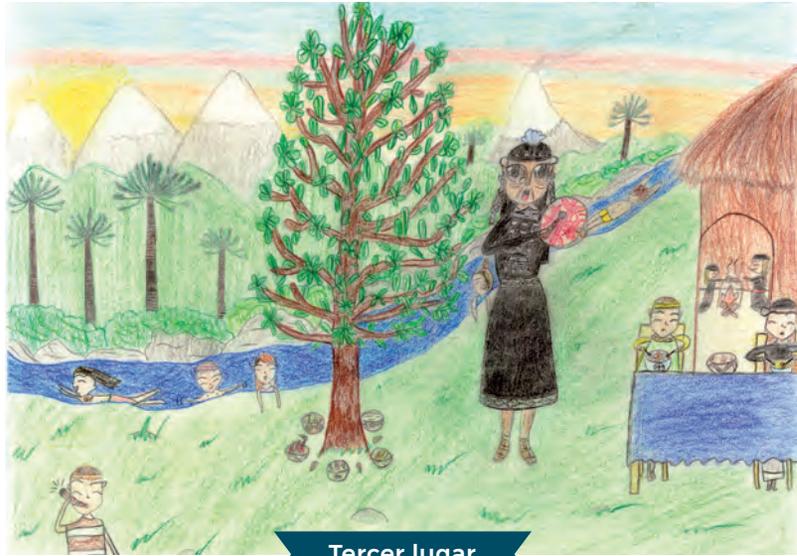
Segundo lugar

### El pastor de llamitos

El pastor de llamitos está inspirado en el trabajo que se realiza todos los días en nuestra zona, el valle de Lluta. Aquí, el pastor cuida y lleva a sus animales a alimentarse en lugares soleados.

**Scarlen Sofía Huarachi Menacho**

1° básico, Arica / Región de Arica y Parinacota



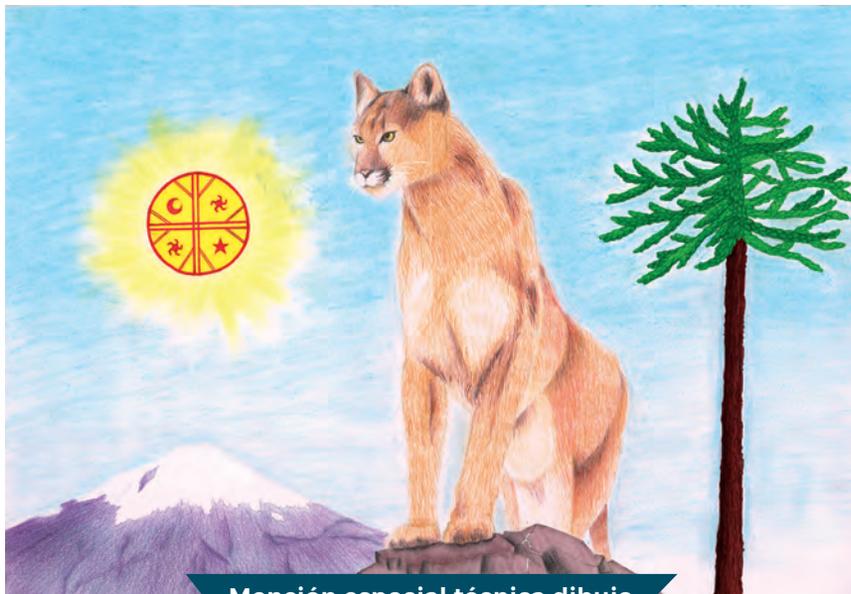
Tercer lugar

## We tripantu

Celebración del año nuevo mapuche en la Araucanía al amanecer. Los niños y niñas se bañan en el río para que las energías negativas y los malos espíritus queden atrás. La machi espera con su kultrún para iniciar la ceremonia.

**Matilda Ayleen Ampuero Cáceres**

3° básico, Puente Alto / Región Metropolitana



Mención especial técnica dibujo

## La fuerza del Nahuel

Después de leer varias leyendas de la Araucanía, quise representar al nahuel (puma) como la fuerza y la astucia mapuche, pues para este pueblo el puma representa protección. Además, quise plasmar elementos importantes dentro de nuestro imaginario indígena, como por ejemplo el volcán Villarrica o Rukapillán, la araucaria y el cultrún, los cuales forman parte de la esencia de nuestra región y de las historias que aquí se cuentan.

**Diego Ronaldo Cabello Nahuefil**

8° básico, Pucón / Región de La Araucanía



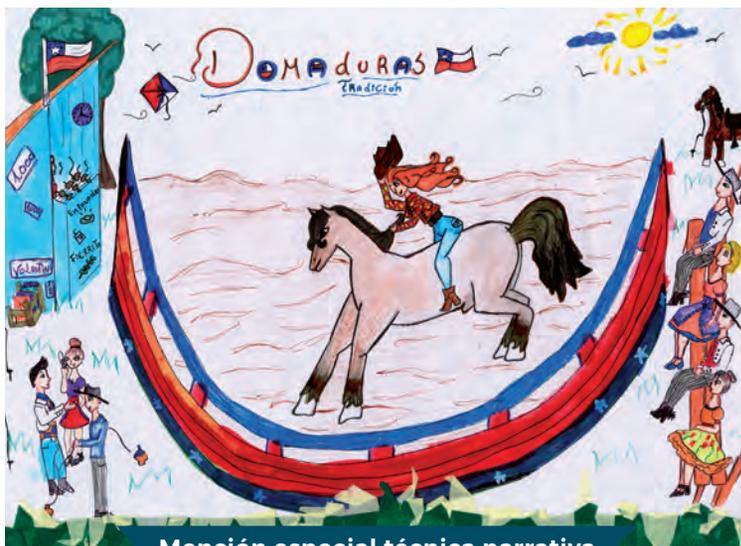
Mención especial gráfica

## Misteriosos hombres saliendo a la luz

El dibujo se trata de los selk'nam, una tradición indígena de la región de Magallanes. Actualmente están completamente extintos. Los selk'nam habitaron la isla de Tierra de Fuego y solemos asociarlos con las fotos de hombres con cuerpos pintados y grandes máscaras que complementan su vestimenta, que evocan un gran misterio. Actualmente, son un símbolo muy representativo de nuestra región.

**Daniela Victoria Colina Sánchez**

7° básico, Natales / Región de Magallanes



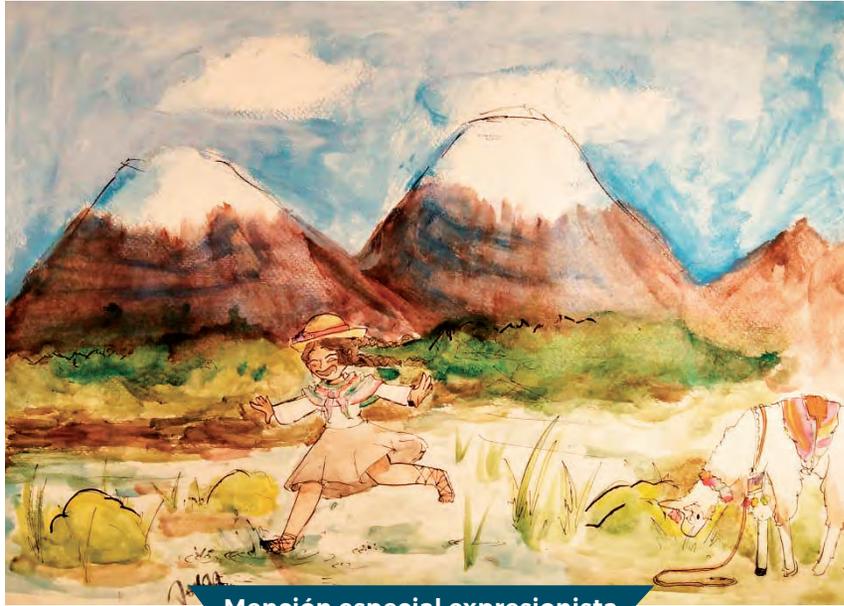
Mención especial técnica narrativa

## Domaduras

Tradicional de nuestra tierra, las domaduras ya no son solo un deporte de nuestros machos recios, sino también de las mujeres que se atreven a incursionar en este campo. En una sociedad mayormente machista, las mujeres también están participando.

**Damary Antonia Gálvez Aguirre**

8° básico, Maule / Región del Maule



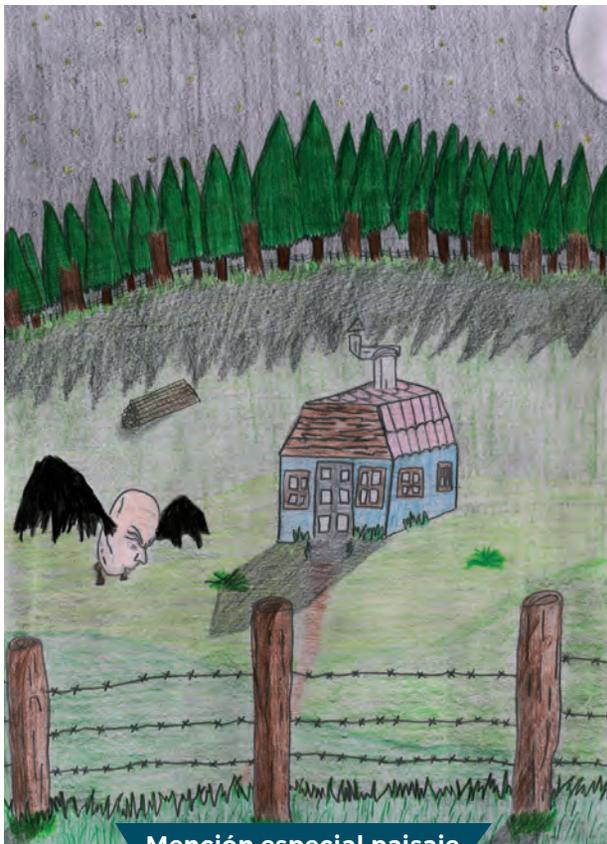
**Mención especial expresionista**

### Alegría en la altura

Inspirada en la vida rural de la cordillera de los Andes en Arica. La niña del dibujo se llama Kori, ella es aymara, vive cerca de los volcanes Payachatas y se le ve feliz corriendo en el lago mientras deja a su alpaca descansar y comer algo de hierba. Ella disfruta la plenitud de su infancia creciendo con la naturaleza de un paisaje increíble.

**Dominique Ortiz**

7° básico, Arica / Arica y Parinacota



**Mención especial paisaje**

### El chonchón

El dibujo trata sobre la leyenda del chonchón. Se ve en el paisaje de campo una pequeña casa con los típicos cercos de alambre púa que limitan comúnmente a los sitios rurales de la zona central. La criatura se ve acechando el lugar durante una visita nocturna, con una enorme luna llena.

**Sebastián Matías Aedo Loyola**

3° básico, Los Ángeles / Región del Bío Bío



## EDUCACIÓN MEDIA



**Primer lugar**

### El gaicho esquilando una oveja

Este dibujo es una interpretación de lo que he visto hace años, desde que era un niño en el cerro Castillo en una faena de esquila. Con esta vocación me inspiré y decidí dibujarlo para poder mostrar mi gran talento, como el recuerdo que llevo desde hace años.

**Maicol Gómez Matus**

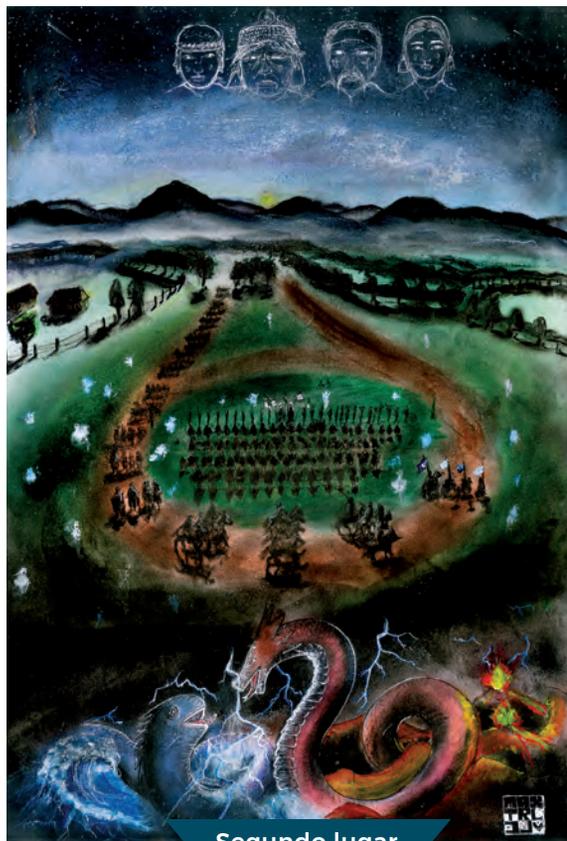
2° medio, Puerto Natales / Región de Magallanes

### Ngillatun

Este dibujo representa la espiritualidad de nuestro pueblo mapuche. El ngillatun es la celebración que se hace para agradecer las buenas cosechas, el buen tiempo, la salud. Sacrificio colectivo para el bienestar y el equilibrio universal, reafirmando nuestros lazos con los ngen (espíritus) y recordando a nuestros antepasados.

**Maximiliano Tralcal LLeuful**

4° medio, Padre Las Casas / Región de La Araucanía



**Segundo lugar**



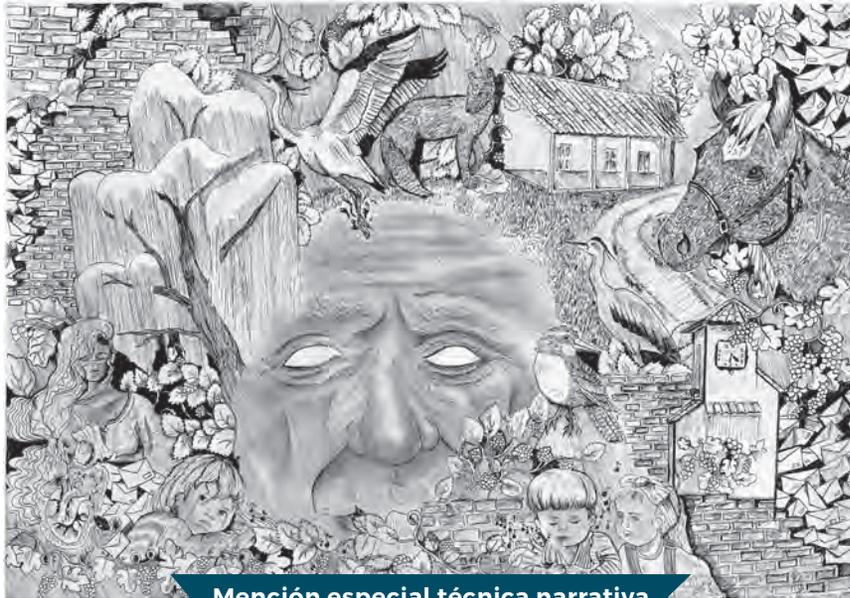
## La cosecha

Cuando pienso en el concepto "vida rural", se me viene a la mente las personas de mayor edad. Me imagino un paisaje de campo en el cual predomina la imagen del esfuerzo de algún adulto mayor. En mi dibujo se ve a una mujer mayor, trabajando con el maíz afuera de su humilde casa. Su rostro es apacible, trabaja sin estar apresurada, pensando quizá en el tiempo que ha destinado de su vida al mismo trabajo, o quizá pensando en la tranquilidad que significa vivir en ese lugar.

**Isabella Valentina Bascur Aedo**  
2° medio, Osorno / Región de Los Lagos



Tercer lugar



Mención especial técnica narrativa

## Mirada sin luz

Pareciera una historia inverosímil, pero es verdadera. Es la historia de un cartero ciego. El relato pasa de una generación a otra, a través de una canción llamada "El cartero ciego de Santa Cruz". Se plasmaron en este dibujo fragmentos de esta: la amada, el tordillo y el mismo cartero con sus ojos sin luz. Además, se muestra la flora y fauna de la región como el zorro, la loica, el quillay y las garzas, y algo muy representativo de Santa Cruz: el carillón.

**Anahis Marta Viviana Grollmus Parraguez**  
4° medio, Chépica / Región de O'Higgins



**Mención especial expresionista**

## Indio Wenquiao

Dicen que durante San Juan de la Costa aparece el indio Wenquiao sobre una piedra en medio del mar. Se dice que cuando se le grita al indio despierta enojado y produce lluvias y mareas fuertes al instante para que el irrespetuoso se marche del lugar y surja de nuevo la calma.

**Denisse Vargas Chacón**

2° medio, Osorno / Región de Los Lagos

## El barco fantasma

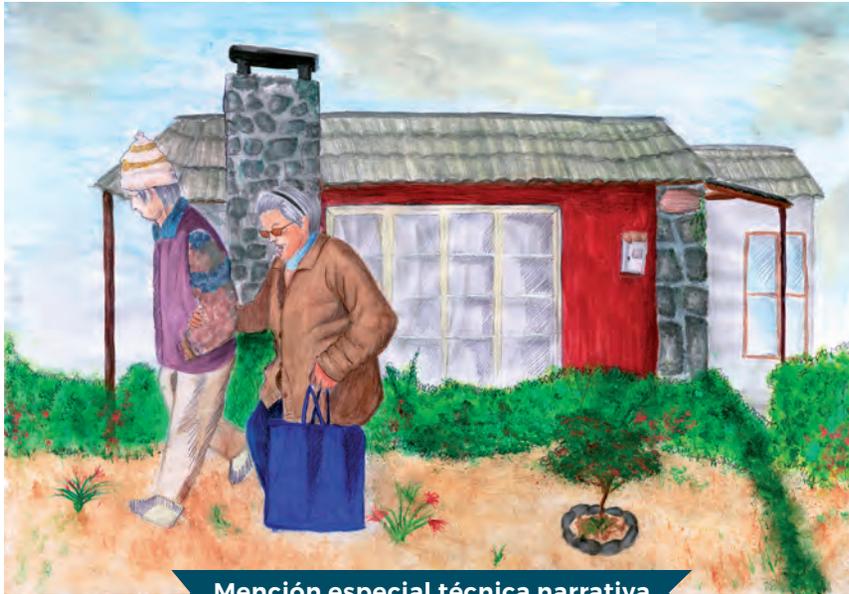
Un relato cuenta sobre la aparición de un barco en el desagüe de Rupanco, el cual se rumoreaba era el Caleuche. Pero tenía una apariencia totalmente diferente: un barco, totalmente negro sin una sola luz y silencioso. ¿Sería el mismísimo Caleuche o un barco fantasma?

**Denisse Vargas Chacón**

2° medio, Osorno / Región de Los Lagos



**Mención especial técnica dibujo**

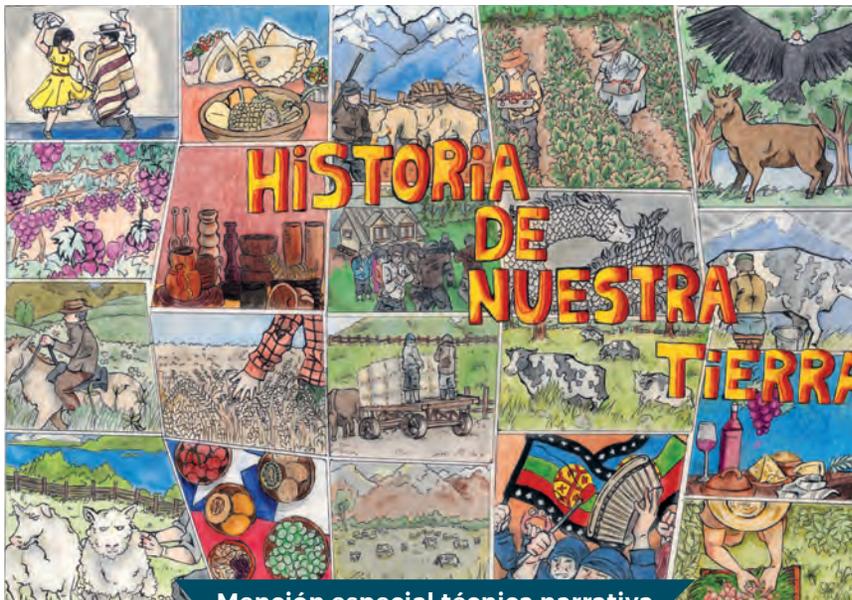


Mención especial técnica narrativa

### La verdadera felicidad

Sonia y Mario, o como yo les digo “Yeya” y “Tata”, son los personajes de mi obra. Ellos viven en el campo y tiene muchas historias. Mi Yeya cocina lo que cosecha, todo es sano y nutritivo. No quieren vivir en otro lugar, allí son felices.

**Fabiana Antonia Vasconcellos Carrasco**  
1° medio, Región de O’Higgins



Mención especial técnica narrativa

### Historia de nuestra tierra

Mi dibujo está basado en las zonas rurales de nuestro país. Me inspiré viendo los programas culturales que dan los fines de semana en la televisión (canales nacionales). Cada dibujo muestra la vida en alguna zona rural de Chile: sus tradiciones, las actividades de agricultura, los productos naturales de nuestra tierra. Además, agregué un dibujo de una de las leyendas de la zona donde vivo llamada “El culebrón”.

**Sofía Renatta Mancilla Arenas**  
4° medio, Rancagua / Región de O’Higgins



**Mención especial color**

## Sin título

Este dibujo hace referencia al proceso y al esfuerzo con el cual se realiza la producción de choclo y su festival.

**Michelle Dayana Hernández**

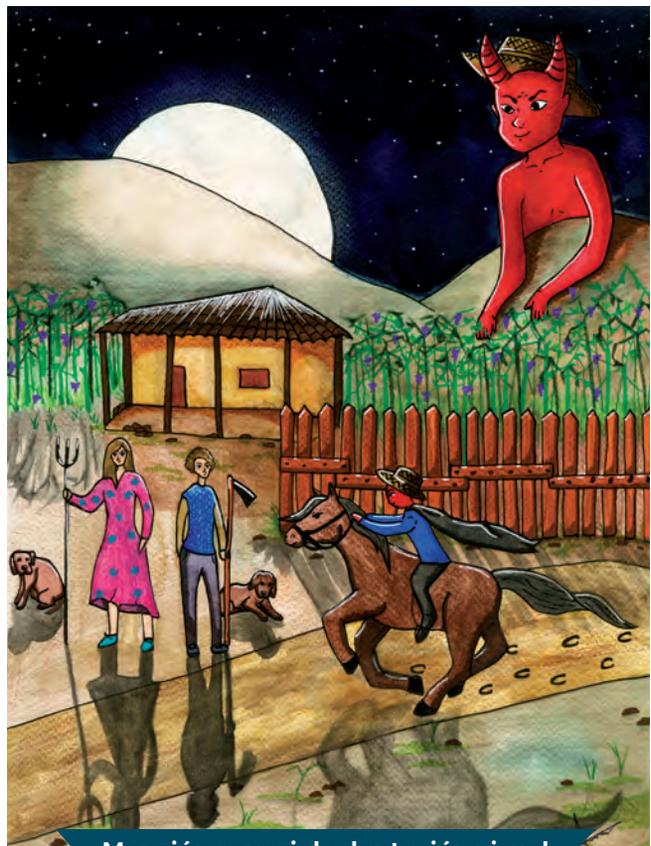
2° medio, Arica / Región de Arica y Parinacota

## El callejón del diablo

Cuentan las familias de Lo Abarca, localidad que se pierde entre los cerros de la comuna de Cartagena, que en un callejón aledaño, cerca de las viñas, en las noches de luna llena, aparece un jinete de capa negra galopando raudo y furioso. La gente sale al paso asustada, los perros aúllan y esconden la cola. Todos saben que es el diablo que viene a llevarse algún alma del pueblo.

**Anaís Monserrat Acevedo Vilches**

1° medio, Cartagena / Región de Valparaíso



**Mención especial adaptación visual**



CONCURSO

# HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA



FUNDACIÓN  
**FUCOA**



CONCURSO

## HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

Los cuentos y poemas que conforman esta antología fueron escritos por niños, niñas, jóvenes y adultos de todo Chile para el concurso Historias de Nuestra Tierra, que organiza FUCOA gracias al apoyo del Ministerio de Agricultura.



FUNDACIÓN  
**FUCOA**

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA  
Ministerio de Agricultura

[www.concursosocuentos.cl](http://www.concursosocuentos.cl)